
Jack X. Faber
El Juego
del Jaguar

El Juego del Jaguar



Juan y María
Mamá lo hace mejor
Dos salvavidas
Sexo anal con Eva
Cabra vieja impresionante
Los inicios de Tom
Ray, el joven hipnotizador
El velo de Afrodita

Contacta con el autor: mailto: JackFaber@gmx.net

Juan jodiendo María

von Jack Faber © 2022

Esta es la historia de Juan, el ingenuo muchacho de campo, y María, la mujer impúdica.

Johannes, a quien todos llamaban John, había terminado la secundaria a finales de sus setenta y había venido a la capital a estudiar. Tuvo mucha suerte de conseguir una habitación asequible con María, una mujer de aspecto juvenil de unos cuarenta y tantos años que trabajaba en la oficina parroquial. Ella estaba contenta de no vivir completamente sola en el pequeño apartamento de tres habitaciones en la avenida. Estrictamente hablando, eran dos habitaciones, una gran cocina-comedor y un bonito baño en este edificio antiguo. A ella le pareció que este joven era increíblemente simpático enseguida; él aceptó las reglas de la casa: nada de alcohol, nada de fiestas, nada de visitas femeninas. Le complació que ella se ofreciera a preparar el desayuno, el almuerzo y la cena a un precio justo. Solo la distribución del baño no le convencía del todo al principio. María había ofrecido tres baños a la semana, pero él no quería. Nunca se bañaba, dijo John; estaba acostumbrado a tomar una ducha rápida todas las noches. María lo pensó solo un momento y aceptó; al menos el joven era limpio. Él aceptó aspirar el apartamento una vez a la semana; Ella se encargaría de las tareas domésticas y lavaría su ropa, pero él tendría que plancharla.

Era media mañana; ella había preparado café en la cocina y, después de una hora, ya habían hablado de todos los detalles. Con curiosidad, le preguntó qué hacía en su tiempo libre en su pueblo. Había leído muchos libros, que era su pasatiempo favorito; a veces veía documentales y programas educativos en la televisión. Solo usaba internet para estudiar. Ella no tenía internet, dijo, y él asintió. En casa, solo tenía internet en la escuela, lo cual estaba bien; tenía internet en la universidad. Ella solo tenía conexión en la oficina parroquial; no la necesitaba en casa. ¿Salía a menudo, a bares y demás? No, se rió. Cuando tenía 14 y 15 años, siempre salía a tomar cervezas con los chicos, pero desde que empezó a prepararse para sus estudios de arqueología, ya no salía con sus amigos. Todo giraba en torno a beber y tener sexo, y podía prescindir fácilmente de la bebida. ¿Y el sexo?, preguntó María, con la mirada fija en la

mesa. ¿Hay algo? Se rió con brusquedad. ¿Algo? «De donde yo vengo, en el campo, ¡es normal que todo el mundo se acueste con cualquiera!», dijo. Hizo una pausa, pues María parecía muy disgustada. «Ya está decidido, no más visitas femeninas», dijo, y ella asintió en silencio. «Siempre he vivido sola», dijo, sonrojándose, «nunca he tenido visitas ni conocidos varones en mi vida». No levantó la vista y guardó silencio. Instintivamente, sospechó que mentía.

Podía mudarse de inmediato, le dijo; solo necesitaban armar la cama en la habitación, que estaba en el sótano. Él se alegró de poder mudarse enseguida, ya que había pasado las últimas cinco noches durmiendo en los sofás de estudiantes que había conocido por casualidad. Solo necesitaba recoger sus dos maletas en la estación de tren. Ella le dijo que fuera a la estación de inmediato; mientras tanto, ella prepararía su habitación. — Y así fue. Regresó tres horas después con las maletas; ella había comprado víveres, ordenado su habitación y traído las piezas de la cama del sótano. Una hora más tarde, todo estaba listo, su ropa guardada en el armario y él colocó sus libros y su computadora portátil en la mesita.

Salió de la cocina y dijo que seguro que había una estantería en la casa parroquial; que la buscaría a primera hora mañana. «¡Vamos, la cena está lista! ¡Debes estar hambriento!», dijo al marcharse. Él dejó rápidamente los libros en el suelo y fue a la cocina. Había huevos fritos, albóndigas y patatas. Ella le preguntó amablemente si quería dar las gracias, y él negó con la cabeza, sonrojándose. No había sido criado en un ambiente religioso. Ella sonrió amablemente, juntó las manos y rezó en silencio durante unos instantes con los ojos cerrados. Él esperó en silencio, preguntándose si esto podría ser un problema, si ella era una mujer fanática y demasiado religiosa. Parecía haber leído sus pensamientos a pesar de sus ojos cerrados, porque cuando sirvió la comida, dijo con una sonrisa amable que las cosas eran un poco diferentes hoy. Trabajaba en la casa parroquial y era religiosa; rezaba antes de las comidas por costumbre y convicción. Pero no esperaba nada de él; cada uno debía vivir según sus propias creencias.

La comida estaba excelente y ella sonrió dulcemente. “Lo siento, te hablé informalmente antes en la habitación; simplemente sucedió. ¡Lo siento!”, dijo con la mirada baja. Él respondió rápidamente que en el pueblo todos se tuteaban; era normal. Ella exten-

dió formalmente la mano por encima de la mesa. “María”, “Juan o Johannes”, dijo él en voz baja, estrechándole la mano. “¿Hace tiempo que no comes algo caliente, Juan?”. Sin esperar su respuesta, puso el resto de su comida en su plato y también un poco de la suya. “Come bien; ¡aquí no pasarás hambre!”, dijo con firmeza, y él respondió: “¡Gracias, María!”. Después de la comida, lavaron los platos juntos. María colocó ceniceros, cigarrillos y una botella de vino tinto con dos copas sobre la mesa. “¡Es hora de dar por terminado el día!”, anunció, y se sentaron. “Solo fumo por las noches cuando bebo vino y veo la tele, pero esta noche dejaremos la tele apagada; podemos charlar”. Rechazó amablemente el cigarrillo, diciendo que no fumaba. Pero aceptó con gusto el vino.

Ella quería saberlo todo sobre él, y él, encantado, le contó sobre su hogar, sus padres y sus hermanos. Su hermano mayor algún día se haría cargo de la granja, y él tenía que aprender un oficio. Siempre podría trabajar como peón para su hermano si fuera necesario, pero la arqueología lo había fascinado durante años, y eso era lo que estaba estudiando ahora. Su padre le había concedido una beca durante los primeros seis años —la granja le proporcionaba lo suficiente— y después tendría que buscar un segundo trabajo si necesitaba más tiempo o quería escribir una tesis doctoral. María ya bebía alegremente su tercera copa, mientras que él apenas había terminado la mitad de la primera. Disfrutaba de una cerveza o una copa de vino, pero no era alcohólico. Ella escuchaba atentamente, fumando en silencio. Poco a poco, fue dirigiendo la conversación hacia el tema del sexo en el campo. Él sonrió porque ella quería saberlo todo, y a él no le importaba hablar abiertamente de sexo.

Como sus compañeros, tuvo su primera experiencia sexual a los 14 años. Como todos los demás, se acostó con todas las chicas y la mayoría de las jóvenes del pueblo y sus alrededores. Todos seguían esta costumbre sagrada, tanto chicos como chicas. Su relación más larga duró poco menos de cuatro semanas, con la esposa de un arquitecto. Tenía 14 años entonces, aún virgen, y ella le enseñó todo. Tenían relaciones sexuales al menos cinco veces al día, pero un día tuvo que irse para dejarle espacio a un amigo. Esa fue la única vez que sufrió terriblemente por una ruptura amorosa durante unos días; después de eso, se lanzó de nuevo a la fiesta, ya que todas las chicas esperaban nuevos amantes. No, respondió, nunca tuvo relaciones sexuales con chicos. Una vez, había bebido y

discutido hasta altas horas de la noche con la única pareja de lesbianas de la zona. Entonces sus amigos se fueron uno tras otro, ya que no había con quién acostarse allí, y él fue el único que quedó hasta pasada la medianoche.

Las lesbianas eran algo mayores, tal vez de unos 40 años, y se estaban besando y abrazando, y pronto las tres estaban desnudas. Él tenía mucha curiosidad porque nunca había visto nada igual, solo había oído hablar de ello. ¡Pero los sucios y despectivos susurros de los hombres no valían nada! La forma en que estas mujeres hacían el amor era increíblemente elegante, muy intensa, y probablemente el sexo más hermoso que jamás había presenciado. Las dos lo miraron, le agarraron el pene y se rieron, preguntándole si no quería masturbarse. Pero él ya estaba bastante ebrio y no quería masturbarse; deseaba desesperadamente follar. *¡Joder!* Asintieron, ¡ah, claro! Mientras estaban ocupadas besándose, él se unió a los besos, los abrazos y las caricias. Una de ellas sujetaba a la otra con besos y manos porque era ella la que en realidad no quería follar. Él penetró salvajemente a la mujer que estaba acostada, metió su pene profundamente en su vagina y comenzó a follar. Él eyaculó con todas sus fuerzas, y la mujer que estaba siendo follada se retorció sorprendida cuando él la empujó y eyaculó dentro. Después de un rato, las mujeres sonrieron y cambiaron de lugar; ahora la primera sostenía a la segunda mientras él la penetraba y la follaba sin piedad. Tuvo que follar durante un buen rato antes de poder finalmente eyacular dentro de ella. Ella también se retorció un poco cuando él eyaculó y lo empujó a un lado, riendo. "¡Quiero follar!", graznó con la convicción de un borracho. *"¡Follar!"* Después de un breve susurro, una le dijo que nunca, jamás lo haría. La otra dijo: "Está bien, pero solo en posición de perrito". Sin embargo, se le permitió follar a ambas alternativamente hasta media mañana, una tras otra en todo tipo de posiciones, hasta que estuvo completamente exhausto. Un trago de la botella de vodka, unas cuantas caladas de la pipa de hachís, ¡y su polla estaba dura de nuevo como la de un guardia! La mejor parte fue en posición de perrito; Ella lamió a su novia de un orgasmo a otro e incluso tuvo un orgasmo ella misma mientras la penetraban. Una de ellas casi siempre podía tener orgasmos con mucha facilidad mientras la penetraban, la otra no en absoluto. Muchas de sus parejas anteriores tenían que masturbarse para tener orgasmos después del sexo. Esa fue probablemente la noche más excitante de su vida. María escuchó con excitación su relato detallado y obsceno; al final, se quedó paralizada

y murmuró casi inaudiblemente que nunca antes había tocado sexualmente a una chica, ni tampoco la habían tocado de forma inmodesta.

Se fueron a la cama; él se duchó. La puerta que comunica las habitaciones siempre permanece cerrada, había dicho María esa tarde. María se escabulló al baño en camisón y lo observó a escondidas mientras se masturbaba un rato, luego se fue en silencio. Él se quedó en la cama y oyó sonidos familiares a través de la delgada puerta de papel tapiz: ¡ella se estaba masturbando, crujiendo ruidosamente! Se acercó sigilosamente a la puerta de papel tapiz y pegó la oreja al delgado panel. Su cama hacía un suave ruido con cada movimiento, de modo que el roce de su clítoris era claramente audible. Si contenía la respiración, incluso podía oír el húmedo chapoteo de su dedo en la carne húmeda. Ella se frotaba cada vez más rápido, y la cama hacía más ruido. María se masturbó, jadeando ruidosamente, durante lo que pareció una eternidad, y se detuvo con un "¡Oh, Dios!". Él suspiró aliviado; ¡al menos su casera no era una monja fanática y piadosa!

Por las mañanas iba a la universidad y por las tardes estudiaba con ahínco. A veces salía a tomar una cerveza con sus compañeros a la hora del almuerzo, pero siempre volvía a casa antes de la una para comer. Solía haber una buena merienda, ya que su madre le enviaba un paquete cada semana con grandes trozos de tocino, jamón y queso. Una vez al mes, añadía medio kilo de café y chocolate. El primer día de cada mes, él la llamaba al mediodía para preguntar cómo estaban todos y contarle algo sobre sus estudios. María aceptaba con gusto la comida de la granja; no sobraba nada hasta que llegaba el siguiente paquete.

Después de cenar, vieron juntos las noticias de la noche, y luego se quedaron con vino tinto y cigarrillos, disfrutando de la compañía del otro. Tan pronto como María hubo bebido suficiente vino tinto —que necesitaba todas las noches—, dirigió la conversación hacia temas sexuales, de los que le encantaba hablar. Él tuvo que describir los genitales de las chicas con gran detalle, y luego entrar en detalles sobre tener relaciones sexuales con ellas, sobre eyacular dentro o retirarse y eyacular sobre ellas si querían usar anticonceptivos. La mayoría de ellas no tenían orgasmos durante el coito y se masturbaban a sus anchas. En el campo, las chicas no

ocultan que se masturban, dijo él. María preguntó y preguntó, y él respondió con franqueza.

Ella lo espiaba todas las noches mientras él se masturbaba, de pie o sentado en la bañera antes de ducharse. La excitaba enormemente que se masturbara dos veces, y a menudo tres, y eyaculara. A través de la delgada puerta que comunicaba las habitaciones, él siempre podía oírla masturbándose durante un buen rato, jadeando ruidosamente hasta que exclamaba: "¡Oh, Dios!". Solo los miércoles, cuando salía de nuevo después de cenar y no regresaba hasta la medianoche, se masturbaba por segunda vez, y entonces durante muchísimo tiempo. Un par de veces se masturbó una tercera vez, jadeando muy fuerte y durante una eternidad hasta que exclamaba: "¡Oh, Dios!". Él solo se dio cuenta meses después de que ella lo observaba secretamente mientras se masturbaba por las noches, pero no lo dejó entrever. Sabiamente, guardó silencio sobre oírla masturbarse todas las noches; eso era justicia poética.

Una noche, María, agradablemente ebria y escuchándolo relatar diversas aventuras sexuales, comenzó inesperadamente a hablar de su juventud. John escuchaba atentamente, bebiendo su vino tinto. No había tenido relaciones sexuales en años, mintió María, porque John siempre se había preguntado qué hacía ella cada miércoles por la noche, pero se lo guardaba para sí mismo. Pero de joven, por supuesto que tuvo relaciones sexuales, continuó María. A los 15 años, se enamoró de un hombre casado, el profesor de religión. Creía en sus cuentos de hadas: se divorciaría y se casaría con ella cuando tuviera 18. Le permitió desflorarla, lo cual fue muy doloroso, y le permitió tener relaciones sexuales apasionadas con ella casi todos los días. Desde el principio, experimentó sensaciones maravillosas durante el sexo y creyó que eso era todo. Se sentía feliz y triste a la vez cuando él no podía escaparse un día o dos. Su esposa debía de ser una verdadera fiera; lo obligaba a quedarse en casa y tener relaciones sexuales con ella tan a menudo que el pobre hombre estaba completamente agotado, afirmó. Para que no se sintiera tan sola en esos días, él le enseñó a masturbarse. Ella lo necesitaba mucho entonces y se masturbaba como una adicta, obsesivamente como una loca. Cuando cumplió 18 años, él seguía sin divorciarse, y ella descubrió por casualidad que se había acostado con una virgen de 14 años. Lo confrontó, y él se rió fríamente de ella. Furioso, la violó con fuerza y luego se puso los pantalones. ¿De verdad creía que podía competir con una virgen de 14 años?

Estaba furiosa con esa cerda. Esa misma noche, fue a ver a la chica de 14 años y le sirvió el vino amargo. La muchacha solo le creyó después de mucha vacilación. Al día siguiente, fue a ver a la esposa del profesor de religión, pero esta solo sollozó y se quedó en silencio; ¿qué más podía hacer? Entonces, temblando de ira, fue al director. Él la escuchó, le hizo firmar una declaración y le dijo que se encargaría del asunto. La cerda fue expulsada de la escuela, obligada a abandonar su cómodo nido y trasladada a otro pueblo. Se confesó y habló durante horas con el bondadoso anciano sacerdote, quien pudo consolarla y hacerla volver a la realidad. Él la contrató en la oficina parroquial, y ella tuvo que prometerle que permanecería virgen a partir de entonces. ¡Cumplió su palabra incluso después de su muerte, hasta el día de hoy! María olfateó con engaño y se bebió el vino tinto con gusto. A pesar de su promesa, María siguió teniendo *encuentros de una noche durante algunos años más,* algo que lamentaba cada vez. Su estúpida madrastra la arrastró al ginecólogo porque aún no le había bajado la regla. El médico descubrió que sus ovarios habían estado completamente subdesarrollados desde su nacimiento. «¡Bueno, al menos no necesitas anticonceptivos!», se rió la madrastra, y ahí quedó la cosa; María nunca tendría hijos. John le preguntó si eso era tan malo, pero ella negó con la cabeza en silencio.

A partir de entonces, ambos tenían algo de qué hablar. María nunca se cansaba de hablar de sus años de sexo y su excesiva masturbación en su juventud. Pero ahora era una mujer adulta y ya no necesitaba masturbarse, mintió con la mirada perdida; solo las chicas jóvenes necesitaban eso. Él asintió, sí, sí, ¡tenía toda la razón! Otra noche, le preguntó con cautela sobre la noche del miércoles, y María esquivó la pregunta y mintió descaradamente. Él sabía exactamente cuándo mentía. Los miércoles tenía que ocuparse de la correspondencia pendiente en la oficina parroquial, confesarse con el sacerdote y limpiar la oficina a fondo. John ocultó su sonrisa de suficiencia y simplemente asintió con aprobación ante su red de mentiras. Siempre recordaría ese momento, porque fue entonces cuando decidió seducir a María. Tendría que hacerlo lentamente, paso a paso; María no era fácil de conquistar.

Se fueron a la cama, él al baño, ella en camisón para espiar. Él se acarició el pene unos instantes, luego saltó a la puerta y la abrió de golpe. Agarró a la espía por la muñeca y, con una sonrisa amigable, la arrastró al baño. Empujó a la mujer, completamente ató-

nita, sobre el taburete y le dijo, con la mayor cortesía posible, que podía sentarse y mirar; era más cómodo que espiar encorvada afuera. María, algo mareada, balbuceó incomprensiblemente y permaneció sentada obedientemente. Él se masturbó tres veces de pie, eyaculó tres veces en la bañera y se duchó rápidamente. Luego fue con María a la puerta de su habitación y le dijo que eso le parecía perfectamente bien. Ella permaneció en silencio y entró, desconcertada, en su habitación. Él la oyó masturbarse durante un buen rato, un "¡Oh, Dios!" y otro "¡Dios!" y otro más. La cama, reveladora, transmitía cada movimiento con débiles sonidos, revelando descaradamente el roce de su clítoris.

No lo miró en el desayuno, evitó todo contacto visual en el almuerzo. Después de la cena, quería irse directamente a la cama, pero él ya había sacado la botella de vino tinto y la había persuadido para que se quedara. Ella permaneció en silencio y no pudo pronunciar una sola palabra coherente. Para la tercera copa, estaba un poco más relajada, y él sacó a colación el tema de su masturbación. Lo hacía todas las noches; ¡lo necesitaba! Dijo que era increíblemente excitante para él cuando ella lo observaba. El escepticismo de María solo desapareció después de que él habló de sus pensamientos y sentimientos excitantes mientras se masturbaba. Ella nunca lo había visto antes, trató de justificar su espionaje. Él le creyó; parecía ser cierto. Dijo que estaba perfectamente bien y que ella tenía que estar allí absolutamente todas las noches; sería un gran alivio para él. Finalmente, asintió con incertidumbre. De acuerdo, pero le parecía un poco impúdico. Ya estaba bastante ebria y rió con picardía cuando él le sugirió que se subiera el camisón largo hasta las rodillas; Sus piernas desnudas lo excitarían aún más. De acuerdo, dijo ella, un poco ebria, eso no era ningún problema, ¡y solo un poquito impúdico!

Entraron, él al baño, y ella se cambió, con dificultad. Él se quedó desnudo afuera del baño y la dejó entrar. Ella se sentó en el taburete y se subió el camisón hasta las rodillas. Él, lenta pero firmemente, le subió el camisón por encima de la zona púbica, luego desabrochó todos los botones superiores y con delicadeza le sacó los pechos. "¡Shh, shh!", la tranquilizó, "¡eso es!". Ella se sentó rígida y lo miró con la vista borrosa. Él comenzó a masturbarse sentado y le dijo con firmeza que abriera un poco las piernas. Se masturbó y exigió: "¡Más! ¡Aún más!" hasta que pudo ver su hendidura

con claridad. “¿No es eso un poco impúdico?”, murmuró ella en voz baja.

Tenía una figura notablemente esbelta, una expresión dulce y cabello castaño rojizo hasta los hombros. Él examinó sus pechos detenidamente; eran pequeños, con pezones caídos. Sus piernas eran largas y delgadas, y sus manos delgadas abrieron el escote de su camisón para exponer completamente sus pechos, mientras simultáneamente subía el camisón cada vez más mientras se masturbaba. Tenía muy poco vello púbico, casi translúcido, y John pudo ver claramente su hendidura ligeramente entreabierta. Se quedó mirando la hendidura y eyaculó sobre ella por segunda vez. Salió de la bañera y le acomodó la mano para que pudiera sostener el camisón hasta el ombligo. Le separó las piernas, apartó su vello púbico y separó sus labios con los dedos para revelar su clítoris oculto. Sonrió tranquilizadoramente, indicándole que esto estaba bien y que ciertamente no era impuro, y continuó masturbándose sentado en el borde de la bañera. Le sonrió dulcemente y asintió. Tenía un clítoris pequeño, pero estaba oculto por un prepucio largo, y él eyaculó con placer sobre su hendidura. Luego se duchó y se durmieron. La oyó masturbándose y clamando a Dios hasta bien entrada la noche. Gemía más fuerte que en mucho tiempo.

Terminaban cada noche de esta manera, ella mostrando sus pechos, vulva y clítoris con creciente facilidad mientras él se masturbaba. Ella lo miró con una sonrisa ebria cuando una noche él le quitó el camisón por encima de la cabeza y lo dejó caer al suelo. Ella se cubrió la vulva y los pechos con las manos, pero solo por un momento. Luego, con una mirada ebria, arqueó desafiante la espalda y los hombros y colocó una mano sobre su vulva. Sus dedos separaron sus labios, revelando su clítoris oculto. Él eyaculó y roció sobre su hendidura, animándola a exhibirla prominentemente. Su semen voló en un alto arco sobre su hendidura, y ella rió ebria. Ella se unió a él en la bañera mientras él se duchaba y se lavaba las salpicaduras de semen, luego se durmieron. Su camisón se quedó en el baño, y ella se masturbó desnuda hasta que se durmió. Él podía oír claramente su respiración agitada a través de la delgada puerta, llamando a Dios en voz alta y durante un largo rato. Ella sonrió radiante en el desayuno.

Esas noches nunca eran aburridas para ellos. Ella necesitaba unas copas para entrar en calor, y entonces sus conversaciones se

volvían obscenas y siempre giraban en torno al sexo. Ambos disfrutaban de las bromas subidas de tono, y él sabía exactamente cuándo María mentía. Por ejemplo, su masturbación, que ella negaba vehementemente, por muy borracha que estuviera. Era impura, decía el cura, ¡y solo lo había hecho de jovencita, de verdad! Pero a veces se trababa al hablar y decía que si los impulsos sexuales eran demasiado fuertes, estaba bien masturbarse, ¿no? John estuvo de acuerdo y sacó a colación el tema de la eyaculación femenina. Oh, eso no le había molestado; era bastante fácil de lavar. Después de mucho discutir, ella accedió a que él pudiera eyacular sobre ella a propósito. Simplemente no entendía por qué quería hacerlo. Él le dijo que muy, muy a menudo eyaculaba en la boca de las chicas; a todos les parecía excitante y divertido. María se estremeció; ¡eso era asqueroso, ella jamás haría eso!

Para entonces, ella entraba al baño desnuda todas las noches y se sentaba en el taburete, mostrando libremente sus genitales. Él dijo que su clítoris, desafortunadamente, estaba cubierto por el capuchón. Si ella retiraba el capuchón con los dedos, él podía ver el glande del clítoris. Él agarró el capuchón y tiró de él con firmeza varias veces. “Ves, así es como tienes que hacerlo, de esa manera puedes ver el glande del clítoris claramente, y no es masturbación impura, ¿verdad?”. Ella asintió en silencio y movió el capuchón hacia adelante y hacia atrás un poco. Él se sentó en la bañera, se masturbó y la observó jugar con su clítoris. Ella lo miró fijamente y siguió su ritmo, ahora tirando del prepucio con firmeza sobre su clítoris al mismo tiempo que él. Ella se excitó cada vez más, retirando el prepucio cada vez más rápido, y él eyaculó sobre su vulva. Ella hizo una pausa cuando él se puso de pie, luego continuó estirando su prepucio mientras él se masturbaba de pie. Antes de eyacular, empujó el glande hacia adelante, presionándolo contra sus labios. Ella gimió suavemente diciendo que era repugnante y apretó los labios con fuerza. Pero él se mantuvo firme y eyaculó sobre sus labios; su semen goteó por su barbilla y llegó hasta su estómago.

Ambos continuaron con tenacidad. Pronto descubrió que jugar con su capuchón clitoriano le producía una excitación maravillosamente sutil, sin que pareciera una masturbación pecaminosa. Era más excitante cuando movía enérgicamente el capuchón hacia adelante y hacia atrás al ritmo perfecto de sus movimientos, y luego aumentaba la velocidad. A partir de entonces, él siempre pre-

sionaba su glande contra sus labios para eyacular; ella lo había aceptado, y si apretaba los labios con fuerza, nada entraba en su boca. Cuando se distraía con su excitación, su glande se deslizaba un poco entre sus labios, y ella saboreaba el sabor salado en su lengua. Entraban juntos en la ducha, y él le lavaba el semen del cuerpo, de sus labios vaginales y de sus labios. Siempre la abrazaba en la ducha, pero ella siempre lo apartaba. "¡Eso es impúdico!", murmuró, sonrojándose, y se fue a su habitación. Él la oyó, como todas las noches, masturbándose descaradamente en voz alta y clamando a Dios.

Los días pasaron volando, su primer año de universidad llegó a su fin y sus noches transcurrieron casi predeciblemente. Le encantaba la emocionante sensación de desgarro de su capuchón clitoriano; lo rasgaba rápidamente y presionaba sus dedos con firmeza contra él cuando experimentaba un semiorgasmo, no uno realmente intenso como por la noche, y pensaba que podía ocultárselo. Durante los últimos seis meses, había estado acariciando su glande con sus labios mientras él se masturbaba. Cuando él gritaba "¡Ahora!", ella tomaba todo su glande en su boca y rodeaba el borde con sus labios. Lamía el glande con tanta intensidad con su lengua que él eyaculaba de inmediato. Ella saboreaba el sabor salado en su lengua y en lo profundo de su garganta y tragaba involuntariamente; ya no era repugnante. Ahora siempre se masturbaba desnuda en la cama, y él escuchaba los familiares y fuertes sonidos de la masturbación. Durante las vacaciones de verano, él volvió a casa por una semana y disfrutó de la amorosa unión de su familia. Les habló de sus estudios, de cómo estaba aprendiendo sumerio para descifrar la escritura cuneiforme babilónica. Su profesor lo apoyó en todo lo posible, pues era un estudiante brillante y aplicado. El segundo año transcurrió sin incidentes.

Las misteriosas noches de los miércoles lo atormentaban. Se duchaba y se masturbaba apáticamente; ella nunca estaba allí los miércoles por la noche, y la extrañaba. Se sentaba desnudo a la mesa de la cocina, bebiendo una copa de vino tinto. Ahora María ya no iba directamente al dormitorio, sino que se sentaba con él y bebía unas copas. Olía diferente. A sudor. A hombre. A semen. Estaba bastante seguro de que ella iba a algún sitio a tener sexo todos los miércoles. Pero ella no le dejaba sacarle el secreto. Confesión, correspondencia, limpiar la oficina. No se movía ni un ápice de sus mentiras; no había nada que él pudiera hacer. Durante semanas,

esperó ansiosamente a María, luego se iban a dormir, y él la oía masturbándose escandalosamente fuerte y saludando a su Dios. Los miércoles, siempre se masturbaba dos o tres veces, muy fuerte. Una noche de miércoles, no pudo soportarlo más.

Apenas había comenzado a masturbarse después de su notoria borrachera cuando él se acercó sigilosamente a su puerta, la abrió y se quedó allí. La observó, fascinado, mientras sus dedos frotaban hábil y rápidamente su clítoris. Ella se masturbaba desnuda en la cama en la penumbra, gimiendo y quejándose ruidosamente como siempre, clamando a Dios mientras su parte inferior del cuerpo se contraía violentamente. Después de unos momentos, comenzó a masturbarse de nuevo, y él se acercó sigilosamente, arrodillándose entre sus piernas abiertas. La punta de su pene tocó su abertura vaginal. Ahora ella lo notó y dio un respingo. "¿Llevas mucho tiempo aquí?", susurró con temor, y él asintió. "Tenía que hacerse", susurró aún más suavemente, "¡la presión me está volviendo loca!". Él asintió y susurró que estaba perfectamente bien y frotó su clítoris. Frotó su clítoris lo mejor que pudo, y ella jadeó y gorgoteó de placer. Cuando se detuvo porque su pene estaba explorando su abertura vaginal, ella gritó suavemente: "¡Por favor, no!". y su dedo inmediatamente se movió con avidez hacia su clítoris. Sin dudarlo, continuó masturbándose, y él penetró su vagina húmeda y resbaladiza muy, muy lentamente. Ella gimió, "¡No, por favor, no! ¡Por favor, no me folles!" y él se congeló a mitad del movimiento. La observó masturbarse y, en la penumbra, contempló su rostro contorsionado de placer mientras ella clamaba a su Dios. Ella lo miró fijamente, congelada, mientras su pene comenzaba a eyacular. Él no se movió, eyaculando y eyaculando. Ella sonrió con temor: "¡Estás eyaculando, Dios mío, estás eyaculando!" Él no se movió, permaneció en silencio y eyaculando dentro de ella con placer. Ella acarició sus nalgas y suspiró una y otra vez hasta que él terminó. "¡Mi presión aún es inmensa!" Ella extendió suavemente su mano y palpó su clítoris. Suspiró profundamente. "¡Por favor, no me folles!" susurró. Él estaba rígido dentro de ella y asintió débilmente: "¡Está bien, frótate otra vez! ¡De verdad no te voy a follar!" Empujó su pene aún más profundo con una embestida salvaje, de modo que la cabeza casi estalló. "¡Pero sigues dentro!" susurró ella con miedo. Ella asintió cuando él permaneció en silencio y comenzó a masturbarse furiosamente, con avidez y rapidez. Él eyaculó dentro de ella otra vez, pero ella continuó y continuó, tensándose para clamar a Dios. Dios la calmó sorprendentemente rá-

pido, y él estaba a punto de eyacular. Ella extendió la mano hacia su pene y lo frotó hábilmente dentro de ella; solo momentos después, él eyaculó dentro de ella por tercera vez. Permanecieron en silencio uno al lado del otro durante minutos; él la besó —por primera vez— en los labios y se fue en silencio a su habitación.

A la mañana siguiente, ella sonrió radiante en el desayuno y le dio un beso en la mejilla cuando él se fue a la universidad. Él estuvo aturdido todo el día. Esa noche, durante la cena y el vino tinto, este fue el único tema de conversación. Él se sintió muy aliviado de que ella lo estuviera tomando con calma. Ella dejó bien claro que no quería que la follaran. Él asintió; lo entendió. "¡Por favor, no me folles, por favor!" y le aseguró que no lo haría. Ella suspiró aliviada. Pero cuando se trató de su eyaculación dentro de ella, respondió de una manera asombrosa. Si eyaculaba entre sus labios o entre sus labios vaginales, ¿qué más daba? Él permaneció en silencio, como mudo. Ella lo miró triunfante: "¡Lo ves, exacto! ¡No hay diferencia!". Debatieron interminablemente; ella tenía su firme opinión, y él la dejó ganar con una sonrisa burlona. Pero no debía follarla, por favor, no lo hiciera, tenía que prometerlo. Ella le tomó las manos y dijo: "¡Por favor, no me folles!". Él asintió afirmativamente y le acarició la mano con gesto tranquilizador; en realidad no la había follado, solo se había introducido. "¡Pero claro que podía eyacular dentro de mí, claro!", añadió ella con picardía, sonriendo descaradamente. A partir de entonces, este fue el nuevo ritual: después de beber vino tinto, él se duchaba rápidamente sin masturbarse y luego iba a su habitación, donde ella lo esperaba tumbada desnuda en la cama. "¡Ay, John, hoy tengo un deseo sexual muy intenso otra vez!", mentía descaradamente cada noche, ayudándolo a penetrar su estrecha vagina con la mano. Él permanecía inmóvil dentro de ella y eyaculaba solo mientras ella se masturbaba diligentemente. La tercera vez, tuvo dificultades, y ella lo masturbó hábilmente hasta que él se corrió dentro de ella. No dijeron ni una palabra; él la besó en los labios antes de irse a su habitación.

Todo fue perfecto hasta el final del año académico y las vacaciones de verano; lo disfrutaba mucho más que masturbarse en el baño. Ella sonreía, gemía o se quejaba de placer cuando él eyaculaba dentro de ella y, con gusto, le hacía una paja después. Era muy hábil haciendo pajas y nunca respondió a su pregunta sobre dónde había aprendido tanto. Afirmaba que nunca le había hecho una pa-

ja a nadie más, ¡aparte de a él, lo juro! Pero ese detalle se desvaneció de su mente; había cosas más importantes.

Cuando regresó de las vacaciones de verano, algo había cambiado. Ella estaba tan absorta en la masturbación que no se dio cuenta de que él la necesitaba por tercera vez y esperaba impacientemente una paja. Estaba tan perdida en su mundo de fantasía que simplemente no registró su insistencia. John se movió por primera vez, empujando suavemente y luego más y más fuerte. Ella gritó, gritó a Dios y sollozó: "¡Ese chico me está follando sin piedad!". Su orgasmo casi le desgarró la parte inferior del cuerpo, y sollozó: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Oh Dios, oh Dios, oh Dios!". John eyaculó y eyaculó y eyaculó, luego se desplomó sobre ella. "¡Me follaste!", murmuró ella, luego sonrió: "¡Pero tuve un orgasmo maravilloso mientras me follabas!". Él susurró: "¡Lo siento!" y se arrastró abatido a su habitación.

Había estado deprimido todo el día, imaginando las peores consecuencias posibles. Pero le sorprendió gratamente la amabilidad con la que María lo trató en el almuerzo y la cena. Ni el más mínimo reproche, ni una sola insinuación velada. Preparó el vino tinto como de costumbre y fumó en silencio. Se sirvió una tercera copa y lo miró fijamente. "¿Qué te preocupa?", preguntó, aunque sabía la respuesta. "Te follé", dijo él abatido, "¡Esperé en vano una mamada!" "No te culpes", dijo ella con dulzura, al ver la mirada triste en sus ojos. Él suspiró aliviado. Ella no iba a morderle la cabeza. Quería ahuyentar su tristeza y decirle algo bonito. "No es nada malo, normalmente es el único que me folla...", se interrumpió, horrorizada. Su mirada vaciló entre sus ojos y se fijó en la copa. La mente de John se puso en alerta: "Lo sé, siempre los miércoles por la noche". La miró fijamente; Fue una prueba inútil.

Su mirada era cruda y herida cuando volvió a alzar la vista. "¡Lo sabes!", murmuró, "¡y nunca dijiste una palabra!" Se quedó en silencio, ordenando sus pensamientos. John lo sabía y nunca había dicho una palabra al respecto. "Todavía está enamorado de mí, incluso después de 14 años, ¡aunque yo no he estado enamorada de él desde hace mucho tiempo!" John se sentó rígido, escuchando atentamente. Ella se bebió el vaso de un trago; la represa se había roto. Se recompuso y habló incoherentemente. "Siempre dice que no necesito confesarle este pecado, que ya lo sabe." Hizo una larga pausa. "Me folla todos los miércoles cuando su ama de llaves no

está. Es tan lujurioso, tan necesitado de sexo, que me folla dos o tres veces cada miércoles, aunque no he tenido un orgasmo durante el sexo en años; eso solo sucedió en las primeras semanas." Un escalofrío recorrió la espalda de John. ¡El cura! Quería renunciar a su puesto de inmediato e irse conmigo, casarse conmigo. Pero yo nunca quise eso, porque sabía perfectamente que como sacerdote lo era todo para su parroquia y lo mejor de todo para su rebaño. ¡Puedo juzgarlo después de más de 20 años en la oficina parroquial, créeme! Después de unas semanas, mi enamoramiento se desvaneció; ya no lo amaba, pero me quedé con él. Desde entonces no me he acostado con nadie, ni más *aventuras de una noche* . — Él todavía dice que soy su esposa, ante Dios y todos los santos. Me siento de alguna manera responsable de su bienestar emocional; no tengo derecho a rechazarlo. ¿Qué tengo que hacer, de todos modos? Ofrecerle mi vagina una vez por semana y dejar que eyacule dentro hasta que esté completamente lleno. Eso no es un gran sacrificio. María terminó su copa con determinación y se sirvió otra. "Claro, al principio le dije que tengo que masturbarme todas las noches porque soy muy adicta, pero él no quiso saberlo, nunca quiso oírlo, nunca quiso verlo. Mi adicción a la masturbación sigue siendo mi secreto, ¡y él no quiere saber nada de eso!"

María terminó su bebida y se sirvió otra, emborrachándose cada vez más. «Pero no entiendo por qué nunca dijiste nada los miércoles por la noche y simplemente metiste tu pene ahí para eyacular. Podrías haberme mandado a ducharme, pero no, simplemente lo metiste ahí, justo en su semen, eyaculaste sobre su semen, ¡como si eso no fuera asqueroso!». Lo miró a los ojos con expresión de borracha.

Tomó un sorbo de su primera copa de vino tinto. "Sencillamente, no me parece asqueroso. Mira, cuando hacíamos orgías en el pueblo, todo el mundo metía su polla en una vagina en la que otros ya habían eyaculado momentos antes. No te da asco. Algunas chicas estaban prácticamente chorreando semen, y tú sonreías y metías tu erección justo en el desastre. ¡Te excitaba tanto solo con mirar que querías follártelas y correrte dentro de ellas una tras otra, como si hubiera algo que ganar! Y era perfectamente natural follarse a todas las chicas y correrse dentro de cada vagina. Las chicas que participaban lo esperaban de todos. Algunos tíos de verdad duros se llevaron a una docena de nosotras al granero y se dejaron llenar de semen dos docenas de veces, clavándonos los dedos

en el pelo y gritando a pleno pulmón con cada orgasmo; ¡eso sí que eran orgías!" Luego cogió un cigarrillo y fumó torpemente. "Claro, todos los miércoles notaba que tu dulce coño estaba lleno de semen, que tu dulce coño seguía bien abierto después de tanto follar, pero eso nunca me molestó, nunca me dio asco. Me lo metía como cualquier otro día porque tenía que correr, porque sufro la misma presión sexual que tú y él." Ella rió alegremente. "¡Dulce coño, nadie ha dicho eso de mi coño!" Le agarró el pelo y se lo revolvió con una sonrisa. "Y en cuanto al dulce coño, ¡tiene muchas ganas de que lo follen de nuevo!"

Reunió valor. "¿Entonces, ya no necesito masturbarme, ya no tengo que eyacular entre tus labios? ¿Ya no tengo que meterla y esperar inmóvil hasta que eyacule sola? ¿Entonces, ahora se permite follar?" Hizo una pausa teatral, sintiéndose ridículo; la respuesta era obvia. Ella eyaculó sus labios como un ratoncito. "Entonces, mi dulce ratoncito y yo humildemente suplicamos ser folladas solo con pasión y lujuria de ahora en adelante, ¡si Su Gracia así lo desea! ¡No toques tu pene de forma inapropiada, sino que insértalo castamente en mi dulce ratoncito y fóllame como es debido, si así lo desea! ¡Y humildemente le suplico que intente llevarme al orgasmo; le estaría muy humildemente agradecida, Su Gracia!" Se rieron hasta que les salieron lágrimas.

Durante un tiempo, tenían sexo antes del desayuno y después del almuerzo. María no siempre tenía un orgasmo, pero sí bastante a menudo. Y sin importar la frecuencia con la que tuvieran sexo durante el día o la noche, ella se masturbaba todas las noches antes de dormirse. En la cena del miércoles, bromeó con una sonrisa: «¡Ve ahí, mi amor, ofrece pacientemente tu coño y deja que se corra dentro de ti al menos tres veces! Luego vuelve rápido a casa y deja que yo también me corra dentro de ti tres veces, ¡te estaré esperando! Eso hace un total de», contó teatralmente con los dedos, «eso hace un gran total de seis veces siendo follada. ¡Bastante para la dulce ratoncita!». La besó en la boca, riendo; no estaba celoso del cura, y ella lo sintió en su corazón.

Sin que él se lo pidiera, ella le contaba con todo detalle cada miércoles por la noche lo que había sucedido con el sacerdote. No intercambiaban palabra; ella yacía desnuda en su cama y se estiraba. Él se arrodillaba desnudo en el reclinatorio junto a la cama, y ella lo oía murmurar una oración, pidiendo perdón por su falta de

castidad. Él se arrodillaba entre sus piernas, miraba fijamente sus genitales y se masturbaba durante unos instantes hasta que su pene estaba completamente erecto, entonces la penetraba. La follaba bastante rápido y eyaculaba solo brevemente. Esto se repitió dos o tres veces. Al final, él intentaba eyacular de nuevo, pero no podía. Ella lo masturbaba dentro de su vagina y le permitía eyacular dentro de ella. Antes de irse, él la abrazaba por detrás y la besaba en la cabeza; ella no lo había besado de verdad en mucho tiempo.

Era un buen pastor y visitaba a su rebaño día tras día. Si alguna de ellas estaba atormentada por un intenso deseo sexual, por supuesto que tenía relaciones sexuales con ella, sin importar si tenía 16 o 60 años. Estaba incansablemente ocupado seis días a la semana, teniendo sexo con una mujer tras otra; ¡había tanto que hacer! Se lo contaba cada vez que se tomaban un descanso, porque eso no estaba sujeto al secreto de confesión. En el confesionario, averiguaba qué mujer necesitaba sexo con urgencia y decidía el orden. Nunca tuvo sexo con mujeres casadas que engañaban a sus maridos, porque creía en el sacramento del matrimonio. Las muy jóvenes, las viudas y las ancianas, atormentadas por el diablo con un deseo sexual desenfrenado, querían tener sexo como es debido, y él rezaba con ellas después. Las viudas y las ancianas lo pedían de nuevo, y él intentaba liberarlas de su deseo. Las ancianas eran las más insaciables y acudían al confesionario todas las mañanas.

María le dijo a John que nunca le había convencido ese aspecto de la atención pastoral. Quizás eso también contribuyó a que perdiera su enamoramiento tan rápido. Pero todo ese sexo lo mantenía en forma; en aquel entonces, follaba mejor que nadie, como un toro de cría. En los primeros años, ella solía acompañarlo cuando visitaba a una mujer o niña una vez por semana, por ejemplo, para rellenar varios formularios. Luego se sentaba en la cocina con una taza de café frío y tenía que escucharlo follar a la niña en la habitación de al lado. Las camas crujían miserablemente, y la niña gemía y se quejaba o gritaba en un orgasmo liberado. Se sentaba rígida como una tabla en la cocina y se masturbaba en secreto bajo la falda para poder alcanzar el orgasmo al mismo tiempo que la niña. Solíamos visitar a tres o cuatro mujeres o niñas al mes. Yo tenía tantos orgasmos como él follaba, y normalmente me hacía llegar al orgasmo de nuevo esa misma noche. María observaba a John de reojo para ver cómo reaccionaba.

El viejo cura nunca hizo nada parecido, dijo María, nunca fue impúdico. Ni siquiera se acostó con una sola mujer de la parroquia, y cada pocas semanas, cuando el diablo lo tentaba, inocentemente dejaba que María lo masturbara. Juan dijo: "¡Guau!". Pero María continuó, realmente era muy inocente. "Me pidió", dijo en voz baja, "que me sentara desnuda en la silla frente a él, y me observó masturbarme". Juan asintió, "Completamente inocente", y sonrió. María continuó sin inmutarse, lo había hecho varias veces y luego se arrodillaba frente al anciano. Ella lo masturbaba, y él quería eyacular sobre sus pechos, lo cual era perfectamente normal. "Mis pechos eran mucho más llenos y firmes entonces que ahora, y los hombres no se cansaban de ellos. Eran el cebo en mi anzuelo; ¡atrapé a todos los que quise!", añadió María, mirando fijamente sus uñas.

«No crees que eso sea inocente», dijo después de un rato. Pero en realidad sí lo era, dijo. «Lo adoraba y lo quería como a mi abuelo. Le estaba agradecida y era muy joven, de 18 o 19 años. ¡Hoy no lo haría! ¡Incluso le habría permitido tener relaciones sexuales conmigo en aquel entonces si él hubiera querido!». María miró a John con súplica. "Por supuesto, ya sabía entonces que los hombres tienen que eyacular. *Las aventuras de una noche* se reducían a la eyaculación del hombre, ¡pero si yo necesitaba algo nunca le interesó a ningún hombre! El viejo pastor me encontró cuando quería tirar mi vida por la borda; me dio trabajo y una base sólida. Siempre le confesaba cuando había tenido una *aventura de una noche* y le contaba cuando me había masturbado media noche. Siempre fue amable y generoso; siempre me perdonó y me enseñó a aceptar los impulsos sexuales como parte de la creación de Dios. A algunos, Él les da gran fuerza, a otros inventiva, y algunos desarrollan un gran apetito sexual; todo está de acuerdo con el plan de Dios. En algún momento, se me escapó que si él alguna vez necesitaba sexo, yo le daría cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. Con gusto le dejaría tener sexo conmigo porque era el hombre más amable que conocía. Le dije cuánto me encantaría tener sexo con él. Que quería tener sexo con él en cualquier momento, tan a menudo como él quisiera." "¡Ojalá!" Se rió y me acarició la cara, diciendo que era muy dulce de mi parte, pero que podría ser mi bisabuelo y que se había masturbado toda su vida; prácticamente nunca había estado con una mujer, añadió. Así fue como sucedió. María guardó silencio y bebió. «La idea de la masturbación fue mía para excitarlo. Él solo quería que le hiciera una paja».

María ya no bebía; había tenido suficiente. Encendió dos cigarrillos y le dio uno a John. Exhaló el humo y lo vio alejarse, absorta en sus pensamientos. «El colega mayor se jubiló y me llevó aparte después de la fiesta de despedida. "Yo también lo hice por él durante décadas", dijo. "Sé que ahora lo haces por el viejo, y tienes mi bendición. ¡Es lo correcto!". Erna, la colega, me susurró su historia, y nunca más volví a verla». María contempló pensativa las volutas de humo. "Envejeció y se volvió demente, olvidó cómo hablar, las masturbaciones ya no funcionaban. No me reconoció cuando cerré la puerta con llave y me desvestí. Pero reconocí el deseo en sus ojos cuando miró a la joven desnuda. Lo puse duro con mi mano y me senté sobre su pene. Sus ojos se iluminaron cuando lo follé y me corrí dentro de él. Casi todos los días de su último año, lo follé una o dos veces y lo dejé correrse dentro de mí. Estaba muy feliz después de follar y un día se quedó dormido plácidamente." María apagó su cigarrillo y encendió otro.

"En mi opinión, nunca fue impúdico, ¡sigo convencida de ello hoy! Me dio una buena vida en la oficina parroquial y me enseñó a aceptar el plan de Dios. Le debo la vida, y he intentado agradecérselo con lo que recibí en el plan: un cuerpo dispuesto y un enorme apetito sexual. Me dio la verdadera fe y no me convirtió en una monja fanática y piadosa; ¡hay una gran diferencia!" John le acarició la mano, con los ojos humedecidos, y se secó las comisuras de los ojos. "Gracias por tu sinceridad", dijo con voz grave. "Ahora entiendo mejor estos acontecimientos, y me avergüenza haber interrumpido de forma tan irreflexiva y estúpida. Y ahora entiendo mucho mejor qué clase de persona hay dentro de ti: ¡un alma hermosa, noble y adorable!" Ella estaba cansada. Él la acompañó a la habitación y la desnudó con delicadeza. Ella estaba exhausta, y él la penetró con suavidad. Ella se quedó dormida durante el acto y sonrió mientras él se corría dentro de ella durante un buen rato. La besó por primera vez con besos largos y apasionados mientras la penetraba y eyaculaba. Aunque estaba medio dormida, movió las caderas y le susurró que siguiera penetrándola. Volvió a dormirse y sonrió cuando él eyaculó dentro de ella. Se despertó de nuevo, y él se quedó con ella hasta que se durmió, abrazándola mientras ella se masturbaba dos veces y dejaba que Dios la consolara. Solo cuando ella estaba profundamente dormida, él se fue a su habitación.

A la mañana siguiente, ella se levantó mucho antes que él y lo esperó con un desayuno abundante y suntuoso. Lo observó comer y recogió la mesa. Con el rostro sonrojado, le dio un beso apasionado y le susurró si no quería eyacular antes de irse. Vio que él miraba el reloj de pared y le susurró que solo tardaría dos minutos. Rápidamente se quitó las bragas y dejó caer la falda al suelo. Se inclinó sobre la mesa y apoyó la parte superior de su cuerpo sobre ella, se agarró las nalgas y las separó. Él se bajó los pantalones hasta los tobillos y la penetró; ella estaba mojada y caliente. La folló rápida y furiosamente, pero podía sentir su increíble excitación. Ella tuvo un orgasmo en solo unos instantes, su rostro rozando la mesa mientras él la penetraba. Fue un rapidito, y se vistieron rápidamente. Ella lo besó con alegría, y luego él se fue. Estos rapiditos siguieron siendo una rara y espontánea sorpresa.

Una de las noches siguientes, María contó la historia de Erna. Erna esperó hasta el final de la fiesta de despedida y la llevó al "diván del pecado" de la parroquia. En voz baja, le relató su historia. Cuando empezó a trabajar en la oficina parroquial, el sacerdote anterior había sido desterrado a un monasterio; había abusado de muchos monaguillos. El nuevo sacerdote era más joven y dejaba a los monaguillos en paz. Una larga tarde, confesó cuánto lo atormentaba el diablo con sus impulsos sexuales reprimidos y cómo la masturbación no le proporcionaba alivio. Erna, que conocía bien los impulsos sexuales reprimidos masculinos, se ofreció a aliviarlo. Él lo pensó durante días y finalmente aceptó. Ella se arrodilló ante él, tomó su pene en la boca y lo masturbó. Él eyaculó en su garganta, en lo profundo de su faringe. Desde niña había aprendido a dejar que su padre y su tío eyacularan en su boca. La madre se turnaba para frotar los penes de su marido y su hermano en la boca de la pequeña Erna. Ella sonrió lascivamente, porque si los hombres eyaculaban en la boca de la niña, ella no tenía que tener sexo con ellos. Los cuatro vivían en el pequeño apartamento y los cuatro dormían en la cama matrimonial. La pequeña Erna veía cada noche con qué indiferencia y asco su madre ofrecía su vulva a su esposo y hermano, exhalando un suspiro de alivio cada vez que eyaculaban dentro de ella. Se suponía que la eyaculación oral de Erna la liberaría de una carga, pero con el tiempo los hombres se aprovecharon de ambas. Boca y vulva en lugar de boca o vulva. Erna lamía al pastor a diario; le gustaba desnudarse y dejar que él mirara y tocara sus genitales. Sabía que su cuerpo no valía nada más; tenía una figura andrógina y no tenía pechos. Sabía perfectamente lo

ridícula y poco erótica que se veía una chica sin pechos; sus pezones largos y generalmente erectos no lo compensaban. El pastor estaba muy complacido cuando ella realizaba una fantástica danza de Salomé desnuda. Erna no sabía nada sobre la masturbación en aquel entonces; Se masturbó por primera vez cuando tenía más de 60 años y tuvo su primer orgasmo. Durante dos años, lo hizo a diario para él, y todo iba bien.

¡Entonces el estruendo! La ama de llaves había abierto la puerta y se quedó allí clavada en el sitio; el caballero de alto rango acababa de eyacular en la boca de Erna. Cerró la puerta de golpe, agarró sus pertenencias y salió corriendo. Tres días después, el obispo lo convocó. Fue al palacio episcopal con aspecto bastante abatido. El corpulento obispo estaba terminando su segundo desayuno ligero y lo invitó a acompañarlo a comer patas de faisán y jamón de jabalí, paté de trufa de ganso y una copa de vino espumoso. Era solo una comida modesta, dijo el príncipe barroco, mientras el sacerdote besaba el anillo de rubí en su grueso dedo. El obispo inicialmente quería saber si no abusaba de los monaguillos, pero el sacerdote juró por Dios y todos los santos que no se sentía atraído en absoluto por los niños y que nunca había tocado indecentemente a uno, ¡Monseñor! El obispo se relamió los labios y asintió con aprobación, y le interrogó al sacerdote durante tres horas sobre su trabajo en la parroquia. Habló con la boca llena y brindó amablemente con el obispo, quien estaba muy complacido con su trabajo. «Eres un buen hombre, querido hermano», dijo el obispo, «¡me vendrían bien unos cuantos como tú!». Rellenó generosamente los cálices de plata y lamentó su triste rutina diaria. Cada vez con más frecuencia tenía que enviar ovejas negras al exilio, a monasterios, al extranjero o a África. El diablo estaba inundando sus parroquias con pedófilos que abusaban y corrompían a los jóvenes. Esto, dijo, era un azote que el Señor le había impuesto para ponerlo a prueba. Después de todo, él era el pobre y afligido; no pensaba ni un instante en los monaguillos. Tras cuatro horas, el desayuno terminó, y el buen sacerdote se puso de pie con dificultad, tambaleándose, y besó el anillo del obispo. «Buen trabajo, buen trabajo, querido hermano», murmuró el obispo, «¡pero aléjate de los muchachos!». Retrocedió hacia la puerta, y el obispo le gritó que le enviaría inmediatamente una nueva ama de llaves que no fuera tan mojigata. El pobre hombre se arrastró a casa borracho y acabó vomitando en la acera.

En efecto, la nueva mujer era vieja, fea y perezosa. La sordomuda, por supuesto, realizaba su trabajo con gran esmero y luego se quedaba desnuda en la cama hasta la cena, leyendo una revista sensacionalista tras otra y jugando placenteramente con su clítoris. Dejaba la puerta abierta día y noche, y como se masturbaba ruidosamente con frecuencia, sus gemidos y quejidos de placer se oían por toda la casa. Le importaba un bledo que la observaran. Erna, como todos los demás, la había observado un par de veces por curiosidad, pero pronto se aburrió.

El sacerdote le contó a Erna con todo lujo de detalles cómo habían ido las cosas con el monseñor obispo. «Que el obispo insistía tanto en que no tocara a los monaguillos», resopló el sacerdote con desdén, «¡como si yo corriera el riesgo de convertirme en pedófilo!». Erna preguntó sin aliento: «¿Y lo otro?». El obispo lo interrumpió a mitad de la frase, refunfuñando que no era asunto suyo y que era un maldito asunto privado. El obispo murmuró algo sobre la mojigata ama de llaves que quería ser más católica que el Papa. «En fin», dijo el sacerdote con un guiño, «¡nos está permitido, con el consentimiento del obispo!». Erna rió aliviada cuando él se lo tradujo, y ahora, con el consentimiento del obispo, volvía a tomar su pene en la boca a diario.

Erna llevaba unos diez años trabajando en el bufete de abogados y, cuando su amo eyaculaba en su garganta, desarrolló un dolor de garganta muy intenso. Casi pierde la voz. El médico la interrogó a fondo y le prohibió practicar sexo oral; ¡ya no se le permitía tener penes en la boca! Si contraía otra infección, podría perder la voz para siempre, le advirtió el médico, porque le parecía repugnante. Erna, por supuesto, no sospechaba del pastor, sino de su padre o su tío, quienes seguían eyaculando en la vagina y la garganta de su madre a diario. Solo se abstenía de practicar sexo oral cuando se quedaba a dormir en casa de algún pretendiente. Hacerles entender a su padre y a su tío que estaba poniendo en peligro su voz fue mucho más difícil, y solo cuando les propuso tener relaciones sexuales con ambos todo se calmó y su madre pudo descansar unos días. Su padre quedó estupefacto, pues seguía creyendo firmemente que Erna era virgen. Erna soltó una carcajada, exagerando al decir que hacía siglos que no era virgen y que ya se había acostado con al menos cien hombres. Su padre era mucho mejor en la cama que su tío; siempre llegaba al orgasmo con él si su tío la había excitado primero. Durante unas semanas fue toda una sen-

sación, luego las cosas se calmaron un poco. Ni los adultos ni Erna pensaron jamás en el incesto.

El sacerdote comprendió de inmediato que ella ya no podía dejar que él eyaculara en su boca; él quería eyacular sobre sus pezones largos y duros. Él estaba completamente emocionado, pero ella estaba molesta por tener que limpiar el desorden. Después de unas semanas, ella se sentó en su regazo, atrapando su pene entre sus cuerpos, pero incluso entonces, el desorden la molestaba. Ya no queriendo estar molesta, insertó su pene en su vagina antes de que él eyaculara. Él protestó diciendo que eso era muy impuro, pero la dejó continuar. Como él no siempre eyaculaba de inmediato, ella lo penetraba hasta que él eyaculaba dentro de ella y hasta que terminaba. Ambos disfrutaron de esto durante años, riendo a carcajadas mientras se penetraban, especialmente cuando se podía oír la ruidosa masturbación de la ama de llaves. Después de casi 20 años en el bufete de abogados, ella decidió casarse. El sacerdote la felicitó y se negó a dejar que lo masturbara de nuevo: ¡el sacramento del matrimonio!

Ella sugirió tímidamente que tal vez le gustaría acostarse con la ama de llaves mientras ella se masturbaba. Solo se masturbaba cuando estaba realmente cachonda, ¡y era una bendición acostarse con una mujer tan atractiva! Podría acostarse con ella a su antojo y eyacular dentro de ella tantas veces como quisiera. Él estaba muy indeciso. Pero ella ya le había preguntado a la mujer sordomuda, y ella no tenía ninguna objeción; ¡le encantaría que la follaran, sin importar quién fuera! Él, por supuesto, estaba asqueado por la idea. Había visto a la anciana masturbarse con bastante frecuencia y la encontraba depravada y fea. Pero Erna se mantuvo terca y, después de varios días, finalmente lo convenció para que la acompañara a la habitación del ama de llaves.

Cuando llegaron, la anciana dejó su revista, separó las piernas y comenzó a masturbarse con una sonrisa vulgar. La observaron un rato. Erna frotó su pene con fuerza y lo introdujo en la vagina de la anciana, donde permaneció un buen rato antes de eyacular con un rugido. Lo hacía a diario, eyaculando en la anciana sonriente, pero al principio se negaba a penetrar correctamente. Erna, con paciencia, le enseñó a penetrar correctamente en la estrecha vagina de la anciana y a eyacular dentro. Después de un rato, ya no la quería allí —¡el sagrado sacramento de su matrimonio!— y le mostró lo

bien que podía penetrar a la anciana masturbándose él mismo, penetrándola hasta terminar. Tenía que penetrar cada vez más tiempo hasta correrse. La anciana sonrió con lujuria, masturbándose de orgasmo en orgasmo, y se abrió ansiosamente para que él pudiera finalmente eyacular dentro de ella.

Erna se alegró mucho de que finalmente él penetrara a la anciana correctamente y eyaculara profundamente dentro de ella. Durante unos días, se aseguró de que la penetrara correctamente y eyaculara con fuerza. Luego, Erna le permitió estar con la de 70 años. Él dijo una vez que lo necesitaba varias veces al día porque no era tan satisfactorio como con ella. Pero la anciana hacía bien su trabajo y siempre estaba lista, también porque él quería eyacular dos veces en su agujero por la noche. Erna ya no quería tener nada que ver con él cuando enviudó joven. Pero él quería follar con Erna todos los días; la penetraba correctamente una y otra vez para eyacular, y ella estaba bastante contenta con eso. Solo dejaron de hacerlo cuando ella cumplió 60 años. Vivió abstinentemente durante unas semanas, luego imitó a la anciana y desarrolló una adicción a la masturbación diaria. Esa fue la historia de Erna, concluyó María su relato. Se mantuvo firme en su creencia de que el anciano no era impúdico.

Algunos de sus colegas sospechaban que John era gay porque no se acostaba con ninguna de las estudiantes como ellos. Era amigo de muchas de ellas, pero no coqueteaba, y cuando ellas daban el primer paso, las rechazaba cortésmente, diciendo que tenía una relación seria y que no tenía problemas de esperma. Algunas, sin embargo, eran muy persistentes y no lo dejaban irse hasta que se acostara con ellas. No se molestaban en usar anticonceptivos y lo dejaban llenarlas. Los rumores sobre su homosexualidad cesaron abruptamente. Se sintió terriblemente avergonzado cuando llegó a casa y dejó que María se tomara una buena copa de vino tinto antes de finalmente confesar sus problemas. María se rió a carcajadas, diciendo que era maravilloso. “Oh, vamos”, le dijo bromeando, “es perfectamente normal que se acueste con gente de su edad”. No quería oír nada sobre que la engañara, “¿y qué hay de mi sacerdote entonces?”. Él balbuceó incoherentemente que eso era diferente. El sacerdote había llegado antes que él; Las estudiantes la siguieron, cronológicamente hablando. “¡No dejes que tu lógica filosófica se meta en tu vida sexual, lo arruinará todo!” María estaba borracha, pero las lágrimas le subían ahogadas a la

garganta. Sacudió la cabeza, apartando esos pensamientos. Debería contarle sobre la chica, cómo era, cómo follaban y si se masturbaba después. Dejó que la curiosidad lo dominara y las palabras brotaron de él. Describió el cuerpo de la chica, sus pechos y sus genitales con precisión anatómica y comentarios lascivos. Cerró los ojos con lujuria mientras él describía el rostro y las reacciones de la chica con comentarios caprichosos. Podía imaginar fácilmente a la chica masturbándose, perdida en su propio mundo, retorciéndose en convulsiones orgásmicas. Hablaron de su follada durante un buen rato antes de entrar en la habitación.

Ella había dado su aprobación; no tenía objeciones. Ahora se dejaba seducir por cualquier chica guapa o interesante, y su reputación de buen amante se extendió. La mayoría de las chicas tenían vaginas mucho más estrechas que María, y le sorprendía lo mucho que lo disfrutaba. Siempre usaba condón, incluso cuando algunas chicas se reían y lo preferían natural. La lujuria lo dominaba al penetrar y eyacular dentro, y embestía como un toro hasta terminar. Después de eyacular, se preguntaba si acababa de engendrar un hijo y retrocedía conmocionado; esta chica tampoco era la pareja adecuada para él. ¿Podría realmente rechazarla si la había embarazado? Hablaba con María durante las noches sobre sus dudas. Ella le aseguraba que las chicas modernas sabían contar sus días fértiles, aunque no fuera un método muy fiable. No debía volverse loco.

El destino le sonrió. Una de las chicas, con quien había tenido relaciones sexuales varias veces, le dijo un día, abatida, que ya tenía diez días de retraso. Él quedó paralizado, incapaz de sentir alegría o ira. No sentía nada y se sentó durante un buen rato en la cafetería con la mirada perdida. Así que esto era tener hijos. No levantó la vista cuando ella regresó y le dijo en voz baja que no iba a tener al bebé. La idea de un aborto lo angustió aún más. Se quedó inmóvil, mirando al vacío. Esa noche, María lo tomó en brazos y lo acunó como a un niño. La chica tenía razón; el niño arruinaría la vida de ambos. Sus estudios y su carrera se esfumarían con el primer llanto del bebé. Lloró hasta quedarse dormido y no pensó en tener relaciones sexuales con María. María lo acunó en brazos y le hizo una paja tras otra hasta que se durmió, exhausto.

Durante semanas no dejó que ninguna chica se le acercara. Yacía en silencio junto a María y hacían el amor en silencio. Poco a

poco fue saliendo de la oscuridad, riendo con María cuando ella relataba con entusiasmo sus encuentros sexuales pasivos con su sacerdote, y volviendo a sonreír en la universidad. Nunca más fue imprudente, y si una mujer se negaba a usar un condón, dejaba claras sus intenciones. ¡Él decidía si lo usaba o no!

Mamá lo hace mejor

von Jack Faber © 2022

Los gemelos

Pe y Ka eran conocidos en toda la familia como “los gemelos”, aunque no lo eran. Peter, a quien todos llamaban Pe —un nombre que Ka había inventado— tenía casi 10 años, y Karin, a quien todos llamaban Ka —un nombre que ella misma se había inventado— tenía 9. Los dos eran inseparables, como el yin y el yang. Jugaban juntos, iban juntos a la escuela, dormían en la misma habitación y siempre se bañaban juntos. Ka lloró y montó un berrinche cuando sus padres quisieron que Pe se mudara a su propia habitación. Los desafió e insistió en que la dejaran quedarse en la misma habitación que Pe. Aunque Ka era la menor, era mucho más lista y astuta que su hermano mayor, a quien podía manipular fácilmente.

Ambos eran buenos estudiantes, hacían los deberes juntos y veían programas infantiles en la televisión, ignorando por completo el límite de tiempo frente a la pantalla impuesto por su madre, quien estaba totalmente agobiada. Ahora, durante la pandemia, su vínculo era aún más estrecho.

El año pasado, Pe le había enseñado a Ka cómo espiar en la habitación de sus padres. El armario estaba justo donde antes había una puerta de comunicación. Había grietas en el panel trasero de madera a través de las cuales se podía ver toda la habitación. Ka estaba orgullosa de su hermano mayor por haberlo descubierto. Quedó claro que sus padres solo tenían relaciones sexuales los sábados por la noche y los domingos por la mañana. Durante la semana, mamá a veces dejaba que papá eyaculara rápidamente en su boca porque no había tiempo para el coito. Espiaban tan a menudo como podían, y después de la primera vez, Pe le explicó a Ka exactamente cómo tenían relaciones sexuales sus padres. No podían ver mucho porque solo estaba encendida la pequeña lámpara de noche de mamá, y ella generalmente tenía algo encima, así que estaba bastante oscuro. Sus padres tenían relaciones sexuales discretamente debajo de la sábana, y los dos no vieron nada.

Lo único que realmente pudieron ver el sábado por la noche fue a sus padres desnudándose y deslizándose bajo las sábanas. Pe miraba, fascinada, los pechos llenos de su madre y el pequeño mechón de pelo rubio visible sobre su hendidura. Pe contenía la respiración cada vez que su madre abría ligeramente las piernas al

acostarse, revelando su vulva y el clítoris cubierto por un prepucio oscuro. Tenía la costumbre de retraer el prepucio con fuerza por un momento y acariciar el botón rosado pálido con un dedo durante minutos. El largo pene de su padre colgaba; permanecía erecto, su pene colgando frente al rostro de su madre. Ella retrajo el prepucio sobre el glande y le dio un dulce beso. Lo tomó en su boca y lo frotó, succionando con fuerza, durante minutos hasta que estuvo completamente erecto y apuntando audazmente hacia arriba. Su padre se arrastró bajo las sábanas con ella, que se tambalearon por unos momentos, y eso fue todo.

Solo los domingos por la mañana se desnudaban y follaban varias veces. Tan pronto como terminaban una ronda, mamá tomaba el pene de papá en su boca, succionándolo y frotándolo hábilmente hasta que estaba completamente duro. Luego lo volvía a meter en su agujero, y papá empujaba y eyaculaba hasta correrse. Los dos observaban debajo del culo de papá cómo su pene entraba y salía del agujero de mamá como un pistón y luego se detenía repentinamente. Las risitas de Ka casi la delataron cuando los testículos de papá rebotaban alegremente arriba y abajo mientras eyaculaba. Pe observaba excitado cuando mamá inmediatamente tomó el pene de papá de nuevo en su boca y lo frotó con fuerza. Espiaron hasta el final, cuando el pene de papá ya no se mantenía completamente erecto y mamá lo dejó eyacular en su boca. Ka nunca quiso hacer eso, susurró, ¡era asqueroso! Pero miraron hasta el final, ¡era tan excitante!

Los dos espías pronto descubrieron que cada mañana, después de preparar el desayuno para su padre y de que este se marchara, su madre volvía al dormitorio y se sentaba desnuda frente al gran espejo ovalado. Los niños no podían ver nada, salvo que ella movía el codo durante un buen rato y se vestía rápidamente para despertarlos. «Ella se lo hace a sí misma», susurró Ka, explicándole a Pe lo que sus amigas comentaban: todas las madres se lo hacían a sí mismas cada mañana. Pero ninguna podía decir con exactitud qué era lo que se «hacían a sí mismas».

Pe y Ka siempre habían explorado sus cuerpos mientras se bañaban. Su madre solía dejarlos chapotear durante mucho tiempo cada tarde; a los gemelos les encantaba hacerlo durante el confinamiento y no la molestaban. Ella se iba al dormitorio y hablaba por teléfono durante horas. Ka le mostraba a Pe su vulva, y él tenía

permiso para introducir un dedo completamente dentro. Ella le había contado tímidamente que hacía mucho tiempo, Ka le había desgarrado el himen con su dedo curioso mientras exploraba su vagina. A Pe le gustaba dejar que ella examinara su pene. Le fascinaba el hecho de que pudiera ponerse erecto y luego ablandarse de nuevo. El prepucio era algo extraordinario; podía retraerse y extenderse sobre el glande. Ka sabía, por supuesto, que podía eyacular si se frotaba rápidamente. Ella lo veía frotándose y eyaculando en el agua casi todos los días. Por la noche, cuando su erección lo despertaba, llamaba a Ka en voz baja, y ella observaba con interés cómo se frotaba y eyaculaba.

Debido a la pandemia, tuvieron que quedarse en casa todo el día. Papá les había comprado una computadora portátil para que vieran sus clases en línea. Charlaron durante horas con amigos en la pantalla y recibieron consejos útiles sobre cómo borrar su historial de navegación si sus padres querían revisarlos. Había muchos consejos sobre dónde ver mujeres desnudas, y los dos pasaron horas mirando mujeres desnudas y hombres musculosos desnudos. Ka estaba un poco triste porque su clítoris era pequeño; las chicas en internet tenían clítoris más grandes. Pe la tranquilizó, riendo, diciendo que era lo mismo que con los senos: ¡solo crecen con la edad! Ka se rió porque los hombres tenían penes tan grandes; no podía imaginarlos entrando en el pequeño agujero de una mujer. Pe reflexionó que tal vez ni siquiera estaban hechos para follar y tal vez estaban agrandados con silicona como los senos de algunas mujeres. Entonces uno de sus amigos susurró que si querían ver sexo de verdad, el mejor lugar era Pornways o Pornstreet. Pero no olviden silenciar el sonido para no llamar la atención. Tenían la cara roja y las orejas enrojecidas.

La madre está sorprendida

Ka era la directora y coreografió la rutina. Sabían exactamente cuándo la puerta del dormitorio crujía y mamá abría la del baño para ver cómo estaban, para luego irse inmediatamente a continuar su llamada telefónica. Interrumpían sus travesuras y le mostraban a mamá la imagen de niños chapoteando inocentemente. Pero esta vez, Ka quería provocar a mamá y observar su reacción. Pe debía frotarse con fuerza, y cuando mamá abriera la puerta, debía levantarse y chapotear. «¡Un plan genial!», murmuró Pe emocionada. Ka jugaría inocentemente en el agua de la bañera.

Se frotó mientras mamá se acercaba, y cuando ella abrió la puerta, eyaculó en su dirección, salpicando abundantemente su semen a sus pies. Mamá exclamó: “¡Guau!” y se acercó a él. Le agarró el pene y le bajó el prepucio varias veces; Pe eyaculó el resto en su mano. Se limpió la mano con el delantal y limpió el semen del suelo. Sin decir palabra, se fue para continuar su llamada telefónica, y esa noche Ka tuvo la rabieta antes mencionada, durante la cual quiso mantener a Pe en la habitación de los niños.

Mamá le susurró algo a papá más tarde, y él sonrió torcidamente. “¿De verdad quieres hacerlo?” Papá escuchó a mamá durante un buen rato mientras ella le susurraba al oído y le acariciaba el pene. “¡Claro que sí!” La besó suavemente en los labios: “¡Eres mi cerdita traviesa!” Eso fue lo único que los espías pudieron entender. Mamá tomó su pene en la boca, lo frotó hábilmente durante unos instantes y lo dejó eyacular dentro. A veces lo hacía durante la semana cuando no había tiempo para el sexo.

Así que cada tarde, mamá entraba al baño, donde Pe ya estaba de pie masturbándose. Se sentaba en el borde de la bañera e intentaba taparle la vista a Ka. Se bajaba el sujetador, dejando al descubierto sus pechos. A él se le permitía acariciarlos y tirar con fuerza de su pezón al eyacular. Ella le frotaba juguetonamente el prepucio hasta que él se corría en su mano. Pe decía que mamá era increíblemente buena en eso, ¡igual que papá! Ka estaba muy orgullosa de sí misma; se jactaba de haberlo orquestado todo a la perfección.

Poco después, Ka sugirió tener sexo mientras se bañaban. Escucharon para ver si su madre estaba al teléfono, y Ka dejó que se va-

ciara un poco la bañera. Se tumbó boca arriba y ayudó a Pe, que se había frotado el pene con fuerza, a penetrarla. “¿Y bien, qué tal?”, preguntó él, y ella respondió: “Un poco raro, pero no muy diferente a meter un dedo”. Le dijo que empujara, ¡pero en silencio! Él empujó obedientemente, como había visto en las películas porno, y ella dijo que era aburrido. Pe asintió y agarró con fuerza las nalgas de Ka. Ella abrió mucho los ojos. “Puedo sentir que te vienes dentro de mí”, dijo emocionada, “¡ahora y ahora y ahora!”. Entonces él se detuvo y, gimiendo, sacó su pene flácido. “Nunca te habías corrido durante tanto tiempo”, insinuó Ka, “¿no fue genial para ti?”.

Él asintió, y ella se agachó para dejar que su semen brotara de su vagina y se lavó. “Voy a intentar frotarlo como lo hicieron las mujeres en internet”, anunció. Se sentían mucho más adultas cuando decían “mujeres”. Lo hizo exactamente como lo habían visto, y después de unos minutos, se estremeció. Su rostro tenso y contraído se relajó. “¡Oh, eso se contrajo!”, exclamó. “¡Así que eso es lo que mamá hace frente al espejo del dormitorio todas las mañanas!” Pe asintió; probablemente ese era el frotamiento matutino. Mamá se estremeció igual que Ka.

La confirmación llegó de inmediato. Mamá ya no se masturbaba sentada por la mañana, donde los dos no podían ver nada. Se dejó caer de espaldas y ahora podían ver claramente su dedo en el espejo, masturbándose el clítoris sobre la vulva. Lo hacía igual que Ka y las mujeres de las películas porno, pero durante mucho más tiempo, con más intensidad y pasión. Los dos la observaban sin aliento hasta que el cuerpo de mamá se tensaba por completo, pero al cabo de un rato, se volvió aburrido.

Por la noche, cuando sus padres roncaban ruidosamente, Ka susurró, preguntándole si debía acercarse a él. “¿Follar? ¡Sí, follar!” susurró. Pe se entusiasmó de inmediato y ella se metió en la cama con él. Follaron en silencio, sin hacer ruido. Ka se masturbó una o dos veces después de follar, y normalmente follaban una segunda vez, luego Pe se dormía, exhausto. Ka volvía sigilosamente y se masturbaba hasta quedarse dormida. Ka observaba muy atentamente cómo se masturbaba su madre y cómo se masturbaban las mujeres en internet. Aprendió todo con atención y se masturbaba durante mucho tiempo cada noche. Con cada orgasmo, se debilita-

ba más y más y luego se dormía exhausta, con el dedo en el clítoris.

ilustración

Un día, mamá entró al baño de buen humor, se quitó el sujetador y las bragas, y se acostó en la bañera con los niños. Separó los labios vaginales con los dedos y les explicó todo, que los adultos normalmente solo tenían sexo por diversión o se frotaban el clítoris solo por placer. Los dos niños pudieron tocarlo todo, introducir un dedo en su vagina y sentir el interior. El bebé tuvo que deslizarse por ahí, lo que le dolió bastante a la mujer, pero todas las mujeres habían podido soportarlo hasta ahora, le dijo a Ka. Hizo que Ka abriera las piernas y se tocó el clítoris. Una mujer se da a sí misma el placer más maravilloso con su clítoris; luego retira el pliegue de piel sobre su propio clítoris y expone el pequeño botón, y los niños pudieron tocarlo y apretarlo. Les explicó a los niños cómo se masturban las mujeres. Los niños estaban ansiosos por ver y presionaron sus mejillas contra la parte interna de sus muslos. Se retiró el prepucio sobre el clítoris y se masturbó el glande para que pudieran verlo todo con claridad. Sus piernas temblaban incontrolablemente; Se detuvo en el suave orgasmo y, sonriendo orgullosamente, acarició sus rostros ardientes. Así se entretenía cuando papá no estaba cerca. ¿Era eso importante?, preguntó Ka, y mamá respondió que era algo que solo se hacía a solas, era privado. Solo cuando papá no estaba presente para tener sexo. Tendría que explicar el sexo con más detalle, preguntó Ka con picardía. A Pe, cuyo pene, por supuesto, había estado erecto durante bastante tiempo, se le permitió deslizar lentamente su pene en su vagina, a solo centímetros de los ojos de Ka. Pe comenzó a empujar con mucha fuerza. ¿Y luego papá tiene que empujar?, preguntó el niño de 10 años con picardía. “Sí”, respondió mamá, “pero no debes empujar, Pe, ¡no!” Intentó apartarlo. “¡Para!” Pero era demasiado tarde; se ablandó por completo y abrazó al niño de 12 años con mucha ternura. No fue sexy ni erótico, pero lo dejó terminar. Ka sonrió de oreja a oreja mientras Pe eyaculaba con todas sus fuerzas en la vagina de mamá. Empujaba y eyaculaba con cada embestida. Ka sonrió descaradamente y observó su larga eyaculación, presionando su rostro contra sus labios para verlo todo con claridad. Mamá, resentida, lo dejó terminar y luego le tiró con fuerza de la oreja: “¡Eres un cerdo!”. La lección había terminado y Mamá se fue en silencio al dormitorio a masturbarse. Los dos continuaron bañándose inocente-

mente y se rieron entre dientes al recordar lo que habían hecho con Mamá.

Hasta entonces, a Pe se le había permitido acariciar sus pechos y pezones, que ella siempre sacaba de su sostén porque así podía frotarlo más rápido hasta que se corriera. Al día siguiente, le preguntó inocentemente a su madre si podía, por favor, eyacular dentro de ella otra vez, pero ella negó con la cabeza. “Ayer fue un accidente”, explicó, “Soy tu madre, ¡no tienes permitido follarme ni eyacular dentro de mí! ¡Madre e hijo no tienen permitido follar entre sí, está prohibido!”. Lo miró fijamente a los ojos, y él asintió abatido. Ya no se conformaba solo con sus pezones; antes de eyacular, deslizó su mano dentro de sus bragas desde arriba y palpó sus genitales con los dedos. “¡Pero no frotes!”, susurró ella con tono de reproche, sujetando su mano con firmeza por un momento. Encontró su clítoris y lo frotó, por supuesto, muy suave y delicadamente, y su clítoris se endureció gradualmente. Solo en contadas ocasiones su bajo vientre y sus piernas se contraían ligeramente, e incluso entonces, tras un largo rato, volvía a abrir las piernas de inmediato, presionando su clítoris contra su mano para que él continuara. Él eyaculó con placer en su mano, mientras sus dedos se clavaban en su clítoris y labios vaginales. Eso estaba bien; a partir de ahora, podía hacerlo.

Falsos amigos

Muchos meses después, se suavizaron las restricciones y Ka pudo invitar a su amiga Mia a casa. Mia, que tenía 11 años como Ka, insistió en traer a su hermano Jan. Él era seis meses mayor que Pe, que tenía 13. Mia y Jan eran más altos que Pe y la flacucha Ka. Charlaron en línea durante horas, y Jan, que parecía un poco tonto, incluso mostró su pene durante una conversación cuando Mia y Ka lo molestaban. Ka se excitó muchísimo y susurró mucho con Mia; deseaba desesperadamente tener sexo con Jan. Se rieron y bromearon, pero era algo serio. Jan, que no participaba mucho en la conversación, no dejaba de mostrar su pene con orgullo y una vez eyaculó sobre el escritorio, lo que impresionó bastante a Pe y Ka. ¡Ka estaba enamorada de este chico, de este pene! Mia se encogió de hombros; no era nada nuevo para ella. Y Pe no quería eyacular delante de la cámara. Mia ya sabía que Ka se acostaba con Pe todos los días y se masturbaba compulsivamente por las noches. Ella también lo hacía, solo que no lo había admitido durante mucho tiempo. Cuando charlaba a solas con Ka —Pe escuchaba discretamente de fondo—, le susurró que sí, que se había acostado con él una vez, pero no muy a menudo. Sí, con Jan, por supuesto, pero no todos los días como Ka. Pe sabía perfectamente que Mia mentía, pero no dijo nada.

Llegó el día. Mamá estaba muy emocionada e iba a encontrarse con unas amigas en la ciudad. Regresaría en dos horas. Los cuatro niños estaban sentados en el suelo de su sala de juegos jugando a "¡Lo siento!". Mamá salió corriendo hacia sus amigas, a quienes no había visto en muchísimo tiempo.

Los cuatro esperaron unos minutos para ver si mamá realmente se había ido, luego Ka se quitó la ropa interior y le pidió a Mia que hiciera lo mismo. Las chicas abrieron las piernas bajo sus faldas, mostrando sus hendiduras y agujeros desnudos. Jan miró, fascinado, el pequeño agujero de Ka, se bajó la cremallera de los pantalones y dejó que su pene colgara, igual que el de Pe. Ka sonrió radiante, porque el pene de Jan se puso duro al instante. No hablaron mucho; Ka se tumbó boca arriba, y Jan se bajó un poco los pantalones y se arrastró entre sus piernas. Mia se agachó en el suelo detrás de su hermano; quería ver el sexo de cerca. Pe se quedó detrás de Mia, quien se arrodilló detrás de Jan, ofreciéndole su pe-

queño culo a Pe, quien también quería verlo de cerca. Su agujero era mucho más grande que el de Ka y rojizo, como si estuviera inflamado. Se había retraído el prepucio marrón sobre el clítoris y se estaba frotando el botón rosa pálido con un dedo. El clítoris de Pe le recordaba más al gran clítoris de su madre que al pequeño clítoris de Ka.

El pene de Jan era un poco más grande que el suyo. Jan humedeció su pene con saliva y penetró cuidadosamente la vagina de Ka. Ka jadeó; ¡se sentía fantástico! Jan folló a Ka con embestidas largas y enérgicas, y Ka se excitaba cada vez más con cada momento que pasaba. Pe observó cómo Mia se frotaba el clítoris y se estremecía cuando el pene de Pe entraba en ella por detrás. Dudó, preguntándose si debía ahuyentarlo, pero deseaba desesperadamente ver cómo follaban el pequeño agujero de Ka. Ka volaba, su rostro contorsionado por el orgasmo. Jan se deslizó fuera, sobresaltado, su pene eyaculando sobre los labios de la sonriente Ka. Pe, que había follado la vagina de Mia rápida y apresuradamente, simplemente eyaculó dentro de ella. Sacó su pene, y Mia presionó su rostro contra la alfombra y se masturbó furiosamente con el culo bien alto. Su rostro rozó la alfombra varias veces mientras su orgasmo estallaba. Tres pares de ojos se fijaron en su rostro contorsionado y su coño tembloroso.

Los cuatro se sentaron en el suelo, jadeando. Se miraron en silencio y sonrieron. Jan refunfuñó con tristeza; esto no era bueno, y entonces todos empezaron a charlar a la vez. Mia quería saber desesperadamente de Ka si había tenido un orgasmo de verdad durante el sexo, y Ka asintió. Mia solo tenía orgasmos cuando se masturbaba mientras tenía sexo, dijo, y Jan asintió. Los penes de él y de Pe seguían erectos. Acostaron a las chicas boca arriba y empezaron a follar. Mia se masturbó desde el principio, y Pe eyaculó mucho antes que Jan. Ka sonrió extasiada, y pronto su rostro se contorsionó en un orgasmo. Jan, una vez más desprevenido, eyaculó demasiado pronto mientras lo expulsaban, derramando el resto de su semen sobre sus labios vaginales. “¡Qué desastre!”, gruñó con brusquedad. Mia también se corrió; movió la cabeza de un lado a otro y se dejó llevar. Se sentaron jadeando en círculo, charlando entre ellos.

Las chicas frotaron los penes de sus héroes hasta que se pusieron duros, luego follaron uno al lado del otro como antes. Pe eya-

culó un poco y supo inmediatamente que había tenido suficiente. Ka no volvió a tener un orgasmo; Jan eyaculó fuerte una vez dentro de la vagina de Ka, sacó su pene con rabia, se masturbó el resto sobre sus labios y la apartó con fastidio. Murmuró audiblemente que era una mierda para follar. El corazón de Ka casi se detuvo; no había esperado tal insulto y rechazo. Mia terminó su orgasmo brillantemente. Tomaron un descanso de varios minutos; Pe puso su brazo alrededor de los hombros de Ka, y ella sintió ganas de llorar. Jan agarró a Mia con bastante brusquedad y la folló con embestidas firmes y salvajes. Ella inmediatamente comenzó a masturbarse. Él agarró sus nalgas con sus manos, dándole un mejor agarre. Era evidente que eran un equipo bien coordinado. Mia se frotó increíblemente rápido y tuvo un orgasmo con la boca abierta, incluso antes de que Jan eyaculara. Inmediatamente se ablandó por completo; Así es como siempre lo había querido; deseaba desesperadamente eyacular profundamente dentro de ella. Jan apretó su trasero contra él y, con los ojos cerrados, eyaculó durante lo que pareció una eternidad. Eyaculó una y otra vez, y entonces terminó. Con un gruñido de satisfacción, sacó su pene, y Mia limpió las últimas gotas de su glande flácido con los dedos. No volvió a mirar a Ka.

Se marcharon rápidamente, y Pe llevó a la abatida Ka al baño. Mientras estaban sentados en el agua tibia, él le acarició suavemente la cara y dijo: «¡Qué egocéntrico, arrogante y engreído es Jan!». Ka lloró, y él le acarició la cara hasta que terminó. Le preguntó qué se sentía al tener sexo con su pene más grande, cómo era el orgasmo. Ella se relajó, y pronto estaban hablando de sexo a su manera lasciva habitual. Dijo que Mia tenía una vagina muy suave y ancha, y que le había resultado extraño sentir su dedo masturbándose rápidamente durante el sexo. Ka lo miró con la boca abierta cuando él dijo que los dos tenían sexo con la misma frecuencia que ella, y que Mia había mentido al respecto, la estúpida. Ella asintió; probablemente tenía razón, tal vez por eso tenía una vagina tan ancha. Ka incluso podía reírse de Jan, el idiota, ahora.

Mamá quiere

"¡Niños! ¡He vuelto!"

La madre se desnudó en un instante y entró al baño en sujetador y bragas, como de costumbre. "¿Qué tal?", preguntó, y Pe tuvo que pensar en algo rápido; mamá pronto notaría la expresión sombría de Ka. "Jan me engañó y mintió tan descaradamente, y encima le echó la culpa a Ka", dijo, y Ka pareció abatido. Mamá se sentó en el borde de la bañera, se bajó el sujetador y dejó que sus pechos se desbordaran. Mamá dijo: "¡Vamos!". Pe se puso de pie, con el pene flácido, y sus dedos rozaron brevemente sus pezones. Luego deslizó la mano dentro de sus bragas y buscó su clítoris. ¡Ella agarró al cansado héroe y lo puso duro en un instante! Ka abrazó el trasero de mamá con una mano y apoyó la barbilla en su muslo para observar cómo los dedos de Pe frotaban el clítoris de mamá a través de sus bragas. Mamá empezó a frotar, ignorando a Ka. Tuvo que frotar a Pe durante un buen rato hasta que eyaculó en su palma, como de costumbre. Él frotó su clítoris con los dedos y no se movió. No había eyaculado lo suficiente, dijo ella, así que lo haría de nuevo. Hizo que el cansado hombre se quedara quieto, y él rápidamente hizo círculos con el dedo sobre su clítoris; ella nunca se había resistido a eso antes. Sus piernas temblaron, y las cerró, aún temblando. Un momento después, volvió a abrir las piernas de par en par y presionó su clítoris contra sus dedos. Ella lo masturbó muy, muy vigorosamente, y sus dedos agarraron sus labios, tan fuerte tuvo que apretar cuando eyaculó. Mientras se secaba la palma de la mano en la toalla, pareció notar al curioso Ka, pero fue a preparar la cena sin decir palabra. "Siempre le has frotado el clítoris", dijo Ka, "¡pero ni siquiera se inmuta!". Pe pensó durante un buen rato, pero no supo qué decir. "Lo único que sé es que le gusta que la acaricie; ¡estoy seguro de que lo disfruta muchísimo! Un par de veces incluso se estremeció, ¡de eso estoy completamente seguro! Abre las piernas a propósito para que pueda acceder bien a su clítoris. Pero no debo ir más fuerte, ¡de ninguna manera!" Se mantuvo firme en su postura, a pesar de que Ka le sugirió todo tipo de cosas. Sabía que eso significaría el fin de su masturbación diaria.

Mamá se tiró sobre la cama del dormitorio y se arrancó el sujetador y las bragas. Oyó a los niños chapoteando en el baño. Tenía entre 30 y 45 minutos. Se tocó el clítoris, que palpitaba de deseo, y

empezó a masturbarse. Papá le había dicho hacía más de dos años que los niños habían descubierto la televisión y que estaban hablando de ella. Tras mucha insistencia, la había convencido para que dejara que los niños los vieran tener sexo. Solo se sintió cohibida un día, pero pronto encontró el exhibicionismo excitante. Al fin y al cabo, solo les estaban mostrando a los niños sexo normal, nada perverso. Masturbarse cada mañana fue su sugerencia; hasta entonces, solo se había masturbado una vez cada tres o cuatro semanas por la noche, un hábito que había mantenido desde la infancia. Él lo sabía; no tenían secretos entre ellos. Ella le había susurrado en la cocina, la única habitación a salvo de las escuchas, que Pe había eyaculado en el baño y que ella lo había frotado. Discutieron interminablemente, porque él había estado a favor de que ella masturbara a su hijo desde el principio y logró convencerla a pesar de su incertidumbre. Él, por su parte, pensaba que era perfectamente normal e incluso genial cuando ella se desnudó los pechos y se los ofreció para que los tocara. Ella dijo que estaba contenta, porque así podía hacer que la masturbación del niño fuera exhibicionista para ella y disfrutarlo. Se rieron como niños cuando ella contó cómo Pe le frotaba el clítoris a través de las bragas y ya la había llevado al orgasmo docenas de veces, inocentemente, por supuesto. Pero ella siempre había reprimido el orgasmo, dijo. Papá estaba realmente encantado y le pidió que lo describiera con gran detalle. Gradualmente, llegó a disfrutar plenamente de masturbarse a diario frente al espejo del dormitorio y ahora le encantaba tener un orgasmo cada mañana. Papá le había dicho que debía hacerlo acostada, para que los niños pudieran verlo todo en el espejo. Ella le dijo que Ka ya se masturbaba con regularidad, aunque aún no tenía ni 11 años.

El primer orgasmo recorrió su cuerpo con un estruendo. Esperó un instante y luego continuó masturbándose deliberadamente; una vez no era suficiente. Había consultado con su padre antes de mostrarse desnuda a los niños en el baño. Por suerte, él llevaba tiempo queriendo que lo hiciera, pero no lo había mencionado directamente. Era importante mostrarles a los niños el cuerpo femenino y explicarles todo con claridad y honestidad. Debería explicarles la masturbación a los niños, dijo su padre; también debería enseñársela. Ella asintió, pero no estaba segura de si realmente lo haría.

Hasta ese día, Pe solo le había acariciado los pechos y apretado los pezones cuando se corría. Ella no le daba importancia al hecho de que Ka pudiera ver a Pe masturbarse, sabiendo que Ka había aprendido a masturbarse espiando y que se masturbaba varias veces por noche. Cuando iba al baño por la noche, siempre echaba un vistazo a la habitación de los niños. Pe dormía, respirando suavemente, y Ka se había descubierto y se estaba masturbando desnuda y completamente inconsciente en la cama. A veces se quedaba allí un rato y observaba que Ka solo descansaba unos segundos después de su orgasmo y luego continuaba. Papá sonrió sutilmente cuando ella le contó que volvía a la cama después del quinto orgasmo de la niña como máximo; ni siquiera quería saber con qué frecuencia lo hacía Ka. Papá sonrió y dijo que la masturbación era sana y buena para el bienestar mental; se alegraba de todo lo que fuera bueno para los niños. Todavía no le había contado a Papá que Pe la había follado y había eyaculado dentro de ella después de la educación sexual. ¿Cómo podía decirle que apenas se había resistido y que simplemente había dejado que Pe la follara y eyaculara dentro de ella? Su padre fue su primer hombre, el primero en follarla a los 14 años y romperle el himen, y el único que la había follado.

El segundo orgasmo fue mucho mejor, pero aún no era suficiente. Miró el reloj; le quedaban 20 minutos. Reanudó la masturbación. Desde el encuentro con Pe, que no se repitió en los siguientes seis meses, Pe metía la mano en sus bragas y le frotaba suavemente el clítoris. La excitaba intensamente, pero no podía demostrarlo. Ka, en particular, siempre la miraba con curiosidad; tenía que ocultárselo muy bien. Después de frotar el clítoris de Pe, corría inmediatamente al dormitorio y se masturbaba. Al principio, solo una vez, luego dos, y después de un mes, tres veces. Después de tener sexo con Pe, corría inmediatamente a la cocina y se masturbaba cinco veces en la habitación insonorizada, mientras cocinaba. Nunca se había sentido tan excitada. Era adicta a la masturbación, y papá la besaba en la boca, diciéndole que era una tontería, que no era adicta, aunque se masturbara toda la tarde y tuviera 100 orgasmos. Después de cien orgasmos, consideraría comprar una máquina sexual eléctrica. Se rió a carcajadas, y ella también tuvo que reírse. Tenía su bendición; debía vivir su sexualidad como la sintiera, eso era importante para él. Los niños debían ver el impulso sexual natural y aprender de él cómo alcanzar el equilibrio emocional. No debían mentirse a sí mismos ni entre ellos; el equilibrio

emocional era sumamente importante. ¡De verdad que era el mejor hombre, papá!

Se lamió el dedo y aumentó el ritmo; la masturbación iba muy bien ahora. Nunca olvidaría la expresión de Ka mientras dejaba que Pe la follara. Ka sonrió con malicia mientras se resistía a medias. La pequeña tocó sus labios con la nariz, estaba tan cerca. Los ojos de Ka se abrieron mientras agarraba el pene de Pe y lo insertaba lentamente en su vagina. Ka entrecerró los ojos al ver el pene de Pe, que se introducía en su vagina tan rápido como un pistón de vapor; con su pequeña mano, había apartado sus labios para tener una mejor vista de sus embestidas dentro de ella. La nariz de Ka rozó sus labios, incluso mientras abrazaba a Pe suave y delicadamente, y no se apartaría; abrió la boca cuando Pe comenzó a eyacular. Ka miró con curiosidad dentro de su vagina bien abierta mientras Pe terminaba de eyacular y se retiraba, la pequeña mirando el chorrito de semen que había salido de su abertura.

¡Esta imagen la llevó al orgasmo al instante! El tercer orgasmo fue tan intenso que amenazó con desgarrarla. Ese fue el orgasmo que finalmente la liberó y la relajó de verdad. Incluso hoy, no mencionaría nada sobre el sexo con la expresión facial de Pe y Ka; no podía. A pesar de cientos de oportunidades, no había cedido a la tentación y siempre le había sido fiel. Poco a poco, se calmó, se vistió y fue a la cocina a preparar la comida. El plato favorito de papá, pastel de carne con cebollas asadas, puré de patatas y ensalada de rábano; a los niños también les encantaba. También había helado mixto con nata montada, pero tuvo que darles su porción a los niños; quería mantener su figura esbelta.

Después de cenar, los espías tomaron posiciones. Mamá y papá se sentaron en el borde de la cama, ella le susurró al oído los secretos sexuales de sus amigos y le acarició el pene. Debió haberle susurrado algo muy sexy, porque el pene de papá se puso duro como una roca más rápido de lo normal. Él rió, “¡Qué zorra cachonda!” y mamá le hizo una rápida paja y le susurró al oído mientras él reía y reía. “¿Y dejó que los dos la follaran al mismo tiempo?” Papá rió con una sonrisa lujuriosa. Ella limpió su semen en la sábana y continuó susurrando. De nuevo él rió fuerte, “¿Qué, con ese contable con la polla flácida? ¿En el coche?” y de nuevo su pene estaba listo para la acción. Mamá continuó susurrando, riéndose, y papá rió fuerte. “¡No habría pensado que esa vieja bruja le pondría los cuer-

nos a su viejo con un chico de 17 años! ¡La esposa del consejero privado!" Susurraron y rieron durante un buen rato sobre las aventuras sexuales de sus amigos durante el confinamiento. Mamá lo tomó en su boca, lo frotó durante un buen rato y lo dejó eyacular en su boca. Luego todos se durmieron. Ka se acurrucó cómodamente junto a Pe, pero era la primera vez que no había podido tener relaciones sexuales. Había eyaculado demasiadas veces ese día y estaba agotado. Ella se quedó con él, acurrucada en sus brazos, y se masturbó hasta quedarse dormida, exhausta.

Mamá y sus admiradores

Después de que su padre eyaculara en su boca y se durmiera, ella permaneció despierta durante un largo rato. Se destapó, pues siempre se masturbaba desnuda por la noche. Se masturbó en silencio, como hacía todas las noches, soñando con su vida de casada. Antes de que se enamoraran, él estaba constantemente involucrado en aventuras pasajeras y *encuentros de una noche* , y probablemente ya se había acostado con más de 100 mujeres. Después de casarse, se volvió muy autocontrolado y hablaban mucho sobre sexualidad. Más de 4000 personas trabajaban en su empresa, y él se abstuvo de cualquier infidelidad. Cuando estaba muy embarazada, ya no quería tener relaciones sexuales y sentía que las masturbaciones o la eyaculación en su boca apenas lo satisfacían, aunque ella era una experta en ambas. Ella le dio permiso. Él podía acostarse con otras mujeres y chicas; ella nunca fue celosa y le dio su bendición. Solo le pidió que le devolviera el favor si alguna vez la seducía. De acuerdo, dijo él, eso sería lo justo. Pero ella nunca se había dejado seducir para tener relaciones sexuales y conscientemente evitaba la tentación.

Naturalmente, tuvo algunos admiradores después del nacimiento de Ka, pero solo les hacía felaciones y les permitía eyacular en su boca al final. La admiraban porque controlaba su reflejo nauseoso como casi nadie, y les permitía eyacular tan profundo en su garganta como pudieran alcanzar con sus penes. Los chicos muy amables podían tocar sus genitales, y cualquiera que quisiera podía masturbarla o lamerla hasta el orgasmo; eso le gustaba especialmente. Sin embargo, ¡a ninguno de ellos se le permitía follarla! ¡A ninguno!

Les permitió a todos introducir sus penes dentro de ella, y algunos incluso la masturbaron, eyaculando dentro de ella durante sus orgasmos. Se contentaban con abrazarse y eyacular porque ella les provocaba los penes y los testículos hasta que eyaculaban extasiados. Inicialmente, ni siquiera querían tener sexo. Les bastaba con que les permitiera masturbarla mientras se abrazaban, eyacular durante sus orgasmos y que ella los dejara terminar pacientemente. Algunos disfrutaron de esto durante mucho tiempo antes de que quisieran tener sexo. Al final, los echó a todos uno por uno, porque todos terminaron introduciendo sus penes dentro de ella y

queriendo tener sexo. Ella no lo permitió, se mantuvo firme. Dejó pacientemente que todos los pobres hombres eyacularan dentro de ella después del sexo prohibido y los dejó terminar pacientemente, pero un momento después, los echó a todos.

Su madre la había criado sin mucha intervención; era una mujer sencilla, sin grandes aspiraciones, pero obediente. Se bañaban juntas dos veces por semana, y la madre se masturbaba en el agua de la bañera cada vez. No sentía vergüenza alguna al dejar que su hija la viera. La hija tenía menos apetito sexual y solo se masturbaba cada tres o cuatro semanas mientras se bañaba. La madre la animaba a seguir masturbándose hasta quedar satisfecha, ¡diciéndole que ella hacía lo mismo! Cuando su padre la desfloró antes de cumplir catorce años, la madre se puso inmediatamente un DIU. Tenía un orgasmo casi todas las noches cuando su padre tenía relaciones sexuales con ella. Los hijos llegaron en rápida sucesión, y se puso otro DIU porque recuperó un inmenso apetito sexual después del nacimiento de Ka.

Ella y su padre ya se habían dado rienda suelta sexualmente durante su primer embarazo; a él se le permitía acostarse con las chicas guapas del trabajo, y fue ascendiendo hasta convertirse en jefe de departamento y luego en jefe de departamento jefe, lo que requería mucha energía. Al principio, le pareció muy extraño que durante ambos embarazos, él solo y exclusivamente se acostara con su madre, todos los días. A él le parecía bien porque ella siempre estaba disponible, y no tenía que invertir tiempo ni energía en cortejarla y seducirla. Una vez se lo comentó a su madre, y ella simplemente se rió. A ella le daba igual si se acostaba con ella mientras limpiaba o con su padre. La hija se había negado durante el embarazo, y el pobre chico tenía que eyacular en algún sitio, ¿no? Dejarlo con las jóvenes del trabajo sería una estupidez y una negligencia. ¡Seguro que una o dos ya le habían echado el ojo, al apuesto jefe de departamento! La hija se rió a carcajadas; nunca lo había pensado de esa manera. —Bueno, al menos te estás divirtiendo con la historia, ¡eso me parece bien! —rió y le guiñó un ojo a su madre con complicidad. Su madre guardó silencio un momento, luego asintió, confirmando que, en efecto, era bueno en la cama, aunque solo era parcialmente cierto. Pero no quería contárselo a su hija.

Él iba a casa de su suegra todos los días a la misma hora después del trabajo y volvía a casa para cenar una hora más tarde. Apenas hablaban; después de los saludos, ella entraba en el dormitorio y dejaba caer su vestido. Se ponía a cuatro patas, ya que estaba acostumbrada a que la penetraran por detrás. A él no le gustaba mucho porque apenas podía verle el trasero. Por supuesto, no había tenido tiempo para el sexo durante el día y la penetraba rápidamente. La sujetaba con firmeza por las caderas y no se apoyaba para no forzar su viejo cuerpo. Debido a su edad, su vagina estaba muy estrecha, lo cual era muy placentero. Le bastaron apenas unos minutos para eyacular. Ella murmuraba en voz alta que debía embestir y eyacular, que toda la presión debía ir directamente a su viejo coño; no le dolería nada si la embestía con fuerza y eyaculaba dentro. Esperó pacientemente hasta que él terminó. Sin aliento, se desplomó sobre la cama y ella se giró hacia él. Hubo silencio durante unos minutos, luego ella le preguntó por su trabajo o su familia. Él charló un poco sobre esto y aquello —una charla ligera— y ella se dedicó a su pene. Con manos expertas, lo puso erecto, chupándolo y lamiéndolo hasta que estuvo listo de nuevo. Lo penetró por segunda vez igual que antes; a veces ella se sentaba sobre su pene y lo montaba, pero era muy agotador para ella. Cada vez tenía que dejar de montar, dejar que él la penetrara en la posición del misionero y eyaculara dentro de ella. Él nunca la besaba en la boca, a veces solo un beso fugaz en la mejilla, y luego se iba a casa.

Papá no tenía relaciones sexuales con mamá con la suficiente frecuencia, y después del nacimiento de Ka, ella empezó a ver a otros hombres. Se acostaba desnuda en la cama, amamantando al bebé y, ocasionalmente, también a Pe. Al admirador se le permitía introducir y sacar su pene muy lentamente, ¡pero no tener relaciones sexuales con ella! Disfrutaba enormemente dejando que los bebés mamaran de sus pezones mientras sentía simultáneamente las lentas embestidas de su favorito. Papá negó con la cabeza desconcertado; ¡debería dejarlo tener sexo como es debido, por Dios! Pero ella no quería; ¡él debía seguir siendo su único amante! Para entonces, había adquirido más experiencia con los hombres y aceptaba que embestían con fuerza al eyacular. Sin embargo, cambiaría de admirador si él solo tenía sexo como es debido; eso no era lo correcto para ella a largo plazo. Por supuesto, dejaba que sus orgasmos se intensificaran cuando el hombre la penetraba de verdad, eyaculaba dentro de ella y terminaba. Tras el segundo o tercer

orgasmo durante el sexo de la tarde, cayó en una auténtica depresión y, en un acto de autoflagelación, persiguió al pobre hombre hasta el infierno después de unas semanas de buen sexo, aunque prohibido.

En casa de mi mejor amigo

Finalmente, solo quedaba su mejor amiga. Se lamieron mutuamente sin sentido, una tras otra, y ella aprendió a dejarse llevar de verdad y gritar su placer. Sus pretendientes pronto la siguieron, reducidos a susurros que excitaban a su amiga. Podía recordar cada uno de sus penes, describiendo vívidamente su forma, longitud y sabor, e incluso la forma en que eyaculaban en su garganta. Cómo cada uno la penetraba obstinadamente, sin permitirle nunca empujar. Cómo cada uno movía el culo y arqueaba la espalda para eyacular. A cada uno se le permitía eyacular en paz, durante el tiempo que pudieran, y ella sostenía sus caderas firmemente hasta que terminaban. Su amiga le preguntó por qué no se dejaba follar correctamente, dado que tenía un DIU desde el nacimiento de Karin. Ella respondió que solo dejaba que su marido la follara correctamente, solo él. Se lo había prometido a sí misma cuando tenía 14 años. Las masturbaciones, eyacular en su garganta o eyacular mientras movía el culo eran solo juegos de niños; ¡Solo su marido tenía permiso para follarla como es debido! "¡O las salvajes, antes de que las echaras!", rió su amiga, pellizcándole la mejilla con cariño. "Sí, esas eran pi-pi-pi-pi-pi-pi-pi-pi-pi-pi-pi", confirmó su amante, riendo, "lo que hacemos juntas tampoco es follar, ¡pero es maravillosamente caliente y muy relajante!"

El recuerdo de esos bellos momentos le provocó dos orgasmos intensos en rápida sucesión. Papá se despertó brevemente y le puso la mano en los genitales mientras ella seguía masturbándose. Volvió a dormirse sonriendo. A veces la observaba, lamiéndole y mordiéndole los pezones hasta que ella entraba en frenesí. Tras su orgasmo silencioso y suave, fue al baño y revisó la habitación del bebé. Ka se estaba masturbando silenciosa e intensamente con los ojos cerrados, probablemente con la mente perdida en algún mundo de fantasía lejano. Se acostó de nuevo junto a papá y se humedeció el clítoris con abundante saliva. Sintió de nuevo un deseo silencioso.

Se acostaba con tres o cinco mujeres cada año, recuperando gradualmente su paz interior. Ambos coincidían en que la variedad, los constantes encuentros con vaginas nuevas y desconocidas, lo excitaban y tenían un efecto positivo en su vida amorosa conyugal; era un fertilizante esencial. Él lo veía así, sin enamorarse nun-

ca de la persona, solo de sus vaginas. Rechazaba cualquier intento de cortejo: ¡eso era infantil! Tomaba fotos de cada mujer y se las mostraba a su esposa por las noches. Miraban las fotos juntos de vez en cuando; todas habían posado desnudas, y muchas mostraban sus vaginas en primeros planos descarados. Después de todo, solo se acostaba con mujeres verdaderamente desinhibidas que se prestaban con entusiasmo a todo. Le mostraba sin reparos todas las fotos de las chicas desnudas antes de casarse. La mayoría tenía vaginas y clítoris hermosos. A ella le parecían interesantes muchas de las fotos, pero no sentía ninguna excitación al mirarlas. Incluso las que se filmaban masturbándose no despertaban en ella ningún sentimiento erótico, aunque disfrutaba viendo esos videoclips con él repetidamente. Era claramente heterosexual y ni por un segundo se sintió lesbiana; no le atraía en absoluto, aunque había dejado que varias mujeres la lamieran. Ambos hablaban abiertamente sobre estas aventuras extramatrimoniales y no se ocultaban nada. Él siempre se excitaba muchísimo al ver las fotos y los vídeos y la follaba con fiereza, como un toro.

En los últimos años, a pesar del confinamiento, visitaba a su mejor amiga dos veces por semana, quien siempre la llevaba a orgasmos maravillosos mediante sexo oral. Su amiga era una experta, dejándola gritar de placer durante dos horas. Dejaba a sus hijos en casa porque le encantaba recibir placer y ellos podían chapotear en el baño o ver la televisión toda la tarde. Pe había admitido una vez que a veces eyaculaba en el agua mientras chapoteaba, y eso le parecía perfectamente bien, dijo mamá, así que estaba aprobado. ¿Qué pensaba Ka al respecto? Pe respondió que siempre se reía con lujuria y a veces jugaba con los gusanos blancos de semen en el agua, lo que tranquilizó a su madre. “¿Entonces, oficialmente aprobado?”, preguntó tímidamente, y mamá asintió con la cabeza. Podía eyacular en el agua de la bañera tan a menudo como quisiera, dijo mamá amablemente. Si Ka quería frotarlo para que eyaculara, eso también estaba aprobado, añadió, porque pensaba que era correcto que la niña aprendiera a masturbarse. Pe asintió agradecido y dijo con una sonrisa que Ka lo había hecho muchas veces antes.

La amiga tenía un amante más joven, pero no le gustaba que eyaculara dentro de ella. Tenía miedo de quedar embarazada, mientras que mamá tenía un DIU. La amiga no toleraba ni el DIU ni la píldora y solo permitía sexo con condón, lo que le quitó un

poco la gracia. Finalmente, la amiga se las ingenió para que el amante la visitara por las tardes. Mamá estaba muy emocionada porque solo una vez había visto a su amiga teniendo sexo con su marido. Resultó ser una experiencia emocionante; los tres se abrazaron y jugaron con sus genitales, y luego los dos tuvieron sexo apasionadamente. Pero antes de que él eyaculara, la amiga lo apartó, empujándolo entre sus muslos. Se sintió un poco abrumada e inmediatamente lo detuvo. Podía eyacular dentro, murmuró, ¡pero no tener sexo! Él se molestó un poco y aun así logró eyacular. Ella se ablandó y abrazó al joven desconocido. Se sintió tan maravilloso dejar que eyaculara dentro de ella, aunque ella misma no sintió ninguna excitación. Papá la escuchaba con calma y la animaba a que le permitiera follarla como es debido, pero ella negó con la cabeza enérgicamente. Dos veces por semana, dejaba que su amante eyaculara dentro de ella dos o tres veces, aunque él la penetraba con fuerza hasta terminar. Los amantes cambiaban cada pocas semanas o incluso cada pocos días; ella pacientemente dejaba que todos eyacularan dentro de ella y ya no se quejaba cuando la penetraban mientras eyaculaban. Se volvía pasiva y sumisa y disfrutaba de las maravillosas sensaciones que sentía al ser eyaculada dentro. Insistía en que no tenía sexo con ellos, y papá estaba de acuerdo con ella, ¡porque ella insistía obstinadamente en que él era el único con el que tenía sexo de verdad! Se avergonzaba terriblemente cuando su amante quería observar a las mujeres durante los descansos, y su amiga la llevaba al orgasmo con exageradas muestras de afecto. No era raro que los chicos tuvieran sexo tres veces, y ella pacientemente les permitía eyacular dentro de ella. Encontraba el lamido teatral muy humillante, aunque excitaba intensamente a los chicos. Siempre se proponía no llegar al orgasmo, pero su novia la lamió con tanta pasión que, perdida en el momento, gritó hasta alcanzarlo. Tras esta humillación, le daba igual que el chico la penetrara con fuerza mientras eyaculaba. Estos tríos llevaban tres años y no se los habría perdido por nada del mundo.

Hace tres años, su novia le había exigido que se masturbara junto al chico con el que estaba teniendo sexo, diciendo que eso lo excitaría. Ella se negó rotundamente; ¡masturbarse frente a un desconocido era tan asqueroso! En cambio, desarrolló algo completamente nuevo. Rápidamente, tiró del prepucio oscuro sobre su clítoris hacia adelante y hacia atrás con dos dedos. Al principio, no tenía el ritmo adecuado y frotaba el prepucio demasiado rápido; tenía que dejar que el orgasmo disminuyera en silencio y en secre-

to antes de que el chico la penetrara. Pero pronto encontró el ritmo correcto, frotando su prepucio rápidamente, dejando que el glande rosado pálido del clítoris se hinchara y asomara provocativamente. Finalmente, tiró furiosamente del prepucio hasta que el glande estuvo duro como una roca, y entonces dejó que la penetrara rápidamente. Se aferró fuerte y apasionadamente al desconocido, empujando su pene contra su vagina, teniendo un orgasmo como un demonio salvaje y gritando a todo pulmón. ¡Ahhh! ¡Qué bien se sentía ese orgasmo! En esas tardes, se lanzaba sobre el pene del chico dos o tres veces, chillando de placer, su vagina ordeñándolo con un sonido sordo mientras su cuerpo se convulsionaba salvajemente. Pacientemente, lo dejaba terminar y luego descansaba. Llevaba tres años haciendo esto con muchos de los amantes de sus amigas, y lo disfrutaba al máximo. Papá sonreía con indulgencia cuando ella lo contaba por las noches y reforzaba su obstinada opinión de que eso no era follar. “¡Pero claro que no, cariño!”, murmuró él sin estar convencido; la resistencia era inútil.

Suspiró y tuvo un orgasmo suave y silencioso, papá estaba profundamente dormido, y sus pensamientos divagaron. Humedeció su clítoris y dedos con saliva y continuó masturbándose en silencio. No se masturbaba tanto tiempo todas las noches, normalmente solo una vez. Pero sus pensamientos volaron de regreso al momento de hacía seis meses cuando dejó que Pe la follara. No había reaccionado cuando Ka apartó sus labios vaginales, tomó el pene de Pe en su mano y lo introdujo profundamente dentro de ella. Ella misma solo protestó débilmente e incrédulamente. El pene de Pe todavía era pequeño en ese entonces y no penetraba tan bien como los amantes de su amiga. Pero disfrutó de sus embestidas, respirando superficialmente, esperando impacientemente su eyaculación. Ka sujetó sus labios vaginales con firmeza y observó, lujuriosamente. Recordó cómo se había abierto y relajado mientras él se ponía rígido gradualmente. “¡Sí! ¡Sí!”, había gritado Ka mientras su semen salpicaba dentro de ella. ¡Un sí! Acompañó cada chorro, y Pe eyaculó durante un tiempo increíblemente largo. Ella lo había abrazado suavemente y lo había presionado contra ella, pero Ka seguía aferrado a su vulva como una espina. A Pe le tomó varios minutos terminar. Jamás olvidaría la mirada triunfal en el rostro de la niña mientras contemplaba el semen en su vagina. Corrió a la cocina y se masturbó con avidez cinco veces seguidas, más que nunca.

El orgasmo fue tan intenso que papá se despertó inquieto. Ella tardó en calmarse. Cada vez que pensaba en la eyaculación de Pe dentro de ella, tenía un orgasmo poderoso y explosivo. Ya había tenido suficiente; suspiró, se tapó con las sábanas y se durmió sonriendo feliz.

El segundo robo

Ka había ideado algo nuevo y se lo susurró a Pe durante un buen rato. Hacía más de medio año que no tenía relaciones sexuales con su madre; Pe asintió, emocionada.

"¡He vuelto, chicos!", y los dos dejaron de follar inmediatamente y miraron inocentemente hacia la puerta.

Mamá regresó de casa de su amiga, se desnudó rápidamente y entró al baño en bragas; hacía tiempo que había dejado de usar sujetador. Como de costumbre, se sentó en el borde de la bañera y buscó a Pe con la mirada. Pero él apartó la vista. Ka se acurrucó junto a ella y le acarició los pezones. Tenía que meterse en la bañera con ellos; querían verlo todo de nuevo y que se lo explicaran, ¡por favor, por favor! Una premonición se apoderó de mamá, pero después de unos momentos, se quitó las bragas y se metió en la bañera. El pene de Pe estaba duro como una piedra. El semen del amante de su amiga aún se deslizaba dentro de su vagina; un baño era definitivamente necesario. Se lavó la vulva con mucho cuidado. Se abrazaron y chapotearon, riendo. Tuvo que abrir bien las piernas y mostrarles su vulva. Los niños presionaron sus caras contra la parte interna de sus muslos para ver mejor. Luego se bajó el prepucio del clítoris por completo, y los niños tocaron con curiosidad el pequeño botón que normalmente estaba oculto. La acosaron hasta que, con una leve sonrisa, les mostró cómo masturbarse el clítoris. Poco a poco llegó al orgasmo, sus piernas temblaban incontrolablemente, y el pene de Pe entró en su vagina; ¡lo había sospechado! No pudo parar y tuvo un orgasmo con toda su pasión. Ka le tocó el clítoris muy suavemente y le chupó los pezones duros alternativamente. Pe no necesitó ni medio minuto para eyacular, disparando dentro de ella con un movimiento brusco hasta que terminó. Su orgasmo solo disminuyó entonces. Se retiró tan rápido como lo había introducido. Ambos niños rieron: *¡misión cumplida!* Luego guardaron silencio y esperaron la inevitable reprimenda.

Pero mamá sonrió, se agachó y se lavó la vulva con una toallita. Le pellizcó suavemente la mejilla a Pe y murmuró: "¡Cerdito!". Chapotearon y jugaron en la bañera un rato más. Mamá estaba de muy buen humor, besó y abrazó a sus dos hijos y luego se fue. Des-

de ese día, entraba al baño completamente desnuda cada vez, dejaba que Pe jugara suavemente con su clítoris y masturbaba al mayor. Los niños susurraban sobre la naturalidad con la que se había tomado la “sorpresa”.

Cada vez que volvía de casa de su amiga, entraba al baño completamente desnuda. ¡Los niños solo le rogaban que entrara al baño esas tardes! A veces se preguntaba por qué elegían precisamente esas tardes. En cuanto se ponía en cuclillas en la bañera, se lavaba el semen de su amante, y entonces empezaban los chapoteos y los juegos. Los niños querían ver su pene, y ella se bajaba el prepucio por completo. Pe y Ka lo tocaban y lo frotaban suavemente. “¡Están apretando demasiado!”, decía, apartando sus deditos. Ka quería saber cómo se hacía, y no paraba. Mamá lo pensaba, luego se bajaba el prepucio por completo y frotaba durante unos minutos. Los niños apoyaban la cara contra sus muslos y parecían hechizados. Se detenía después de tener un orgasmo y le enseñaba a Ka, en particular, que solo se debe hacer eso cuando se está a solas, ¡nunca delante de otras personas! Ka asentía para demostrar que entendía, pero desafiante decía que, por supuesto, dejaría que Pe mirara, y mamá sonreía con dulzura. Aprobado, dijo ella, ¡Pe está oficialmente aprobado! Antes de entrar al dormitorio para masturbarse, le bajó el prepucio a Pe y le dio un dulce beso en el glande.

Diversión en el baño

Se salpicaron, rieron y forcejearon juntos; ella sintió el pene erecto de Pe aquí y allá, por todas partes. Se introdujo en su vagina a la velocidad del rayo, mientras Ka la abrazaba y forcejeaba con ella. Tras unos instantes, él eyaculó, pero ella lo ignoró, continuando abrazando a Ka imperturbable hasta que terminó. Sacó su pene tan rápido como había entrado. Al cabo de un rato, ella se agachó y se lavó el semen. Le pellizcó la mejilla suavemente y susurró: «¡Cerdito!», guiñándole un ojo. Luego jugaron y chapotearon alegremente, y ella regresó al dormitorio para masturbarse.

Ella continuó masturbando a Pe diariamente, pero en esas tardes jugaba y abrazaba a sus hijos en la bañera y le permitía eyacular dentro de ella, ya fuera durante o después de su masturbación. Le dijo que eyacular dentro no estaba del todo bien, solo era algo aceptable, pero que bajo ningún concepto debía tener sexo con ella como es debido; ¡eso estaba estrictamente prohibido! Él asintió y repetidamente dejó que su glande saliera de debajo de su prepucio. Lo necesitaba de nuevo, murmuró, y ella, con buen humor, le permitió penetrarla. La folló increíblemente rápido, y cuando ella tomó su escroto en su mano y le acarició los testículos, él eyaculó inmediatamente, sin continuar por mucho tiempo. Eso estaría bien, dijo ella, ¡quizás un poco menos de sexo! Ocultó su sonrisa, ¡porque nada cambiaría!

Mamá se sale con la suya

Se lo contó a su padre unas semanas después; no quería secretos. Él la escuchó atentamente y negó con la cabeza. Eso sonaba a incesto, dijo, eso era ir demasiado lejos, tanta libertad parental era demasiado. Ella estaba a punto de llorar. Tenía que contarle todo con detalle. Los niños presionaron sus caras contra sus muslos y ambos la observaron masturbarse. Estaba cerca de su clímax, y el orgasmo era inminente; estaba completamente concentrada en él. Pe penetró a la velocidad del rayo y eyaculó, empujando para terminar. Ella lo apartó, siguió acostada para recuperarse del orgasmo. Él le acarició la mano, "¡Te amo como loco, precisamente porque eres una cerdita tan traviesa!", dijo sonriendo. Ella asintió y valientemente tragó sus lágrimas. Recapituló. La educación sexual desnuda. Los chapoteos, los abrazos y los mimos. Enseñándoles a los niños cómo masturbarse. Pe eyaculó dentro de ella en medio del orgasmo; solo tomó un momento, menos de medio minuto. Ella se frotó furiosamente rápido para terminar su orgasmo mientras él eyaculaba. Papá sonrió amablemente; esa era ella, su dulce y traviesa cerdita. Ella continuó, insistiendo en que no estaban teniendo sexo. Ella nunca lo permitiría; nunca, jamás, dejaría que llegara tan lejos. Realmente no le importaría si él eyaculaba en su mano o en su vagina. Él negó con la cabeza pensativo. "Has llegado a un límite", dijo suavemente. "No podría respetarte ni amarte más si das un paso más allá. Mi amor se rompería como una máquina de follar eléctrica rota; nos destruiría a ambos. Te repudiaría y te quitaría a tus hijos. ¿Incesto? ¡Absolutamente no!" Ella lo conocía lo suficientemente bien y sabía que hablaba en serio. Enterró la cabeza entre sus antebrazos; las lágrimas ya no podían ser contenidas. Sollozó durante diez minutos, y él puso una mano en su cabello. No quería lastimarla, susurró suavemente, pero lo decía en serio.

Después de un buen rato, levantó la vista, se secó las lágrimas con desafío y se sonó la nariz a fondo. Era tan astuta y taimada como Ka, aunque ninguno de los dos lo sabía. "Me da igual que eyacule en mi mano o dentro de mí", dijo con terquedad. "No hay diferencia. No eyacula durante medio minuto durante mi orgasmo porque no puedo parar, ¡y no tenemos sexo! ¡El sexo sería mucho más que esos pocos momentos de penetración y eyaculación! ¡Y nunca, jamás, jamás tendré sexo con él! ¡Te lo juro!". Se quedaron

en silencio un rato. Que ella les enseñara a los niños a masturbarse había sido idea suya, dijo con reproche, "y cuando estoy a punto de llegar al orgasmo, no pienso en nada más. ¡Durante el orgasmo, me da igual que eyacule dentro de mí o que se caiga un saco de arroz en Brasil!". Él la corrigió con una sonrisa: "¡China!". Y ella replicó bruscamente: "¡El efecto mariposa está en Brasil!". Él se quedó callado; ella estaba realmente furiosa. Jamás se acostaría con Pe, repitió con rabia, ¡porque el incesto también era impensable para ella! Podía sentir claramente cómo su tensión disminuía. Volvieron a guardar silencio. Seguiría permitiendo que el chico eyaculara dentro de ella mientras se masturbaba o durante el orgasmo, pero no le permitiría tener relaciones sexuales con ella, dijo desafiante. Así que realmente no había nada malo en que el chico metiera su pene dentro de ella mientras se masturbaba, y realmente no había nada malo en que eyaculara dentro de ella durante su orgasmo, repitió con feroz determinación. No les hacía daño a ninguno de los dos, insistió; al chico le gustaba mucho, y ella se masturbaba y tenía orgasmos mucho más intensos que sin penetración ni eyaculación, refunfuñó obstinadamente. Tenía la sartén por el mango y siguió insistiendo. ¡Y desde luego no llevaría al chico al incesto, Dios no lo quiera! Y era cierto, en realidad fue idea suya que ella les enseñara a los niños a masturbarse y tener orgasmos, y luego una cosa llevó a la otra, añadió injustamente. Y él sabía que ella no podía concentrarse en nada más mientras tenía un orgasmo, replicó con veneno. Papá guardó silencio; conocía su maldita terquedad, no había forma de discutir con ella. Una vez que decía las cosas como eran, ¡se acabó! ¡Aunque el infierno se congelara! Después de un rato, le soltó la mano y le preguntó cómo le había ido con su amiga.

Ella exhaló un suspiro de alivio apenas perceptible; el tema del incesto estaba zanjado: jamás volverían a hablar de ello. Relató vívidamente el trío en casa de su amiga. El amante tenía un pene bastante impresionante y se acostó con la amiga cuatro veces, quien tuvo orgasmos maravillosos. Durante sus descansos, la amiga la lamió con tanta intensidad que ella gritó con todas sus fuerzas. Jugó con su clítoris con furia y rapidez y, en sus orgasmos aullantes, lo penetró con total desinhibición y salvajemente. «No», dijo enfáticamente, «¡Yo lo penetré a él, él no me penetró a mí!». Papá sonrió porque le daba igual quién se hubiera acostado con quién, pero sabiamente guardó silencio. Sus ojos brillaban con avidez; quería saber cada detalle. Se había acostado con esta amiga

un par de veces hacía mucho tiempo y la consideraba una mujer muy atractiva y pervertida. Su marido, agregado militar, estaba ausente la mayor parte del tiempo, y ambos tenían un matrimonio feliz y abierto.

Tuvo su primer trío con su marido. Era bastante torpe, y él tuvo que follarla sin descanso durante media hora antes de eyacular dentro de ella. Tuvo dos orgasmos intensos durante la brutal follada y gritó de placer. Dejó que él la penetrara hasta el clímax y se cubrió los ojos y las lágrimas con el brazo. Se sintió terriblemente avergonzada delante de su marido cuando su amiga la lamió hábilmente después, dejándola gritar de placer durante un buen rato. Su marido se puso duro de nuevo al instante y folló a su mujer con furia, como un toro.

Papá sonrió mientras ella relataba la tarde, describiendo cada orgasmo y eyaculación. Ardía de deseo. No había tiempo para ir al dormitorio; ella apartó la mesa y tomó su pene en la boca. Él gimió y se quejó de placer y eyaculó profundamente en su garganta. Ella sonrió porque su pene seguía erecto y lo masturbó de nuevo en su boca. Él la sujetó firmemente con ambas manos mientras eyaculaba profundamente en su garganta.

Estaba agotado; tenía que dormir, tenía que levantarse de nuevo a las 5:30. Se fueron a la cama. Se durmió al instante. Ella acarició su cuerpo desnudo en la oscuridad, se acarició los pechos. Estaba bastante orgullosa de haberle contado finalmente todo, o casi todo, y de haber conseguido prácticamente rienda suelta para dejar que Pe eyaculara dentro de ella mientras se masturbaba. Era algo completamente inofensivo, se justificó, no algo más perverso como, por ejemplo, dejar que eyaculara en su boca. No quería llegar tan lejos por el momento; lo estaba guardando para otro día. Sonrió con lujuria mientras imaginaba vívidamente a Pe eyaculando en su boca. Más tarde, fantaseó con cómo su novia la llevaba al orgasmo durante el sexo y la excitaba intensamente, tirando y jalando de sus pezones erectos y teniendo un orgasmo inmediato. Eso a veces sucedía cuando estaba increíblemente cachonda y tiraba de sus pezones durante un buen rato. Sonrió mientras se acariciaba la parte interna de los muslos, los pechos y sus pezones firmes. Solo entonces retrajo el prepucio sobre su clítoris y humedeció el glande con abundante saliva. El orgasmo llegó en segundos; lo dejó pasar, acariciándose los pechos, pellizcando y tirando de

sus pezones con placer. Necesitaba más, aún más. Mientras se masturbaba, fantaseaba con follar con su amante y la increíble manera en que su novia le practicaba sexo oral. Ella misma solo le practicaba sexo oral a su novia cuando no había ningún amante cerca. Fantaseaba con las rápidas embestidas y la eyaculación de Pe. Los siguientes orgasmos llegaron de forma suave y silenciosa hasta que se quedó dormida, sonriendo.

El juego del jaguar

No les contó nada a Pe y Ka sobre la conversación con papá. Cinco veces por semana, se sentaba completamente desnuda en el borde de la bañera, separando las piernas para que Pe pudiera alcanzar fácilmente su clítoris, y lo masturbaba con la mano, ahora dos veces por semana porque él lo necesitaba desesperadamente una segunda vez. Le encantaba la estimulación de su clítoris y tenía orgasmos secretos cada vez con más frecuencia. Ka jugaba sin vergüenza con sus propios pezones y senos, porque los suyos estaban empezando a desarrollarse. Ya tenía pezones largos y puntiagudos como los de mamá; sus senos eran reconocibles, pero aún no tenían ni una pulgada de grosor. Mamá tenía que inspeccionar los senos de Ka todas las semanas, y la tranquilizaba diciéndole que a los 12 años, apenas estaban empezando a desarrollarse; ¡a los 16 o 17 años, tendría senos tan grandes como los suyos, estaba segura! En dos tardes, mamá regresó de casa de su amiga, se metió en la bañera y primero se lavó el semen del amante de la vagina. Luego vinieron los abrazos y caricias, sus cuerpos girando alegremente uno alrededor del otro, y la erección de Pe perforaba repetidamente la vagina de ella o de Ka por una fracción de segundo durante la lucha y los giros, dependiendo de a quién acababa de vencer y presionar contra él. Luego los juegos bruscos se reanudaron inmediatamente. A veces la lucha se descontrolaba un poco; él parecía empeñado en dominar a una de ellas, agarrándola con fuerza y clavando su pene en su vagina por una fracción de segundo antes de soltarlo de nuevo. Por lo general perseguía a Mamá, a veces a Ka. “¡Ahora puede!” anunció Ka. Mamá se puso a cuatro patas y solo permitió que Pe la penetrara por detrás; ya no podía soportar las largas embestidas cara a cara. ¡Incesto! ¡Incesto! ¡Incesto!, le latía la conciencia cuando se miraban mientras follaban. Ka siempre agarraba el pene de Pe y lo guiaba con la mano; siempre hacía eso. Ella le retrajo completamente el prepucio sobre el glande, introdujo con placer su pene en su vagina y, tras una palmada juguetona en las nalgas, le permitió penetrarla. Cada vez tardaba más en eyacular y siempre deseaba una segunda vez. Al cabo de un año, para ella ya era demasiado tarde, y le exigió que se masturbara primero y que solo la penetrara cuando eyaculara. Él asintió y la ignoró.

Sustituyendo a mi novia

Su amiga había sufrido un aborto desgarrador y solo quería acurrucarse; le aterraba tener sexo con su amante. Los tres yacían en su gran cama, la amiga y su amante besándose y abrazándose durante un buen rato. Ella jugaba soñadoramente con el pene del chico; era algo hermoso y viril, y a mamá le encantaba jugar con él. Jugar, no masturbarse; ella nunca hacía eso. Le bajó el prepucio del todo y lo lamió un rato, luego se metió el glande completamente en la boca y lo acarició con la lengua; a los chicos les gustaba eso. Si no sabía cómo iba a reaccionar, él eyaculaba en su boca y ella lo frotaba hasta que terminaba. Él penetró a su amante, quien inmediatamente se lo pasó a ella. El chico estaba muy duro y la folló con mucha fuerza, casi brutalmente.

Ella lo dejó follarla con fuerza durante dos horas o más. Él eyaculó tres o cuatro veces, pero nunca logró que ella llegara al orgasmo. Su amiga, en cambio, la había llevado al orgasmo de forma brillante mientras la acariciaban con los dedos, y ella gritó sin parar durante dos horas, con los labios pegados al cuello de la desconocida. Estuvo a punto de desmayarse y tuvo que recuperarse lentamente. Después, ya no lo deseaba y apartó la mano de su amiga cuando se cansó de los orgasmos y los gritos. Las embestidas brutales la excitaron enormemente, y estuvo a un nanosegundo del orgasmo de principio a fin.

Regresó a casa con las rodillas temblorosas, se lavó y ofreció voluntariamente su trasero a Pe. Él podía follarla todo el tiempo que quisiera, pero ella nunca tuvo un orgasmo. Una vez, llegó a casa tan excitada por el sexo de su amante que casi se corrió durante los dos encuentros de Pe. Ka la animó, la niña retrajo el prepucio de su clítoris con una sonrisa descarada, y la madre increíblemente cachonda frotó suavemente su clítoris hasta el orgasmo. No pudo reprimir el temblor de sus piernas. “¡No se supone que me miren!”, dijo lastimeramente a los niños, cuyos rostros estaban pegados a sus muslos. Pero eso era solo retórico.

El jaguar caza

Pe estaba enamorado, pero su Mina rara vez le hacía una felación. Quería seguir siendo virgen hasta su boda; así lo quería, igual que su familia musulmana. Mamá se arrodilló a cuatro patas y Ka guió su pene hacia su vagina. Le encantaba follar y embestía con los ojos cerrados, pensando en el dulce coño de Mina. A Mina le gustaba que Pe la masturbara; eso estaba bien. Al fin y al cabo, lo hacía todas las noches, pensando en él y en su pene. Él embestía muy rápido, como siempre, y eyaculaba durante un buen rato, pensando en Mina, hasta que terminó.

A partir de entonces, después de que Pe terminó de follar a Ka, la tiró sobre su espalda, la puso boca abajo y con una mano le pellizcó los pezones, mientras que con la otra se masturbaba a escondidas detrás de la espalda de Ka. El jaguar se abalanzó sobre ellas con un gruñido sombrío, gritando: "¡Ahora te tengo!" y le clavó su lanza a Ka subrepticiamente. Mamá mantuvo los ojos fuertemente cerrados, sintiendo solo el trasero de Ka moverse. Pe fijó su mirada en la expresión distorsionada de Mamá y eyaculó como impulsado por la furia. El rostro de Mamá se suavizó, sus piernas temblaron incontrolablemente y Pe terminó. ¡El chillido de placer de Ka dio comienzo al juego del jaguar! Mamá, que presumiblemente no se había dado cuenta de que la estaban follando, despertó del trance de la masturbación y el orgasmo y siguió el juego con un placer infantil.

Luego los tres lucharon, y después él tomó a Ka en sus brazos. A ella le encantaba cuando él acariciaba sus nuevos y pequeños senos y tiraba firmemente de sus pezones recién crecidos. Ka jugó con su pene hasta que se puso duro de nuevo. "¡Está listo otra vez!" gritó la niña de 12 años, y mamá sonrió y se puso a cuatro patas. Los gemelos eran una máquina bien engrasada, pensó. Ka insertó su pene en su vagina y les dio a él y a mamá una palmada juguetona en las nalgas. Empujó durante un buen rato, fantaseando con Mina, y eyaculó dentro de ella durante un largo rato. Cuando terminó, lucharon de nuevo, y en el enredo de cuerpos, ella vislumbró por el rabillo del ojo el pene de Pe entrando brevemente en la vagina de Ka, pero la lucha continuó alegremente, e inmediatamente lo olvidó; probablemente no significaba nada. Siempre sucedía en el calor del momento, y el pene de Pe siempre se ponía

duro de nuevo muy rápidamente después de eyacular; Su miembro monstruoso rozaba accidentalmente su cuerpo, su cara y sus muslos, por lo que a menudo él la penetraba en la vagina, ya fuera la suya o la de Ka. ¡Eso no significaba nada! Ni por un instante pensó que estuvieran teniendo relaciones sexuales.

Una vez, cuando estaba a solas con Ka, lo mencionó casualmente. Ka la miró inocentemente a los ojos. “Pero eso es parte del juego”, dijo la niña de 12 años, “él persigue a la pobre víctima, la agarra como un jaguar, y luego el jaguar la apuñala una vez con su cola, ¡y entonces gana!” Mamá preguntó casualmente si eso le parecía desagradable. ¿La puñalada? ¿El chorro? Ka negó con la cabeza, riendo. “¡Para nada! También te lo hace a ti”, la niña sonrió feliz. Era parte de la caza, los jaguares lo hacían así, ¡claro que los jaguares a veces eyaculaban! ¡Se sentía bien y maravilloso cuando el jaguar eyaculaba! Los ojos azul oscuro la miraron inocentemente. “¿No está permitido?” la inocente niña puso la doble trampa. “Sí, sí”, tartamudeó la madre con incertidumbre, “¡permitido, oficialmente permitido!” Esa noche, Ka susurró con Pe, y ambas rieron de su victoria. A partir de entonces, el jaguar cazó con aún más saña, con permiso oficial. El jaguar introducía su cola en una de las dos víctimas, gritaba con orgullo “¡Gané!” y miraba fijamente a los ojos de Mamá. Solo cuando ella le devolvía la mirada con ojos temblorosos, él, riendo, retiraba la cola de la vulva de Ka. Luchaban, chapoteaban y se perseguían con más frecuencia y durante más tiempo que nunca. El juego del jaguar se convirtió en el elemento central.

Los niños jugaban al Juego del Jaguar con gran alegría. El jaguar se arrastraba de una víctima a otra, atrapando una y sujetándola. Excitado por el juego, el jaguar introducía su cola en la víctima y la sacudía. Luego la soltaba y se giraba hacia la siguiente. Pe mostraba los dientes y gruñía: “¡Ya voy!”, y agarraba a la víctima, apretándola con fuerza contra él. Mamá y Ka chillaban de deleite, pues Pe estaba imitando magistralmente al depredador. Introducía su cola en una vagina tras otra tan rápido como podía. Durante el transcurso del juego, acompañado de chillidos alegres y manoseos y agarres salvajes, Pe comenzó a eyacular. Eyaculaba en la vagina madura, luego en la de la niña, y de nuevo. Después de cada eyaculación, se pellizcaba la cola con los dedos para evitar derrames y penetraba la otra vagina con un chorro de semen. Ka chillaba de deleite, Mamá fruncía el ceño. No podía simplemente dete-

ner el juego y estaba molesta. Pe eyaculó aquí y allá y viceversa, y luego terminó. Se dejó caer sobre Mamá y se acurrucó contra sus pechos llenos, sonriendo con satisfacción. Mamá los regañó a él y a Ka, diciendo que por muy divertido que fuera el juego, en cuanto eyaculara, tenían que parar inmediatamente. ¡Inmediatamente! protestó Pe, diciendo que cuando viene, viene, ¡no podía evitarlo! Ka hizo un puchero, ¿parar justo cuando se estaba poniendo realmente divertido? ¡Aguafiestas! Pero Mamá se mantuvo firme; no habría votación, lo había dicho, ¡y punto!

El siguiente juego de Jaguar comenzó con titubeos, pero rápidamente volvió a ser divertido, y se acariciaban y agarraban con gritos alegres. Cuando el Jaguar comenzó a eyacular, Mamá sujetó al cazador; él eyaculó dentro de ella hasta que terminó. Ella gruñó a medias, preguntando si podían jugar sin eyacular. En el siguiente juego de Jaguar, él eyaculó dentro de Ka, quien, con un fuerte grito, lo apretó contra ella y le dio una palmada en las nalgas con la mano abierta. No lo soltó hasta que terminó, y solo entonces los ojos curiosos de Mamá descubrieron la razón del largo abrazo. Estaba realmente furiosa y ordenó sus pensamientos. No debía eyacular dentro de la pequeña; eso era inaceptable, ¡era demasiado joven para eso! Si eso vuelve a suceder, ¡no habrá más juegos de Jaguar! Mi última advertencia, dijo.

Pe se sentó como una rata ahogada, Ka hizo pucheros y gritó: "¡Aguafiestas!". Pero mamá se mantuvo impasible; Pe tenía que intentar no salpicar más mientras jugaba. Y si salpicaba, nunca, jamás, debía salpicar dentro de la pequeña; entonces tendría que salpicar en el agua de la bañera, ¡y punto! Ka hizo pucheros, apretó los labios con fuerza y cruzó los brazos. Casi estalló de rabia cuando su hermano le prometió a su madre: "¡Aguafiestas, los dos!", espetó furiosa y no dijo ni una palabra hasta la cena.

Pe se tomó en serio la amenaza de Mamá; el Juego del Jaguar era demasiado importante para él. Tan a menudo como podía, eyaculaba en la vagina madura de Ka, y todos disfrutaban del juego con placer. Si comenzaba a eyacular en la vagina de Ka —y siempre se aseguraba de lanzar el primer chorro completo de semen dentro de Ka— inmediatamente se volvía hacia Mamá, quien dejaba que el Jaguar eyaculara dentro de ella y, abrazada suavemente, terminaba. Ya no quería eyacular en el agua de la bañera; solo los principiantes hacían eso. Salvó el juego, incluso Ka tuvo

que admitirlo. También era importante para él porque tenía permitido follarla por detrás y eyacular dentro de ella dos veces antes, y durante el Juego del Jaguar, al menos una vez más, o incluso más a menudo, por delante, dentro de ambas. Toda la eyaculación era buena para él, le dijo a Ka. Ka sonrió con picardía, ¡y todo esto con permiso oficial!

¿No la han jodido siempre?

Mamá nunca volvió a contarle a papá lo de bañar a los niños, y él nunca preguntó al respecto. Nunca volvieron a hablar de incesto. Ella relató con minucioso detalle la tarde en casa de su amiga; él sonrió con regocijo mientras ella describía cómo el chico bien dotado la había follado casi sin parar durante dos horas, y cómo el dedo de su amigo la había hecho gritar durante esas dos horas. Ella le guiñó un ojo y le dijo que debería empezar a buscar una máquina sexual eléctrica. Se rió entre dientes y le tomó la mano. Él estaba bastante agotado en ese momento y no quería follar ni eyacular en su boca. Estaba perdiendo el tiempo con una joven becaria de verano; la follaba dos o tres veces al día en la oficina vacía y no había podido tener suficiente de ella durante días. Ella comentó sobre las fotos desnuda, diciendo que ¡era solo una niña! Pero él dijo que la niña tenía casi 17 años; había visto su perfil. Tenía una vagina increíblemente estrecha, dijo; eso era lo que le fascinaba de ella. Tenía un prometido que se acostaba con ella todas las noches, y no había indicios de que quisiera atarlo y tomarlo para sí misma. Era una zorra de apariencia inocente, pero verdaderamente depravada, y él aceptaba todo lo que ella estaba dispuesta a darle.

Miró sus dedos entrelazados y sonrió. «Somos una pareja extraña», murmuró pensativa. «Queríamos criar a los niños libremente, sin represión, sin imponerles ninguna restricción sexual dentro de los límites de la decencia. Eso había funcionado bien; los niños podían observar la vida amorosa de sus padres sin impedimentos, viéndolos follar y eyacular en sus bocas». Pe nunca experimentó eyaculación innecesaria, ya que ella lo masturbaba todos los días y él tenía permitido acariciar su clítoris. «A veces hasta el orgasmo», rió, «y él tenía permitido eyacular justo en medio de su orgasmo». Ka lo había aprendido por sí misma y se aseguraba diligentemente de mantener el equilibrio. Él tenía la vagina de su hija, aparentemente inocente, en la empresa, y sus hijas eran cada vez más jóvenes. Ella le prestó su propia vagina a su mejor amiga y dejó que el amante de su amiga la follara durante dos horas, gritando hasta quedarse afónica durante el orgasmo. «¡Dijiste “follar”, cariño!» —Papá dijo, pellizcándole uno de los pezones, que se marcaban alegremente contra su blusa, con una risa traviesa. Ella asintió pensativa. Era sexo de verdad —confirmó—, se había desarrollado gradualmente durante los últimos tres o cuatro años. Probablemente

fue el agregado militar de hace cuatro años —dijo— quien la había follado por primera vez, aunque no estaba segura. Había sollozado y llorado porque el agregado militar la había follado durante tanto tiempo, y se sentía muy avergonzada de sus dos orgasmos. —Y porque te hacía gritar afónica durante el orgasmo —añadió con una sonrisa; ella ya se lo había dicho muchas veces. Pero era cierto, él no había sido el único con el que se había follado desde hacía bastante tiempo, aunque todavía se negaba a admitirlo. Él le besó las yemas de los dedos. —¡Tenías derecho a creerlo e insistir obstinadamente en ello! —Nunca quisimos ser mojigatos, ni nosotros ni los niños.

—¿Quieres acabar con todo? —preguntó—. ¡Haré lo que decidamos! Estaba dispuesto a abandonar su experimento educativo de mentalidad liberal y vivir según una moral pequeñoburguesa si eso era lo que ella deseaba.

Ella lo miró asombrada. “¡Dios mío! ¡No!”, gritó, riendo. “Todo va de maravilla, todos vivimos nuestras vidas sin estar tensos. Vivimos en el amor y la decencia, considerados los unos con los otros, y hemos encontrado nuestro lugar”. Hizo una pausa. “Bueno, también hay mucha eyaculación y masturbación”, dijo, riendo, “y mientras nadie se queje, ¡habrá más masturbación y eyaculación hasta que los fluidos se desborden!”. Se rieron hasta que les salieron las lágrimas. Ella lo miró. “¡Y no hay incesto, aparte de tu juguete menor de edad!”. Él la empujó juguetonamente en el costado. “¡No estoy tan seguro de quién es el juguete!”.

Fabián, el desafortunado

Los niños espiaban a través de las rendijas del armario cada vez que el amor de la infancia de su madre, Fabian, venía de visita. Los gemelos desaparecían en su habitación, mientras su madre y Fabian entraban en silencio en su dormitorio principal. Cuando ambos tenían 13 años, Fabian estaba enamorado de su madre, y la niña le había hecho una paja y, más tarde, con mucho entusiasmo, muchas, muchísimas felaciones. Ella lo disfrutaba muchísimo y se tragaba cubos de su semen hasta que llegaba su padre. Ahora los dos se lanzaban el uno sobre el otro y follaban con pasión, recuperando veinte años de abstinencia. Los gemelos nunca habían visto a su madre follar con tanta desenfreno. Ella tomó el pene de Fabian en su boca inmediatamente después de que él eyaculara y lo puso duro de nuevo lo más rápido posible. Los gemelos se miraron incrédulos; nunca habían oído a su madre gritar mientras follaban. Ella tiraba frenéticamente del prepucio de su clítoris mientras lo chupaba y tiraba de su clítoris hasta que casi llegaba al orgasmo. Como una furia, se acostó con el pobre hombre y gritó a todo pulmón en cuanto llegó al orgasmo. Lo cabalgó hasta que se corrió. Los gemelos nunca la habían visto tan desinhibida y observaban en silencio. Pero ahora gritaba como una loca durante sus orgasmos hasta que Fabian se marchó rápidamente. Él solo se corrió tres veces y luego se alejó; después de todo, no encontraba a su amor de la infancia tan interesante. Puede que se hubiera acostado como un demonio salvaje en un burdel turco, pero era francamente vergonzoso lo codiciosa que era de orgasmos, la forma tan voraz en que su vagina ordeñaba su semen. Ninguna mujer decente gritaba tan vulgarmente en su clímax, solo las prostitutas bien pagadas. Él estaba acostumbrado a acostarse con mujeres, no a que ellas se acostaran con él. Toda mujer decente se sometía y se dejaba follar con paciencia y cortesía; ¡después de todo, él era el hombre! Él salió corriendo, porque ya no era la niña dulce e ingenua que tan gustosamente se había frotado su semen en la boca, había dejado que eyaculara dentro de ella y había sonreído con picardía mientras lo tragaba. Esta furia demoníaca la perseguía tras su orgasmo, esta zorra bien entrenada ordeñando su semen como si fuera la ubre de una vaca ordeñada por la criada con largas y expertas embestidas. Mamá lloró cuando él se despidió después de la

tercera vez que la folló. Desafiante, se secó las lágrimas y sonrió. Fue bueno, y ahora todo volvió a la normalidad.

Las cosas se están calmando.

Se acabó la época de los juegos del Jaguar. Mamá ahora visitaba a su amiga una vez por semana; le encantaban los maravillosos orgasmos y el sexo salvaje con su amante. Ya no había más juegos del Jaguar; se acostaba en la bañera y se lavaba el semen de su amante. Todos los días, se acostaba en la bañera con los niños y se masturbaba apasionadamente, ofreciéndole a Pe su trasero mientras tenía un orgasmo. Pe sabía que solo tenía medio minuto y la follaba furiosamente rápido. No tardó ni medio minuto en eyacular en medio de su orgasmo, terminando rápidamente cuando el orgasmo disminuyó y ella se volvió a acostar. Abrió bien las piernas y se acarició; el deseo regresó en cuestión de minutos. Pe se acarició el pene y la observó masturbarse; pronto tendría otro orgasmo, y él tenía que estar preparado. Después de que Pe eyaculara dos veces por detrás, ella se acostó, con el clítoris aún ardiendo intensamente. Ka reconoció esa mirada vulnerable y acarició las mejillas de mamá. Como siempre, la protegería con su cuerpo para que pudiera masturbarse de nuevo sin ser vista. Ka apoyó su rostro en los pechos de mamá y cubrió su bajo vientre con su cuerpo. Ka sacó su trasero con exigencia. Mamá cerró los ojos mientras se masturbaba; no quería ver a Ka siendo follada. Ka se deslizó hacia un lado cuando comenzó el orgasmo de mamá y se puso a cuatro patas. Le ofreció su trasero y continuó masturbándose. Pe la penetró por detrás mientras ella alcanzaba el orgasmo y embestía como un loco. Sabía que su orgasmo duraría hasta que él eyaculara. A ella le encantaba esta prolongación y la disminución gradual de las convulsiones cuando él terminaba. Pe la folló dos veces esas tardes y luego folló a Ka justo después. Mamá cerró los ojos porque no quería ver a su pequeña siendo follada; era mejor que lo ignorara. Se masturbó y tuvo orgasmos en silencio una y otra vez hasta que ambos terminaron. Era obvio que Ka estaba disfrutando enormemente de ser follada. — ¡Papá se sorprendería!

Esa tarde de sexo también se fue apagando poco a poco; Pe tenía 16 años y se estaba enamorando de chicas de su edad. Llevó a Anita a su casa y follaron toda la tarde en la habitación de los niños. Después de unos días, Ka se cansó de mirar. Se sentó en la cocina a estudiar; había mirado demasiado tiempo el coño de Anita, que parecía un melocotón demasiado maduro. Anita sabía lo que hacía y se masturbaba sin parar, orgasmo tras orgasmo, mientras

Pe la penetraba con fuerza. Pero él tenía que sacar la polla para correrse; Anita lo quería así. Sonriendo torcidamente, eyaculó desde fuera en su agujero parecido a un melocotón.

Pe tenía 16 años y vinieron Evi, Ingrid, Pia y muchas otras. Ka sonrió y las miró a cada una varias veces, pero tenía que volver a estudiar.

Mamá visitaba a su amiga tan a menudo como podía. La amiga daba clases en la universidad por las mañanas y tenía un suministro inagotable de estudiantes adinerados.

Por fin, mi padre se había convertido en jefe de departamento, tenía un horario laboral más normal y más tiempo para la familia.

Ya había tenido suficiente sexo con las becarias.

Pasaba mucho tiempo con su madre.

Tenían relaciones sexuales casi todas las noches, y mamá se masturbaba después tan a menudo como quería.

Eso fue bueno para ambos.

Dos vidas

von Jack Faber © 2022

La madre cuenta

Hace dos años, la madre de mamá estaba gravemente enferma, y papá le había conseguido la mejor habitación *de primera clase* del hospital. La visitó varias veces después de la histerectomía. El médico dijo que el cáncer había desaparecido temporalmente, pero que probablemente no le quedaban más de uno o dos años de vida. Estaba mucho más afectada que su madre, que simplemente se encogió de hombros; cosa del destino. Otro año o dos, entonces. Ese día, le inyectaron morfina y habló de su padre por primera y única vez bajo sus efectos.

Empecé a trabajar como limpiadora a los 12 años. Siendo la undécima hija, no tenía muchas opciones. Claro que no tenía ni idea de en qué me estaba metiendo. Los hombres para los que limpiaba me veían como un presa fácil. Pronto empecé a exigir propinas, me pagaban generosamente y yo les dejaba correrse dentro de mí sin reparos. Se corrieron dentro de mí miles de veces, pero nunca me quedé embarazada. ¡Durante todos esos años, cientos de hombres me follaron, cientos de ellos! Los primeros días me rompieron las bragas, y al poco tiempo ya trabajaba sin ellas. Fregaba el suelo a cuatro patas, meneando el culo desnudo y mostrando mi hendidura sin pudor. ¡Qué pasada! ¡Ningún hombre podía resistirse! ¡Se corrieron dentro de mí miles de veces, te lo aseguro! No tenía ni idea de sexo. Ni siquiera me había tocado por entonces, nunca había tenido un orgasmo, y solo sabía lo que mis clientes me hacían. Ser montada por detrás como una perra, ser follada a fondo y esperar pacientemente con la mirada perdida hasta que el amo terminara de eyacular. ¡Ese era todo el sexo por el que cobraba generosamente! La montaña de propinas crecía sin cesar; no lo hacía tan barato como las prostitutas de la calle.

Tu padre y yo nunca quisimos que crecieras ignorante en materia sexual, así que después de tu baño siempre me masturbaba durante mucho tiempo, para que aprendieras desde pequeña y no fueras tan ignorante como yo. Me alegraba cuando te excitabas mucho después del baño, cuando me veías masturbarme y tener orgasmos, y cuando luego te masturbabas salvajemente y te perdías en media docena de orgasmos cada vez, ¡incluso a los ocho años! En aquel entonces, nos masturbábamos los dos en la bañera varias veces por semana, uno tras otro, y me alegraba mucho tu

despertar sexual. La hija asintió con los ojos brillantes; lo recordaba bien. También recordaba cómo siempre había contagiado a su madre con su lujuria, y cómo seguía masturbándose mucho después de haber terminado.

A los 35 años, ya había ahorrado lo suficiente para una casa pequeña cuando conocí al doctor. Limpiaba su apartamento en la ciudad, y él no me tocaba. Por supuesto, le dije que era prostituta, pero no quiso oír hablar del tema. Se quedó mirando mi trasero desnudo, mi vulva y mi vagina durante horas, siguiéndome alrededor de su silla para examinar mi desnudez. Me interrogó durante semanas, queriendo saberlo todo sobre mí. Un día, me levantó del suelo, me tomó en brazos y me preguntó seriamente si quería casarme con él. Me pagó durante cuatro años, y ya no me permitía limpiar ni acostarme con los clientes. Nos enamoramos y me convertí en su esposa.

La hija supo de inmediato quién era el doctor, el médico inmensamente rico que le había regalado este apartamento a su madre. La madre asintió. «Sí, es él, era tu padre». Hubo una pausa, los pensamientos de la hija se aceleraron y las lágrimas brotaron de sus ojos. La madre continuó: «Me quería solo para él. Me pagó generosamente durante cuatro años para que estuviera a su entera disposición. Al principio, lo visitaba todos los viernes por la noche en su apartamento de la ciudad, y después de unas semanas, me mudé con él aquí. Durante el primer año, algunas de sus hijas favoritas nos visitaban entre semana para tener relaciones sexuales, pero los viernes y fines de semana, era solo mío».

Su virilidad regresó repentinamente y les dio a sus hijas muchos orgasmos, mientras yo apenas aprendía esta forma de follar. Dijo muy seriamente que si yo lo quería, ahora me pertenecía solo a mí, y percibí su melancolía por tener que dejar ir a sus hijas. Por supuesto, no lo dejé sufrir y me senté en silencio en la cocina mientras follaba a una de ellas. Dejé la puerta abierta, ya que ambas acordaron que debía observarlas. Desde allí, podía verlas muy bien, y creo que aprendí mucho. El acto puro de la penetración no era tan importante como todo lo demás. Las caricias, los besos franceses y la excitación gradual de la otra eran cosas que desconocía y que obviamente eran muy importantes. Sus dedos las acariciaban por todas partes, no solo la vulva. Cuando sus dedos se deslizaron por todo el cuerpo de la joven, un escalofrío me recorrió

y excitó mi propia vagina. Era excitante cuando ella usaba su boca, labios, lengua o dedos para encender y aumentar su excitación.

Sus hijas estaban todas casadas, y la mayoría eran felizmente casadas, pero siempre encontraban la manera de visitarlo para tener sexo. Eran más o menos de mi edad, mujeres jóvenes y hermosas de la alta sociedad, y eran mucho más hábiles, lujuriosas y gráciles en la cama que yo. Todas lo abrazaban y se aferraban a él cuando eyaculaba de golpe, y lo apretaban contra ellas mientras él entraba, las penetraba y terminaba. Ninguna se quedó embarazada; sabían cuándo era seguro. Una de ellas siempre le permitía eyacular en su boca al final del sexo, algo que nunca había visto antes. Pero ella se reía libremente mientras él eyaculaba, succionando cada gota de su pene con evidente placer y tragando su semen con visible satisfacción, como si fuera miel. Siempre accedía cuando quería invitar a alguna a tener sexo y lo permitía, aunque a veces me dolía. Simplemente estaba celosa, lo sabía, y no dejaba que lo vieran. Pero el hecho de acostarse con sus hijas disminuyó gradualmente, quizás porque se dio cuenta de que no me gustaba. Solo cuando me quedé embarazada dejó de acostarse con sus hijas y de tocarlas. Ahora lo quería para él solo.

Le encantaba follarme, todas las tardes, todas las noches, y después de poco más de un año, quedé embarazada de ti. Después de quedar embarazada, dejó de invitar a sus hijas a tener sexo y pasaba cada minuto libre conmigo, con nosotros. Estaba tan emocionado por ti, aunque tenía que mantenerlo todo en secreto. Me acompañó al notario, donde tuve que firmar una renuncia a la herencia. A cambio, me transfirió una considerable fortuna para que su hijo, nuestro hijo, tuviera una buena vida para siempre. Añadí todos mis ahorros y te dejaré toda la fortuna. Ha crecido considerablemente con los años; he ahorrado casi todas mis propinas para ti durante todos estos años. “No es dinero de puta”, dijo la madre, sonriendo con incertidumbre, “¡Yo no era una puta!”. La hija le sonrió a su madre y negó con la cabeza: “No, nunca te vi como una puta, aunque sabía de niña que los hombres te follaban durante el día”. Hizo una pausa muy larga, perdida en sus pensamientos. «Toda mi vida estuve convencida de que uno de ellos era mi padre, y por eso nunca quise saberlo. — ¡Pero el doctor, ahhh! Era un hombre legendario, poderoso y famoso, ¡y estoy muy orgullosa de ser su hija!». Se secó las lágrimas de los ojos.

La madre retomó el tema. El doctor me enseñó a masturbarme. Para él era un gran placer sentarse frente a mí y observarme masturbarme y tener orgasmos durante un buen rato. Solo cuando estaba exhausta me penetraba, y yo tenía que dejar que me penetrara completamente agotada y pasiva. A menudo esperaba a que me durmiera y me penetraba mientras estaba medio dormida.

La joven madre

Una vez me contó el motivo; se trataba principalmente de su madre, de él y de su familia. Me pidió paciencia y me lo contó todo desde el principio. Estaba muy afectado, pero no se guardó nada y habló en voz baja hasta el amanecer. En los meses siguientes, siguió contándomelo, completando lo que faltaba, de modo que después de cuatro años conocía todos los detalles.

Su madre viuda era muy adicta a la cocaína, una adicción común en la alta sociedad de la época. Empezó a consumirla después del accidente. La dosis justa de cocaína, pequeñas cantidades *de hongos alucinógenos* y la cantidad adecuada de alcohol le aumentaban la libido, y eso era todo lo que quería. Era muy estricta con la dosis; demasiada la mataría. No le importaba que su cerebro se estuviera deteriorando gradualmente. Lo que más le importaba era tener buen sexo todos los días.

Desde muy joven, le encantaba tener relaciones sexuales con muchos hombres. El primero fue su hermano mayor, quien le quitó la virginidad con ternura y amor a una edad muy temprana, y con quien disfrutó tener relaciones sexuales hasta su boda. Él se colaba en la habitación de los niños a altas horas de la noche, donde dormía su hermana pequeña, y la destapaba. La colocaba en la posición adecuada, penetraba su pequeña vagina con cuidado y lentitud, y la follaba con delicadeza y ternura. Tras despertarse la primera vez, volvía a dormirse; le encantaba. Al despertarse la segunda vez, justo antes del orgasmo, rodeaba con sus bracitos el cuello de su hermano mayor, a quien amaba con todo su corazón. Era una de esas raras mujeres que podían alcanzar el orgasmo fácilmente durante el sexo. En su juventud, amaba el sexo más que la masturbación, ya que los orgasmos durante el sexo eran mucho más intensos.

Se convirtió en una mujer hermosa y atractiva que se acostaba con todos los hombres del pueblo, para disgusto de su anciano esposo. Pero a ella no le importaba; necesitaba a alguien con quien dormir todos los días. Su esposo ya casi no podía tener relaciones sexuales, y ella le practicaba sexo oral con gusto para su propio alivio, pues era un anciano bueno, amable y cariñoso. Él murió en un accidente automovilístico, y su rostro quedó desfigurado por cica-

trices. Se rumoreaba que antiguos combatientes de la resistencia judía habían tendido un cable de acero a través de la carretera mientras la pareja regresaba a casa en su descapotable. El cable lo decapitó, pero por suerte, ella se había sumergido en el agua y estaba lamiendo suavemente el pene de su esposo, como solía hacer mientras conducía. Cuando él conducía, ella nunca lo llevaba al orgasmo; eso era demasiado arriesgado. En el choque, le arrancó de un mordisco la mitad del pene y el glande cuando sus mandíbulas se cerraron de golpe. Resultó gravemente herida, pero sobrevivió al accidente y heredó su inmensa fortuna.

El hermano

Ella confió la administración de todos los asuntos del difunto a su hermano, con quien tenía una relación muy cercana. Confiaba plenamente en él porque había compartido su lecho desde la infancia, la adolescencia y el matrimonio, y lo conocía muy bien. Como asistente del anciano, tenía un profundo conocimiento de todo y un don para los negocios. Después de que su hermano se casara, dejó de tener relaciones sexuales. Supuestamente, fue el hermano quien le presentó a su hermana al anciano viudo. Cuando el anciano cayó en la trampa y casi se dejó llevar por el deseo hacia la joven, se dice que el hermano desnudó a su hermana y la sentó desnuda en su regazo. También se cuenta que, durante el régimen nazi, siendo aún estudiante, mandó falsificar un magnífico árbol genealógico para su familia. Aunque la familia se había convertido al cristianismo en la Edad Media y seguía casándose dentro de la comunidad judía, ahora afirmaban descender de una antigua familia aria de Bohemia, lo que los protegía de la persecución. — El doctor soltó una carcajada y se rió entre dientes, porque no estaba seguro de qué verdad se escondía tras todos esos rumores.

La historia de fondo

Era indiscutible que su abuelo y su padre habían amasado gran parte de su fortuna gracias a los nazis y la guerra, y que, en parte, habían expropiado y robado a muchos judíos; al final, llegaron a poseer varios palacios y numerosas casas señoriales en el centro de la ciudad. Por supuesto, no pudieron evitar el destino de los judíos, así que se apoderaron de sus casas y negocios, siempre, naturalmente, dentro del marco de las leyes vigentes.

Con frecuencia, también se llevaban a sus jóvenes esposas e hijas, porque padre e hijo coincidían en que las mujeres judías eran las mejores en la cama de todo el mundo. Fue el bisabuelo quien había fundado la fortuna de la dinastía y quien inculcó el mito de las mujeres judías maravillosamente sexuales a su hijo y nieto. Ninguno de ellos comprendió que era una completa tontería; las mujeres judías eran tan buenas en la cama como las africanas, las asiáticas y las de todo el mundo. La base de este mito probablemente se encuentre en el antisemitismo y las incipientes teorías raciales; las ideas más absurdas y descabelladas dieron origen a las cosas más extrañas. — El bisabuelo había liderado una banda de soldados saqueadores en la Primera Guerra Mundial, que se distinguieron principalmente por la violación, él sobre todo. Como una manada de lobos hambrientos, invadían aldeas y violaban a todo aquel que encontraban a su paso. Como fantasmas, luego desaparecían y se abalanzaban sobre sus siguientes víctimas. Más tarde, con una sonrisa, contó que se había inyectado drogas en mujeres más de diez veces más veces de las que había disparado a sus enemigos. Antes de la guerra, era notario; su clientela consistía principalmente en judíos ricos y adinerados que confiaban en él. La guerra, con sus numerosos asesinatos y violaciones, destrozó su alma. — Tras regresar a casa ileso, malversó y robó los bienes de judíos caídos y, con pérfida astucia, sedujo a sus jóvenes viudas y las llevó a su habitación.

Su esposa, que había sido violada innumerables veces por sus supuestos amigos durante su despliegue y había tenido relaciones sexuales con él cientos de veces en contra de su voluntad, sentía una vergüenza terrible porque siempre llegaba al orgasmo con fuertes jadeos. No podía evitarlo; su cuerpo reaccionaba automáticamente y lloraba desconsoladamente después de cada orgasmo

intenso. Era terriblemente humillante cuando los hombres le arrancaban la ropa. A partir de entonces, recibía visitas desnuda bajo su bata, ya que no había nada que rasgar.

Cuando los hombres borrachos desnudaron descaradamente a su madre y el primero, sonriendo, la montó, el hijo se acurrucó de miedo en un rincón. Le repugnaba la brutal follada, pero le fascinaba la insaciable excitación de su madre y su orgasmo increíblemente intenso. Finalmente, la anciana niñera se acercó arrastrando los pies, tomó al hijo de la mano y lo condujo a su habitación; no tuvo que presenciar la profanación de su madre hasta el final. — Siempre había dos o tres hombres que, sonriendo, la follaban uno tras otro. La mayoría la follaban dos o tres veces. En esos días, deseaba estar muerta, porque le resultaba físicamente agotador tener orgasmos más de siete u ocho veces seguidas con todas sus fuerzas. Durante la brutal follada, tenía orgasmos increíblemente intensos que la sacudían durante minutos hasta que él eyaculaba. El siguiente hombre ya estaba listo y continuaba follándola sin descanso, llevándola implacablemente al siguiente orgasmo. — Un día, la situación se volvió insostenible y se suicidó mil días después del comienzo de la guerra, dejando a la anciana niñera sola con su hijo.

La educación del niño

Cuando tenía 10 años, cada mañana se apretaba excitado contra el cuerpo desnudo de su madre, abrazándola y besándola con mucha más ternura que los hombres que la violaban brutalmente. Habían dormido desnudos uno al lado del otro durante años, pero solo ahora se daba cuenta, porque su pene eyaculaba cada vez que la abrazaba. Le acariciaba el vientre, su mano se deslizaba hacia su vulva, y tan pronto como exploraba con avidez sus genitales, su pene eyaculaba por sí solo. Su madre sonreía con complicidad, y cuando el impulso de eyacular se volvía demasiado fuerte, abría las piernas y le permitía tocarla. Sus dedos no la soltaban hasta que eyaculaba dos o tres veces. Entonces, un día, su madre le enseñó a masturbarse y lo masturbó cada mañana durante varias semanas hasta que ya no pudo eyacular. Más tarde, ella se tumbaba extendida en la cama frente a él, sexy y desnuda, mientras él devoraba sus genitales con la mirada y se masturbaba furiosamente. Ella sonrió en silencio mientras él se arrodillaba entre sus piernas y eyaculaba sobre su hendidura a corta distancia. Cuando terminó, ella se frotó el semen en la vulva y lo besó en la frente.

Una vez, despertó de un sueño lujurioso, con su sexo palpitando con urgencia, y fue una idea estúpida, increíblemente estúpida. Le ordenó que la follara inmediatamente, y él tuvo que dejar de masturbarse. Tenía que meter su polla en su agujero, quisiera o no, y ella dejó que el pene del chico delgado se deslizara fácilmente en su vagina. Se sorprendió de lo bien que se sentía dentro de ella. Pero recordó cómo había llorado amargamente el día anterior después de que los tres hombres la hubieran follado brutalmente seis veces. La niñera se había quedado dormida y no lo había sacado; una vez más, tuvo que verlo todo. No se movió, paralizado por el miedo. Sonriendo, ella lo presionó firmemente contra sus nalgas y le ordenó que empujara. Empujó como había visto hacerlo a los hombres, arqueando la espalda. Se corrió de repente, y ella lo abrazó fuerte mientras él terminaba con miedo.

Ella lo apretó contra sus nalgas. “¡Vamos, fóllame más!” jadeó excitada, pues estaba a punto de llegar al orgasmo. “Todavía está duro”, dijo, “¡tienes que seguir follándome!” Él no se movió; estaba demasiado asustado. “¡Más, otra vez! ¡Fóllame!” ordenó, y él obedeció con temor. Esta vez duró mucho más, y antes de que él

eyaculara dentro de ella, ella se agarró el clítoris y provocó su orgasmo. Él había eyaculado justo en medio de su orgasmo y luego terminó asustado; ahora se deslizó a su lado, exhausto.

Ella le había preguntado si no preferiría tener sexo con ella en el futuro, pero él negó con la cabeza con firmeza. ¡No! Demasiadas veces había tenido que verla llorar desconsoladamente cuando esos hombres extraños la habían violado. "Tienes razón", dijo débilmente, "¡eso es incesto y está prohibido! ¡Las madres no pueden tener sexo con sus hijos!". Estaba muy decepcionada de sí misma y abatida. "¡Debo haber estado completamente loca para tener sexo contigo! No puedes evitarlo, mi pobre hijo, yo soy la única culpable del incesto. Mi vida es un caos total", dijo con tristeza, "¡Todos estos hombres que vienen y me violan contra mi voluntad, no está bien! ¡Si tu padre lo supiera, los mataría a todos!". El chico permaneció en silencio, pues veía cada día cómo ella se resistía desesperadamente a ser violada, pero aun así gritaba con lujuria primigenia en cada orgasmo cuando la violaban. Amaba a su madre y jamás cometería incesto con ella.

Sonriendo, separó su hendidura con los dedos, y él se acercó aún más mientras se masturbaba, eyaculando dentro de ella. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando su glande tocó la abertura vaginal de ella durante la eyaculación. «Solo mételo», lo animó ella, y él introdujo la cabeza de su pene en la abertura vaginal y eyaculó. «Eso no es incesto», susurró ella, «¡no es incesto!», y retiró la cabeza de su pene. Lo dejó terminar de eyacular con la mano.

Luego murió su madre, y él se masturbaba tristemente cada vez que estaba solo en el dormitorio con la vieja niñera, como lo había estado haciendo durante un año. Ella asentía obedientemente cuando él la atraía al dormitorio varias veces al día. Ella lo había masturbado repetidamente cuando su madre no tenía tiempo. Más tarde, todo lo que ella tenía que hacer era sentarse frente a él con las piernas abiertas, y él eyacularía sobre sus genitales, que había estado mirando mientras se masturbaba. El chico no quería que ella se desnudara por completo, solo que se quitara la ropa interior y se subiera la falda; no permitiría nada más. Más tarde, procedió a penetrar la apretada vagina de la anciana y eyacular dentro. Cada vez con más frecuencia, penetraba su terriblemente estrecha vagina por completo y la follaba, eyaculando profundamente dentro de ella. El alma bondadosa dijo que podía follarla como es de-

bido cuando quisiera. Él negó con la cabeza; no quería follarla. Ella no había tenido sexo en más de cincuenta años; En aquel entonces, la ingenua joven de 15 años se había entregado al sacerdote y había sido su amante durante unos meses, pero después permaneció intacta. Fantaseaba con los hermosos y excitantes momentos con el clérigo cuando se masturbaba cada pocos meses. Le resultaba muy extraño cuando el chico la penetraba y la embestía con fuerza durante unos instantes para eyacular. Ya era el segundo año que eyaculaba dentro de la anciana mientras tenían relaciones sexuales. Solía masturbarse con mucha intensidad y penetrarla, eyaculando y teniendo sexo simultáneamente hasta terminar. Negaba con la cabeza; en realidad no quería tener sexo con ella, solo un poco mientras eyaculaba. Sin embargo, ella disfrutaba de esos breves momentos de sexo y lo sostenía con mucha delicadeza hasta que terminaba y eyaculaba. Le acariciaba el cabello y lo dejaba descansar contra sus pechos. Sabía lo que le gustaba; los había espiado a él y a su madre con bastante frecuencia. Cuando el amo regresó a casa, la anciana niñera le contó todo sobre la humillante violación que había llevado a su esposa a la muerte. El amo escuchó con rostro impasible. Ella llamó a todos por su nombre y luego se marchó. Él tomó a sus amigos uno por uno y dejó que sus cuerpos flotaran río abajo. Ahora, con la guerra llegando a su fin, no era inusual que los cuerpos terminaran en el río.

El amo confió al niño a la nueva niñera de 30 años y le pagó una generosa bonificación para que iniciara a su hijo en el arte de hacer el amor. Aunque provenía de orígenes humildes y era completamente inexperta sexualmente, él sabía que disfrutaba de ser penetrada. A partir de entonces, ella dormía desnuda en su cama con el niño de 12 años. Hasta entonces, él solo había vislumbrado su vulva cuando ella lo masturbaba. Ahora, por primera vez, la veía completamente desnuda y tenía una erección enorme cada noche. No era para nada guapa ni sexy, pero aparte de su madre, era la primera y única mujer que había visto completamente desnuda. Se quedó boquiabierto frente a la cama, contemplando con lujuria su desnudez. Ella sonrió, mientras disfrutaba viendo cómo su pene se endurecía lentamente hasta alcanzar la erección completa.

Cada noche lo llamaba, apagaba la luz y apretaba al dulce muchacho contra sus delgados pechos. Agarraba su erección y le masturbaba el pene. Discretamente, lo levantaba sobre ella, le frotaba el pene y lo guiaba, con clara intención, entre sus piernas. Él ya es-

taba bastante excitado, y ella lo conocía lo suficientemente bien como para saber que si seguía frotándolo, eyacularía. Lentamente abría las piernas, y su pene juvenil se deslizaba naturalmente en su vagina, suave y lentamente. Por sí solo, su delgado pene se hundía profundamente dentro de ella y él eyaculaba de inmediato. La primera vez, estaba completamente desconcertado y se disculpaba profusamente. Ella lo regañaba suavemente, en broma, pero repetían esto varias veces noche tras noche porque, al final del frotamiento, ella lo apretaba contra sus pechos, y él, sin querer y automáticamente, penetraba entre sus piernas y eyaculaba. Ella lo excitaba varias veces seguidas cada noche, frotando suavemente su pene y guiándolo hacia la entrada de su vagina. Pronto se excitó mucho y la penetró con naturalidad, eyaculando. Ella solo lo retuvo dentro hasta que terminó.

Unos días después, dejó la lámpara de la mesita de noche encendida brevemente y le mostró su vulva poco agraciada. Separó los labios con los dedos y le mostró la abertura. Él se inclinó y la miró. Ella le explicó en dos o tres frases castamente veladas lo que debía hacer. Él no entendió ni una palabra. La obligó a frotarlo varias veces cada noche e insertó su pene en su abertura para eyacular, justo donde ella le había mostrado. A ella no le gustaba hablar "de eso"; lo atrajo hacia ella sin decir palabra y abrió las piernas. El estúpido chico eyaculaba inmediatamente al ser penetrado, noche tras noche; era inútil. Se volvió difícil enseñarle a follar porque solo penetraba en su vagina una vez y eyaculaba inmediatamente. Ella no se movió y lo dejó eyacular dentro y terminar.

Había pasado un año desde que el chico se había acostado a su lado y habían dormido desnudos juntos. Él nunca la había follado como es debido. Ella acarició al chico, que yacía encima de ella, y lo excitó lo mejor que pudo. Él la dejó masturbarlo hasta que estuvo a punto de eyacular. "¿Quieres correrte dentro ahora?", susurró ella, continuando acariciándolo. Él la dejó continuar acariciándolo, asintiendo solo después de un largo rato, "¡Ahora!" y el suave pene del chico se deslizó lentamente en su vagina. Esto era mucho más placentero que el gran pene del amo, que la embestía con fuerza y brutalidad. Cerró los ojos y se tocó el clítoris con el dedo. El chico la folló con mucha fuerza y eyaculó; ella le acarició la cabeza y él le roció el semen en chorros mientras la follaba. Terminó mientras aún la follaba y se deslizó a su lado. Podía arriesgarse a frotarse un poco el clítoris en la oscuridad. Ella solía masturbarse

hasta llegar al orgasmo, mientras él aún jadeaba ruidosamente después de eyacular. Aunque él no podía ver nada en la oscuridad, después de su orgasmo ella apartó los dedos de su clítoris y lo abrazó suavemente.

Ella lo acarició y lo dejó descansar durante veinte minutos antes de volver a excitarlo. Él solía eyacular tres o cuatro veces antes de quedarse dormido, exhausto. Ella esperó hasta que estuviera profundamente dormido y se masturbó. A menudo ensayaba mentalmente el roce de su pene y la eyaculación dentro de él; eso le resultaba muy placentero mientras se masturbaba. Él se dejaba acariciar suavemente cada vez, casi hasta el punto de eyacular, y montaba a la niñera varias veces cada noche. Solo después de muchos meses comenzó a tener relaciones sexuales durante un poco más de tiempo, observó la casta e inexperta niñera. “El coito está mejorando cada vez más”, mintió, sonrojándose profundamente, al amo que preguntó por el progreso. Ignoró el hecho de que el amo siempre decía “joder”, porque eso no era apropiado.

No, respondió ella, el chico había dejado de masturbarse por completo, y ella ya no lo hacía por él. El chico prefería mucho más las relaciones sexuales a la masturbación, había dicho cuando ella le preguntó al respecto. Siempre había observado, le había contado al amo unos meses después, que el chico se masturbaba en secreto una o dos veces al día cuando creía que nadie lo veía.

La nueva niñera lo había estado observando masturbarse durante unos días porque él no se había dado cuenta de la espía oculta. Le agradeció enormemente cuando ella dejó de esconderse y lo masturbó dos o tres veces al día durante los siguientes años. Mientras lo hacía, le permitía generosamente contemplar sus muslos desnudos y sus bragas. Cuando finalmente se apartó las bragas y su vulva quedó al descubierto, el chico eyaculó de inmediato. El amo sonrió amablemente y dijo en ese momento que era perfectamente aceptable, y le pagó una buena suma extra.

Tuvieron sexo varias veces esa tarde y noche, lo que pareció ser suficiente para la niña de 13 años. El amo frunció los labios con ira cuando ella dijo que el niño primero la dejó frotar su pene contra el suyo durante mucho tiempo, luego lo insertó y eyaculó inmediatamente con una embestida corta. Solo después de haber eyaculado varias veces antes, embistió un poco más largo hasta correrse.

El amo le preguntó con ira si necesitaba más lecciones sobre cómo follar. Eso era una tontería, ya que el amo la follaba por detrás tres o cuatro veces por semana porque no tenía a nadie más con quien follar en ese momento. “¡Probablemente necesitas otra buena lección de sexo!”, ladró, agarrándola bruscamente por las nalgas. “Como desees”, dijo la niñera intimidada, e inmediatamente se quitó la falda y las bragas. La folló de pie, bastante enfadado. La giró y la hizo inclinarse. La penetró por detrás, follándola vigorosamente, y ella tuvo un orgasmo silencioso, sonriendo como siempre. Él quedó satisfecho y eyaculó, bombeando profundamente dentro de ella. Después de que él terminó, ella dijo “¡Gracias!” y se vistió rápidamente de nuevo.

Ella no quería que el chico eyaculara en su boca, se opuso al amo; nunca lo había hecho antes y no quería enseñarle. Se mantuvo terca; ni la persuasión ni la perspectiva de algo más podían hacerla cambiar de opinión. No, no había tenido un orgasmo, respondió al amo, pero con gusto le enseñaría al chico una vez que tuviera un poco más de práctica con el coito. Sin embargo, prometió que le mostraría al hijo la masturbación femenina en algún momento en el futuro. Por supuesto, nunca soñó con hacerlo, porque la masturbación era demasiado íntima, mucho más privada que el coito. Naturalmente, no le mencionó al amo que ahora se masturbaba en secreto cada vez que él eyaculaba y cada noche mientras el chico dormía profundamente. Antes de venir a esta casa, solo se había masturbado una vez cada pocos meses; eso había sido suficiente para ella.

En su vida casta, austera y virginal, solo había tenido relaciones sexuales con ese hombre. La anciana niñera se había jubilado cuando murió su madre y el hombre regresó de la guerra. Tan pronto como la contrató, la desfloró y se acostó con ella varias veces, pero ella no era particularmente hábil ni de su tipo. Sin embargo, cuando estaba cachondo y no había nadie más disponible, se acostaba con la niñera, que estaba inclinada, por detrás, ya que era su única sirvienta. Regularmente la llevaba al orgasmo durante el sexo, pero eran orgasmos pequeños y silenciosos comparados con los intensos orgasmos que experimentaba al masturbarse por la noche. Se había vuelto indiferente a ser follada por el anciano durante el día y a permitir voluntariamente que el joven eyaculara dentro de ella por la noche, porque sus amigas y conocidas habían sufrido un destino igualmente humillante.

El violador

El robo y la violación llenaban la vida del hombre junto con su trabajo como notario. Le encantaba atar a la joven viuda a la cama y violar a la mujer indefensa, pero pronto eso no le bastó. Estrangulaba a las mujeres con la mano durante el orgasmo, la falta de aire las llevaba a orgasmos frenéticos. Su riqueza aumentaba constantemente, y las mujeres judías elogiaban sus orgasmos alucinantes bajo su estrangulamiento, atrayendo involuntariamente a aún más mujeres jóvenes a sus garras. Casi todas las noches tenía a una mujer judía en su cama; ella se dejaba violar voluntariamente y le entregaba todo lo que sabía sobre el arte de hacer el amor. Todas adoraban esos orgasmos casi asfixiantes, delirando con sus amigas diciendo que nada se le comparaba.

Fue más allá, estrangulando a las mujeres en pleno orgasmo con bufandas, cuerdas o cinturones mientras mantenía relaciones sexuales con ellas, y los orgasmos de las jóvenes eran increíblemente intensos. La mayoría se desmayaban, y él las dejaba a cargo de su sirviente mudo para que las llevara a un taxi. El sirviente mantenía relaciones sexuales con todas estas mujeres en la escalera, conscientes o inconscientes, antes de acompañarlas a la salida. El bisabuelo se extralimitó en varias ocasiones, y su sirviente mudo se deshacía del cuerpo en el río o en el bosque. El asesino nunca fue sospechoso. El sirviente mudo mantenía relaciones sexuales con cada cadáver, tal como lo hacía con las mujeres inconscientes que su amo le dejaba.

La historia del hombre mudo era bastante dramática. Era el sirviente de su bisabuelo durante sus violaciones en tiempos de guerra. En una ocasión, su bisabuelo violó a una mujer flamenca embarazada en un pueblo belga, y después, su sirviente la violó. La mujer no gritó ni emitió ningún sonido. Le clavó un cuchillo en la barbilla después de que el sirviente eyaculara; la hoja le atravesó la mandíbula y el paladar hasta la cavidad nasal, hasta que pudo agarrarle la mano. Le abrió el vientre desde el ombligo hasta la garganta, le arrancó el bebé y lo arrojó al suelo. Violó a la mujer moribunda por segunda vez, clavándole el cuchillo en el corazón mientras eyaculaba, y luego terminó con calma. Desde entonces, permaneció mudo y continuó sirviendo a su amo. Violó a los restos que su amo le dejó.

Cuando el hijo tuvo la edad suficiente y se cansó de la niñera, se le permitió, después de su padre, follar a las mujeres judías inconscientes con toda la lujuria de la juventud. Al joven le encantaba follar a la mujer inconsciente hasta que despertaba y tenía un orgasmo; solo entonces eyaculaba. “¡Las mujeres judías son realmente geniales para follar!”, le dijo a su padre. Finalmente, el viejo sirviente folló a la mujer en la escalera. La atmósfera lúgubre de la escalera y el anciano de aspecto sombrío hicieron que la mujer soportara el procedimiento como en trance, y solo suspiró aliviada cuando el desagradable anciano terminó de eyacular laboriosamente y la condujo a la salida. Nadie habló de esta horrible follada.

Durante el dominio nazi

Padre e hijo estaban profundamente convencidos de que las mujeres judías eran las mejores en la cama del mundo, siempre y cuando se disiparan sus temores y se les diera esperanza. El hecho de que esto estuviera prohibido durante el régimen nazi les importaba poco. Las jóvenes judías solían ser bellas y sensuales cuando dejaban de lado su educación puritana. Se tragaban con avidez todas las promesas vacías, el alcohol y las pastillas sexuales, lo que las estimulaba sexualmente de forma tremenda. Ingerían grandes cantidades de pastillas estimulantes y tenían sexo desenfrenadamente para salvar a su padre, esposo o hermano, y en última instancia, sus propias vidas. Tenían sexo con avidez día y noche, orgasmo tras orgasmo, y simplemente no podían saciarse. Tenían sexo con toda su devoción y pasión, incluso con invitados delante de los caballeros. Sin inhibiciones por el alcohol ni las pastillas, tenían sexo con todo el mundo en público, llevándose a sí mismas y a los hombres al máximo rendimiento. Sexualmente excitadas, perdían toda vergüenza y se masturbaban delante de sus amos cuando se lo pedían. —Todo esto explicaría el cobarde asesinato de su padre, supuso el médico.

Paternidad

Dijo pensativo que su madre le había contado la historia de su vida, incluyendo todas sus aventuras sexuales, en su decimoctavo cumpleaños. Ella ya estaba bastante borracha; había empezado a beber whisky justo después del sexo, y estaba dispuesta a contarle todos sus secretos sexuales por enésima vez. Nunca le había ocultado sus experiencias sexuales ni sus depravadas escapadas. Siempre le había dado retazos; ahora iba a contárselo todo de nuevo desde el principio. Ella aceptó de buen grado y se bebió el whisky de un trago. Él la había ayudado generosamente con el whisky para que le contara todo, absolutamente todo. Empezando por la masturbación desde los seis años, la desfloración a los doce, y terminando con el asesinato de su marido.

Él insistía en que su verdadero padre era su brillante hermano. Ella siempre negaba débilmente sus sospechas, pero él instintivamente presentía que era cierto. Una vez, borracha y drogada con cocaína y tras masturbarse, le gritó: «¡Claro que sí, maldita sea, por supuesto que es tu padre! ¡¿Y qué?! Mi viejo apenas podía tener relaciones sexuales, y mucho menos eyacular. ¡Pero mi hermano siempre tenía sexo maravilloso, me llevaba al orgasmo cada vez y eyaculaba dentro de mí!». Se interrumpió furiosa y siguió bebiendo sin parar. Durante su matrimonio, ella tenía relaciones sexuales con su hermano con regularidad, casi a diario, y solo muy raramente con su padre.

El anciano lo sabía, por supuesto, y solo se molestó durante los primeros segundos. Pero no soportaba perder a su asistente ni a su esposa. Ella era la mujer judía más hermosa con la que jamás había estado en la cama, y a pesar de su juventud, era la más experimentada que jamás había visto teniendo sexo. La había observado cientos de veces, y ella follaba con gracia, pasión y con la lujuria animal de la mismísima diosa del amor. Él era demasiado viejo para tener sexo y le daba rienda suelta; le bastaba con observarla a ella y al *amante de turno* teniendo sexo. Esa noche, la hermosa mujer judía quiso acostarse con su hermano, y el anciano lo aceptó de inmediato sin resentimiento. Al contrario, pronto disfrutó de estar acostado en la cama conyugal con los tres, porque observarlos ahora con más frecuencia le provocaba una erección, que ella

trabajaba apasionadamente con su boca, labios y lengua. Extasiado, el anciano eyaculó en su garganta.

El joven doctor, naturalmente, le preguntó a su tío sobre su paternidad, pero este simplemente se encogió de hombros. “¿Y aunque fuera cierto?”, preguntó el tío con una sonrisa, “¿qué más da?”. Eso zanjó la cuestión, dijo el doctor. Mantuvo una buena relación con su tío durante toda su vida, a quien respetaba como una figura paterna y quien les proporcionó a él y a su madre una vida de lujos. Tras doctorarse en derecho, aprendió de su tío cómo administrar e incrementar la considerable fortuna. Después de casarse, su tío le enseñó a apropiarse con habilidad y discreción de la mayor parte de la riqueza de su suegro, el alcalde. Esto le compensó por la terrible esposa que el intrigante alcalde le había impuesto. Tras la muerte de su tío, el doctor continuó administrando toda la fortuna —bienes raíces, tierras y negocios— con gran perspicacia y proporcionó a su madre todos los lujos imaginables.

La joven viuda

Desde que enviudó, a la joven y fea madre le resultaba cada vez más difícil encontrar con quién acostarse, a pesar de que desde su matrimonio había tenido relaciones sexuales sin parar con todo el círculo de amigos de su amado difunto, sus amigos y los amigos de sus amigos. El sexo se fue volviendo menos frecuente año tras año; de todos modos, prefería masturbarse mientras esnifaba cocaína. Los dos pasaban las mañanas con un gran desayuno después de que su madre se bañara, y él finalmente se metía en la bañera con ella y dejaba que lo lavara. Durante el desayuno, que duraba horas, su madre hacía sus llamadas telefónicas, relamiéndose los labios, y luego disfrutaban de un almuerzo espléndido. Los sirvientes iban a almorzar después de guardar la cena fría en el refrigerador, y los dos pasaban la tarde y la noche en la gran cama de su madre. Ella yacía desnuda o envuelta solo en un velo transparente, bebiendo whisky y esnifando cocaína.

Le leía innumerables cuentos de hadas e historias a su hijito, drogado con cocaína y muy excitado, a veces incluso masturbándose entretanto. Le encantaba especialmente leer *cuentos de hadas pornográficos para jóvenes y mayores. Las princesas, los príncipes y los caballeros tenían sexo en todas las historias de aventuras; había mucha masturbación, eyaculación y coito. Luego estaba el fiel sirviente que fue convertido en gato por el mago y lamió fielmente a todas las princesas, tanto a las mayores como a las más jóvenes, hasta el orgasmo. Había sexo con las brujas, así como con el mago, y con dragones y perros, por supuesto.* Los ojos del niño se abrieron de par en par. ¿Los perros? ¿De verdad podían hacer eso? “Por supuesto”, dijo ella, “¡se puede entrenar a los perros para que se acuesten con su ama!”. Él la miró incrédulo, “¿En cuentos de hadas o en la vida real?”. Ella se rió en sus ojos; dos amigas suyas habían entrenado perros, ¡ella misma lo había visto! Sí, había visto cómo los perros se turnaban para follar a su amiga. Finalmente, estaba el gran Gran Danés, cuyo pene estaba tan hinchado que se le atascó dentro de la vagina mientras se masturbaba hasta el orgasmo. Tuvo que contarle al niño una y otra vez cómo el Gran Danés se acostó con su amiga; él no se cansaba de oírlo. Le explicó cada dibujo que ilustraba todas esas fantasías. Le explicó cada situación con detalle, de modo que pronto compren-

dió las conexiones entre su propia masturbación y la de la princesa o la madrastra malvada, pero también conectó su propio acto sexual con el de los cuentos de hadas. Desde pequeño, aprendió más sobre sexualidad que cualquier otro niño de su edad. A ella no le importaba que el niño desnudo se sentara entre sus piernas y la viera masturbarse y tener orgasmos, ni si encontraban a alguien más para acostarse con ella. Al niño le fascinaba cómo el pene del desconocido entraba y salía de su agujero. El acto sexual era muy excitante, y el niño de 5 años tiraba y jalaba su pequeño pene erecto mientras miraba sin aliento.

La madre se deja follar

El pequeño le preguntó una vez qué hacía al final, cuando el hombre se quedaba quieto y bombeaba antes de sacar su pene de su agujero. “Luego eyacula dentro, tonto, ¡eyacula todo su jugo dentro de mí!” “¿Para tener un bebé?” preguntó tímidamente, porque en los cuentos de hadas, las princesas tenían bebés cuando los príncipes, dragones o perros eyaculaban mucho jugo dentro de ellas. Riendo, ella le acarició el pelo. “Sí, ¡pero ya no voy a tener un bebé!” Ahí terminó la conversación. — ¡Los hombres deben ser bastante estúpidos para eyacular todo su jugo dentro de ella cuando ya no iba a tener un bebé! Ahora el niño de seis años veía el sexo bajo una luz diferente y observaba sin aliento cómo el hombre eyaculaba dentro de ella.

Los hombres tuvieron que reconocer que el pequeño espectador estaba agachado justo frente a su vulva y no se dejaría ahuyentar, pero tampoco se interponía en el camino del acto sexual. El chico se agachó y siempre le resultaba excitante cómo se abría su vulva cuando el pene la penetraba. La penetración en sí era bastante aburrida, porque ya sabía muy bien cómo su madre tenía orgasmos. Le parecía perfectamente normal que ella también tuviera un orgasmo una o dos veces durante el acto sexual, ya que le había explicado que solo dejaba que hombres desconocidos la follaran porque le producía un gran placer. Le explicó con toda franqueza que tenía orgasmos maravillosos durante el acto sexual, incluso si el tipo no era bueno follando. Estos orgasmos se sentían completamente diferentes a los orgasmos de la masturbación. Él asintió y soltó que cuando fuera mayor, la follaría mucho y la haría tener muchos orgasmos. Ella abrazó y mimó al pequeño hombre y lo besó, diciendo: ¡Eso fue muy, muy dulce de su parte!

El niño deslizaba sus deditos sobre sus labios vaginales en cuanto ella llegaba al orgasmo durante el sexo y los frotaba con firmeza, porque sabía que a ella le encantaba. Lo hacía de buena gana porque la quería mucho; las feas cicatrices de su cara y pecho no le molestaban en absoluto. Ella le había dicho a su hijo de siete años que el sexo le daba mucho placer y que era muy feliz cuando tenía un hombre con quien tener sexo. El pequeño asintió con entusiasmo, porque después del sexo ella era muy cariñosa con él, lo abrazaba y le decía lo maravilloso que se sentía cuando él le acari-

ciaba los labios vaginales. Bebió su whisky doble y le tocó la nariz. «¡Cuando seas mayor, podrás tener sexo conmigo!», murmuró adormilada.

Muchos hombres venían, cada vez mayores, a follarla. A menudo tenían dificultades para follarla bien. Pero cuando el pene se detenía y comenzaba a bombear, el chico pegaba la cara para observar el excitante bombeo. Con el tiempo, se atrevió a tocar la uretra del hombre mientras bombeaba. Podía sentir exactamente cómo el semen salía disparado de la uretra a chorros y se derramaba dentro. También era muy excitante cómo el gran agujero que dejaba el pene al retirarse se contraía hasta convertirse en una pequeña abertura en tan solo unos instantes. Si alguno de ellos no podía eyacular, ella lo masturbaba en su boca y le dejaba eyacular dentro. El joven le preguntó si era agradable tragar el semen. Ella se encogió de hombros y se rió; estaba bien, pero siempre bebía un gran vaso de whisky después para quitarse el sabor. Ahuyentó al amante y luego se masturbó durante la noche para tener algunos orgasmos. El pequeño entonces se puso muy ansioso por frotar sus labios vaginales muy suavemente.

Durante su infancia y adolescencia, su tío venía regularmente los fines de semana. Los sábados por la mañana, hablaba de negocios con su madre, y el niño hojeaba sus libros ilustrados. Por la tarde, los tres se tumbaban desnudos en la enorme cama de su madre y se abrazaban, se acurrucaban y se acariciaban. Su tío era el único hombre al que su madre besaba y abrazaba de verdad. Ella le había contado lo fascinado que estaba el pequeño con la sensación de su eyaculación. Le permitían agarrar el pene de su tío y retraer el prepucio sobre el glande. Su tío lo animaba a introducir su pene en la vagina de ella y a mantenerlo en su sitio durante el coito. Era el único que quería hacerlo. El niño sujetaba su pene con firmeza y le resultaba muy excitante sujetarlo mientras penetraba. También le excitaba mucho que sus pequeños dedos se introdujeran en la vagina de ella durante la penetración; esto también hacía reír a su madre. Se agarró el pene con fuerza al eyacular y sonrió porque podía sentir claramente los chorros de semen que salían de su interior. Luego lo soltó y se incorporó porque, después de eyacular, su tío se quedó encima de su madre durante mucho tiempo, y los dos se abrazaron y se besaron durante muchísimo tiempo después del sexo. Cuando tenía 14 o 15 años, su tío venía con mucha menos frecuencia porque se había enamorado de su

prometida. Más tarde, dejó de venir por completo porque iban a casarse.

El entrenamiento

Pero la mayor parte del tiempo, los dos estaban solos. Cuando tenía unos nueve años, casi ningún hombre venía a tener sexo con él, y su madre se masturbaba todas las tardes y parecía disfrutarlo enormemente. Una vez, él acarició su pene arriba y abajo de su hendidura mientras ella se masturbaba, y ella le sonrió alentadoramente, ¡diciéndole que siguiera adelante! Debía retraer completamente el prepucio y poner la cabeza de su pene en su abertura, le dijo, y él lo hizo. "Se siente bien", dijo el pequeño, "¡tan cálido, suave y húmedo!". Puso la cabeza de su pene en su gran abertura tan a menudo como pudo, donde era suavemente balanceado y frotado mientras se masturbaba. Cuando tenía unos nueve años, su madre descubrió que su pene goteaba, y sonrió y le enseñó cómo masturbarse. Ella lo masturbó muy frecuentemente, durante semanas seguidas, y a menudo lo dejaba gotear. Durante muchas semanas, lo masturbó, pero solo salieron unas pocas gotas. Tuvo que cambiar su estrategia. Él tenía que sentarse sobre su pecho y ella tomaba su pene en su boca. —Se siente tan bien —susurró él, mientras ella lamía, succionaba y mordisqueaba su glande con los labios y la lengua. Él chilló de placer y unas gotas escaparon de la punta de su pene.

—Eso suena muy bien —dijo ella, limpiándose la boca con el dorso de la mano. Él asintió, con los ojos brillantes. —Eso fue lo mejor —murmuró—, se sentía como estar dentro de ella —juzgó el pequeño—, y su lengua lo estaba volviendo loco —dijo. Durante meses ella le lamió el glande, lo chupó y le masturbó el pene en la boca. Las gotas se volvieron espesas y densas, y de repente él eyaculó en su boca. Ella sonrió con satisfacción y continuó entrenándolo durante unas semanas más, dejándolo eyacular en su boca tantas veces como fuera necesario cada día hasta que no salió más semen.

Le había costado mucho tiempo eyacular correctamente. Finalmente, ella quedó muy satisfecha e introdujo su glande en su vagina, lo masturbó con la mano y lo dejó eyacular dentro. «¿Ves? Así es como se hace, ¡eso es exactamente lo que se hace!», comentó, y durante semanas lo masturbó con el glande dentro, dejándolo eyacular dentro. «Así es como tienes que hacerlo, mete el glande en mi pequeño agujero y frota tu pene rápida y firmemente hasta que

eyacules. Asegúrate de eyacular hasta el fondo, no derrames nada, ¡hasta que termines!». Él asintió; lo entendió todo y prometió seguir sus instrucciones. A partir de entonces, se sentó muy cerca de su hendidura cuando ella se masturbaba, introdujo el glande en su abertura, se masturbó y, frotando firmemente, eyaculó con avidez en su agujero, una y otra vez, hasta que ella terminó de masturbarse. «Es muy bueno poniendo inyecciones», lo elogió, despeinándole el pelo con una sonrisa.

Novias emocionadas

Pero la vulva de su madre era intocable cuando una amiga la visitaba y consumían cocaína, bebían en exceso y se masturbaban desnudos. Su madre siempre se masturbaba, nunca permitía que nadie la tocara y nunca tocaba sexualmente a una amiga. Nunca besaba ni abrazaba a ninguna amiga; en años posteriores, él solo besaba y abrazaba a las muy jóvenes y hermosas, para excitarse y aumentar su excitación. Entendía inmediatamente cuando ella decía que debían mantener la masturbación y la eyaculación en secreto. Ni siquiera los sirvientes, que llegaban temprano por la mañana y se iban al mediodía, debían enterarse; ¡eso era muy importante! Se le permitía sentarse muy cerca de la vulva de su amiga para masturbarse y eyacular sobre sus labios vaginales todo el tiempo. Ambas mujeres reían y gritaban de placer en su frenesí.

No pasó mucho tiempo antes de que insertara su glande en la vagina de su novia mientras se corría. Realmente disfrutaba tener una novia cerca porque sus cuerpos, senos, vulvas y clítoris eran todos diferentes, y no todas se masturbaban de la misma manera. Las examinaba a todas muy de cerca, siempre emocionado por la curiosidad cuando llegaba una nueva. La mayoría de las mujeres se avergonzaban mucho la primera vez que tocaba y examinaba con curiosidad sus vulvas y clítoris. Desesperadamente hacían contacto visual con sus madres, pidiéndoles que no lo detuvieran, pero ellas solo asentían con aprobación y parpadeaban: ¡estaba bien! Las aberturas eran bastante variadas, algunas circulares u ovaladas, algunas con labios internos estriados y algunas completamente lisas. Creía que podía decir que la mayoría de las vulvas eran solo para la masturbación, no para el coito. Creía que podía identificar tres tipos de clítoris. Primero, estaban los clítoris diminutos e invisibles, escondidos profundamente dentro de la carne. En segundo lugar, estaban los clítoris más comunes, que solo se hacían visibles al separar los labios mayores o cuando la mujer abría las piernas, exponiendo la vulva. Su prepucio era diminuto y generalmente se extendía desde el clítoris hacia un lado, junto a los labios menores. También existían clítoris similares al de una madre, del tamaño de una uña y ocultos bajo un prepucio grande. En estos casos, era necesario retraer el prepucio para la masturbación.

Gritaban, chillaban o decían obscenidades cuando él se masturbaba cerca de sus hendiduras. Decían "¡Oooh!" cuando él insertaba su glande en su abertura para eyacular, y de nuevo: "¡Oooh! ¡Oooh! ¡Oooh!" cuando seguía frotando vigorosamente y eyaculaba con fuerza. La primera vez, ella buscó nerviosamente el contacto visual con su madre, quien asintió tranquilizadoramente. "¿No puedo quedar embarazada de eso, verdad?", preguntó la novia ansiosamente. Pero su madre actuó como una experta, negando con la cabeza. "¡Es demasiado joven! ¡Nunca he oído hablar de nadie que se haya quedado embarazada de un chico tan joven!" Así que la novia lo dejó eyacular dentro de ella tantas veces como quiso durante toda la tarde hasta que tuvo suficiente. La mayoría no lo detuvieron cuando la penetró profundamente mientras eyaculaba. ¡Realmente era demasiado joven para dejarla embarazada! "¡Solo mételo hasta el fondo cuando eyacules!" Las mujeres dijeron adormiladas, "¡Adelante, mételo hasta el fondo, me gusta eso!" Y no hizo falta pedírselo dos veces.

Había observado a las mujeres masturbándose con mucha atención y creyó identificar tres tipos. La mayoría se masturbaba de lado a lado, y a una velocidad increíble. El segundo grupo se masturbaba de arriba abajo con los dedos, acariciando todo el cuerpo, incluyendo los labios vaginales, introduciendo ocasionalmente algunos dedos en la vagina. El último grupo, el que le resultaba más excitante, eran aquellas con clítoris más grandes. Retraían completamente el prepucio con una mano, dejando el clítoris al descubierto. Con un dedo, lo frotaban suave y delicadamente, aumentando gradualmente la velocidad hasta alcanzar el orgasmo. Así se masturbaba su madre; lo había visto mil veces.

Una vez que había eyaculado lo suficiente, masturbaba el clítoris de las mujeres a su manera, pero solo unas pocas le permitían frotarlas hasta que alcanzaban el orgasmo; la mayoría tomaba el control de la masturbación justo antes del orgasmo y terminaba por sí sola. Pero todas se retorcían y se agitaban de deseo cuando él las masturbaba. Él, por supuesto, estaba emocionado y sonreía con orgullo y satisfacción. Algunas tardes, alguien venía a su casa —un hombre para tener sexo o una novia para consumir cocaína— en quien sí podía eyacular.

Mientras se masturbaba al final de la tarde, la madre se quedó dormida después de uno o dos orgasmos, y él, mientras se mastur-

baba, se acurrucó junto a su cuerpo dormido, separó sus labios con los dedos e insertó su glande cada vez más profundo, eyaculando dentro de ella. Era igual que con sus amigas: se masturbaba hasta eyacular, insertaba su pene completamente y eyaculaba, terminaba y luego retiraba su pene. Ella gruñó un poco y se rascó brevemente la vulva, luego él continuó masturbándose, insertando el glande y, antes de eyacular, su pene entero de nuevo para eyacular dentro de ella. Cuando había eyaculado lo suficiente, a veces le frotaba el clítoris y siempre lograba llevarla al orgasmo. Ella se despertaba riendo por un momento durante sus orgasmos y luego volvía a dormirse inmediatamente. Antes de que se despertara por completo, él limpiaba su semen derramado con una toalla; ella quería que lo hiciera.

Solo a los 13 años se atrevió a colocar a la niña desnuda y dormida para tener sexo, y ella, automáticamente, por costumbre, abrió las piernas. Fue maravilloso finalmente follarla como un adulto y eyacular dentro de ella, tantas veces seguidas hasta que su semen se agotó. Ella solía despertarse con un orgasmo, le sonreía y le permitía voluntariamente que continuara follándola en su estado de somnolencia. Incluso dormida, cabeceando o medio dormida, tenía un orgasmo durante el sexo y se despertaba riendo por un momento, para luego volver a dormirse al cabo de unos instantes. Le gustaba mucho que la follaran mientras dormía y tener orgasmos, le dijo justo después de su primera vez; lo había hecho a menudo en su infancia y adolescencia. Más tarde, él la follaba incluso mientras ella se masturbaba adormilada. A ella le era indiferente el incesto porque él había sido el único que la había follado durante mucho tiempo. Era una mocosa muy rica, fea, deforme y depravada que ignoraba por completo la vergüenza, los tabúes y el tabú del incesto.

El joven diligente

Cuando su madre consumía cocaína con sus diversas amigas o las hijas de estas, el chico de trece años se acostaba con todas ellas: las arrogantes y engreídas esposas o hijas de los hombres más ricos y distinguidos. Todas traían como regalo grandes cantidades de cocaína, whisky, vermut y ginebra, que su madre, con su mente limitada, aceptaba con gratitud, a pesar de ser ella misma inmensamente rica. Él nunca consumió cocaína.

Fueron muy pocas las mujeres que llevaron a la madre al orgasmo mediante sexo oral. Ella misma nunca lamió a otra mujer, pero disfrutaba de ser lamida. Él apoyaba su rostro en el estómago o en el muslo interno de su madre para observar de cerca cómo lamía. Algunas mujeres lamían el clítoris y la abertura vaginal solo con la punta de la lengua, mientras que otras tomaban los labios y el clítoris completamente en su boca y los lamían. Este era el tipo de lamida que la madre prefería, según dijo una vez. Siempre invitaba a estas mujeres a su casa. Él nunca se atrevió a lamer a la madre, pero lamió a todas estas mujeres de la manera en que las había visto hacerlo previamente. Las lamió hasta el orgasmo; solo una fue muy impaciente y terminó haciéndolo ella misma. La madre una vez le preguntó por qué nunca la lamía, pero él no respondió; no lo sabía. Ella le abrió la vulva de par en par y le rogó que la lamiera. Él la lamió de orgasmo en orgasmo hasta que quedó completamente exhausta, pero ella tenía que rogarle cada vez.

Pasaron los años, ya conocía a la mayoría de sus novias y sabía cuáles podían tener orgasmos durante el sexo; no eran muchas. Pero se acostaba con todas las que consumían cocaína con sus madres. Muy rara vez aparecía una mujer nueva que consumiera cocaína con las madres. Se sorprendieron cuando el chico se presentó ante las mujeres completamente desnudo, con el pene palpitando. Se tumbó junto a la recién llegada y le agarró las nalgas con lujuria. Ellas abrieron los ojos de par en par y se sonrojaron de vergüenza al ver que él deseaba tener sexo con ella. El recién llegado miró con incertidumbre a la madre, pero ella siempre estaba de acuerdo y le aseguraba que aún era demasiado joven para dejarla embarazada, lo cual, por supuesto, era una completa tontería.

Solo cuando las drogas y el alcohol la habían excitado por completo, finalmente se desnudó, dejando que sus últimos vestigios de privacidad se desvanecieran. Él no toleraba resistencia; le bajaba el vestido, el sujetador y las bragas si no estaba ya desnuda como las demás durante sus sesiones compartidas de consumo de cocaína y masturbación con su madre. Él percibía, como un depredador, cuando su presa estaba lista. Una dosis más, y la última barrera de vergüenza se derrumbaba. La mayoría superaba sus inhibiciones restantes después de otra dosis de cocaína y se masturbaba libremente, con lujuria y excitación sexual. Él esperaba a ver si ella seguía masturbándose antes de penetrarla. Violó y folló a la mujer drogada con cocaína una y otra vez. Estaba cautivado por las vulvas bien cuidadas, elegantemente depiladas y fragantes que, por lo demás, estaban reservadas para la masturbación secreta, no para el sexo.

Él follaba apasionadamente a estas refinadas vulvas y eyaculaba enérgicamente dentro de ellas mientras aún jadeaban y se masturbaban, e incluso después, hasta que había eyaculado lo suficiente. Le importaba un comino si gemían y le suplicaban: "¡No te corras, no te corras dentro, por favor, no, no te corras dentro!". Todas estas mujeres orgullosas y humilladas tenían que lamerle la polla hasta dejarla limpia después de follar con él; ¡él era el rey! Si una mujer tenía pechos hermosos y llenos, se le permitía tumbarse boca arriba sobre el torso de la madre mientras él la follaba, y la madre le acariciaba los pechos y le provocaba los pezones. A su madre le encantaba mirar con absoluto desprecio cómo él follaba a estas nobles yeguas que —fingiendo desesperación— gemían: "¡Por favor, no te corras! ¡Por favor, no te corras dentro otra vez!" y entonces, con una sonrisa desdeñosa, él eyaculaba en el coño de la mujer que gemía. La madre abrazó a su hijo después del acto sexual y le susurró al oído que él era su héroe.

La historia se extendió y, de repente, todas, especialmente las hijas, querían consumir cocaína con su madre, masturbarse y ser folladas a fondo por el joven viril. Muchas de las hijas nunca habían sido folladas antes, y él desfloró a estas raras criaturas como un cazador que destripa a su presa con su cuchillo de caza. Siempre esperaba a que se fueran para follar a su madre por las noches, cuando a ellas les apetecía, porque lo mantenían en secreto. Estaba seguro de haber embarazado a muchas de sus amigas e hijas en su juventud, sonrió el viejo doctor con picardía, porque seguían

volviendo. Se deleitaban con el miedo a quedar embarazadas, gimiendo y rogándole que no eyaculara dentro de ellas, aunque sabían perfectamente que él eyaculaba sin piedad en sus preciosas vaginas, una y otra vez, hasta que quedaban embarazadas y se alejaban. Años después, desfloró y violó a sus hijas, y a menudo estaba bastante seguro de que desfloraría, violaría y embarazaría a su propia hija. Durante un tiempo, incluso recurrió a las pruebas de paternidad para convencerse a sí mismo, sonriendo con evidente satisfacción. Era un verdadero imán, capaz de atraer mágicamente a todas esas jóvenes.

Como estudiante, solía organizar fiestas, y después de cada una, tenía una compañera de juegos en su cama. Pero estas mujeres de su edad no eran de su agrado. No soportaban su naturaleza dominante; no eran ni humildes ni sumisas, y la mayoría carecía de experiencia, imaginación y habilidad en la cama. Querían tener sexo en igualdad de condiciones, pero se marchaban rápidamente tras la primera eyaculación. ¡Entra, sale y adiós! Por lo tanto, se apegaba a las mujeres orgullosas del círculo de amigas de su madre, cuyas vaginas no estaban hechas para ser penetradas, sino solo para la masturbación secreta. Dominarlas mentalmente era un desafío que siempre aceptaba con gusto. Dominar y follar a estas mujeres refinadas y orgullosas halagaba su ego, y le encantaba ignorar sus gemidos y súplicas de “no volver a correrse dentro”. Las conocía a la mayoría desde hacía años, y sabían exactamente cómo funcionaba. Pero seguían volviendo porque a ellas también les encantaba el juego de su sexo dominante.

Un matrimonio extraño

Se acostó con su madre en su cama y con casi todas las mujeres que la visitaban a diario hasta que cumplió 26 años y se vio obligado a contraer un matrimonio de conveniencia con la aburrida hija del alcalde gordo, poderoso e influyente, quien, en sus 30 años como alcalde, había amasado una gran fortuna y numerosas propiedades que su padre, el tío del alcalde, había codiciado. No había mejor pareja en kilómetros a la redonda. El doctor insistió en un contrato matrimonial complicado que el alcalde jamás podría entender. Creyendo haber hecho una buena jugada, el alcalde hizo que el novio observara a su hija desnuda masturbándose durante días usando cámaras ocultas. La hija era bastante guapa; se masturbaba lentamente mientras leía y dejaba el libro a un lado cuando abría bien las piernas y se masturbaba vigorosamente. Se masturbaba intermitentemente durante toda la noche y mostraba sus hermosos orgasmos justo delante de la cámara. El doctor dio su aprobación con la condición de que tanto el tío como el alcalde verificaran la virginidad de la chica. La chica era tímida y avergonzada, pero finalmente les mostró su vulva a los hombres.

El doctor ignoró la vagina envejecida de su madre y se dedicó a su aburrida esposa mientras ella se masturbaba lentamente leyendo novelas románticas pornográficas. Ella se había masturbado desde la infancia y aún era virgen, gritando horriblemente durante la desfloración y golpeándole la espalda cuando él continuaba follándola. Solo tenía orgasmos al masturbarse con partes explícitas de pornografía y odiaba ser follada contra su voluntad. Se horrorizaba y le repugnaba cada vez que él la forzaba y eyaculaba dentro de ella durante sus primeros años. Ella se masturbaba todas las noches después de acostarse, y él la observaba pacientemente, como una araña sobre su presa, hasta que terminaba, hasta que se retorcía de dolor placentero y acariciaba su inocente vagina. Luego la follaba, todas las noches. Por lo general, la follaba contra su voluntad y no toleraba resistencia; sus gemidos rebotaban en él. Según su contrato matrimonial, ella tenía que dejar que la follara cuando quisiera. Ella le golpeaba la espalda y se negaba persistentemente a cualquier excitación u orgasmo. Aunque corrió al baño inmediatamente después de eyacular y se lavó, quedó embarazada tres veces seguidas. Después del tercer hijo, se mudó a un apartamento en la ciudad donde podía acostarse con quien quisiera.

Ella no era en absoluto lo que él había esperado de una esposa, pero le trajo a su príncipe la mitad del reino; él había estafado la mayor parte de la otra mitad con la ayuda de su tío, y el escaso remanente, junto con las deudas, pasaría a su esposa tras la muerte del alcalde. La considerable ganancia compensaba con creces el costo de un matrimonio arruinado, especialmente porque su esposa no tenía voz ni voto en sus aventuras sexuales. Ella se masturbaba obsesivamente durante sus embarazos, dejando que su vientre embarazado rebotara y bailara alegremente mientras se masturbaba y tenía orgasmos. Aun así, se negaba a tener relaciones sexuales y lo obligaba a tomarla por la fuerza. Él la follaba todos los días y no se rendía. Ella se agarraba el gran vientre en un silencio atónito mientras él la follaba una y otra vez, por supuesto, sin poner en peligro al bebé. ¡Pero él no se detendría en follarla hasta el último día de su embarazo!

Más tarde, ella pensó que podría impedir que él tuviera relaciones sexuales con ella y cotilleó sin cesar con su joven amiga. Naturalmente, él se enfureció y le arrancó la ropa, a pesar de que su amiga seguía sentada a su lado. La violó sin piedad, mirando fijamente el rostro atónito y sexualmente excitado de la visitante. Fue aún más lejos, agarró a su joven amiga y la desnudó rápidamente. Con una sonrisa triunfal, colocó a la visitante desnuda en el regazo de su esposa y la violó, eyaculando sin piedad dentro de ella, antes de abandonar a las mujeres conmocionadas y aturdidas. A partir de entonces, violó a todas las visitantes, porque incluso cuando sus violaciones se hicieron públicas, no tuvo ningún efecto disuasorio; al contrario. Novias antiguas y nuevas venían a diario, secretamente deseosas de ser violadas a fondo y violentamente por el amo de la casa.

Ignoró por completo las miradas horrorizadas de su esposa, pues ella siempre palidecía de vergüenza cuando él la desnudaba frente al desconocido con unos pocos movimientos hábiles y la penetraba. Por vergüenza, no se atrevía a darle nalgadas durante el sexo como solía hacerlo, y lo soportaba en silencio, con el rostro enrojecido por la humillación. El desconocido se excitaba sexualmente al observar y dejó escapar un breve grito de falso horror cuando la agarró y la desnudó rápidamente. Arrojó a la mujer desnuda encima de su esposa y la penetró con deleite. A veces penetraba las vaginas de ambas alternativamente, pero él era el único que lo disfrutaba. La mayoría de los desconocidos eran mucho me-

jores en la cama que su esposa, y algunos estaban felices de ser penetrados por segunda vez.

Durante años fue un violador habitual, follando a su humillada esposa a diario delante de sus amigas, y luego follando a cada una de estas mujeres desnudas en el regazo de su esposa. Ella abrazaba a la amiga y la consolaba si era la primera vez que la violaban. De lo contrario, acariciaba los pechos de la amiga, lamiendo y mordiendo sus pezones para excitarla sexualmente. Abría los ojos de par en par cuando la amiga tenía un orgasmo y le daba besos largos y apasionados mientras se calmaba gradualmente. Su esposa tenía que lamerle el pene para limpiarlo después de follar con él, y luego la vagina de la visitante.

Pronto descubrió que disfrutaba mucho lamiendo vulvas. Su esposa no había sabido hasta entonces que tenía fuertes tendencias lésbicas, pero durante los descansos, cuando él descansaba, ella le lamía la vulva con destreza, complaciendo sin pudor sus inclinaciones lésbicas. Sin pudor alguno, mantenía relaciones sexuales lésbicas con la novia a la que él acababa de violar. A la mayoría les encantaba que las lamieran hasta el orgasmo; solo a unas pocas les resultaba extraño, aunque ellas también, por supuesto, alcanzaban el orgasmo a pesar de su resistencia inicial. Cuando él se mudó, ella practicaba abiertamente relaciones sexuales lésbicas con sus amigas dispuestas porque realmente le encantaba lamer y, a diferencia del coito, experimentaba orgasmos maravillosos, tanto al darlos como al recibirlos.

En el apartamento de la ciudad

Se mudó de la casa de sus padres porque se sentía cada vez más incómodo consigo mismo. Su esposa no podía prohibirle tener relaciones sexuales con otras mujeres; estaba estipulado en su contrato matrimonial. Ya no obtenía satisfacción al forzarla o acostarse con sus amigas, aunque continuó haciéndolo. Había envejecido; a los 45 años, escuchaba cada vez más a sus sentimientos. Dejar a su familia ahora era lo correcto. Su esposa vivía abiertamente sus inclinaciones lésbicas y hacía el amor con su amiga incluso cuando él llegaba y tenía relaciones sexuales con ambas mujeres alternativamente. El espectáculo lésbico lo excitaba enormemente, y tenía relaciones sexuales con ambas hasta que no podía más. Solo podía tener relaciones sexuales con las verdaderas lesbianas por la fuerza; muchas de ellas nunca habían tenido relaciones sexuales antes, y él tenía que desflorarlas primero. Gritaban, maldecían y pateaban. Lo empujaban, maldiciendo furiosamente, mientras él eyaculaba, y nunca regresaban. No tenía conexión con sus hijos; comprendía su mundo emocional tan poco como el de su esposa. Se sentía superfluo y alienado en casa. Se mudaba constantemente de un apartamento a otro en la ciudad, preocupado principalmente por la fortuna familiar y la cartera de acciones. Tenía que seguir de cerca la bolsa a diario.

Más tarde, vivió principalmente en uno de sus apartamentos de la ciudad y visitaba a su esposa como máximo una vez al mes. Ella entraba al dormitorio sin decir palabra y le permitía tener relaciones sexuales con ella en silencio. Hacía tiempo que había dejado de pegarle, ofreciéndole voluntariamente su vagina abierta y dejándole tener relaciones sexuales con la frecuencia y durante el tiempo que quisiera. No daba ninguna señal de que ahora disfrutara del sexo y lograba ocultar sus orgasmos, algo que había aprendido de su hijo. El doctor no se acostaba con ella porque la amara o porque no tuviera a nadie más con quien acostarse, sino porque se sentía con derecho a humillarla. Era plenamente consciente de ello y lo hacía precisamente por esa razón. Después, hablaban de asuntos familiares cotidianos y él volvía a marcharse durante semanas.

Se acostó con todas las amigas de su esposa, sus amigas y hermanas, y todas sus hijas jóvenes, sus amigas y hermanas, incluso las de trece años. Después no se sentía particularmente orgulloso

de haber desflorado a las jóvenes, pero nunca había buscado específicamente a las chicas jóvenes. Habían oído hablar de él por sus hermanas o madres, y de repente se había convertido en el héroe resplandeciente de sus fantasías sexuales nocturnas. Solo porque se ofrecieron por curiosidad, lujuria intensa o enamoramiento juvenil, y lo presionaron para acostarse con ellas, las desfloró con la mayor consideración posible. El doctor se rió; probablemente había engendrado alrededor de 140 hijos ilegítimos o más a lo largo de su vida, quienes, sin embargo, crecieron lejos de él y no tenían ninguna relación con él.

Ninguna de las mujeres a las que había embarazado tuvo dificultad alguna, por cuestiones de legitimidad, en seducir inesperadamente a sus maridos para tener relaciones sexuales tras años de completa abstinencia. La mayoría de los hombres eran muy inseguros y eyaculaban al penetrar o poco después, pero eso bastaba para la astuta coartada, que repetían durante unos días. Los hombres tenían que eyacular dentro de las mujeres infieles día y noche porque deseaban desesperadamente un bebé. Al cabo de un tiempo, ellas terminaban con la farsa y expulsaban a sus maridos de sus habitaciones. Ni un solo hombre se quejó ni protestó, sino que, por el contrario, se pavoneaban con el pecho inflado, porque por fin iban a ser padres.

Jus primae noctis

Sus antiguas amantes le traían a sus hijas en cuanto alcanzaban la mayoría de edad. Sospechaba que las madres habían conspirado entre ellas, acordando en secreto traerle a sus hijas cuando llegaran a la edad de la primera relación sexual. De hecho, una de ellas había inventado y difundido la absurda idea de que el padre biológico tenía derecho a ser el primero en tener relaciones sexuales con su hija, y que eso era algo realmente especial. Era una interpretación muy extraña e idiosincrásica del ius primae noctis (derecho de la primera noche), pero la creadora insistía obstinadamente en su opinión. Las demás estaban de acuerdo con ella, porque el doctor ya era una celebridad en ese momento, y su destino estaba sellado. Era un asunto que consumía mucho tiempo; las madres acompañaban a sus hijas y charlaban de esto y aquello, especialmente de sexo, con pequeñas insinuaciones sexuales salpicadas por doquier. Las chicas sonreían algo avergonzadas mientras su madre charlaba descaradamente sobre cuánto tiempo llevaba su hija masturbándose y practicando sexo oral a otras chicas de su edad. A veces resultaba bastante gracioso cuando la hija se abría poco a poco y corregía algunos detalles sexuales con una sonrisa. Cada vez más atrevida, hablaba con total libertad de los detalles más íntimos, describiendo con asombrosa precisión lo que había hecho y con quién. Los tres se reían cuando describía un orgasmo que le había provocado un amigo o un chico, o cuando un chico eyaculaba en su mano o en su boca.

Siempre se sometía a una prueba de paternidad, porque desflorar y tener relaciones sexuales con su propia hija le resultaba muy atractivo. Las madres, por supuesto, sabían si él era el padre biológico y le llevaban a sus hijas cuando aún no eran fértiles. El comportamiento de las madres variaba; algunas lo besaban y lo acariciaban para excitar a sus hijas. Una de sus amantes incluso llegó al extremo de permitirle tener relaciones sexuales con ella delante de su hija, que permanecía sentada a la mesa completamente vestida, fingiendo no mirar. Al cabo de un rato, cuando él se sentaba junto a la hija, tomándole la mano, y hablaban de sexo, sexo y más sexo, la madre se marchaba en silencio.

Su cocinero permaneció oculto; él cenaba y bebía con la chica a la luz de las velas. A ella se le permitía beber alcohol como a una

adulta y terminaba bastante ebria en su cama. Las chicas, por supuesto, sabían que él era su padre biológico. Se acurrucaban junto a él con pasión y confianza, susurrando lo felices que eran. Todas querían que él fuera quien las desflorara, susurraban las dulces chicas; él también era muy especial para ellas. Al principio, las hacía masturbarse para que se acostumbraran a él, a su presencia durante el sexo. Les enseñó cómo retraer el prepucio sobre el glande y lamerlo suavemente con la boca. Esto excitaba al hombre, y la saliva tenía propiedades antibacterianas, lo cual era importante para futuros encuentros sexuales con conocidos ocasionales. Humedecer bien el glande con saliva también facilitaba la penetración de sus estrechas vaginas.

Algunas querían ser desfloradas de inmediato y lo deseaban con ansias. Otras necesitaban un poco de tiempo, caricias, besos y masturbación, hasta estar listas. Todas sus hijas habían heredado el hermoso clítoris de su madre y habían podido masturbarse desde la infancia, muchas incluso con maestría y gracia. Habló con cada chica sobre la desfloración y la preparó meticulosamente. ¡Qué diferencia con las violaciones! Siempre esperaba hasta que ella estuviera lista y la desfloraba con la mayor delicadeza y respeto posible. Este tipo de sexo romántico era mucho, mucho más agradable que el violento; lo supo desde la primera vez. La mayoría de las chicas se quedaban con él durante una semana entera y le permitían tener sexo con ellas tan a menudo como él quería. Él se había fijado este límite, tanto para sí mismo como para la chica, y después de eso, no pasaban 48 horas antes de que llegara la siguiente.

Durante ese tiempo, no fue a su oficina, sino que trabajó dos horas al día desde *casa* mientras la chica dormía; eso tenía que bastar. Su asistente, su hijo biológico, era realmente excelente y concienzudo. Tenía más de 45 años y le encantaban los cuerpos delicados y esbeltos de las chicas, sus pequeños pechos vírgenes y sus vaginas estrechas, su piel aterciopelada y su inexperiencia sexual. Casi ninguna de ellas tenía un orgasmo durante el sexo; seguían increíblemente excitadas después y lo necesitaban de inmediato, ¡tenían que masturbarse y tener un orgasmo enseguida! Las observaba con avidez mientras se recuperaba. Cada una tenía un orgasmo a su manera; después, la tomaba en sus brazos, la besaba y la acariciaba con ternura.

Antes de que cada chica se fuera, le regalaba un collar, una pulsera o unos pendientes. Mantenía el contacto con todas sus hijas y las colmaba de regalos cuando se casaban. Muchas lo visitaban repetidamente y se acostaban con él para quedar embarazadas si el novio era débil en la virilidad. Podría haber continuado así durante mucho tiempo, pero después de años, casi ninguna virgen acudía a él. Muchas de sus propias hijas, que ya habían perdido la virginidad, o vírgenes que no eran sus hijas biológicas, se acostaban con él, pero él las aceptaba con gusto, ¡porque disfrutaba enormemente teniendo relaciones sexuales con chicas muy jóvenes! Continuó teniendo relaciones sexuales con sus propias hijas durante años. Siempre era algo muy especial para él cuando una nueva hija se acostaba con él.

La familia disfuncional

Los hijos del doctor, dos niñas y un niño, eran idénticos a su madre. Estúpidos, aburridos, obsesionados con la limpieza y sexualmente depravados. Su familia era un completo desastre, sin amor y disfuncional. El doctor rió amargamente. Relató cómo visitaba a su esposa, como de costumbre, aproximadamente una vez al mes. Como siempre, ella se había adelantado en silencio al dormitorio y, de manera inusual, se había dejado follar con gran placer. Esperó en silencio, masturbándose, hasta que él se recuperó. Contra toda costumbre, ella quería que la follaran una segunda vez, con mucha fuerza, y tuvo un orgasmo, lo que lo sorprendió enormemente. Se quedó completamente atónito cuando, después de cuatro años, ella le contó con detalle y sinceridad todo lo que le había ocultado hasta entonces.

Lo único positivo era que su hijo de 14 años tenía que dormir en casa de su madre porque ella tenía que mantenerlo alejado de sus hermanas menores. Se quedó completamente atónita cuando el niño de 11 años empezó a llorar porque prefería mucho más tener sexo con la niña de 12 años. Interrogó a la pequeña hasta que descubrió que él las había desflorado a ambas y había estado teniendo sexo con ellas regularmente durante semanas. La niñera depravada había seducido al hijo para tener sexo cuando tenía 12 años y lo había entrenado para ser su juguete sexual. Durante dos años, en secreto, dejó que el niño tuviera sexo con ella, tres o cuatro veces al día, siempre que se presentaba la oportunidad. La madre echó a la niñera de la casa sin previo aviso y le dio a su hijo una larga reprimenda. Él la miró con desprecio y respondió petulantemente que de todos modos no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Y que lo necesitaba todos los días, al menos tres veces. Se quedó paralizada cuando él se bajó la cremallera, sacó su pene erecto y comenzó a masturbarse. Las dos chicas rieron y se rieron entre dientes en la puerta. Ella retrocedió un paso, y él le roció las piernas y los pies con un chorro alto. Ella se recompuso y le gritó, llamándolo cerdo pervertido.

La siguiente niñera era una anciana ruda y trabajadora, vista más como una sirvienta que como una niñera, y que desde luego no ofrecía servicios sexuales. La madre, asqueada, le permitía acostarse con ella todas las noches, repetidamente, hasta que eya-

culaba dentro, impidiendo así que agrediera a sus hermanas. En realidad, odiaba el sexo y prefería la masturbación. Por eso se sorprendió aún más cuando, al cabo de un tiempo, ¡tuvo su primer orgasmo durante el sexo! Se aferró a él, su cuerpo inferior empujando contra él en pleno orgasmo. Su orgasmo duró varios minutos hasta que él eyaculó, y el orgasmo disminuyó lentamente al terminar. Tuvo que admitir que la niñera le había enseñado a su hijo excelentes habilidades sexuales y que él sabía exactamente cómo llevar a una mujer al orgasmo. Interrogó a su hijo a fondo y descubrió que la niñera solía tener orgasmos tres veces al día. Cuando se quedaba a dormir, solían tener sexo dos veces más durante la noche.

La madre experimentaba orgasmos repetidamente durante el sexo, algo que nunca le había sucedido antes. Anhelaba el sexo con intensidad y pronto tenía al menos un orgasmo diario. Este orgasmo era completamente diferente a los que experimentaba mediante la masturbación; durante el orgasmo, se aferraba fuertemente a él y lo experimentaba durante minutos, lo que parecía una eternidad. Tuvo que abortar dos veces porque su hijo la había embarazado, pero era mejor que le hubiera pasado a ella y no a sus hijas. Planeaba seguir teniendo relaciones sexuales con él hasta que encontrara una pareja estable.

Cuando él le preguntó si estaba enamorada del hijo, ella simplemente se encogió de hombros. No, por supuesto que no, ¡era un sacerdote totalmente egoísta y depravado que abusaba incestuosamente de ella o de sus hijas todas las noches! Pero amaba mucho sus orgasmos, y cuando el chico se dormía y se acostaba con otra chica, realmente los extrañaba, se quejaba. Por ejemplo, cuando estaba enferma por su menstruación, el bastardo se escapaba a la casa de sus hermanas. Lloraba de odio y rabia, pero él no se detenía y se acostaba con las dos chicas una tras otra. Todo lo que podía hacer era quedarse de pie, sacarle el pene antes de que eyaculara y hacer que terminara a mano. Las chicas entendían por qué. La mayoría de las veces se perdía el momento adecuado y tenía que mirar cómo eyaculaba dentro de la chica. Decepcionada, lo dejaba terminar de penetrar y eyacular, ya que, afortunadamente, las chicas aún no estaban menstruando. — Cuando le contó todo al médico, le dio un calambre en el estómago; ¡Esa familia era tan despiadada, depravada y corrupta!

El fin del imperio

Estaba seguro de que el sexo romántico con sus hijas era algo bueno y que podía expiar un poco su culpa por las violaciones. Fue padre de 14 nietos, ya que los maridos de sus hijas no tenían ninguno. Tuvo tres hijos con una de sus hijas; ella los deseaba desesperadamente y se acostaba con él después de cada parto para concebir al siguiente hijo. No podía aceptar que su marido se hubiera vuelto infértil tras una infidelidad debido a una enfermedad de transmisión sexual. Riendo suavemente, relató que durante los siguientes veinte años, hasta que cumplió 68, tuvo relaciones sexuales repetidamente con sus hijas casadas. Ellas lo amaban porque las había desflorado, y él amaba su sexo romántico, juvenil y grácil. Al final, todavía había algunas hijas que, incluso a su edad, se acostaban con él. Se coordinaban entre ellas el orden en que se acostarían con el hombre de 68 años. Solo tenía relaciones sexuales con sus hijas dos o tres veces por semana; su deseo no lo requería con más frecuencia.

El doctor se había vuelto afable y tranquilo con la edad; veía venir el fin del imperio que su padre, su abuelo y su bisabuelo habían construido en gran parte con dinero manchado de sangre. Ni su esposa ni sus hijos eran capaces de administrar la fortuna familiar; la malgastarían en baratijas inútiles, como ya lo hacían con su asignación mensual. Sabía que debía cambiar su testamento sin demora. Su asistente estaba revisando varios borradores que le había proporcionado. Aún no estaba satisfecho.

El pequeño coño perfecto

A los 68 años, se fijó por primera vez en la nueva señora de la limpieza. Ella se acarició las caderas con sensualidad, y él contempló su hermoso cuerpo. Podía ver todas sus curvas bajo su fino y corto vestido, incluyendo los contornos de su vulva. Si quería tener sexo con ella y eyacular dentro, tendría que pagar un extra, le dijo. Se sorprendió; era más de lo que cobraban las prostitutas, pero negó con la cabeza. No quería tener sexo con ella ni eyacular dentro, dijo con una sonrisa. Ella asintió y comenzó a fregar el suelo. Solo entonces se dio cuenta de que estaba desnuda bajo el vestido. La miró con mucha atención; ¡tenía exactamente la misma vulva y clítoris que su difunta madre! La siguió con la mirada, contemplando la maravilla durante horas sin tocarla. La joven realmente tenía la vulva y el clítoris que solo habían existido una vez antes en el mundo. Se quedó mirando su hendidura, mirando profundamente en su abertura y admirando sus labios menores y mayores. Su clítoris también tenía aproximadamente el tamaño de una uña del pulgar y estaba protegido por un prepucio.

Los detectives no encontraron ninguna conexión entre las dos familias, pero cuanto más investigaba e interrogaba a la chica, más se sentía atraído por ella. Era una joven honesta y alegre, cuyo carácter era tan inocente e ingenuo como el de una chica de 15 años. Le respondía directamente, sin andarse con rodeos ni mentirle. Dijo con franqueza y sin dudarlo que la mayoría de los clientes penetraban y eyaculaban dentro, pero que eso no le importaba; al fin y al cabo, estaban pagando por ello. Su mirada honesta y directa al decir esto lo dejó completamente perplejo. ¿Podía ser cierto que para ella ser follada era tan natural como comer y beber?

Ella no entendió su pregunta, así que él intentó otra cosa. ¿Se tocaba ahí abajo? Sí, dijo ella, tenía que lavarse o bañarse bien todas las noches por la eyaculación. ¿Y aparte de eso? preguntó él con incredulidad. Ella lo miró, desconcertada. ¿Aparte de lavarse? Él asintió, y ella seguía sin entender. No, solo cuando me lavaba, dijo ella, bastante irritada. Pensó en lo que él quería decir. Su rostro se iluminó de repente. Quizás se refería a lo que pasaba por la noche, preguntó, cuando tenía sueños muy eróticos y se despertaba con la parte inferior del cuerpo temblando como si estuviera teniendo sexo intenso. Él asintió y la miró expectante.

Lo único que tenía que hacer era abrir bien las piernas y presionar una mano contra su vulva hasta que el latido interno cesara y su bajo vientre se calmara rápidamente. «Siempre era una sensación muy placentera, esa sensación de ser follada por un hombre invisible», admitió, mirando hacia abajo, «y el intenso latido ahí abajo en mi vulva», pero pasaba solo. Siempre volvía a dormirse enseguida, aunque solía ocurrir varias veces por noche. Él asintió, sí, eso era lo que quería decir, y estaba perfectamente bien. Después de un rato, ella dijo pensativa que tal vez el sexo nocturno con el hombre invisible se debía a que durante el día la follaban hombres de verdad. Él refunfuñó que sin duda tenía algo que ver con eso y que definitivamente no era nada malo lo que pasaba por la noche, ¡nada de lo que debiera avergonzarse!

—Hay algo más —dijo, mirándolo tímidamente. Bajó la mirada y le preguntó si de verdad podía contárselo; nunca antes había compartido ese secreto con nadie. Estaba muy nerviosa e insegura, pero él asintió amablemente; podía contarle cualquier cosa, él podía guardar silencio. Se sonrojó profundamente mientras continuaba, con la mirada aún baja. Había estado tumbada allí, con la mano sobre la vulva, fantaseando con muchas cosas sexualmente excitantes. Sobre todo, fantaseaba con actores y otros hombres guapos, con quienes tenía mucho sexo en sus fantasías. Su mano había frotado suavemente su vulva, y de repente había explotado; su cuerpo se había estado masturbando salvajemente, ¡y fue una sensación maravillosa después de la explosión!

La primera vez se asustó mucho, pero le gustó tanto que lo repitió enseguida. Desde entonces, se frotaba la vulva con la palma de la mano porque le producía una sensación maravillosa al llegar al orgasmo. Dejó de despertarse por la noche por completo. Abría bien las piernas y se frotaba la vulva todas las noches, a veces también durante la noche. ¿Era eso a lo que se refería? Sí, dijo, debió de ser maravilloso, ¿verdad? Ella asintió, sí, por eso le gustaba tanto hacerlo. Él asintió y le acarició la cara, que se había enrojecido. —¡Increíble!, pensó, ¡simplemente increíble!

No podía apartar la vista de ella mientras fregaba el suelo con ahínco, su clítoris rosado pálido asomando rítmica y descaradamente por debajo del prepucio con cada movimiento. Le encantaba cuando su clítoris se asomaba mientras fregaba; se ponía rígido y palpitaba de placer, y eso le fascinaba. A menudo tenía que parar

de fregar durante medio minuto porque su clítoris casi explotaba, palpitando con furia, igual que por la noche cuando despertaba de un sueño erótico y su clítoris palpitaba frenéticamente hasta que se frotaba la vulva con la palma de la mano y la llevaba al orgasmo.

Pronto dejó de prestarle atención; él solo quería mirar dentro de su coño, y eso le parecía bien. Incluso la excitaba un poco, haciendo que abriera bien las nalgas y el coño, lo que lo puso realmente cachondo. Ahora que le había contado su secreto, se pasaba la mano plana por el coño cada vez que su clítoris palpitaba salvajemente, llevándolo al orgasmo. Él estaba completamente excitado y no se cansaba de verla jugar con su clítoris.

Estaba enamorado y la deseaba con locura. Pero ella era demasiado buena para una aventura pasajera, ¡y él no necesitaba una aventura pasajera! Sus hijas satisfacían plenamente sus deseos sexuales. Hacían todo lo posible para que nunca le faltara nada. Se acostaban con él, le hacían el amor con gracia, pasión y gran destreza. Una de ellas le permitía eyacular en su boca después del sexo, pues esa era su preferencia. Pero esta joven era mucho más que su vagina; tenía alma, carácter y una asombrosa profundidad natural. Habían hablado durante horas y, por supuesto, él no podía saberlo todo sobre ella, pero sí lo suficiente como para hacerse una buena idea. Y, por supuesto, sentía que ella estaba enamorada de él, perdidamente enamorada. Una vez, ella se quejó de pasada de que solo era una simple limpiadora y él un rico concejal, a costa del alcalde y todos los políticos. Pensaba que ella podría darle una vida nueva y emocionante, tal vez incluso el amor verdadero, que tanto había echado de menos. Le bastó menos de un segundo para reconocer la oportunidad y considerarla. No, no quería una aventura pasajera; quería algo más, quería a esa mujer por completo. Sabía que tenía que decidir de inmediato; no había tiempo que perder.

¡Tenía que tenerme! “Tienes un alma tan hermosa y eres una mujer maravillosa”, me dijo entonces, “¡todo ese sexo no te ha echado a perder!”

“Es simplemente una peculiaridad de la naturaleza y mucha imaginación”, dijo el médico, con un tono sobrio y realista.

Por fin podría recuperar un pedacito de su madre, al menos su maravillosa gatita, replicó el doctor enamorado.

Por esa época —ya estábamos juntos— el doctor modificó su testamento y legó una gran parte de su patrimonio a sus hijos e hijas biológicas. Nombró a su hijo biológico, que llevaba varios años trabajando como su asistente y desempeñaba un excelente trabajo, administrador y sucesor. Su esposa y sus tres hijos recibieron solo un poco más de lo que les correspondía por ley, aunque era una cantidad decente para cada uno. Fue un poco rencoroso al dividir la herencia de forma tan injusta, asegurando que su esposa e hijos se pelearían por cada centavo, dijo con su típica risa burlona. «Ni a ti ni a mí nos menciona en el testamento; yo había firmado una renuncia a la herencia, y él nos dejó una suma enorme. Quería mantenernos al margen de las disputas familiares», me dijo al leerme el testamento. Había exactamente 168 hijos a quienes legó una gran parte, sin revelar sus identidades. Los enumeró a todos por nombre, junto con sus respectivas partes. El hijo del asistente heredó una pequeña fortuna que necesitaba ser administrada, aunque seguía siendo una suma considerable. Pero este hijo sin duda tenía el potencial para incrementar la herencia.

El doctor está buscando el amor

«Cuando me quedé embarazada, estaba tan ilusionado contigo; quería volver a experimentar el amor y el cariño verdaderos en su vejez, ¡conmigo y contigo! Su sexualidad había despertado de su letargo desde el principio y nos trajo a ambas una gran alegría, ¡muchos orgasmos! Era reservado y discreto, pero estaba orgulloso de su virilidad y sus conquistas, ¡el pobre hombre!», dijo riendo, y su hija sospechó de dónde provenían sus intensos deseos sexuales. La madre bebió su té a sorbos largos y continuó su relato.

Ahora entendía perfectamente por qué prefería follarme medio dormida después de una larga sesión de masturbación, y le seguí el juego con gusto porque era obvio que era importante para él. Quería recordar a su difunta madre, a quien le encantaba que la follaran mientras dormitaba o estaba medio dormida. Durante mi embarazo, me convertí rápidamente en una masturbadora obsesiva, masturbándome día y noche hasta quedar exhausta. Mi vientre perfectamente redondo rebotaba alegremente durante la masturbación, y aún más durante el orgasmo: ¡era pura dicha! Me masturbaba con pura lujuria hasta quedar completamente agotada, y luego le dejaba follarme cuando estaba exhausta.

Él amaba mi vientre redondo, lo acariciaba sin cesar, y te contaba cuentos de hadas maravillosos, sucios e increíblemente sexys dentro de mí, por ejemplo , *el de la princesa que era brutalmente follada por el malvado dragón todos los días hasta que, al final, el príncipe triunfó cortando la cola y los testículos del dragón después de haberlo atado, violado y masturbado hasta que eyaculó todo su semen. Se bañó en el semen del dragón, que había formado un charco después de toda la masturbación, ya que el príncipe dejaba que el fluido se rociara por todo su cuerpo como una ducha caliente cada vez. El semen del dragón lo hizo invulnerable como Siegfried, con lo cual regresó a la corte con los testículos del dragón, el pene de dragón de un metro de largo y el tesoro de oro, y pudo follar a la princesa.* El doctor rió y me pellizcó la mejilla con una sonrisa cariñosa, porque ahora venía el giro final obsceno y depravado. *El príncipe cabalgó por el reino, desfloró a muchas hermosas doncellas y se folló a todas las que le gus-*

taron. El rey lo alabó, pues el viril príncipe engendró muchos, muchos hijos y aumentó el número de contribuyentes. La princesa tenía el enorme pene del dragón relleno y lo usaba diariamente para masturbarse. El dragón la había desflorado y la había follado día tras día. La pobre princesa tenía orgasmos tan intensos que se desmayaba cada vez porque el lujurioso dragón seguía follando, follando y follando. Después de que el dragón eyaculara dentro de la princesa inconsciente, su semen fluyó de nuevo en un chorro espeso. Ella se acostumbró a ser follada a fondo por el gran pene del dragón, y ahora que él estaba muerto, usaba placenteramente el pene del dragón para masturbarse. Estaba contenta de que el príncipe saliera tan a menudo, ya que su pene comparativamente pequeño no podía competir con el pene del dragón, al que se había acostumbrado tanto durante muchos meses. El doctor se rió con deleite y, sonriendo obscenamente, demostró cómo la princesa se masturbaba con la cola del dragón. La princesa —la doctora— tuvo que ensanchar su abertura vaginal con ambas manos para permitir que un sirviente insertara el gran glande de la cola del dragón, y dejó que el sirviente la follara a fondo, masturbándose laboriosamente con jadeos y una sonrisa radiante, de modo que las lágrimas de risa brotaban de mis ojos y mi barriga rebotaba cada vez que la doctora imitaba el tremendo orgasmo de la princesa. Nos reímos muchísimo de sus obscenas historias y actuaciones. ¡Mi matadragones, y yo, su princesa! Por muy inteligente, poderoso y rico que fuera el buen doctor, le encantaba comportarse como un niño conmigo, y yo lo permitía con una sonora carcajada. Nos abrazábamos como una verdadera familia, y él fue el primer y durante mucho tiempo el único hombre con el que tuve sexo cercano, cara a cara, y eso me hizo muy, muy feliz. ¡Nunca siquiera consideré alejarlo de su aburrida esposa y sus aburridos hijos! Ninguno de los dos era así.

Estaba eufórico cuando naciste; contrató a la mejor partera de la ciudad e hizo que prepararan la habitación especialmente para ti. El primer año, incluso contrató a una ama de llaves. Venía casi todas las tardes a verme masturbarme y a follarme hasta que me volvía loca. Jugaba contigo, te abrazaba y te contaba cuentos de hadas nuevos y fantásticos sobre princesas que habían sido folladas a fondo. Uno de sus cuentos era sobre *Sherezade, la hija del califa, que fue secuestrada por Alí Babá y los Cuarenta Ladrones.*

Su prometido, el malvado hechicero, la había embrujado: volvía a ser virgen después de cada follada, porque quería casarse con ella siendo virgen. Alí Babá y sus Cuarenta Ladrones follaban a la virgen día y noche; su himen se desgarraba cada vez y volvía a estar intacto la siguiente. El médico sacaba un dedo de la boca, y hacía un chasquido cada vez que se desgarraba el himen. Y tú, bebé, chillabas y reías de alegría cada vez que oías ese "¡pop!".

¡Él era tan feliz con nosotros! Tristemente, murió antes de que cumplieras dos años. El cáncer se lo llevó en menos de tres semanas. Lo visité en el hospital el día de su muerte y tuve que prometerle por centésima vez que te criaría para que fueras una niña decente, te enseñaría a distinguir entre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto, y te permitiría un desarrollo sexual natural y libre. Me apretó la mano, estaba todo arreglado, y cerró los ojos después de nuestro último beso. Su mano reposó sobre tu cabeza cuando nos dejó. Abriste los ojos de par en par cuando te expliqué que papá ahora estaba en el país de las hadas y que tenía una nueva princesa con la que acostarse cada día. Entonces, de repente, sonreíste tan dulcemente, aunque ciertamente no sabías lo que significaba "follar" en ese momento. — Me quedé contigo en mis brazos al fondo del cementerio; el obispo estaba allí, el nuevo alcalde y todos. Nunca antes había visto caras tan codiciosas como las de su familia en ese funeral; sus hijos litigaron entre ellos durante años por el último centavo del pobre doctor. Los tiempos hermosos y despreocupados habían terminado. Cuando tuviste la edad suficiente, volví a limpiar y a tener relaciones sexuales a diario a cambio de buenas propinas, hasta hace unos meses.

Abrazó a su madre y le susurró que siempre había sido una buena madre. Desafortunadamente, no recordaba al médico, pero estaba orgullosa de su padre y su madre, ¡que al menos habían sido una familia feliz por un tiempo! — Recordó la vergonzosa confesión de su marido de que había estado teniendo relaciones sexuales con su madre, su suegra, durante muchas semanas por pura lujuria porque no podía tenerlas durante su embarazo. Dijo con qué naturalidad ella dejaba que su yerno tuviera relaciones sexuales con ella, con qué naturalidad ella se acostaba con su hija embarazada. Era algo natural para ella, nada complicado. Ella le permitía tener relaciones sexuales con ella de forma voluntaria y pasiva, dijo, no por su propio deseo, sino por su situación. Ella pacientemente lo dejaba terminar y le acariciaba los genitales, diciendo:

“¡Saca todo lo malo, pobrecito!” y lo dejaba eyacular dentro de ella una y otra vez hasta que se agotaba. En realidad, se avergonzaba profundamente de haberla utilizado como objeto sexual durante meses en sus dos embarazos, porque era fácil y no requería ningún esfuerzo de cortejo ni seducción. Después se sintió avergonzado y la evitaba cuando ella visitaba a sus nietos. Su hija comprendía a su marido. Era su cerdo inmundo y querido.

El buen yerno

Dos años después, la madre yacía de nuevo en una habitación de hospital *de primera clase* , el final estaba cerca. No sentía dolor; estaba llena de morfina. La hija se sentó junto a su cama, sosteniendo su mano y mirando el rostro arrugado, hundido, ceroso, con los ojos cerrados. Susurró cómo se habían desarrollado las cosas. Vio a su madre sonreír y compartió todos los detalles íntimos, sonrisa tras sonrisa. Susurró que volvía a tener sexo con su marido todos los días, con alegría y renovado vigor. Que todavía a veces visitaba a su amiga y dejaba que la lamiera hasta que gritaba de orgasmos. A veces había un amante que la follaba bien, pero eso no sucedía tan a menudo como antes. La madre moribunda sonrió con los ojos cerrados, sus dedos moviéndose en la mano de su hija con cada confesión íntima. La hija continuó susurrando. Que hacía mucho tiempo que había dejado de masturbarse pensando en Pe y de dejar que la follara. Cuando no tenía novia con quien follar, Pe follaba regularmente con Ka. Sospechaba que los gemelos ahora tenían sexo todas las noches, y la madre sonrió; Ella lo sabía desde hacía mucho tiempo. La hija admiraba a su hija de 15 años, que se enroscaba alrededor del chico con gracia como una jaguar hembra y había aprendido a ordeñarlo con su vagina mientras él eyaculaba dentro de ella. Estaba muy contenta con el desarrollo de Ka; era la mejor de su clase y probablemente tenía un sexo mejor y más elegante que su profesor. Ka había cumplido 16 años y le había llegado su primera menstruación. Los gemelos dejaron de tener relaciones sexuales inmediatamente: ¡qué listos eran esos niños! Pe acondicionó la habitación del segundo niño, que antes había servido como trastero, para su propio disfrute. Tenía suficientes novias y ya no tenía relaciones sexuales ni con ella ni con Ka.

Ella relató lo que su marido le había contado, avergonzado, sobre haber tenido relaciones sexuales con su suegra, y cómo no dejaba de hablar de lo maravilloso que había sido para él. Desesperado y palpitante por la eyaculación, allí estaba ella, la anciana suegra, que había cancelado su limpieza vespertina y lo había dejado entrar en su habitación. La mujer, gravemente enferma, sonrió sin abrir los ojos y al principio solo lo recordó vagamente; sus dedos apretaron suavemente la mano de su hija mientras los recuerdos volvían.

Lo recordó vívidamente de nuevo. Sonriendo, abrió sus viejos muslos y dejó que penetrara su carne marchita. Siempre había querido follar al chico completamente desnuda, a veces por detrás, a veces por delante. Cerró los ojos porque se sentía tan bien dentro de ella como dentro de una virgen de 15 años, dijo, sorprendido la primera vez; la edad había hecho que su vagina se encogiera y se estrechara. Eyaculó de repente, y ella le acarició la cabeza. "¡Ven, pobrecito, saca toda esa horrible presión!" Estaba tan hambriento, su polla estaba tan dura como la de un guardia, y eyaculó después de solo unos momentos, de modo que su semen rezumaba de su pequeño agujero mientras seguían follando. "¡Ven, muchacho, ven dentro de mi vieja coño!" Eyaculó y eyaculó, aferrándose a su delgado cuerpo. Ella le acarició la cara cuando se levantó para irse. "¡Vuelve otra vez si de verdad lo necesitas!" Y vino una y otra vez, todos los días, agradecido. Se alegró de que él hubiera eyaculado dentro de ella y no sobre las mujeres más jóvenes de la fábrica, que representaban un peligro potencial para su hija.

"¡Vamos, ven a follarme! ¡Corre dentro, corre por todo mi viejo coño!", recordó. El buen chico la folló apasionadamente y eyaculó su semen acumulado en su coño arrugado. ¡Qué tímido era el chico, con qué ternura y cuidado la folló, incluso cuidando su viejo coño cuando se corrió! Los clientes que le pagaban por sexo no eran tan considerados. Se quedaron mirando su culo desnudo durante un buen rato, excitándose gradualmente al ver su coño mientras fregaba el suelo. Con placer interior, dejó que su viejo y sucio coño bailara delante de sus caras, meneándolo provocativamente y luego bailando de nuevo. Un cliente que no la montaba con avidez en cinco minutos estaba inconsciente o muerto. ¡Unos cuantos la montaban mientras sus esposas fingían planchar en la habitación de al lado, mirándola con miradas mortalmente venenosas!

El yerno no se atrevió a empujar con fuerza cuando eyaculó, así que cuando su semen subió, separó sus nalgas y vulva con los pulgares y la penetró profundamente. Hizo una pausa, y ella sintió su glande contraerse y eyacular; él simplemente lo dejó fluir para terminar. Después de unos días, ella le preguntó al respecto. "Oh no, no tienes que preocuparte por eso", se rió, "¡No soy una muñequita frágil, sino bastante robusta a pesar de mis 62 años!" "¡Los hombres a los que se les permite follarme por dinero prácticamente me golpean sin sentido para eyacular en mi vieja y arrugada vulva!" Él

asintió, porque sabía que ella follaba mientras limpiaba, y también porque era una persona limpia que siempre se lavaba bien la vulva antes de su visita. Hablaron largo rato sobre su vieja y arrugada vulva, que podía soportar mucho más que las fuertes embestidas de sus clientes. Se sorprendió un poco cuando ella dijo que tenía que masturbarse vigorosamente su vieja vagina y clítoris varias veces cada tarde y noche para liberar con energía la lujuria reprimida del día. Se puso bastante inquieto y cachondo mientras ella describía con detalle cómo los clientes la montaban por detrás, la follaban rápida y duramente, y luego la penetraban con fuerza al correrse. Realmente no tenía que preocuparse, dijo ella, y se acostó, tirando del chico por su pene hacia su vagina depilada. "¡Quiero sentir tu martillo de vapor!"

La segunda vez que follaron, él embistió con un poco más de pasión. "¡Vamos, correte, embiste bien fuerte, mi vieja coño puede soportarlo fácilmente!" Cuando embistió vigorosamente la segunda vez, ella tuvo orgasmos con regularidad; solo sus rodillas temblorosas lo delataban. No sabía si el chico alguna vez notó su orgasmo. Él era solo el segundo hombre, después del médico, que había logrado hacerla llegar al orgasmo. Quizás el hecho de que realmente quisiera a su yerno también contribuyó a esto. Sabía que él amaba a su hija de todo corazón y honestamente y le daba una vida sexual libre y liberada sin límites innecesarios. — Pero a veces no podía disuadirlo de esperar inmóvil a que ella eyaculara. Ella sonrió sutilmente cuando sintió su espeso chorro de semen salpicar completamente dentro de su coño. Después de las dos veces que follaron, él estaba agradablemente relajado y se apresuró a volver a casa.

Escuchó la voz de su hija murmurando suavemente a lo lejos, pero no pudo entender ni una palabra. Su yerno era el único a quien le contaba sus experiencias con tanto detalle durante sus descansos entre sus encuentros sexuales con sus clientes, ya que lo excitaba intensamente. Cuando describió el momento en que la esposa del cliente la observaba con una expresión venenosa, fingiendo planchar o tejer, él perdió toda contención y la penetró violentamente, su pene embistiendo su vagina como un pistón de vapor, provocándole un orgasmo.

Durante su segundo embarazo, esperaba con ansias su primera visita, pero esta vez quería hacer las cosas de otra manera. Lo es-

peró duchada, ligeramente perfumada y completamente desnuda bajo la bata con ribetes de brocado dorado que le había dado el médico. Entró en el dormitorio, dejó caer la bata al suelo y se acostó en una posición sexual. No dijeron ni una palabra; él la penetró como una locomotora y se detuvo. Su semen salpicó su vagina en ricos chorros. Ella pacientemente lo dejó terminar, lo abrazó y le susurró al oído que lo dejara dentro y se quedara encima de ella. Él obedeció, y ella le susurró obscenidades al oído. Mantuvo su excitación por el acto sexual, su dedo buscando subrepticiamente el camino hacia su clítoris. Le susurró obscenidades al oído que había escuchado en la cafetería, y sintió su efecto en su pene dentro de ella. Después de unos minutos, su pene estaba duro, y ella le susurró al oído, pidiéndole que por favor, por favor, la follara fuerte, muy fuerte, ¡deseaba desesperadamente un orgasmo! Sintió su asentimiento contra su mejilla, y él comenzó a follarla con fuerza como una locomotora. Poco a poco soltó su clítoris rígido y frotado y se aferró a él con ambos brazos. Solo pasaron unos instantes antes de que su orgasmo estallara, y jadeó, rogándole que siguiera follando, ¡que siguiera follando, que siguiera follando! No sabía si era un orgasmo largo o muchos pequeños, porque estaba teniendo orgasmos constantemente mientras la follaban, durante minutos y minutos, durante una eternidad. Se aferró a él, su parte inferior del cuerpo temblando, su coño palpitante empujando contra él. “¡Ah! ¡Sigue!” jadeó repetidamente hasta que él arqueó la espalda para eyacular. Ella lo soltó cuando él se corrió dentro de ella. Se quedaron sin aliento uno al lado del otro, ambos luchando por recuperar el aliento. Él acarició sus muslos internos y su vulva. “¡Fue maravilloso!” Ella susurró: “¡Simplemente maravilloso!”. Permanecieron tumbados en silencio uno al lado del otro durante un largo rato, sus dedos tocando suavemente su vulva lisa y depilada, sus labios vaginales y su clítoris suave.

Finalmente recuperó la voz. Aparte de su hija, conocía a pocas mujeres que pudieran tener orgasmos tan maravillosos durante el sexo como ella, dijo. Ella asintió; aún podía tener orgasmos muy buenos si la penetraban con suficiente fuerza. Le parecía una pena que los clientes solo pensaran en sí mismos y nunca la llevaran al orgasmo. La excitación sexual que se acumulaba en su interior durante el día solo podía ser gradualmente eliminada mediante la masturbación por la tarde y por la noche, orgasmo tras orgasmo. Por lo general, tenía que masturbarse durante mucho tiempo y muchas veces seguidas hasta que lograba deshacerse de todos los

pensamientos lujuriosos y fantasías sucias con un orgasmo. En cualquier caso, era mucho mejor que ver la televisión acurrucarse en la cama, repasar mentalmente el sexo del día y provocar el orgasmo. Luego otra vez y otra vez, hasta que hubiera revivido cada encuentro sexual del día y terminado con uno o dos orgasmos. “Me masturbo al menos media docena de veces cada noche, ¡pero normalmente incluso más!”, rió, con aspecto avergonzado, pero no estaba descontenta con su destino. — Ella tocó su pene, que se alzó descaradamente una vez más. —¿Quieres follar otra vez? —preguntó, y él respondió con incertidumbre—: ¿Con la boca? Ella asintió; lo había hecho un par de veces con el doctor hacía treinta años. Le frotó el pene en la boca durante un buen rato, lo dejó eyacular dentro y se tragó el semen. Él le sujetó la cabeza con ambas manos y eyaculó profundamente en su garganta.

No hablaban de ello, pero lo hacían así todos los días durante su segundo embarazo, y ella casi siempre tenía un buen orgasmo. Él también la visitaba cada pocos meses después para tener relaciones sexuales, lo cual a ella le parecía perfectamente bien.

La muerte más hermosa

Él la había visitado después de cada parto con un ramo de flores, la había besado en ambas mejillas y le había agradecido con la mirada baja por el maravilloso sexo. Ella sonrió; el buen chico le había regalado una pulsera de oro las dos veces, ¡no una baratija, sino oro de verdad, pesado! Siempre la había llevado con orgullo los fines de semana cuando iba a la cafetería a charlar con sus amigas. Sonrió y apretó suavemente la mano de su hija. Rita estaba con ella en la cafetería el domingo. Rita era veterinaria titulada, pero tuvo que trabajar como peluquera porque no pudo encontrar un puesto de veterinaria. Rita fue a casa con ella desde la cafetería y le recortó el vello púbico con unas tijeras eléctricas pequeñas, dejándolo completamente liso. Rita era joven y lesbiana, y aceptaba que no tenía sexo con mujeres. Aunque era lesbiana, Rita tenía sexo regularmente con sus clientes porque le pagaban bien por ello.

Sonrió con dulzura, pues Rita tenía permiso para masturbarla con sus delgados dedos después del trabajo, si así lo deseaba. Rita amaba su clítoris y lo besaba al llegar al orgasmo. Disfrutaba de ser lamida; Rita fue la primera y única mujer en lamerla. Los orgasmos al ser lamida eran mucho más intensos que los que experimentaba durante su masturbación nocturna. Rita se masturbaba a menudo e intensamente en casa, gimiendo y suspirando, y terminando con un pequeño grito. Sostuvo la cabeza de Rita mientras masturbaba a la joven y la acariciaba suavemente. Al principio, le resultó extraño tocar el clítoris de Rita; nunca antes había tocado el clítoris de otra mujer. ¡Pero Rita lo deseaba tanto, ser masturbada por ella! — La sonrisa de la mujer moribunda no cesó. Sintió los labios suaves y cálidos de Rita rodeando suavemente su clítoris y sintió su lengua lamiéndolo larga e intensamente, llevándolo gradualmente a una rigidez palpitante. La voz murmurante de su hija se desvaneció en la distancia, y ella solo sintió su propio clítoris, estremeciéndose y temblando antes del orgasmo. “¡Ohh, ...!”

Murió con una amplia sonrisa en el rostro.

Sexo anal con Eva

von Jack Faber © 2022

Eva había vivido en el convento de las Hermanas de Santiago desde los ocho años. Cuando tenía 47, el convento quebró. La mayoría de las monjas encontraron refugio en otros conventos; algunas, como Eva, no tenían trabajo. No tenía educación formal, nunca había ido a la escuela y había sido la única responsable del gran huerto de hierbas toda su vida. Ayudaba a las demás hermanas en el huerto porque era una persona bondadosa. Todas las plantas la adoraban porque les hablaba o les cantaba canciones. Las monjas la querían menos. La consideraban muy tonta, y en cierto modo, tenían razón. No tenía ni idea de la vida fuera de los muros del convento; nunca había salido de allí ni había ido a la escuela. A los 15 años, una de las pocas hermanas amables le explicó cómo usar compresas durante la menstruación.

Aprendió a leer por sí misma y conocía la Biblia casi de memoria. Leía muchos textos religiosos y experimentaba sentimientos maravillosos y hermosos cuando le permitían una hora de lectura por las noches. No prestaba atención al bullicio de las demás monjas, que recibían frecuentes visitas de monjes y sacerdotes. Eva era tan discreta y poco atractiva que ninguno de los monjes ni sacerdotes la miraba; ni una sola mirada impúdica se dirigió hacia ella.

A los doce años, descubrió por casualidad que la urgencia que sentía en la parte baja del abdomen disminuía cuando, después de acostarse, se presionaba la vulva con la mano, tumbada boca abajo y desnuda bajo las sábanas, frotando su pelvis contra ella. Sonreía aliviada si conseguía presionar su clítoris contra la mano el tiempo suficiente. Lo hizo todas las noches hasta los cuarenta y siete años.

Un anciano pastor de las afueras la acogió. La alojó en un viejo apartamento de dos habitaciones en su parroquia, y su anciana ama de llaves se encargó de enseñarle las cosas básicas de la vida. Refunfuñando y con brusquedad, le enseñó a Eva a hacer la compra y a cocinar. Eva hacía la compra y acumuló una cuenta, ya que no sabía matemáticas ni manejar dinero. La oficina parroquial pagaba las facturas. Al cabo de un mes, Eva era independiente, leía un libro de cocina muy usado y preparaba el desayuno, el almuer-

zo y la cena según las recetas. El pastor la visitó un domingo al mediodía y probó su pastel de carne; estaba delicioso. Pero ese no era el motivo de su visita. Quería encontrar alojamiento para un pariente lejano durante unas semanas o meses. Eva se encogió de hombros. "¿Si eso es lo que quiere el pastor?", preguntó. "El chico tenía 17 años y tenía que terminar el curso en esta parroquia. Duerme en la otra habitación, y lo único que tienes que hacer es cocinar para él, nada más". Eva asintió; el pastor enviaría una cama y muebles para la habitación vacía. Y, por supuesto, el pastor también le enviaría algunos libros religiosos, que podría leer cuando quisiera; ahora tendría que administrar su propio tiempo. — En aquel entonces, aún no sabían que el chico seguiría viviendo con ella durante años mientras estudiaba en la universidad y que ayudaría a Eva a obtener una educación.

Y así sucedió. Unos días después llegó Alfi, cuyo verdadero nombre era Alfred, un joven de 17 años bastante astuto. Rápidamente comprendió la situación: Eva casi nunca hablaba y era muy sumisa. Iba a la escuela, estudiaba hasta la hora de la cena y se duchaba todas las noches. La observó durante unos días, y su astuto plan comenzó a tomar forma. Había dejado la puerta entreabierta y la observaba. Ella yacía desnuda boca abajo, con una mano entre las piernas, empujando la pelvis rápidamente contra ella. La observó durante varios días, y su plan quedó finalizado. Temblaba de excitación y lujuria.

Por las noches, él esperaba hasta que ella estuviera cabalgando sobre su mano, gimiendo ruidosamente, ¡y llamaba a Eva desde la ducha para que viniera inmediatamente! Eva, que cabalgaba sobre su mano desnuda como todas las noches, saltó de la cama y se puso un camisón. Corrió al baño. ¿Qué necesitaba? Él estaba de pie en la bañera, después de haberse enjabonado. Extendió la esponja de baño y le pidió que le lavara la espalda. Ella asintió y comenzó a lavarle la espalda. Luego él se dio la vuelta y estiró las manos a los lados. ¡Nunca antes había visto a un hombre, un hombre desnudo, con un pene erecto! Se quedó mirando el pene. Los perros también los tenían, pero mucho más pequeños, cuando montaban a las hembras. Ella lo había visto a veces, pero no le había dado importancia. Alfi le ordenó que continuara lavándolo, por todas partes. Ella asintió; estaba feliz de hacerlo y le lavó el pecho, el estómago, los brazos y las piernas.

—¿Eso también? —preguntó ella, y él asintió. —Sí, por supuesto, ¡lava y frota tu pene con especial fuerza! Eva asintió; con gusto lo haría. Él tomó su bata, que ya estaba completamente empapada. —¡Puedes quitarte la ropa mojada! —ordenó, y le quitó la bata. Ella se quedó frente a él completamente desnuda e inocente, sin la menor vergüenza. Él le mostró cómo debía lavar y frotar su pene. Ella asintió. Tomó la esponja de baño y limpió su erección, y él dijo: —Sigue, sigue frotando —y ella obedeció, frotando y restregando diligentemente. Después de unos minutos, él eyaculó. Ella hizo una pausa por un momento y continuó frotando diligentemente, limpiando el semen con la esponja de baño. Alfi asintió. —Ya es suficiente, ¡gracias! —le dijo que se sentara en el taburete y miró su cuerpo después de que se sentó.

Era delgada, sin un gramo de grasa. Sus pechos eran pequeños y planos, tenía extremidades largas y suaves y un trasero pequeño. Su zona púbica estaba cubierta de un espeso vello. Él le preguntó si no se depilaba el vello púbico. Ella negó con la cabeza, "¿Tienes que hacerlo?". Alfi se rió, "¡Por supuesto! ¡Yo me lo afeito!". Ella miró fijamente su pene semierecto; en efecto, estaba completamente liso. "¿Quieres que te lo recorte?", preguntó él, sacando la recortadora de barba. Ella asintió, y él se arrodilló frente a ella. Le dijo que se inclinara ligeramente hacia atrás, separara las piernas y usara las manos para separar la piel debajo del vello púbico. Eva obedeció con entusiasmo, y Alfi le afeitó el vello púbico por completo.

Dejó la máquina encendida y examinó su hendidura. Separó sus labios con los dedos y observó su clítoris; era de tamaño mediano y recto. Era un clítoris hermoso, aparentemente sin prepucio, que sobresalía de la carne del tamaño de una uña. Abrió su abertura vaginal con los dedos y tuvo que mirar dos veces. Y tragar.

¡Eva tenía himen!

Soltó sus genitales, dejó la recortadora de barba y colocó su mano sobre su muslo. ¿Nunca había estado con un hombre antes?, preguntó, y ella negó con la cabeza. No, había vivido en un convento toda su vida. Los hombres no se acostaban con las mujeres allí, dijo pensativa, pues a veces ella misma dudaba de si era cierto, dijo Eva. Muy a menudo los sacerdotes y monjes desaparecían en las habitaciones de las monjas con ellas. Nunca había visto a un hom-

bre así; era el primer hombre que veía sin ropa. Desnudo. Su pene erecto. Había sido muy excitante, dijo, ver su pene y tocarlo mientras lo lavaba. ¿Lo había manejado y lavado correctamente?, preguntó, porque de repente había eyaculado en medio de la tarea. Él asintió y dijo que lo había hecho todo correctamente y muy bien. Y que eyaculara, eso era perfectamente normal; un hombre tenía que eyacular todas las noches, una o dos veces. ¿Lo haría de nuevo mañana? Preguntó si debería volver a inyectarse. Alfi asintió con tanta fuerza que casi se le cae la cabeza. ¿Una o dos veces?, preguntó ella, y él respondió que al menos dos veces, o incluso tres si fuera posible. De acuerdo, dijo ella, ¿si eso es lo que quieres?

—¿Nunca quisiste que un hombre te metiera el pene? —Eva negó con la cabeza—. No —hizo una pausa—. ¿Como los perros? —preguntó con recelo y relató lo que había observado entonces. Él asintió—. Sí, exactamente. Ella lo miró con curiosidad. —Alfi dijo que la gente también lo hacía, como los perros, porque sentían un impulso en la parte baja del abdomen. Eva pensó un buen rato—. Para mí es muy fácil, este impulso en la parte baja del abdomen, funciona perfectamente sin un hombre —dijo, y él la miró con curiosidad. Ella lo pensó un momento y decidió que podía enseñárselo; al fin y al cabo, lo hacía todas las noches antes de dormirse.

Él la siguió a la habitación y ella se tumbó boca abajo en la cama. Comenzó a frotarse y a acariciarse la mano como de costumbre. Al cabo de un rato, él la detuvo, diciéndole que podía enseñarle algo mejor. Obedientemente, ella se tumbó boca arriba y separó las piernas como él le indicó. Él humedeció su clítoris erecto y lo masturbó, algo que había aprendido de sus novias. Eva experimentó su primer orgasmo y sonrió radiante. “¡Fue absolutamente fantástico!”, exclamó. “Fue mucho más intenso que solo apretar y empujar”.

Al día siguiente, se sentó con el joven vicario en el patio durante dos horas, interrogándolo sobre el sexto mandamiento. Necesitaba saber exactamente qué era pecado y qué no. Si un hombre se frota para eyacular, o si una mujer se frota hasta el orgasmo con el dedo, entonces eso es pecado. Hizo preguntas muy específicas, y el vicario explicó que si una mujer se frotaba el clítoris con el dedo, pero no se le permitía frotarse, eso sería pecado, dijo el vicario. Eva lo entendió: ¡El nuevo y genial método de Alfi era pecado! No sabía si a una mujer se le permitía masturbarse tumbada boca aba-

jo; no entendió su pregunta y dijo sin pensar que estaba bien. Y luego estaba el asunto de los perros. Tuvo que explicárselo, pero él entendió su pregunta de inmediato. Todas las personas casadas tenían relaciones sexuales; eso era legítimo y un don de Dios. Pero si no estaban casadas entre sí, entonces era pecado. Esa era la idea principal detrás del sexto mandamiento. "¿Ya lo ha hecho...?" Él preguntó, y ella respondió que no, ¡jamás! Él divagó durante un cuarto de hora sobre sexo, porque sabía mucho al respecto, que muchas personas solteras lo hacían, pero también que las personas casadas se acostaban con alguien que no era su esposo o esposa. Ese era el más común de todos los pecados. Incluso los jóvenes estudiantes desechaban su virginidad como si fuera una molestia. La gente se acostaba entre sí como cerdos, incluso el viejo pastor se acostaba con su ama de casa... Se quedó en silencio, abatido por haberlo dejado escapar, pero Eva, que estaba preocupada por el hecho de que no se le permitía masturbarse, Eva aparentemente no se había dado cuenta de su error, e inmediatamente cambió de tema. El voto, la novia virgen de Cristo, y que ella absolutamente no debía tener sexo, no sin estar casada, ¡ni siquiera por curiosidad...! El diablo era increíblemente astuto y explotaba la curiosidad de la gente, y... y... — Eva casi se quedó dormida durante su incoherente divagación.

Alfi había traído un libro de la biblioteca de la escuela y le estaba leyendo. La masturbación era normal, natural y saludable tanto para chicas como para chicos. Estaba escrito en blanco y negro. Pero era un pecado, objetó Eva, por eso no podía masturbarse como él le había enseñado. Tenía que hacerlo como lo había hecho durante los últimos 35 años, tumbada boca abajo, frotándose el clítoris contra los nudillos. Si lo hacía así, no era pecado. Y a él ya no se le permitía frotarse para eyacular; ¡eso sí era pecado! Ella prometió hacerle eyacular con la esponja de baño tan a menudo como fuera necesario. Eso no era pecado. Alfi no estaba de acuerdo con esta interpretación, pero se encogió de hombros con indiferencia. Ella lo frotaría, y eso estaba bien. No se masturbaría de la nueva manera, sino de la antigua, y eso también estaba bien. Y follar como un perro estaba fuera de discusión, lo cual era una verdadera lástima, pero él no lo haría en contra de su voluntad. Podía aceptarlo. Ella le contó lo que el vicario había dicho sobre el sexo, y él se echó a reír a carcajadas cuando ella le contó que incluso su tío abuelo, el párroco, se acostaba con su antigua ama de llaves. Él, Alfi, no era religioso y ya no iba a la iglesia porque solo intentaban

hacerlo sentir culpable por masturbarse y tener relaciones sexuales. Ella lo interrogó sobre su masturbación y sexo durante toda la noche. Se estremeció de emoción cuando él le habló de las pocas mujeres casadas y las pocas compañeras de clase: solo había cinco. Ella lo envidiaba, dijo, porque él no se sentía culpable por ello. También hablaron de las monjas que iban a sus aposentos con los monjes. Ella se quedó completamente perpleja cuando él dijo, riendo, que no hacía falta ir a los aposentos para rezar. Los monjes y las monjas iban allí para tener sexo, estaba completamente seguro de eso.

Así continuó durante los siguientes días. Ella se sentó en el taburete y primero lo frotó con la esponja de baño, luego con la mano, tal como él le había enseñado. Se rió cuando él le dijo que lo dejara eyacular sobre sus pechos y sonrió cuando dirigió el chorro de semen hacia ellos. Se lo frotó en los pechos, y sus pezones se pusieron duros y rígidos. Él puso las manos sobre sus hombros y eyaculó sobre sus pechos. Ella se frotó el semen en los pezones y susurró que lo había encontrado muy excitante. Fue tan excitante, dijo, que incluso sus pezones se habían puesto completamente firmes y duros por el frotamiento y la eyaculación, ¡y sintió un fuerte deseo en la parte baja del abdomen! Se frotó los pechos y apretó, presionó y pellizcó sus pezones rígidos. “Realmente me excitó”, dijo, “¡Siento un fuerte deseo ahí abajo!” Él sonrió comprensivo y acarició sus pechos y pezones. “Vamos, hazlo otra vez”, dijo, estirando su cola.

Ella lo acarició y tuvo cuidado de que no eyaculara en su cara. Al principio, había sucedido un par de veces, y él dijo que solo pretendía eyacular sobre o entre sus labios, no en su cara. “Yo también fui torpe”, rió tímidamente, “¡tengo que tener más cuidado!”. No le importaba en absoluto eyacular en sus labios, y cuando sucedía, torcía su rostro en una sonrisa traviesa para que él eyaculara entre sus labios. Él se ofreció a jugar con sus pezones si ella ponía sus labios completamente alrededor de la cabeza de su pene, y ella lo hizo, porque estaba muy ansiosa de que él jugara con sus pezones. Ella rodeó todo su glande con sus labios, y cuando él eyaculó, ella sonrió y dejó que el semen goteara por las comisuras de su boca. Cada día más atrevida, tomó toda la cabeza de su pene en su boca y disfrutó plenamente de lo excitante y excitante que era su juego con sus pezones; Él era muy bueno en eso, y ella disfrutaba de la tormenta que desataba en su vagina.

En las semanas y meses siguientes, cada noche ella frotaba la punta de su pene en su boca y dejaba que eyaculara dentro. “Me hace cosquillas tan bien en la lengua y en la boca cuando te corres”, murmuraba, “¡y a mis pezones les encanta lo que les haces!”. Dejaba que el semen goteara por las comisuras de sus labios y se tragaba el resto con una sonrisa. Alfi estaba contento con esto y hacía su parte lo mejor que podía. Jugaba con sus pezones hasta que se ponían duros y rígidos, retorciéndolos, apretándolos y pellizcándolos todo el tiempo. Una vez ella le dijo que apretarle los pezones casi la hacía llegar al orgasmo.

Ella lo masturbó voluntaria y conscientemente dos o tres veces hasta que él se corrió en su boca, dependiendo de lo excitada que se pusiera con sus caricias. Tan pronto como la tormenta rugió en su coño, rápidamente se tumbó desnuda boca abajo para cabalgar sobre su mano. No se frotó el clítoris con el dedo, sino que su clítoris cabalgó sobre su nudillo, lo cual no era pecaminoso. Noche tras noche, Alfi se sentaba con las piernas cruzadas al pie de la cama y la observaba mientras ella empujaba su clítoris contra el nudillo de su puño hasta que llegaba al orgasmo. Ella se tumbó boca abajo con las piernas abiertas lo más posible. Su redondo trasero subía y bajaba, empujando hacia abajo y empujando su clítoris contra sus nudillos. Su culo, pequeño y perfectamente redondo, se movía rápidamente hacia arriba y hacia abajo, lo que lo excitaba enormemente. Era simplemente asombroso cómo sus nalgas y su ano se ensanchaban en el movimiento ascendente y se comprimían de nuevo en el empuje descendente. Cuando llegó el orgasmo, apretó con fuerza sus nalgas y se frotó el clítoris rápidamente con la mano.

Todo aquello parecía increíblemente caliente, y por supuesto, a él se le puso dura. Susurró: “¿Puedo tumbarme boca arriba?”, y ella dudó. “¡No, no como perros!”, dijo ansiosamente. Él no la follaría como a un perro, le aseguró, solo frotaría su pene contra sus nalgas, eso estaba bien, ¿no? Ella lo pensó y asintió. Él se tumbó encima de ella y deslizó su pene entre sus nalgas. Tranquilizada, ella empezó a empujar de nuevo. Él siguió su ritmo y empujó a su compás. A Eva le encantó porque él empujaba a la velocidad justa y le daba a su clítoris un impulso extra. Alfi eyaculó sobre sus labios y continuó empujando sin parar hasta que ella tuvo un orgasmo. Continuó follando sus nalgas durante un buen rato hasta que él también eyaculó. Su semen se esparció sobre sus nalgas y labios,

y ella lo limpió con la mano. Se abrazaron y se acariciaron; había sido una experiencia maravillosa para ambos. Hablaron de ello durante un buen rato, y Eva se alegró mucho de que ninguno de los dos hubiera pecado. Para ella, las caricias y la eyaculación en sus nalgas y labios vaginales eran perfectamente aceptables; él tenía permiso para hacerlo.

Alfi solo la dejó frotarlo una vez más después de su ducha, eyaculando entre sus labios en su boca, guardando el resto para follarla en la hendidura de sus nalgas. Él se acostó encima de ella y follaron como antes. Cuando él eyaculó por primera vez sobre sus labios, ella estaba lejos de terminar. Su pene solo estuvo más blando por unos momentos, pero él quería volver a hacerlo. Apretó sus nalgas juntas sobre su pene, creando un túnel. Ahora continuó follándola en este túnel a su ritmo y solo eyaculó sobre sus labios mucho después de que ella hubiera tenido su orgasmo. De nuevo, hablaron de ello durante un buen rato. Eva estaba agradecida de que él no la follara. No quería eso en absoluto. El hecho de que el semen rociara sobre su clítoris, sus labios y su puño no le molestó en absoluto. Le pareció bastante gracioso y se rió entre dientes diciendo que estaba bien.

Le sorprendió un poco que quisiera eyacular sobre sus labios vaginales, pero no le importó, dijo entre risitas y sonrisas. Si para él significaba algo, podía eyacular sobre sus labios vaginales, no había problema. Presionó su pene contra la abertura vaginal de ella al eyacular. Con mucho cuidado, por supuesto, porque no quería romperle el himen ni tener relaciones sexuales con ella; eso lo habían acordado. Ella se reía cada vez que él eyaculaba sobre sus labios vaginales y le acariciaba el pene hasta que terminaba.

Aún necesitaba emociones fuertes. Había mirado su ano muy de cerca; era más grande y suave que los anos de los chicos con los que se había acostado antes. Se preguntó si el vicario había dicho algo al respecto cuando Alfi lo mencionó. No, concluyó, el vicario no había dicho nada. El vicario sin duda habría dicho algo si fuera un pecado. Por eso accedió a que lo intentaran la próxima vez. Noche tras noche, la preparaba para ello. Mientras la penetraba en el túnel entre sus nalgas, deslizó un dedo en el ano de Eva y la penetró con el dedo. La penetración anal la excitó rápidamente; obviamente le gustaba mucho. Le aseguró que el sexo anal no dolería en

absoluto; usaría mucha saliva y le estiraría el ano con el dedo de antemano; así era como se hacía.

Tuvo que explicarle cómo sabía todo aquello, y ella se rió a carcajadas y con vulgaridad cuando él le contó cómo él y los otros chicos solían follarse entre sí por el culo antes de empezar a hacerlo con chicas. Tuvo que explicar, con los oídos ardiendo, que sus dos primeras chicas eran en realidad mujeres casadas, novias que le dejaban follarlas durante el día. Se coordinaban para ver a quién le tocaba, y las dos novias le enseñaron todo sobre el sexo. Esta aventura duró ocho meses.

Eva lo había interrogado sobre cada detalle y se había excitado muchísimo durante esas conversaciones. Presionó su mano contra su clítoris, preguntó todo dos o tres veces y quería saber exactamente cómo lo hacían las mujeres con él y cómo lograban ocultárselo a sus maridos. Dijo pensativa que seguramente las mujeres sabían que estaban pecando terriblemente. Alfi se encogió de hombros; la cuestión de si era pecado o no nunca le había importado. El asunto la preocupaba mucho y seguía interrogándolo. Lo mejor que pudo, describió los cuerpos y los genitales de las mujeres. Cuanto más detalladas eran sus descripciones, más se excitaba Eva, increíblemente excitada. Presionó su mano contra su clítoris mientras lo besaba apasionadamente.

También tuvo que contarle lo que había pasado con las tres chicas del colegio. No, no eran vírgenes y se acostaban con cualquiera que se les cruzara sin ningún tipo de romance. Eran aventuras pasajeras e inofensivas que duraban menos de una semana. Tampoco era sexo romántico; normalmente, a escondidas, eyaculaba rápidamente, nada más. Sí, se acostaba con las chicas varias veces al día, y no, nunca estuvo enamorado, solo era codicioso y estaba deseoso de eyacular dentro de ellas tan a menudo como pudiera.

Tuvo que meterle el dedo en el ano a Eva durante un buen rato hasta que se relajó. La penetró suavemente y la folló muy despacio hasta que ambos estuvieron al mismo ritmo. Por su respiración, supo que lo estaba disfrutando. Se quedó completamente pasiva con el clítoris en el puño y le dejó penetrarla. Eyaculó dos veces dentro de su ano, y solo en la tercera ronda tuvo un orgasmo. Continuó follándola durante un buen rato y eyaculó una tercera vez dentro de ella. Entonces se abrazaron; fue muy satisfactorio para

ambos. “¡Es como follar!”, dijo. Abrió los ojos de par en par. “¿Follar?”, se preguntó, “¿follar como perros?”. “No”, se rió, “no voy a follar dentro de tu vagina, ¡eso sí que sería follar de verdad!”. Suspiró aliviada. No, no quería follar de verdad; eso sería un gran pecado.

Durante los siguientes días y semanas, lo hicieron de esta manera. Ella solo tuvo que masturbarlo una vez mientras él se duchaba. Tomó la cabeza de su pene entera en su boca, lo masturbó allí y dejó que el semen saliera por las comisuras de sus labios. Pero la eyaculación era mucho más fácil durante el sexo anal. Ella lo disfrutaba mucho porque cuando la penetraban pasivamente, tenía orgasmos con regularidad. Para eyacular, él sacaba su pene del ano de ella, lo presionaba contra la abertura vaginal y eyaculaba todo el semen a través de la abertura de su himen hacia su vagina. La primera vez, dijo que fue una sensación extraña cuando el semen caliente entró a chorros en su vagina. Pero fue una buena sensación, dijo pensativa.

Por mucho cuidado que tuviera, el agujero en su himen se agrandaba semana tras semana. Lo inspeccionaba cada fin de semana cuando le afeitaba la zona púbica. Ella se encogía de hombros; no le importaba, decía. «Ahí se eyacula mejor», afirmaba. Él decía que nunca había querido quitarle la virginidad, pero ella decía que el himen no significaba nada para ella. Seguía sin querer que la follaran «como a perros», le recordaba constantemente. No había eyaculado en su ano durante semanas; para eyacular, penetraba su vestíbulo vaginal y, empujando suavemente contra la abertura, eyaculaba todo en su estrecha vagina. A ella le gustaba mucho y solía separar sus nalgas y labios con ambas manos para que él pudiera penetrar aún más fácil y profundamente.

Semanas después, pudo introducir la punta, luego la cabeza entera, y eyacular dentro. Ella mantuvo el ano quieto cuando él la penetró para eyacular y abrió mucho los ojos cuando él introdujo cuidadosamente el glande por la abertura. Se sintió muy avergonzada porque, durante esos minutos, se frotó rápidamente el clítoris con la punta del dedo, y el orgasmo llegó en cuestión de segundos. Continuaron hasta que él eyaculó dentro de ella al menos tres veces. De esta manera, ella también tenía al menos un orgasmo cada vez que él eyaculaba dentro o cuando la penetraba de nuevo por el ano. Él estaba muy satisfecho porque ahora ella se atrevía a frotar-

se firmemente el clítoris con un dedo y provocar el orgasmo. No se volvió a mencionar que el vicario lo hubiera declarado pecado. Después, ella le contó lo maravilloso que había sido para ella en ese momento. Nunca antes había experimentado tres orgasmos seguidos.

Semanas después, Alfi solo vio un delicado y fino anillo cuando inspeccionó su himen. Ella dijo que no lo echaba de menos; de todos modos, era inútil. Con cautela, intentó ver si su pene cabía dentro, y así fue. Pero ella no lo quería después de ver al vicario. Eso sería como con los perros, dijo, tirando de repente por la borda todo lo que había logrado. No, ella quería absolutamente que la follaran por el culo otra vez, y no, él debía eyacular dentro de ella. Ni siquiera solo eyacular dentro de ella, no. Estaba muy decidida y solo lo quería por el culo, todo. Se tumbó completamente boca abajo y se llevó las manos a la espalda. Separó las nalgas con ambas manos, y él tuvo que penetrar su ano. Solo entonces colocó una mano plana bajo su vulva y puso un dedo sobre su clítoris. Permaneció completamente pasiva mientras él embestía una y otra vez, presionando su trasero contra el clítoris, que rozaba su dedo. Ahora conseguía al menos dos orgasmos cada vez que él eyaculaba. Le encantaba, le dijo, poder tener un orgasmo tan rápido y deseaba con avidez más y más. Después de eyacular dentro de su ano, tuvo que permanecer completamente quieto y esperar a que ella terminara de masturbarse y alcanzara el orgasmo. Estaba feliz y llena de orgullo por la frecuencia con la que se había masturbado. Para ella se había vuelto muy importante tener muchos orgasmos seguidos.

¿Qué había provocado este cambio de parecer? — Eva había vuelto con el vicario; aún tenía muchas preguntas sobre el sexo y el pecado. El vicario la había invitado a su habitación privada por la tarde, donde podrían hablar de todo sin interrupciones. Había pensado en ello y no llevaba ropa interior. Era finales de verano, y se puso su vestido de verano más ligero y corto. Al principio se sentó frente al clérigo y lo volvió loco. Se colocó de tal manera que el pobre hombre tuvo que mirar sus piernas hasta el cielo. Dejó que Alfi la afeitara y abrió sus muslos para que él pudiera ver su vulva. Enseguida supo que era fácil de seducir. Tuvo que repasar todo sobre el pecado de nuevo; ella preguntaba y preguntaba sin cesar. Él la miraba fijamente entre los muslos y dentro de su vulva; casi se le salen los ojos de las órbitas. Ella hacía preguntas sin pa-

rar, su trasero bailando en la silla, su coño abriéndose y cerrándose. Preguntó cómo se masturbaban los hombres, cómo se masturbaban las mujeres y cómo funcionaba el sexo. No, mintió, nunca lo había practicado. Se levantó y se sentó junto a él en el sofá.

Dijo que nunca había visto a hombres hacerlo antes y puso su mano en la entrepierna del santo. Sintió su fuerte erección y la apretó suavemente. Tenía que verlo, insistió, porque solo conociendo el pecado podría evitarlo. Insistió obstinadamente y le bajó la cremallera del pantalón. Tenía que verlo, argumentó, y le sacó el pene. Se sorprendió porque incluso erecto era pequeño, prácticamente diminuto comparado con el de Alfi. El pene era quizás tan largo y un poco más grueso que su dedo índice, el glande oculto bajo el prepucio, también pequeño y puntiagudo. Y mientras que el glande de Alfi asomaba por debajo del prepucio cuando estaba erecto y luego se mantenía erguido, el glande del vicario permanecía cubierto por el prepucio. Con mucho cuidado, retiró el prepucio, examinó de cerca el glande rojo brillante y fingió ser tonta. Él se estremeció cuando ella frotó el glande varias veces con el pulgar. “¿Cómo funciona este frotamiento pecaminoso?” —preguntó ella, y el desconcertado vicario dio una descripción puramente teórica. —¿Lo haces a menudo? —preguntó la seductora serpiente, y él admitió: —Sí, casi a diario. Ella quedó muy complacida y le exigió que se lo mostrara. Tras mucha vacilación, él dijo que lo haría. Se acarició el pene unas cuantas veces y suspiró: —Así es como se hace. Se detuvo.

Ella argumentó que él no había eyaculado en absoluto, pero que ella había entendido perfectamente cómo funcionaba. Agarró su pene y tiró del prepucio hacia atrás sobre el glande, y él jadeó bruscamente: ¡no le había enseñado a hacerlo así! Pero Eva simplemente continuó, aunque él se quejó y luego se quedó en silencio. Lo masturbó igual que había masturbado a Alfi antes. Tiró del prepucio hacia atrás con fuerza y lo deslizó de nuevo sobre el glande, masturbándolo con creciente velocidad. Sintió que estaba a punto de eyacular y tiró del prepucio hacia atrás con fuerza. Él eyaculó en un arco alto, ella continuó frotándolo, y él gimió y se quejó, eyaculando una gran cantidad de semen. Ella lo limpió con un pañuelo.

Ella le agradeció por haberlo visto y poco a poco soltó el pequeño trozo de su pene. Afortunadamente, permaneció semierecto.

¡Tenía que saber absolutamente cómo pecaban las mujeres; era muy, muy importante para ella! El joven se quedó sin palabras cuando ella se levantó la falda. Miró su vulva y murmuró que nunca lo había hecho antes. Ella lo instó, insistió en que se lo mostrara. Las mujeres se lo habían descrito con mucha precisión en el confesionario, y por supuesto, él lo sabía en teoría. Con vacilación, tanteó su vulva y, después de buscar un poco, finalmente encontró el clítoris. Ella asintió resignada y lo dejó intentarlo, pero él era el hombre más torpe del mundo. Ella lo detuvo después de cinco minutos; era inútil. Notó que su pene se había vuelto a poner duro como una roca durante los intentos de frotamiento y ahora exigió vehementemente que le mostrara cómo follarla; tenía que saber cómo se hacía ese pecado. Su erección casi colapsó en estado de shock. Ella inmediatamente frotó su pene y no le dio tregua; ¡Tenía que demostrar cómo follar, punto! Ella lo atrajo enérgicamente hacia ella, entre sus piernas, y rápidamente le frotó el pene hasta que se puso duro.

Casi tenía lágrimas de desesperación en los ojos mientras ella metía su pequeño pene en su agujero. La folló durante un buen rato, jadeando ruidosamente, y luego se corrió. Ella lo abrazó con fuerza hasta que terminó, jadeando. No estaba excitada en lo más mínimo, pero podía sentir que su pene seguía rígido. “¡Otra vez, otra vez!”, ordenó, y él tuvo que follarla de nuevo. Esta vez duró más de quince minutos, y luego se corrió con una expresión de dolor. De nuevo lo abrazó con fuerza hasta que, con embestidas desesperadas, gimió y se quejó, eyaculando la última gota dentro de ella. Entonces lo soltó. Ahora ya entendía básicamente cómo follar, dijo, pero quería volver y hacerlo unas cuantas veces más, ¡lo quería absolutamente, sí!

Se arreglaron la ropa y se sentaron. De repente, él empezó a hablar por iniciativa propia. Tenía una aventura con la esposa del vendedor de maquinaria agrícola. Eva sabía quién era. Una mujer menuda y poco atractiva, de unos veinticinco años, que asistía diligentemente a ferias comerciales. Llevaba unas gafas muy gruesas que la hacían aún más fea. Sus pechos grandes y voluptuosos se desbordaban tan descaradamente de su blusa que nadie podía evitar mirarla. Siempre llevaba faldas tan cortas que sus bragas se veían con cada movimiento, y la falda corta acentuaba su enorme trasero. Independientemente de la opinión que se tuviera sobre las

faldas cortas, parecía tan lujuriosa, indecente e impúdica que uno podía imaginarla fácilmente capaz de cualquier pecado de la carne.

El vicario contó que ella llamaba dos o tres veces por semana cuando su marido estaba fuera. Siempre tenían relaciones sexuales dos veces seguidas; por desgracia, él no podía hacerlo con más frecuencia. Ella siempre se masturbaba durante el acto sexual, pero él nunca tenía permitido mirar hacia abajo. La masturbación era algo muy íntimo, dijo; le daba mucha vergüenza y no quería que él la viera. Solía tener dos orgasmos y siempre continuaba sin interrupción. Cuando él había eyaculado o estaba a punto de terminar, ella se masturbaba furiosamente para alcanzar el clímax. Él siempre esperaba pacientemente y, como le había indicado, la miraba a los ojos y no hacia abajo, hasta que ella lograba alcanzar el orgasmo. Los orgasmos solo eran reconocibles y perceptibles por el violento temblor de sus nalgas. Después de la primera vez que tuvieron relaciones sexuales, ella le tomó el pene en la boca y lo frotó hasta que volvió a estar completamente erecto.

Durante su segundo encuentro, él tuvo que montarla por detrás y separarle las enormes nalgas con ambas manos, porque ella había oído que así facilitaba el embarazo. Se masturbó continuamente durante el segundo encuentro, hasta casi llegar al orgasmo, y luego se introdujo vigorosamente los dedos en el ano; esta era la mejor manera para que ella alcanzara el orgasmo durante el sexo anal. Al llegar al orgasmo, jadeó ruidosamente y sus nalgas temblaron durante unos instantes, nada más. Normalmente, se masturbaba hasta alcanzar dos orgasmos durante el segundo encuentro, y él permanecía en silencio dentro de ella si se masturbaba una tercera vez y luego se introducía los dedos en el ano para provocar el orgasmo final.

No, él nunca la había visto masturbarse; ella no lo permitía, le daba mucha vergüenza. Él lo respetaba y nunca la observaba masturbarse, ni siquiera a escondidas. Pero ella deseaba desesperadamente un hijo, y él siempre tenía que eyacular profundamente dentro de ella. Ella engañaba a su marido sin pensarlo dos veces, ya que él generalmente solo quería eyacular en su boca y solo tenían relaciones sexuales una o dos veces por semana. “El marido sacaba su pene de su vagina para eyacular y se masturbaba, esparciendo el preciado semen por todo su cuerpo”, se quejaba ella. “Definitivamente no quería hijos”. El vicario estaba muy disgusta-

do con la idea de hacer pasar un hijo por suyo, pero la joven fea estaba obsesionada con tener relaciones sexuales con él hasta quedar embarazada. Llevaban casi un año teniendo relaciones sexuales sin que ella quedara embarazada.

El vicario dijo que él había sido un hombre pecador desde la infancia; se masturbaba a diario y se había acostado con muchas mujeres. Algunas eran mucho mayores que él y, desde luego, no eran bellezas, pero le contaban todo en el confesionario. Qué hacían con quién, cómo, cuándo y con qué frecuencia, su forma favorita de hacerlo, con qué frecuencia lo hacían. Describían el sexo y la masturbación con gran detalle y lo tentaban a tener relaciones sexuales con ellas. Con toda franqueza, después de la confesión, le decían cuándo y dónde lo esperaban. Él siempre decía que sí si le convenía. Muchas de las mujeres eran jóvenes, y después de la confesión, él sabía si estaban cachondas, deseosas y preparadas para el sexo. Le sorprendía que incluso chicas muy jóvenes quisieran acostarse con el apuesto vicario. Incluso la sobrina del obispo, de quince años, le permitió desflorarla y tener relaciones sexuales con ella varias veces.

Lo habían trasladado aquí por culpa de la follada, pues no podía resistir ninguna tentación. El obispo esperaba que mejorara, ya que no encontraría mujeres jóvenes en esta parroquia. Era cierto, dijo el vicario, mirando por encima del hombro; aquí había unas cuantas mujeres casadas abandonadas, un puñado de viudas cachondas y dos viejas brujas que querían que las follaran. Ese era su castigo. La joven, de casi 23 años, que deseaba desesperadamente tener un hijo, era un rayo de luz en toda esta oscuridad llena de viejas zorras desgastadas por la masturbación constante. —Ella misma tiene 48 años —dijo Eva con énfasis—, probablemente solo otra vieja zorra sin usar. Él sonrió avergonzado; desde luego no se refería a ella. Eva pronto se marchó y se fue a casa.

Alfi se rió a carcajadas mientras ella le contaba todo, omitiendo hasta el más mínimo detalle. Pensó que era bueno que se hubiera acostado con el vicario y estuviera adquiriendo experiencia. Ella dijo que el vicario la había follado durante media hora la segunda vez, y que en secreto se había dado tres orgasmos seguidos. Alfi dijo que solo estaba celoso de que ella realmente se hubiera acostado con el vicario y nunca con él. Ella permaneció en silencio y se negó a comentar. Alfi no conocía a la esposa del vendedor de maquina-

ria agrícola, así que describió su apariencia con gestos dramáticos. Además de lo que ella misma había visto, también describió su cuerpo desnudo, porque había interrogado al vicario de una manera muy embarazosa. Los enormes pechos caídos con pezones rosados, el culo y las nalgas gruesas, y su ano, que se follaba a sí misma durante los orgasmos. La vulva peluda, la vagina muy estrecha y juvenil, y el pequeño clítoris, que se frotaba furiosamente rápido cuando quería provocar un orgasmo. El vicario, por supuesto, podía mirar su clítoris en cualquier momento, excepto cuando se masturbaba. Pero después de los orgasmos, podía mirar su clítoris mientras se encogía y se volvía flácido, o antes de la masturbación, mientras ella lo estimulaba suavemente y crecía y se ponía realmente rígido. Una vez le había confesado al santo que se masturbaba increíblemente a menudo y que se afeitaría el vello púbico en el futuro porque le molestaba. Cómo la montó por detrás y, antes de su orgasmo, tuvo que separarle las nalgas muy apretadas con ambas manos para que pudiera introducirse los dedos en el ano hasta correrse. Alfi y Eva rieron juntos esa noche más que en mucho tiempo. Entonces ella dijo seriamente que ahora sabía exactamente a qué se refería el vicario con follar pecaminosamente. Tenían que cambiar eso, ella no quería pecar intencionalmente, ¡no! Ya no se le permitía eyacular dentro de su vagina, solo en su ano. Alfi permaneció en silencio, abatido; Eva estaba furiosa, esto era un paso atrás.

Quería sacar su pene y eyacular dentro de su vagina, pero ella negó con firmeza: ¡No! Tenía que sacar su pene de nuevo y meterlo en su ano, dijo; el sexo anal no era pecaminoso. Sumisamente, la penetró por el ano otra vez y la folló de nuevo. Apenas unos minutos después, ella se corrió, temblando y estremeciéndose un poco como de costumbre. Él continuó follándola, embistiéndola salvaje y furiosamente en su ano y eyaculando con rabia dentro de ella. Exhausto, se tumbó sobre sus nalgas y notó que ella seguía frotándose el clítoris. Se quedó allí tumbado durante mucho tiempo, esperando a que ella llegara al orgasmo. Sí, dijo ella, así es como quería hacerlo en el futuro, sin eyaculación pecaminosa dentro de ella. Él no estaba nada satisfecho, pero ella no lo hizo cambiar de opinión. Siguió sus instrucciones durante varios días.

Pero después de una semana, dijo que ya no quería eyacular solo en su ano. Argumentó que ella realmente se había acostado con el vicario y lo estaba condenando al sexo anal. Eso no estaba bien,

se quejó Alfi. Esperó dos días antes de permitirle penetrarla de nuevo en la vagina. Pero él no debía embestir dentro de ella como un perro, y él asintió, no lo haría. Pero ambos se dieron cuenta de que él no podía eyacular sin embestir. Tenía que follarla analmente de nuevo para excitarse. Durante los siguientes días, insertó su pene entero en su vagina para eyacular, embistiendo solo un poco para eyacular y terminar. Después de mucha discusión, ella accedió, porque de lo contrario él no podía eyacular. Ella también prolongó los momentos de estimulación del clítoris; había desarrollado un gusto por ello, aunque se sentía culpable por el pecado. Él quería embestir más tiempo antes de eyacular, y aunque reacia, ella con gusto lo dejó, porque también prolongaba su estimulación del clítoris.

No hablaron del hecho de que él no la había follado por el culo desde que ella tenía sexo con el vicario una vez al mes. Él le había examinado la vagina y había descubierto que su himen había desaparecido por completo. Fue el vicario, dijo ella con desánimo, había sentido la rotura de su himen muy claramente. Eva pensó en voz alta en la esposa del vendedor de maquinaria agrícola usando su dedo en su ano para alcanzar y provocar el orgasmo. Ella no podía hacer eso, ya que él estaba tumbado sobre su culo. Le preguntó, algo insegura y un poco avergonzada, si la follaría por el culo con un dedo mientras la penetraba, ¡porque eso se sentiría tan bien! Tal vez ella podría tener un orgasmo como esa mujer. ¡Por supuesto, dijo Alfi, por supuesto! Ahora usaba un dedo en su culo cada vez, ¡no era ningún problema! Lo intentaron; justo antes del orgasmo, ella dejó de masturbarse el clítoris y sacó un poco más el culo. Él continuó metiendo el dedo en su culo, aumentando el ritmo. Ella llegó, ¡y vaya si llegó! Gritó suavemente mientras él, con maestría, la llevaba al orgasmo, jadeando ruidosamente. Sus nalgas se abrían y cerraban repetidamente, sin pausa, como dos contraventanas que se abren y cierran por una tormenta. Continuó acariciándola con los dedos hasta que el orgasmo disminuyó. Gradualmente, sus nalgas se calmaron y su ano se cerró con un suave chasquido al retirar el dedo.

Bajó la cabeza para recuperar el aliento y luego se tumbó boca arriba. “¡Vamos, fóllame!”, susurró, y follaron cara a cara como tantas veces desde que el vicario la había follado así. Su mano se deslizó hasta su clítoris y se masturbó hasta que él se corrió y se desplomó sobre ella. Dejó de masturbarse y lo abrazó mientras él

seguía embistiendo con fuerza y terminaba. Lo sujetó con fuerza contra ella con un brazo y continuó masturbándose. Él yacía completamente inmóvil sobre ella, sintiendo su dedo masturbándose. No tardó mucho en llegar al orgasmo con su dedo. Luego lo soltó y él se deslizó a su lado. "Nunca había tenido un orgasmo tan intenso como ahora", susurró, "¡esa mujer tenía razón, hacer que alguien llegue al orgasmo con un dedo en el culo es algo realmente especial!"

A ella le gustaba más tumbarse boca abajo. Él la penetraba por detrás en su pequeña y estrecha vagina, mientras le acariciaba el ano con los dedos, y follaban durante mucho tiempo. Ella inmediatamente se frotó el clítoris con el dedo y dejó de mover las caderas; ya no lo necesitaba. Se masturbaba con el dedo desde el principio, y él intentaba provocarle el orgasmo al mismo tiempo que eyaculaba con el dedo dentro de su ano. Le gustaba tanto que, después del orgasmo, él seguía follándola un rato para eyacular y terminar, o se tumbaba pacientemente sobre sus nalgas hasta que ella terminaba de masturbarse y le provocaba el orgasmo con el dedo.

Desde entonces, se masturbaba sin interrupción, orgasmo tras orgasmo, tanto durante el sexo como en sus descansos. No le molestaba en absoluto que Alfi la viera masturbarse durante los descansos; al contrario, la excitaba. Hacia el final del sexo, jadeaba con fuerza y tenía que esforzarse mucho para alcanzar el orgasmo final. Mientras yacían uno al lado del otro, respirando con dificultad, susurró que ya casi nunca se masturbaba antes de dormirse porque se había agotado durante el sexo y ya no sentía la necesidad. Admitió, sonrojándose, que aún se había masturbado algunas veces antes de dormirse cuando él entraba en su habitación. Sí, todas las noches antes de dormirse. Normalmente se dormía después de la segunda vez que se masturbaba, o mientras se masturbaba la tercera. No, respondió, masturbarse una vez era muy poco. Pero ahora se masturbaba tan a menudo durante el sexo que realmente tenía que esforzarse mucho para alcanzar el último orgasmo de su clítoris, y eso era suficiente por la noche.

A Eva le encantaba tumbarse boca abajo, mantener las nalgas quietas y frotarse el clítoris con un dedo desde el principio. Le encantaba que la follaran boca abajo, que le metieran los dedos en el culo al mismo tiempo y masturbarse con un dedo desde el princi-

pio. Una y otra vez, dejaba que su dedo le provocara el orgasmo. Se abrazaban durante un buen rato después de que él hubiera eyaculado dentro de ella varias veces y ella hubiera tenido una docena o más de orgasmos. Se masturbaba tan a menudo durante el sexo que no necesitaba hacerlo antes de quedarse dormida. Susurraban sobre sexo un rato, luego él se fue a su habitación.

Nunca mencionaron que llevaban meses teniendo relaciones sexuales de forma regular y satisfactoria.

Como los perros.

• • •

Ella seguía volviendo con el vicario y tuvo relaciones sexuales con él dos o tres veces. Tampoco dejaba que el buen hombre la viera cuando se masturbaba durante el sexo. Después se lo contó a Alfi, y se reían juntos cada vez que el vicario experimentaba algo curioso con la esposa del vendedor de maquinaria agrícola. Y siempre había algo nuevo. La mujer finalmente estaba embarazada. Estaba radiante de alegría, y su vientre crecía mes a mes. Ya no se le permitía acostarse encima de ella durante el sexo; se recostaba y finalmente se le permitía verla masturbarse, aunque ella se avergonzaba mucho de ello. Muy lentamente, ella se excitaba el clítoris, que gradualmente se endurecía y se erguía como una espina, del tamaño de la punta de un dedo. Su clítoris no tenía prepucio visible; estaba expuesto, y ella se masturbaba el pequeño botón en círculos. A medida que aumentaba el ritmo, su respiración se volvía más superficial y estaba increíblemente excitada. Él dejó de tener relaciones sexuales y solo observaba. Ella se frotaba a un ritmo rápido y explotó en un orgasmo convulso y espasmódico. Solo entonces dejó de masturbarse el clítoris.

Durante todo su embarazo, tuvo una erección clitoriana prácticamente constante. Se masturbaba obsesivamente cada hora; la piel alrededor de su clítoris y el clítoris mismo estaban completamente irritados e inflamados. Él aplicó una gruesa capa de ungüento de flor de heno sobre la piel inflamada y su pobre clítoris, ¡y ella gimió, rogándole que siguiera frotándolo! Él había observado su masturbación muy de cerca y la llevó al orgasmo fácil y rápidamente. Ella estiró todas sus extremidades y se agarró el vientre redondo con ambas manos durante el orgasmo. Sujetó su vientre

firmemente mientras sus piernas y nalgas se contraían y se retorcían salvajemente en su orgasmo. Él aprovechó su breve pausa y la penetró. Ella reanudó la masturbación inmediatamente cuando él comenzó a follarla y ya estaba en su tercer orgasmo cuando él eyaculó. Su tercer orgasmo llegó justo momentos antes de que él terminara. Su vagina juvenil y muy estrecha exprimió hasta la última gota de su pene durante el orgasmo.

Yacían exhaustos uno al lado del otro, susurrándose al oído. El vicario esperaba con ansias al bebé y le acariciaba su gran y redonda barriga. Ella le susurró que él era el primer hombre que podía masturbarla tan perfectamente, y por eso lo esperaba con ilusión cada vez que lo hacía. Le dijo al vicario que no esperara nada de su marido; él llegaba borracho a casa todas las noches después de medianoche, tenía sexo rápido y brutal con ella y eyaculaba dentro de ella.

Y así fue el último día de su matrimonio. De nada servía señalarle a su marido que su clítoris y la piel circundante estaban completamente irritados y dolorosamente inflamados por toda la masturbación, y que el coito le causaba un dolor insoportable. “¡Parece que te pasas el día masturbándote!”, gritó el borracho. “En lugar de tener sexo conmigo, la bella dama se masturba todo el día, ¡así que no me extraña que esté tan irritada!”, exclamó. “¡Quiero tener sexo cuando llegue a casa, métetelo en la cabeza!”, gritó y le dio una bofetada sonora. Él era el hombre, maldijo furiosamente, y con un movimiento rápido, se quitó los pantalones y la ropa interior.

La agarró bruscamente y le bajó las bragas a la fuerza. “¡Ven aquí, vieja!”, maldijo, separándole las piernas a la fuerza. Se quedó mirando fijamente su vulva depilada, que aún conservaba restos de la pomada. Con un agarre brusco de sus dedos, el borracho le separó los labios vaginales. “Ah, bueno, aquí la tenemos”, rió arrastrando las palabras, “¡el coño más masturbado del pueblo y el maldito clítoris a juego! ¡Todo rojo, todo inflamado!”. Ella intentó defenderse. “Te dije desde el principio que tengo que masturbarme muy a menudo y mucho”, gruñó furiosa, “¡siempre lo has sabido y nunca dijiste nada al respecto!”.

Sintió que las lágrimas le brotaban mientras él, con brusquedad y rabia, le apretaba el clítoris rígido con los dedos y se lo frotaba

con fuerza y resentimiento. Lo había hecho desde que se quedó embarazada, siempre que no estaba borracho sin sentido. ¡Disfrutaba infligiéndole dolor siempre que podía, el estúpido cabrón! Lloraba en silencio porque incluso ese dolor avivaba su fuego sexual. Involuntariamente, abrió las piernas de par en par y cerró los ojos en un placer mezclado con dolor mientras él la masturbaba rápida y brutalmente. Se agarró el vientre con ambas manos cuando estalló su orgasmo, y él la observó burlonamente mientras sus piernas se contraían salvajemente. Sin piedad, continuó masturbándola durante su orgasmo, riendo con desprecio mientras sus piernas se agitaban y se estremecían en el aire durante minutos.

Cuando terminó, él colocó una de sus piernas sobre su hombro y se inclinó profundamente hacia su vulva. La masturbó con rapidez y brutalidad, estimulando su clítoris erecto; era realmente bueno en ello. Ella cerró los ojos, llorando, porque el dolor punzante encendió una lujuria desenfrenada en su coño. Gimió y maulló de placer en su excitación y dolor, y levantó sus gruesas piernas rectas en el aire. Él las frotó con brutal presión durante minutos, y ella se agarró el estómago para protegerse. Su orgasmo estalló con un suave gemido, sus piernas pataleando y retorciéndose en el aire durante minutos. Él no dejó de masturbarla brutalmente, ni siquiera cuando sus piernas se calmaron.

Continuó implacablemente, pues podía ver claramente lo doloroso que era para ella su masturbación. Lloraba desconsoladamente y sonreía al mismo tiempo, pues ese dolor era lo más excitante que conocía. Gradualmente, levantó las piernas, estirándolas automáticamente hacia arriba. Hacía mucho tiempo que no se excitaba tanto con el dolor. Con un grito fuerte y prolongado, el orgasmo estalló, sus dedos se clavaron en la sábana, y ella empujó y pateó las piernas en el aire. Él estaba satisfecho consigo mismo; su terrible grito recompensaba sus deseos sádicos. Ahora era suficiente. Solo cuando sus convulsiones cesaron después de varios minutos, dejó de frotarle dolorosamente. Su clítoris permanecía duro y rígido. “Vamos”, dijo entre lágrimas, “¡ven a follarme, cariño!”. Él asintió satisfecho con una estúpida sonrisa y la penetró brutalmente en la vagina, sin importarle su estómago. Ella se sujetó el estómago protectoramente con ambas manos, y el hombre borracho la folló larga y duramente. Eyaculó casi de inmediato y permaneció tumbado boca abajo sobre ella hasta que terminó de eyacular.

Se enderezó sobre sus rodillas, sacó su pene semierecto y se quedó mirando su clítoris. Ella aún estaba muy excitada por la brutal follada, y su clítoris se erguía audaz y rígido, tan grande como la articulación de un dedo y de un rojo oscuro. Ella colocó su dedo sobre su clítoris y lo frotó. "¿Quieres masturbarte otra vez, zorra?", sonrió con amargura, "¡pero eso no va a pasar! ¡Ven aquí!", ordenó, sosteniendo su pene semierecto frente a su cara. "¿Corre en mi boca?", preguntó ella con recelo, aún frotándose el clítoris, pero él negó con la cabeza y sonrió estúpidamente. "¡Quiero follar, zorra, maldita sea!" Ella tomó todo su pene en su boca y lo frotó con su mano hasta que volvió a estar completamente erecto. Pacientemente le chupó el pene hasta que se puso duro porque él deseaba desesperadamente follarlo por segunda vez, y por eso no podía ver que ella se estaba frotando el clítoris simultáneamente hasta alcanzar un orgasmo rápido y secreto.

La folló con brusquedad, sin importarle su vientre redondo, embistiendo y embistiendo como un loco. ¡Su polla era la daga con la que la mató, la mató, la mató! ¡Lo habían obligado a casarse porque ella ni siquiera estaba embarazada entonces! El alcohol y la rabia nublaron su mente. Ya no sacó su polla; el daño ya estaba hecho, y podía eyacular dentro de ella sin dudarlo. Maldijo al correrse porque no quería al niño. Ella se sometió pasivamente; cualquier negativa sería castigada con una paliza. La follada brutal y el dolor que le causaba la volvían loca, pero no se atrevía a masturbarse abiertamente delante de él. La había golpeado una vez antes cuando se masturbó mientras lo follaba. Ahora quería follarla por tercera vez, y ella le había chupado la polla con paciencia y destreza por tercera vez, pero él no podía. Ella se rió de él mientras su polla seguía aflojándose. Todo terminó con él dándole una paliza tan brutal que tuvo que ser hospitalizada, y pateando a la mujer desnuda, que había caído al suelo, como un loco.

La vecina escuchó cada palabra y los gritos, encontró a la mujer inconsciente y la llevó al hospital. Allí sufrió un aborto espontáneo y quedó devastada. Costillas rotas, huesos fracturados y laceraciones en sus genitales lo decían todo. Su esposo fue a prisión y fue condenado por homicidio involuntario de su hijo y violencia doméstica. Ella solicitó el divorcio, pero el proceso se prolongó durante más de un año.

Permaneció en el hospital otras tres semanas hasta que todo sanó. Se quejó al vicario, a quien solo se le permitió visitarla la última semana, de que nunca podía masturbarse sin ser vista en la habitación de tres camas y que eso le resultaba muy vergonzoso. No podía masturbarse debajo de las sábanas y se destapaba, así que era muy humillante masturbarse desnuda delante de las otras mujeres, pero tenía que hacerlo, al menos tres o cuatro veces. Las otras dos mujeres se incorporaron y la observaron masturbarse, sonriendo. Las otras mujeres también se masturbaban, pero en secreto debajo de las sábanas. — El vicario sonrió y la tomó en sus brazos, consolándola.

Pero apenas regresó a casa del hospital, llamó al vicario. Tenían relaciones sexuales todas las tardes, después de cenar y todas las noches, porque ella deseaba desesperadamente tener un hijo, incluso sin marido. El vicario reprimió cualquier idea de que ella abandonara la iglesia y se casara con el ególatra. Eso era impensable para él. Ella lo detuvo cuando intentó marcharse; tenía que ser padre de su hijo, se lo debía. Volvió a tener una erección clitoriana persistente, masturbándose con la misma frecuencia que durante su embarazo, pero ahora él la vigilaba, aunque ella sentía una vergüenza tremenda. Enseguida volvió a irritarse, y él la ungió con pomada antes de masturbarla. Una noche, ella lo excitó para tener relaciones sexuales con ella por tercera vez. Encendió la lámpara de la mesilla, se sentó sobre su pecho y se masturbó a pocos centímetros de su cara; él tenía la erección asegurada. Sentía una profunda vergüenza por masturbarse, y eso no cambió en los años siguientes. Él estuvo con ella todas las noches, y ella nunca perdió la esperanza de quedar embarazada. Él nunca tuvo la oportunidad de acostarse con Eva de nuevo, pero a ella no le importó.

Tenía a su Alfi, con quien follaba todas las noches y se masturbaba hasta quedar exhausta.

• • •

El Viejo Folladór Lascivo

von Jack Faber © 2022

Seis meses después de la muerte de su esposa, Jack había cumplido 69 años y seguía sin pareja sexual. Se acostó con Juliet, como de costumbre, en contra de su voluntad, y ella se masturbó, absorta en sus pensamientos como siempre. No paró y se masturbó una, dos y tres veces. El tercer orgasmo fue muy intenso, y murmuró: "¡Ya está!", para luego desplomarse sobre la almohada. Estaba muerta, pero Jack, presa del pánico, llamó a una ambulancia.

Echaba muchísimo de menos el sexo, y después de décadas, se masturbaba solo y casi siempre sin éxito. Una vez al mes, se reunía con su mejor amigo Ray, que trabajaba como hipnoterapeuta, para tomar un par de cervezas. Claro que no podía ocultárselo a su amigo de ojos penetrantes bajo sus pobladas cejas. Ray rió con buen humor y le preguntó: "¿Por qué no haces lo que hacen los demás? ¡Cuando lo necesitan, se acuestan con sus empleadas de la limpieza!". Ray soltó una risa clara y resonante, y sacudió sus rizos blancos.

Una cosa llevó a la otra; Jack debería contratar a una señora de la limpieza, y lo demás se solucionaría solo. "¡Déjamelo a mí, todo saldrá bien!", dijo Ray, apretando el antebrazo de Jack con fuerza y murmurando palabras mágicas casi inaudibles. "¡Dale la mano y lo hará!". Ray asintió con seguridad a Jack y se marchó. Jack fue de puerta en puerta por el barrio, pero nadie le recomendó a una señora de la limpieza ni le ayudó a encontrar una. Estaba a punto de darse por vencido cuando un vecino le dio el número de teléfono de una agencia. Llamó y la conversación se alargó. Podían enviarle a alguien una vez por semana, quien estuviera disponible. No, no siempre la misma persona; podían decidirlo en el momento. Aceptó.

Llegó puntual, una mujer de unos treinta y tantos años, nada del otro mundo, procedente de Turquía. Él la observó limpiar, y cuando casi había terminado, reunió todo su valor y le preguntó directamente. Ella lo miró con desdén, como diciendo: "¿Qué piensas de mí?". Él sacó un billete de cien euros de su cartera, le agarró la mano y le suplicó. ¿Era el billete de cien euros o el apre-

tón de manos, como Ray le había indicado? Ella se sobresaltó y asintió con vacilación. “Pero solo con la boca”, dijo en voz baja y lo siguió al dormitorio. Él se desnudó en un instante; ella dudó, dejándose puesto el sujetador y las bragas.

Ella suspiró y se sentó a su lado, agarrando su pene y frotándolo con fuerza. Él extendió la mano y comenzó a tocar su cuerpo. Ella, a regañadientes, lo permitió y continuó acariciándolo. Sus dedos se deslizaron dentro de sus bragas, y ella, a regañadientes, lo dejó hacerlo. Él acarició sus genitales y frotó su clítoris. Ella dijo que no quería que él tocara su clítoris y tomó su pene en la boca. Se frotaron el uno al otro, cada vez con más vigor, y él contuvo a la fuerza su eyaculación. Ella tuvo un orgasmo poderoso y mordió con fuerza su pene. Momentos después, continuó frotándolo con fuerza y chupándolo. De repente, él eyaculó en su boca; ella escupió el semen y corrió al baño a lavarse la boca. Se vistió rápidamente y estaba a punto de irse cuando él la llamó y le dio el billete de cien euros.

Ray soltó una carcajada cuando Jack le contó la historia mientras tomaban su siguiente cerveza. No sabía o no quería decir si la diferencia la había marcado el billete de cien euros o el apretón de manos. Se alegró por su amigo, dijo Ray, apretándole el antebrazo y murmurando palabras mágicas. Aceptó con gusto la tercera cerveza que Jack le ofreció.

La siguiente señora de la limpieza era un poco más joven; su familia venía de algún lugar de la antigua Yugoslavia. Cuando terminó, él le ofreció la mano y ella se sobresaltó. Él le preguntó y ella asintió: ¡de acuerdo! Ella lo siguió al dormitorio y se desnudó tan rápido como él. Se acurrucó junto a él y con curiosidad le acarició el pene hasta que se puso erecto. Él quería que ella estuviera encima, dijo, y ella se subió encima de él. Ella lo cabalgó con entusiasmo y él eyaculó poco después. Ella le preguntó si necesitaba hacerlo de nuevo y, por supuesto, él asintió. Ella se inclinó y gradualmente lo llevó a una erección con la boca y la mano. Ella lo cabalgó de nuevo y pasó mucho tiempo antes de que él eyaculara. Ella se deslizó a su lado y le acarició el pecho. Ella no había tenido un orgasmo y él le tocó el clítoris, pero después de unos minutos, ella le impidió llegar al clímax, negando con la cabeza; no quería eso en ese momento. Se duchó, se masturbó durante un buen rato y tuvo

un orgasmo intenso en la ducha antes de irse. Mucho después se dio cuenta de que no le había dado el billete de cien euros.

Semana tras semana, las señoras de la limpieza venían, tenían relaciones sexuales con él o le practicaban sexo oral. Era evidente que lo disfrutaban. Hasta entonces, él no sabía que las señoras de la limpieza lo hacían con tanta naturalidad, como si fuera parte de su trabajo. Si se acordaba a tiempo, les daba cien euros, pero la mayoría de las veces se le olvidaba.

Funcionó de maravilla; Jack vivió hasta los 70 y 71 años, y durante dos años la señora de la limpieza semanal le proporcionó una buena follada o una mamada relajante. Se reunía con Ray una vez al mes para tomar una cerveza, y tenían conversaciones estupendas sobre esto y aquello, solo muy rara vez hablaban de sus señoras de la limpieza. La esposa china de Ray, a quien Jack lamentablemente nunca había conocido en persona, también había fallecido recientemente, y Jack simplemente estaba allí para su amigo; no podía ayudarlo. Fue un momento difícil para Ray, que desde entonces había cerrado su consulta. Jack no tenía que preocuparse de que Ray se encontrara en el mismo aprieto sexual; el hombre para todo pasaría por un largo período de duelo y luego tendría su follada como de costumbre.

Todo habría transcurrido con calma y sin contratiempos si un día no hubiera sonado el timbre con insistencia, si un puño no hubiera golpeado la puerta. Jack gritó desde la sala: "¡Ya voy!" y se dirigió a la puerta. Al abrirla, un hombre alto lo empujó hacia atrás y la cerró de golpe. Aterrorizado, Jack tropezó y entró en la cocina. El hombre lo miró de arriba abajo y luego le preguntó si había alguien más en el apartamento. Jack no pudo articular palabra y negó con la cabeza. El hombre señaló el sillón y se sentaron a la mesa de la cocina.

Se miraron en silencio. Jack examinó al tipo con más detenimiento. Tenía la cabeza rapada y los antebrazos cubiertos de tatuajes. Parecía un portero de alguna de las muchas discotecas de la zona. Sus ojos pequeños y saltones estaban desorbitados y claramente hinchados de tanto llorar.

—¡Te acostaste con mi hermana! ¡Te acostaste con ella! —gritó el tipo sin previo aviso. Jack se estremeció y carraspeó. ¡No, no lo

había hecho! El tipo metió la mano en el bolsillo de su sudadera y sacó un objeto envuelto en un paño. Lo golpeó contra la mesa, lo desenvolvió y volvió a meter el paño en su sudadera negra. Era una pistola pesada, no de plástico. Jack se quedó mirando el arma, paralizado.

—Eres Jack, ¿verdad? —gruñó el hombre con mirada salvaje—. ¿Jack Blaustein? —y recitó su dirección. Jack asintió.

—¡Tienes una señora de la limpieza de la agencia! —gruñó el hombre amenazadoramente. Jack miró fijamente la pistola como hipnotizado. Asintió: —¡Sí!

—¡Maldita limpiadora! —rugió el hombre, con pequeñas burbujas de saliva pegadas a sus labios—. ¡Maldita limpiadora, maldita seas mi hermana! —escupió, golpeando la mesa con el puño. Jack se recompuso. No era el horrible acento lo que le molestaba. El arma. La agencia. Las limpiadoras. Una hermana jodida. Un hermano furioso, salido directamente de la selva.

Negar. Desautorizar. Mentir cerca de la verdad. Miró fijamente a los ojitos de cerdo. “Sí, tengo señoras de la limpieza de la agencia. No, no me acuesto con señoras de la limpieza. ¡No, no me he acostado con ninguna hermana!” Miró fijamente a los ojitos de cerdo, que no pudieron sostener su mirada y vagaron. Un largo silencio. La ira en los ojos del hombre calvo se desvaneció; solo quedaba tristeza en ellos. Se sentaron inmóviles uno frente al otro, y Jack esperaba que en cualquier momento levantara su pistola y lo matara a tiros. El gigante se levantó lentamente, con movimientos rígidos. Caminó lentamente hacia la puerta y se dio la vuelta. “Tengo que salir de aquí”, dijo el hombre corpulento, “¡dame dinero!” Jack saltó y tomó una lata del estante. Le dio la lata al hombre, quien sacó los billetes. “Cuatrocientos”, dijo, “no es mucho”. Jack tomó la lata y se sentó de nuevo.

El hombre gigantesco se giró a medias y dijo en voz baja: «La señora de la limpieza se la follaron, la hermana se la follaron, Jana se la follaron. ¡Jana está muerta!». Salió con un movimiento fluido y cerró la puerta de golpe.

Jack permaneció sentado en silencio a la mesa de la cocina durante quién sabe cuánto tiempo, sin mover un músculo. Escuchaba

atentamente los pasos del monstruo, pero reinaba un silencio sepulcral. Ni siquiera el perro desquiciado de la mujer, que estaba abajo, ladró. Eso le preocupaba; el estúpido animal siempre ladraba cuando alguien entraba o salía.

Finalmente, la tensión disminuyó. Tomó la pistola. Nunca antes había manejado un arma, solo las conocía por las películas de crímenes. Sopesó la pesada arma en su mano, sin tener idea de si estaba en seguro o cargada. Solo sabía que no debía tocar el gatillo. Tomó la pistola con la mano izquierda, luego con la derecha. Sí, eso era correcto. Jack sostuvo el arma durante varios minutos, apuntando de un lado a otro, gritando: "¡Bang! ¡Bang!". Qué infantil, pensó, ¿qué se supone que debo hacer con esto? El hombre seguramente la echaría de menos y volvería. La colocó entre las tazas del desayuno en el armario de la cocina. El hombre volvería a buscarla. Fue a la sala y cambió de canal hasta que encontró algo. Dos minutos después, se había olvidado de la pistola.

No había pasado ni una hora cuando sonó de nuevo el timbre y alguien golpeó la puerta con el puño. Se levantó y gritó desde la sala: "¡Ya voy!" y se dirigió a la puerta. Sin duda era el hombre, que venía a buscar el arma. Por un instante pensó en sacarla de inmediato, pero descartó la idea; quién sabía qué haría si abría la puerta con una pistola en la mano. Jack abrió la puerta.

Tres pistolas apuntaban a su cara. Dos policías uniformados y un joven con suéter y vaqueros. Los tres gritaron: «¡Manos arriba!», y Jack retrocedió un paso. Levantó las manos por encima de los hombros y se quedó paralizado. Los tres entraron a empujones, y entonces el joven dijo: «¡Inspector jefe Dollinger, Departamento de Investigación Criminal!». Dio el nombre de Jack, Jakob Blaustein, y Jack asintió: «¡Sí!». El inspector jefe Dollinger le preguntó si estaba armado, y Jack negó con la cabeza con firmeza. Se recompuso y señaló con la cabeza hacia el armario de la cocina. Dollinger fue al armario y dijo: «¡Ajá!». Luego se puso un guante y sacó la pistola con la punta de los dedos. La metieron inmediatamente en una bolsa de plástico. Dollinger no dejó que Jack dijera ni una palabra, explicándole con un lenguaje forzado que estaba arrestado bajo sospecha de asesinato, y uno de los agentes lo esposó. Miró desesperadamente su apartamento brillantemente iluminado, con el televisor a todo volumen de fondo. Dollinger sonrió, diciendo que no era su primer acto oficial, y asintió con la cabeza a

uno de los policías. El hombre corpulento extendió la mano y accionó el interruptor principal. Al instante, todo quedó en silencio y a oscuras, iluminado únicamente por la luz del pasillo. El agente tomó la llave del interior y cerró la puerta con llave. Lo llevaron a la comisaría principal. Lo registraron y lo encerraron en una celda. Solo llevaba puesto su chándal, sentado en la dura litera, esperando. Le habían quitado el reloj de pulsera; probablemente ya era medianoche.

El inspector jefe Ernst Dollinger acababa de llegar y, por supuesto, estaba de turno de noche. Procedía de Ferlach, en Carintia, y había sido trasladado a Viena. Apuntaba alto; ¡allí estaba la acción! Había abierto el expediente del asesinato de Jana Brnovici y redactado el informe inicial. La llamada anónima. El descubrimiento del cadáver. La detención del sospechoso, Jakob "Jack" Blaustein. El arma homicida, que el sospechoso había entregado voluntariamente, estaba descargada. El equipo de balística había presentado su informe apenas una hora después, identificándola claramente como el arma del crimen. Solo se encontraron las huellas dactilares del sospechoso; debió de haberla sujetado como si fuera a disparar. No había otras huellas. El sospechoso había proporcionado fácilmente pruebas de ADN, que aún debían compararse con el semen de la vagina de la víctima. Tras el examen inicial, el médico forense afirmó, sin lugar a dudas, que la joven de 21 años había perdido la virginidad poco antes de su muerte. Eran las cuatro de la mañana y ya había llevado al sospechoso a la sala de interrogatorios. Sintió un cosquilleo en el estómago: ¡su primer asesinato en su nuevo puesto, resuelto esa misma noche!

Comenzó el interrogatorio con brusquedad y rapidez. El sospechoso parecía no haber pegado ojo y estaba completamente aturdido, asustado y nervioso. Dollinger dejó caer un documento tras otro sobre la mesa: balística, huellas dactilares, la fotografía de la mujer muerta. Jack se encogió de hombros. Dijo que no había matado a nadie; que había cenado en casa y visto la televisión. Vivía solo y no tenía testigos. Tomó la fotografía de la mujer muerta y guardó silencio.

La reconoció aunque no llevaba sus gafas; las había dejado en casa. Ella había estado limpiando para él unas semanas antes. Sin duda, aún no tenía 30 años y se había criado en Albania. Él le estrechó la mano, como hacía con todos los demás, y le preguntó si

podía tener sexo con ella. Ella tenía ganas, pero en realidad prefería no hacerlo, dijo. Nunca había tenido sexo y seguía siendo virgen, algo muy importante para los musulmanes. Al ver su decepción, le preguntó si podía hacer algo diferente si él quería. Sí, lo quería todo, pero no sexo de verdad, no penetración. Le gustaba desnudarse y acurrucarse con él; él podía mirar su vulva detenidamente. Tenía pechos pequeños, pero un trasero grande y una vulva jugosa e increíblemente sexy. Él le enseñó a practicar sexo oral y que debía tragarse el semen; provenía del cuerpo y no era venenoso. Ella era curiosa y estaba ansiosa por aprender. Se quedó más tiempo y le practicó sexo oral dos veces, tragándose su semen. Al principio, se mostró muy reacia a dejar que la masturbara; estaba estrictamente prohibido. Pero él lo hizo de todos modos, y ella rió feliz después de su orgasmo. Y, por supuesto, él nunca había tenido relaciones sexuales con ella. Poco a poco, le contó sus secretos: que su madre le había prohibido masturbarse cuando tenía 17 años, algo que había hecho desde la infancia; todos en el dormitorio común lo hacían. Ya no se masturbaba, pero dejaba que los niños pequeños, cuyos penes no dañaban su himen, la penetraran y eyacularan dentro de ella. Cuando varios niños la penetraban seguidos, se excitaba tanto que tenía que masturbarse. A veces, los niños mayores la penetraban con tanta fuerza que se masturbaba y tenía orgasmos durante cada encuentro. El orificio de su himen se había vuelto alarmantemente ancho como resultado, le contó a Jack con tristeza. Ella también…

Dollinger lo sacó de sus pensamientos. “¿Qué te pasa?”, preguntó, y Jack respondió de inmediato. La conocía; era una de las limpiadoras que la agencia le enviaba semanalmente. El comisario podía comprobarlo, dijo. Había ido a limpiar tres veces en los últimos seis meses, si no recordaba mal, tal vez incluso cuatro. Era de Albania, había dicho. Desde luego, no la había matado, no sabía dónde vivía y nunca había estado en su casa. Se quedó mirando la foto. “Qué triste ver muerta a una niña tan pequeña; ¡siempre fue tan amable!”, dijo, visiblemente afectado.

Podía explicar cómo había llegado el arma a sus manos. Dollinger asintió expectante. Jack relató la visita del hombre con gran detalle. Dollinger había tomado notas y formulado preguntas de seguimiento. ¿Era ella su hermana? ¿Las acusaciones de que Jack se había acostado con la chica? Él nunca se había acostado con ella, insistió. ¿Acaso no la había desflorado y se había acostado con

ella después de todo?, insistió Dollinger con persistencia. ¡No, no, no! Jack respondió a todas las preguntas con diligencia. Finalmente, Jack preguntó si podía hacer una llamada, y Dollinger soltó una carcajada. Eso solo pasa en las series policíacas, pero él no quería ser así y deslizó su teléfono móvil por la mesa. Jack tuvo que ponerlo en altavoz y llamó a Ray, el único número que se sabía de memoria. Ray contestó adormilado y preguntó qué era tan importante. Jack le pidió ayuda; había sido arrestado bajo sospecha de asesinato. Ray se despertó al instante. Estaba en la comisaría principal de la Ringstrasse. Su nombre era Dollinger, el inspector jefe Dollinger. Ray dijo: «De acuerdo, yo me encargo». «Yo no maté a nadie», dijo Jack innecesariamente, y entonces Ray colgó. Dollinger dijo que su historia sobre el supuesto hermano era muy fantasiosa, quizás demasiado. Jack regresó a la celda y se durmió. Ray se encargaría de todo; eso era muy tranquilizador.

Dollinger estaba molesto porque no había ningún artista forense de guardia por la noche y porque no dominaba bien el software disponible. Buscó a un hermano en las bases de datos, pero no lo encontró. Envió un correo electrónico a Albania para anunciar la muerte de su esposa y solicitar información sobre la familia.

Estaba molesto: ninguna confesión, un hermano tatuado, todo estaba en el aire. ¡Maldita sea, el equipo de la escena del crimen no había encontrado el ADN ni las huellas dactilares del sospechoso! Fue a la cantina y se sirvió algo de desayuno. Apenas había terminado de comer cuando el portero anunció una visita, y Dollinger lo hizo pasar. Claro que no conocía a Ray, y no tenía permitido recibir visitas para el sospechoso. Pero el hombre de pelo blanco y rostro llamativo era muy amable, así que Dollinger le contó todo en confianza.

Ray dijo que el ADN exoneraría a su amigo, estaba seguro. Lo conocía desde la escuela, y Jack jamás dispararía a nadie. Ray dudaba incluso de que Jack siguiera teniendo relaciones sexuales a su edad, pero Jack le había confesado a su amigo que ya no era capaz. Y Jack estaba aterrorizado de desflorar a una mujer, Ray lo sabía con certeza. ¡Jamás sería capaz de hacerlo, ni en un millón de años! Ray se despidió y se fue. Dollinger sintió una necesidad imperiosa de seguir cada pista en este caso. Estudió los correos electrónicos de Albania, leyó el texto en inglés entrecortado y dibujó un mapa de la extensa familia. Le mostró a Jack fotos de va-

rios hermanos, quien inmediatamente señaló a uno: Memet. Jack estaba absolutamente seguro de que era él quien había acudido a él. Dollinger emitió una orden de arresto contra Memet. Al final de la tarde, llegó el laboratorio de ADN; el ADN de Jack no coincidía en absoluto con el ADN del semen de la vagina de la mujer muerta. El ADN debía provenir de un pariente cercano, como un padre, un tío o un hermano. Dollinger envió toda la información de ADN de Albania al laboratorio; no hubo coincidencia.

Fue a la celda de Jack, le dijo que estaba exonerado y que podía irse, pero que debía permanecer disponible para ser interrogado nuevamente. Jack suspiró aliviado y lo llevaron a casa.

Pasaron semanas antes de que Dollinger encontrara una pista. Por pura casualidad, lo llamaron a una pelea armada; Memet había resultado herido con un cuchillo. Los arrestó a ambos. El otro hombre era primo de Memet y de la fallecida Jana. El ADN del primo coincidía con el semen encontrado en la vagina de Jana. ¡Dio en el clavo! Tras largos interrogatorios, el delincuente menor confesó haber sido rechazado por Jana. Desesperadamente quería tener sexo con ella, pero ella lo apartó; no quería que él tuviera sexo con ella. De todos modos, violó brutalmente a su prima, disparándole accidentalmente en el proceso. Lucharon ferozmente; él le arrancó la falda y la ropa interior y la tiró al suelo. Le separó las piernas a la fuerza y se bajó los pantalones. Ella le agarró el pene erecto y lo apretó con el puño. Continuaron luchando, y ella le frotó el pene vigorosamente mientras peleaban, como una prostituta. Él dejó de luchar y se quedó completamente inmóvil. Jana creyó que podía impedir que la violara y le frotó el pene con firmeza. Ella le bajó el prepucio y le lamió el glande. Él puso los ojos en blanco de placer y gimió de deleite. Ella continuó, frotando su pene y lamiendo el glande, una y otra vez. Le frotó el pene durante mucho tiempo como una puta y lo llevó al orgasmo con su mano. Un pequeño chorro en su boca y sobre sus labios. Lentamente frotó las últimas gotas y sonrió triunfal y maliciosamente en su cara. La sonrisa maliciosa lo volvió loco de nuevo, y entonces ella agarró la pistola de su mano. El arma se había disparado sola. Sí, admitió, ella todavía estaba viva cuando la desfloró. Ella había gritado cuando se le rompió el himen. Él había tenido que follarla durante mucho, mucho tiempo porque ya había eyaculado y no la estaba follando activamente. Ella había intentado gritar incluso cuando él se corrió con fuerza dentro de ella. Jadeó por última vez cuando él

eyaculó como un loco, luego se quedó en silencio. Después de la eyaculación, él había salido de su sed de sangre; Jana estaba muerta. Él limpió su semen de sus labios con la mano, entró en pánico, soltó el arma y huyó. Memet había encontrado a Jana, y una nota con el nombre y la dirección de Jack yacía junto al cuerpo. Memet, no muy inteligente, sacó conclusiones precipitadas y corrió a casa de Jack. Dollinger suspiró aliviado; el caso estaba resuelto.

Jack se enteró por el periódico y llamó a Ray. Ray llamó a Dollinger, quien le puso la grabación de la confesión. Ray no sabía qué le preocupaba, pero el asesino ocultaba algo. Desestimó la idea; seguramente no era nada importante. En general, la confesión estaba bien, le dijo a Dollinger. Se enteró de los detalles finales cuando le permitieron visitar al asesino en prisión. Después de que el primo eyaculara en la boca de Jana, ella le lamió el glande y el pene con deleite. Fue tan excitante que le rogó a Jana, le suplicó que lo hiciera de nuevo. Jana sonrió con aire de suficiencia, tomó su pene en la boca y lo frotó hasta que se puso erecto. Continuó, frotándole el pene con fuerza para que eyaculara. Dijo, con mucha condescendencia y desdén, que aún necesitaba que lo masturbaran como a un bebé y que no era lo suficientemente hombre para tener sexo como es debido. Fue entonces cuando se enfureció y empezó a blandir la pistola. Él le gritó que la follaría allí mismo, ella le agarró la mano y fue entonces cuando se oyó el disparo. Ray asintió satisfecho; ¡esa era la pieza que faltaba del rompecabezas!

Para Jack, la vida volvió a la normalidad. Ahora estaba bastante seguro de que tenía algo que ver con las habilidades hipnóticas de Ray, que hacían que las mujeres estuvieran dispuestas a hacer cualquier cosa después de un apretón de manos. Incluso las casadas, e incluso las que normalmente no estarían dispuestas. La mayoría de las limpiadoras querían tener sexo; muy pocas solo le hacían una felación.

Jack quería estar seguro: ¿fue realmente el apretón de manos? Reunió valor y se acercó a una joven frente a su casa. Parecía una drogadicta, apoyada en un árbol y fumando marihuana. Se acercó lentamente mientras ella apagaba el porro y guardaba la colilla en el bolsillo. Le tendió la mano y dijo: “¡Hola, soy Jack! ¿Quieres venir conmigo? ¿Quieres follar?”. Ella le estrechó la mano y chilló: “Melanie. ¿Follar?”. Pareció dudar un momento. “¡Claro, quiero

follar contigo!”. Lo siguió al dormitorio. Quería ducharse primero, y él se quedó en el umbral del baño, observando su cuerpo mientras se duchaba. Era más baja que él y muy delgada, tatuada de pies a cabeza. Calculó que no tendría más de veintitantos años cuando se acostaron. Ella le chupó la polla hasta que se puso duro. Estudió sus tatuajes con atención; nunca había visto nada igual. “Entonces, ¿vienes a follar?”. ella insistió. Era realmente buena en la cama y se apretó contra él mientras él comenzaba a embestir con más fuerza, jadeando de excitación al eyacular dentro de ella. Él buscó su clítoris y se sorprendió al descubrir que tenía un piercing clitoriano. Nunca había visto uno antes y se inclinó para verlo mejor. Sus dedos se deslizaron hasta su clítoris y ella gimió desesperada, diciendo que nunca antes había dejado que nadie la viera masturbarse. De todos modos, se masturbó, dejándolo mirar. “¡Nunca antes había dejado que nadie me viera!” gimió una y otra vez desesperada, frotándose cada vez más rápido. Al llegar al orgasmo, se acurrucó hecha una bola, gimiendo y quejándose de placer y vergüenza. Él le dio un billete de cien dólares cuando ella se fue.

Muy a menudo, una joven negra llamada Mkele venía a verlo. Era increíblemente buena en la cama y lo hacía eyacular al menos dos veces. Era bizca e increíblemente fea, con pechos grandes y caídos y un trasero enorme. Siempre se acostaba a su lado completamente desnuda y le chupaba el pene hasta que se ponía duro. Apenas tenía 20 años y, a pesar de su peso, era sorprendentemente ágil y atlética. Se afeitó el vello púbico a petición suya, lo que acentuaba sus hermosos genitales negros. Se masturbaba mientras lo montaba, alcanzando el orgasmo al mismo tiempo que él eyaculaba. Estuvo a punto de acostarse con ella, pero ella se negó. Para su gran deleite, ella también venía a tener sexo entretanto y lo montaba toda la tarde. Él le pagaba bien porque ella no tenía mucho. Sin duda, esa era su motivación, pero a él no le importaba. Desafortunadamente, después de unos meses, tuvo que regresar a África debido a una muerte en la familia.

Apenas una semana después, logró convencer a una de ellas para que lo visitara también durante la semana. Eleni era una mujer griega de unos cuarenta años, muy delgada, que había ejercido la prostitución durante muchos años. Ya no era lo suficientemente joven ni guapa, y se había visto obligada a aceptar un trabajo de limpieza. Se tumbó desnuda junto a él e inmediatamente se inclinó

y le puso la boca sobre el pene. Le encantaba follar y era increíblemente buena en ello. Nunca tenía un orgasmo cuando estaba encima de él, pero después de follar, se masturbaba con ambas manos, y la excitaba que él la viera y la acariciara. Era muy concentrada y apasionada durante el sexo y lo llevaba al orgasmo durante toda la tarde, cada vez que tenía una erección. Normalmente lo llevaba a la erección con la boca y a veces incluso le dejaba eyacular en ella. No le hacía una paja. Rara vez lo besaba y estaba muy contenta porque él siempre le pagaba bien. Necesitaba el dinero porque tenía que mantener a su madre enferma. Él estaba experimentando una segunda primavera. No le importaba que su madre hubiera muerto hacía años.

Inmediatamente después de la muerte de su esposa, una mujer de los pisos superiores, Christine, llamó a la puerta de su apartamento. Tenía unos 30 años, vivía sola y sufría graves trastornos mentales. Aproximadamente una vez al mes, tocaba el timbre de Jack, divagando sobre rayos cósmicos, naves espaciales y hombres sospechosos que irrumpían en su habitación por la noche y solo querían una cosa de ella. También mencionaba fantasmas y personas fallecidas del pasado. Él refunfuñó amablemente y ella se marchó a los cinco minutos. En algunas ocasiones, sintió un impulso religioso; le tomó las manos para rezar con él. Él la atrajo de las manos hacia el apartamento y cerró la puerta. «Quiero desnudarte», murmuró mientras ella rezaba en voz alta. Ella continuó rezando sin inmutarse, incluso cuando él le desabrochó la blusa, le bajó el sujetador por completo y le tomó los pechos grandes y flácidos entre las manos. Le apretó y estimuló los pezones, y ella siguió rezando con voz temblorosa. Tras decir «Amén», se persignó sobre él como un sacerdote que da una bendición, se ajustó el sujetador y desapareció discretamente. Esto se repitió varias veces.

Mkele no había llegado por la tarde cuando Christine tocó el timbre esa noche. Él la llevó rápidamente a la cocina. Solo llevaba una camiseta, su pene colgando tristemente mientras se sentaban. El tema de conversación de hoy: hombres habían entrado en su habitación durante la noche. Como una ametralladora, ella soltó los detalles de cómo un hombre enmascarado tras otro se había subido encima de ella. Jack ya le había descubierto los pechos y estaba jugando con ellos. Ella siguió con su historia, mirando fijamente su pene. Él le acarició los pechos, y ella relató a los visitantes nocturnos con dificultad, sin tomar aliento. Su pene se puso rí-

gido, y él retrajo completamente el prepucio para exponer el glande. Ella miró fijamente su glande, y su historia se volvió obscena y explícita. Su boca parloteaba sin cesar, y ella lo dejó acostarse en la encimera de la cocina sin oponer resistencia. Continuó parloteando mientras él le subía la falda y buscaba la cintura de sus bragas. Ella levantó un poco las caderas para que él pudiera quitarle la ropa interior.

Los hombres enmascarados continuaron follando y eyaculando sin parar, y Jack penetró su vagina sin esfuerzo. Su vagina era suave y muy ancha, no tan estrecha como la de la mayoría de las mujeres de la limpieza. Ella seguía parloteando, él la follaba rápido y se corrió demasiado pronto. Ella se detuvo solo un momento cuando él eyaculó, y luego los hombres enmascarados volvieron a tomar su turno. Su pene aún estaba medio erecto; tenía que eyacular de nuevo. La penetró suavemente y la folló una vez más. Ella solo se quedó en silencio cuando él llegó a su clímax y embistió con fuerza. Ella lo miró a los ojos con horror mientras él eyaculaba durante un largo rato, continuando con las embestidas. Se levantó de un salto, agarró sus bragas y salió corriendo del apartamento.

Regresó sorprendentemente rápido. La rutina seguía siendo la misma. Charlaba sobre las visitas nocturnas; él se había quitado los pantalones y estaba excitando sus pechos temblorosos. Se tumbó en la encimera de la cocina y se quitó la ropa interior una vez que su pene estuvo erecto. Él la folló durante mucho, mucho tiempo, ya que Mkele ya lo había follado a fondo esa tarde. Ella solo se callaba cuando él eyaculaba, cuando eyaculaba laboriosamente unas gotas. Ella se levantaba ágilmente y salía corriendo. Cada dos o tres semanas, venía a él desnuda bajo el provocativo BabyDoll y dejaba que la follara y la masturbara. Si Mkele o más tarde Eleni no lo habían follado completamente por la tarde, él eyaculaba jugosamente en la vagina de Christine, generalmente una segunda vez. Había rumores en la casa de que Christine era lesbiana, pero él no podía creerlo. Ella disfrutaba follando, apasionadamente y muy activamente, así que no prestaba atención a los rumores. El hecho de que le encantara que él la masturbara no era prueba de que fuera lesbiana. Nunca supo si se acostaba con mujeres o tenía otros amantes, y francamente, no le importaba.

El cartero le entregó una citación judicial. Lo acusaban de violar a Christine Bernowsky. Ray le aseguró que solo era la palabra de

una persona contra la de otra y que no pasaría nada. Aun así, le recomendó un buen abogado. Cuando Christine tocó el timbre antes de la audiencia, él la despidió fríamente; ella no sabía nada de la acusación.

La audiencia judicial fue breve y sin incidentes. Christine no se presentó, y su abogado leyó la denuncia. El anciano juez lo reprendió cuando esta se tornó demasiado explícita y gráfica. El juez interrogó a Jack sobre lo que tenía que decir después de que su abogado negara las acusaciones. Jack se puso de pie y mintió al juez, diciendo que nunca había violado a una mujer, ni siquiera a Christine. El juez le preguntó si Christine había estado en su apartamento. "Sí, Su Señoría", respondió Jack, "cada pocas semanas toca el timbre y la escucho durante unos minutos. Sus historias son absurdas y muy confusas; ¡desafortunadamente, no está en sus cabales!". Su abogado había intentado disuadirlo, pero él se mantuvo firme.

"¿Tuvo usted relaciones sexuales con la Sra. B.", preguntó el juez.

"No, Su Señoría, ¡nunca me acosté con la señora B!", mintió Jack.

—¿Así que niega la violación? —insistió el juez.

—Sí, Su Señoría, ¡lo niego! —mintió Jack, mirando inocentemente al juez—. Su Señoría, tengo más de 70 años y mi fuente se secó hace mucho tiempo.

El juez negó con la cabeza y hojeó los archivos. «La mujer, Christine B., ya había demandado a doce hombres por violación en los últimos años», les dijo a los dos jueces legos. Los tres jueces susurraron un rato, luego el juez se encogió de hombros y anunció el veredicto. 500 euros de indemnización para la Sra. B., luego el juez hizo una pausa. «La decisión no fue unánime, ¡así que no tendrá antecedentes penales, Blaustein!». Su abogado susurró: «¡Acepto!», y Jack asintió. El juez golpeó con su mazo; todo había terminado.

Una noche, Christine tocó el timbre, luciendo encantadora con su camisón. Su enfado se desvaneció al instante y la dejó entrar.

Antes de que pudiera empezar a contarle su historia de fantasía, él le habló de la vista judicial. Ella negó con la cabeza enérgicamente; no sabía nada al respecto. Estaba realmente desconcertada y prometió devolver los 500 euros. Lo hizo más tarde, varias veces. Jack le dio el dinero a Mkele y Eleni, que sin duda lo necesitarían. Jack y Christine tuvieron relaciones sexuales durante los siguientes años sin más incidentes. Hacía tiempo que ella acudía a él desnuda, con su camisón o bata, y lo seguía hasta el dormitorio. Él se sabía sus historias de memoria: los hombres enmascarados irrumpían en su dormitorio, tenían sexo con ella y eyaculaban grandes cantidades dentro de ella. Ella siempre describía el sexo y la eyaculación de una manera muy obscena y excitante; se excitaba muchísimo mientras la penetraban. Pero nunca tenía un orgasmo ni se masturbaba delante de él. Después del sexo, él le agarraba el clítoris y la masturbaba. A ella le gustaba mucho y bajó la cabeza para mirar sus ágiles dedos y su clítoris. Echó la cabeza hacia atrás y gritó suavemente durante el orgasmo. Dijo en uno de sus raros momentos de lucidez que venía principalmente para ser masturbada placenteramente. Le encantaba estar completamente a su merced e indefensa durante la masturbación pasiva. Siempre llevaba varias bufandas consigo y quería estar bien atada a la cama antes de ser masturbada. Entonces hacía su papel, siendo masturbada contra su voluntad. Jack seguía el juego, follando a la indefensa mujer otra vez o masturbándola varias veces hasta que ella quería parar. Ella venía desnuda bajo el camisón o la bata, dejando inmediatamente que él la atara a la cama y le vendara los ojos. Él follaba a la indefensa mujer o la masturbaba a su antojo. Él le enseñó a rogarle que la masturbara; ¡ella rogaba, lloraba y lloraba suavemente para que la masturbara de inmediato! ¡Christine estaba claramente loca!

Con el tiempo, Christine le contó todo. Había quedado huérfana a los seis años tras el accidente de coche de sus padres, y su tía y su marido la habían acogido. Él ganaba cientos de miles en sobornos como director de aduanas. La tía era una madre muy cariñosa y la cuidaba como si fuera su propia hija. Pero nunca quiso saber lo que su marido hacía en la habitación de los niños por la noche. Cuando Christine se lo contó enseguida, se rió a carcajadas y dijo que era una mentirosa y que tenía una imaginación muy, muy sucia. El tío entraba en su habitación todas las noches y la despertaba. Tenía que quitarse el camisón, abrir bien las piernas y taparse la cara con la almohada porque él no quería que lo viera mastur-

barse. Finalmente, presionaba su pene contra su vulva y eyaculaba. Luego guardaba su pene y la masturbaba. Por supuesto, ella se asomaba por debajo de la almohada y lo veía todo. Que la rociaran no era particularmente excitante, ¡pero que la masturbaran era fantástico! A veces la masturbaba una segunda vez si ella se acostaba con las piernas abiertas, moviendo impacientemente las caderas y sin ponerse inmediatamente el camisón. Hizo esto todas las noches durante cinco años. Christine se había acostumbrado y se quedaba allí moviendo las caderas cada vez para que él pudiera masturbarla una segunda y una tercera vez. A los 11 años, la desfloró. No le dolió nada, y su pene encajaba perfectamente en su vagina. Le encantó; el rápido coito fue mucho más placentero que ser rociada. La excitó enormemente; su vagina se abrió agradablemente y sintió que los movimientos de empuje casi la llevaban al orgasmo. A los 12 años, había descubierto cómo alcanzar el orgasmo: arquear la espalda, presionar toda su vulva contra él y presionar su clítoris contra su pene. Él se complacía visiblemente cuando ella tenía un orgasmo y tarareaba de satisfacción mientras eyaculaba dentro de ella. Siempre estaba tan excitada después del sexo que casi al instante tenía otro orgasmo cuando él la masturbaba. Pero siempre tenía que esconder la cara debajo de la almohada. Cuanto mayor se hacía, más disfrutaba de ser follada, de los orgasmos y de la posterior masturbación. Él no podía durar mucho y eyaculaba rápidamente. A veces la masturbación lo excitaba, y la follaba rápidamente de nuevo antes de continuar masturbándola. Después de que él se iba, ella se masturbaba como lo había hecho todas las noches desde que tenía seis años, porque era mucho mejor en eso que él. Cuando tenía la regla, él se iba inmediatamente sin tocarla. Los sábados por la noche, se bañaba con su tía y la veía afeitarse la zona púbica. Su tío lo quería así; sus labios y clítoris debían ser claramente visibles en su vulva suave, como la de un bebé. Él no se bañaba con ellas dos todos los sábados, pero le encantaba cuando su esposa enjabonaba bien su pene, lo lavaba vigorosamente y lo frotaba hasta limpiarlo durante un buen rato. Finalmente, ella tomaba su pene en su boca, y él eyaculaba dentro de ella con una amplia sonrisa. Ella continuaba lamiéndole el pene hasta que él quería parar. La niña estaba muy excitada con todo esto y jugaba con su clítoris bajo el agua; los adultos no le prestaban atención. Solo su tío a veces la pillaba, cuando miraba de reojo sus ágiles dedos. Se sentaba entre los dos para observar de cerca la succión del pene y la eyaculación. La tía tenía un agujero mucho más grande que ella, pero también un clítoris mucho más grande,

y estaba orgullosa de ello. Su clítoris era mucho más adecuado para la masturbación que el pequeño de la tía. Ocultaba sus orgasmos lo mejor que podía, pero la tía solía guiñarle un ojo en señal de aprobación. Con la boca llena de su pene, miró la vulva de la niña y asintió con aprobación. Una vez, después de un baño, dijo que no había ningún problema si la niña jugaba con su clítoris bajo el agua; no dijo nada más. La tía estaba muy orgullosa, porque a él le gustaba mucho que le eyacularan en la boca, y ella era buena en eso. Le guiñó un ojo a su hija con una sonrisa pícara mientras le chupaba el pene y luego le explicó que a todos los hombres les gustaba eyacular en sus bocas y que sabía casi a crema. La niña asintió con comprensión, porque siempre espiaba cuando su tía tenía sexo con hombres desconocidos entre semana, y después, frotaba algunos de sus penes durante un buen rato y finalmente los dejaba eyacular en su boca. Dejaba caer su falda y sus bragas al suelo, y solo si lo conocía bien se desnudaba por completo. La mayoría de las veces, antes de que la follaran, tenía que frotar vigorosamente sus penes hasta que se pusieran duros, y los hombres acariciaban sus pechos agitados, que eran suaves y temblorosos como los de las matronas italianas. Se tumbaba en la encimera de la cocina para que la follaran, y la pequeña espía podía verlo todo perfectamente: su gran agujero en medio de su gran culo y el pene que entraba y salía incansablemente. La mayoría de los penes eran más grandes que el de su tío. La pequeña espía los envidiaba por eso, porque la mayoría de los hombres podían follar durante mucho más tiempo que su tío. Cuando se tumbaba en la encimera de la cocina, a veces se masturbaba mientras la follaban. Pero solo con los hombres que venían a follarla muy a menudo. Cuando se masturbaba mientras la follaban, tenía un pequeño orgasmo tras otro. Los dos charlaban un rato después de follar, y luego él se iba. Pero la mayoría quería correrse en su boca después de follar, así que ella volvía a frotarle la polla. Al final, dejaba que eyaculara en su boca y seguía lamiendo hasta que su pene se ablandaba. Si no conocía bien al hombre, se sentaba en sus muslos. Entonces su pequeña hija solo podía ver su enorme culo, que se movía rápidamente de arriba abajo. Cuando se detenía y apretaba rítmicamente las nalgas, el hombre estaba a punto de eyacular dentro de ella. Ella limpiaba el semen con un pañuelo. Después del sexo, la tía solía ir al dormitorio a masturbarse, y después, estaba toda dulce y alegre, tarareando una pequeña melodía. La niña nunca la delató, porque no era una criatura engañosa ni tenía fantasías sucias. Los domingos por la mañana, la niña se escabullía en el amplio dormi-

torio. Tenía que estar tan silenciosa como un ratón, y entonces se le permitía sentarse junto a su tío en la cama. La tía llevaba una venda negra en los ojos y estaba completamente desnuda, con las piernas bien abiertas. Se masturbaba con un pene de plástico muy grande, metiéndolo y sacándolo, a veces durante más de una hora. Había lubricado bien el consolador con lubricante y lo empujaba firmemente entre sus labios con la mano, de modo que producía un fuerte ruido de chapoteo. La tía solía masturbarse todas las mañanas después de que él se fuera a trabajar, un hecho que la pequeña espía había descubierto, y al principio, la observaba en secreto todas las mañanas. Pero pronto se volvió aburrido; la tía solo necesitaba un toque rápido con los dedos. Ahora, sin embargo, se estaba follando a sí misma con el gran consolador, y el tío la animaba dándole palmaditas suaves en su enorme trasero con su cinturón, lo que aparentemente le gustaba a la tía. Su enorme trasero se sacudía violentamente, y hacia el final, contorsionó su rostro, follándose a sí misma cada vez con más fuerza. El tío sonrió maliciosamente cuando ella estaba completamente excitada y le metió los dedos en el ano, lo que finalmente volvió loca y cachonda a la tía, y corrió hacia el clímax. Hizo una pausa, todo su cuerpo temblando en el orgasmo, su vagina empujando el consolador a chorros. Ahora era el turno de su tío. La penetró rápidamente y la folló brevemente, luego eyaculó dentro de ella. Esto fue muy excitante para la niña. Después de unos años, a Christine se le permitió frotar a su tío un par de veces, pero a él no le gustaba que la niña lo llevara al orgasmo. No quería eyacular al aire; quería eyacular dentro de ella. Pronto aprendió a colocar su pene con precisión en la abertura vaginal. Sin aliento, sostuvo su pene para dejar que su primer chorro espeso saliera disparado hacia el agujero abierto desde muy cerca. La chica lo encontró increíblemente excitante, y ahora su mano guió su pene hacia su vagina, donde la penetró, empujando y eyaculando. Le encantaba especialmente cuando Christine la frotaba hasta el orgasmo después del suyo. Sujetaba firmemente a su tía ciega con ambos brazos para que no pudiera resistirse a ser masturbada y permanecía quieta hasta que la chica la llevaba al orgasmo. De niña, a Christine se le ponía la piel de gallina; al principio era muy excitante sacar el pequeño clítoris de su tía de su carne grasa hasta que sobresalía ligeramente y luego tocarlo suavemente. Tenía miedo de que su tía se diera cuenta de que era ella quien la estaba masturbando. Pero su tía nunca se dio cuenta y empujó su clítoris hacia afuera todo lo que pudo; quería que le vendaran los ojos, la dejaran indefensa y la masturbaran

hasta que su clítoris dejara de ponerse erecto. La llevó en silencio ocho veces a una pequeña clínica sucia donde realizaban abortos. Cuando ella tenía 22 años, él fallaba cada vez más durante el sexo y se iba maldiciendo sin masturbarla. La última vez, apartó la almohada de su cara por primera vez y le preguntó por qué no podía eyacular. Él la golpeó brutalmente sin decir palabra. Esa misma noche, huyó y vivió en la calle. Los hombres fueron muy amables y la dejaron quedarse a dormir, en parte porque ella les permitía tener sexo con ella con la frecuencia que quisieran. Durante ese tiempo, aprendió sobre sexo anal y cómo tener sexo oral. No le gustaba especialmente el sexo anal, ¡pero tener sexo oral era excitante y maravilloso! Muchos hombres ni siquiera querían tener sexo vaginal con ella, sino que les tomara el pene en la boca y lo frotara hasta que eyacularan dentro. Un año después, su tío murió de cáncer y su tía le dejó su fortuna antes de cortar el suministro de gas. Fue a su funeral, profundamente apenada, y se quedó con el apartamento. Del diario de su tía, supo que los dos tenían un pacto: ella haría la vista gorda ante su relación sexual con Christine, y él le daría rienda suelta para tener sexo con quien quisiera durante la semana. Y, por supuesto, la tía supo desde el primer día que era Christine quien la masturbaba cada domingo por la mañana después de tener relaciones sexuales. Christine vivía bien con la herencia, incluso mientras perdía gradualmente la cordura. En algún momento, consumió drogas peligrosas y casi muere. En la clínica de adicciones, la ayudaron a recuperar cierta normalidad, y ella les dio las gracias como mejor pudo. Todos podían tener relaciones sexuales con ella y eyacular dentro de ella a su antojo. Algunas enfermeras se acostaban con ella para hacer el amor. A Christine no le gustaba especialmente, pero aun así accedía. El médico jefe, impotente y envidioso, la echó, y desde entonces vive en un estado de incertidumbre entre la realidad y la locura.

Ray a veces miraba viejas grabaciones de su vida pasada, a altas horas de la noche, cuando su joven compañera de esa noche dormía a su lado en un profundo trance. Era estudiante de enfermería y solía pasar sus días libres masturbándose en la cama. Había tenido relaciones sexuales solo un poco y las había disfrutado, ¡pero nada comparado con masturbarse durante días seguidos! Yacía en la cama con las piernas obscenamente abiertas, la vulva completamente expuesta, una mano junto al clítoris. Tenía los sueños más eróticos y se masturbaba rápida e inesperadamente en su sueño profundo, una y otra vez, sin despertarse jamás. Ray levantó la vis-

ta cuando ella tuvo un orgasmo poderoso en su trance e inmediatamente volvió a dormirse. Sonrió; le gustaba mucho. Volvió a la grabación.

Zeus miró a Anne a los ojos y vio su mirada lujuriosa sobre su cuerpo. “Las cámaras están apagadas, no queremos grabar esto”, dijo amablemente. “¿Te gustaría?”, preguntó suavemente, y Anne apartó la mirada de su enorme pene. Solo había tenido sexo una vez antes, cuando era una adolescente curiosa, y aún era completamente inexperta. Se preguntó con dudas si siquiera era posible, y Zeus asintió: “¡Por supuesto!”. Ella lo miró directamente a sus ojos azul claro, que podían ser tan penetrantes y amenazantes, y ahora sonreían con dulzura. Flotó lentamente en el aire hacia Zeus, su túnica ondeando al suelo, y él la dejó caer sobre sus muslos. Sus piernas colgaban a ambos lados de sus muslos, su vulva estaba completamente abierta, y ella colocó sus manos sobre su pecho. Se obligó a mirarlo a los ojos y no a su pene, que le llegaba hasta el ombligo. No podía decir cuántas veces corrió de un clímax a otro, ni que Zeus la sujetó de las caderas mientras llegaba al orgasmo. Su frente descansaba sobre su pecho, pensamientos confusos se agolpaban en su mente. “No te preocupes, ya he retirado el semen”, dijo suavemente, acariciándole la espalda con delicadeza. Ella suspiró aliviada; no iba a dar a luz a una quimera. Él sonrió con ternura y le acarició las mejillas. “¡No, definitivamente no lo harás!” Ella seguía sentada sobre sus muslos con las piernas abiertas, su vagina palpitando y ardiendo como fuego por el acto sexual. “¿Te gustaría hacerlo de nuevo?”, preguntó suavemente, y ella negó con la cabeza. Él sabía que sí. Esperó pacientemente, su erección creciendo, su pene hundiéndose gradualmente en la vagina de Anne. Ella sonrió y se dejó llevar de buena gana. Volvió a ir de clímax en clímax como en trance, más largo que antes e incluso más intenso. Zeus le sujetó las nalgas con fuerza, y su corazón casi estalló cuando casi las desgarró para abrirle completamente la vagina y explotar dentro de ella. Sin aliento, apoyó el rostro en su pecho y sonrió, sintiendo aún su pene palpitar dentro de ella. El pene del dios no se ablandó, sino que permaneció muy rígido cuando se separaron. Ella seguía sonriendo cuando reapareció frente a las escaleras del Capitolio.

Ray se tumbó junto a su joven compañera de juegos; la grabación lo había excitado considerablemente. La penetró con fuerza mientras dormía profundamente y se corrió justo después de que

ella alcanzara el orgasmo. La contempló durante un buen rato; ella soñaba y se masturbaba dormida como una elfa en un bosque encantado. Ray se durmió al amanecer, y la niña lo despertó tarde para atender su erección matutina.

Jack estaba contento con lo que tenía. Una señora de la limpieza venía una vez por semana, casi siempre una desconocida, y disfrutaba del cambio. Ninguna era igual a otra; siempre era una mezcla de curiosidad, exploración íntima y orgasmos intensos. Las interrogaba a todas; a menudo tenían historias sorprendentes que contar. Dos o tres veces, Eleni vino a almorzar y lo dejó completamente exhausto por la noche. Solo se detuvo cuando él ya no pudo más. Y cada pocas semanas, Christine venía tarde por la noche, dejándose encantada de follarla y masturbarla mientras estaba atada. Podría haber seguido así para siempre.

Cruzaba la calle cuando un objeto que apareció de la nada lo golpeó y lo mató. Sus sesos quedaron esparcidos por las vías del tranvía, a varios metros de distancia. No podía ser, no podía ser, basura espacial, así que era un meteorito. Punto.

Cumplió 75 años y Ray enterró a su amigo. Además de Ray, solo Eleni asistió al funeral. Naturalmente, fue con él para honrar a Jack, y se entregaron a la pasión hasta altas horas de la noche. Se masturbó en trance desde el funeral hasta el amanecer; ¡nunca se había masturbado tantas veces seguidas! Ray le había pedido que retrasara su orgasmo hasta que él eyaculara. Ella tuvo orgasmos una y otra vez, asombrada, hasta quedar completamente exhausta. Por la mañana, su trance se desvaneció, pero Ray no borró el recuerdo de aquella noche y le dio mucho dinero. Cansada, tomó un taxi a casa, completamente feliz. Por primera vez desde su infancia, se sintió hermosa y deseable. Un par de veces al año, Ray llamaba a la agencia y solicitaba específicamente a Eleni. Ella se daba un largo baño, se depilaba cuidadosamente la zona púbica y se perfumaba antes de que Ray la llevara. Le encantaba estar en trance durante horas hasta el amanecer, impulsada por una lujuria indescriptible, masturbándose como loca todo el tiempo. ¡Qué contraste con ser prostituta! Allí, solo se había masturbado apáticamente por dinero y nunca había alcanzado un orgasmo de verdad. Jamás se había masturbado tanto en un solo día y una sola noche. Sonreía y dejaba que Ray eyaculara en su boca cuando lo excitaba antes del sexo; a él le gustaba. Entonces, solo eyaculaba un poco si

ella lograba retrasar su orgasmo tanto tiempo. Rechazaba categóricamente las felaciones. Siempre le pagaba generosamente; sin duda, le vendría bien el dinero.

Ray veía a menudo las viejas grabaciones de las videollamadas que hacía con su madre cuando Lin aún vivía. Durante la primera llamada, ella mencionó de pasada que el amor entre ella y su padre se había profundizado aún más, a pesar de que él ya no tenía interés en el sexo. Esto entristeció profundamente a Ray.

Tuvo su segunda conversación con su madre en la playa de arena e ignoró su comentario de desaprobación sobre que estaba desnudo. Ella no volvió a mencionarlo y se quedó mirando su pene durante la conversación. Durante la tercera o cuarta conversación, le presentó a Lin, y su madre examinó con curiosidad el hermoso cuerpo desnudo de la mujer asiática. Las dos mujeres hablaron durante un buen rato, y su madre parecía muy complacida con su novia. Para entonces, su madre ya se había acostumbrado a su desnudez. Distraído, parecía ajeno a sus miradas y se inclinó hacia adelante con su pene erecto cuando le envió un beso de despedida con la mano. Ella sonrió con picardía y siempre le lanzaba un beso al pene. Luego se quedó en la cama toda la tarde masturbándose y viendo la grabación repetidamente.

Ray y Lin solían hacer videollamadas a su madre, y a veces también a su padre. Él era muy miope y rara vez tenía la oportunidad. En una ocasión, incluso se puso gafas específicamente para mirar a su nuera desnuda. Como apenas veía nada a pesar de las gafas, se marchó rápidamente después de hablar con Ray y dejó que su esposa se encargara de las videollamadas.

Lin no hizo más comentarios sobre sus perversas videollamadas, pues simplemente había respondido que eran muy cercanos y que su desnudez era solo un extra para la solitaria mujer. No había nada más que decir; no quería hablar más del tema. Durante sus primeras videollamadas, Lin se había mantenido en segundo plano, observando solo cuando se excitaba y se masturbaba hasta el clímax. La cámara filmaba en primer plano cuando se frotaba rápidamente y eyaculaba. Lin encontró obsceno y bastante perverso que dejara que su madre lo viera masturbarse y eyacular, según le contó a Ray. Él se ablandó un poco y le dijo a Lin que la chispa matrimonial se había apagado. Su madre amaba a su esposo y ja-

más tendría un amante; ¡sus únicos amantes eran sus dedos para masturbarse! Sintió lástima por ella y sabía que le estaba dando un poco de placer.

Lin le preguntó a Ray hasta dónde quería llegar. Le preguntó por qué dejaba que su madre lo viera eyacular. Era obvio que ella ya lo había visto antes. Él sonrió; su madre necesitaba un poco de excitación, le encantaba verlo desnudo mientras se excitaba gradualmente, y también la masturbación y eyaculación final. ¡Parecía disfrutarlo, y también parecía excitante! Lin escuchó su historia con los ojos cerrados, tratando de visualizarla. Había sido así desde su propia pubertad. Lin no miró sus pensamientos y recuerdos y le pidió que se lo contara. Ella estaba parada en el umbral de la puerta en sostén y bragas, mirándolo masturbarse, lo cual a él le resultaba excitante. Su mano se deslizó dentro de sus bragas y se las bajó justo antes de llegar al orgasmo. Él no pudo ver mucho en su vello púbico, solo que temblaba violentamente antes de irse rápidamente. Él le preguntó una vez, y ella le explicó teóricamente cómo funcionaba la masturbación femenina. Ella vino al día siguiente sin bragas y quiso mostrarle. Lin no pudo resistir la tentación y vio sus recuerdos mientras escuchaba su historia. Era como si estuviera allí, y era muy excitante. Se abrió la piel de par en par y le mostró su clítoris, un pequeño botón rosado. Él se arrodilló ante ella y la observó con excitación mientras se masturbaba. No tocó su pene; se contrajo solo, una y otra vez, y cada pocos minutos ella eyaculó un fuerte chorro hasta que terminó. ¡Era muy extraño! Su orgasmo fue completamente discreto, como siempre. A partir de entonces, se le permitió arrodillarse ante ella y observar de cerca. Durante los primeros días, solo observó, no se masturbó, y era increíblemente excitante cada vez, y su pene eyaculaba solo hasta que ella terminaba. Todavía no se masturbaba, pero antes de eyacular, levantó su pene hacia arriba, y su pene roció jugosamente en la abertura vaginal abierta de ella, que ella había abierto con sus otros dedos para masturbarse. Tenía una extraña sensación en el estómago porque él no se estaba masturbando, pero a solo un centímetro de distancia, eyaculaba chorros jugosos y abundantes en su vagina. Lin contuvo la respiración con anticipación mientras observaba cómo su pene eyaculaba por sí solo. Finalmente, su pene dejó de eyacular por sí solo; tenía que masturbarse. Se sintió aún más mareada cuando él presionó la punta de su glande contra la abertura vaginal y, con una mueca de placer, lanzó chorro tras chorro en su interior. Cuanto más se excitaba, más doblaba las ro-

dillas, más se acercaba su vagina a su pene. Ahora él podía penetrar su vagina completamente con la cabeza de su pene, masturbarse furiosamente rápido y luego eyacular profundamente dentro de ella. Lin gimió suavemente: "¡Oh, no, Ray, no!". Se apartó de inmediato, y su semen goteó espesamente de su vagina mientras él continuaba masturbándose. Cayó de rodillas al alcanzar el orgasmo, luego se levantó y se fue inmediatamente. Aunque ella protestó diciendo que él había eyaculado dentro de ella, no pudo disuadirlo, ya que no había estado prestando atención a su excitación mientras se masturbaba.

Por mucho que suplicara, ella no le enseñaría a tener sexo de verdad; era firme en eso. Eyacular sobre sus genitales desde fuera no estaba bien, y eyacular dentro de su vagina era, por supuesto, completamente inaceptable. ¡Pero jamás tendría sexo con su propio hijo! ¡Jamás! Ray negó con la cabeza cuando Lin rompió el silencio y le preguntó si, después de todo, había logrado seducirla. Ray estaba muy avergonzado, pero continuó. Al principio, solo había podido introducir la punta de su pene para eyacular dentro de ella. Con el tiempo, ella se agachó cada vez más, casi hasta ponerse en cuclillas, cuanto más se excitaba. Él solo introducía la punta para poder masturbarse. Cuanto más profunda se agachaba ella, más profundo podía introducir su pene para eyacular. Empujaba un poco cada vez que eyaculaba, luego introducía su pene completamente y empujaba una docena de veces para eyacular. Se quejó amargamente, pero siguió agachándose, permitiendo que la penetrara completamente sin resistencia y que la embistiera durante mucho tiempo antes de eyacular. Él hizo esto durante varias semanas hasta que ella dejó de tener orgasmos. Siempre sacaba el tema cuando le suplicaba tener sexo de verdad, no solo un poco. Ella se mantuvo firme; jamás tendría sexo con él, y lo que él estaba haciendo era completamente inaceptable y, por supuesto, no era sexo en absoluto. Simplemente se estaban masturbando juntos, lo cual ya era muy perverso en sí mismo, pero no era sexo, insistió obstinadamente.

Cada día se ponía en cuclillas y lentamente deslizaba su vagina sobre el glande de él. Él solo se frotaba el pene hasta que se ponía rígido, sin eyacular, guardando su semen para eyacular con fuerza y plenitud dentro de ella. Su vagina temblaba mientras él se masturbaba, y él esperaba hasta que ella estuviera muy excitada. La penetraba por completo y la embestía durante un buen rato, hasta

que ella dejaba de masturbarse y su orgasmo estallaba. Con los ojos desorbitados, esperaba sin aliento, presionando su clítoris con el dedo, su orgasmo haciendo temblar su vagina. Su expresión se volvió tímida, y no se movió mientras él continuaba follándola apresuradamente hasta que eyaculaba, apartándolo indignado después. Ella tenía un orgasmo, temblando, en cuclillas hasta que su espeso semen se derramaba, y luego se masturbaba hasta el final de su orgasmo en la misma posición. Estos orgasmos duraban minutos. Ella lo negaba obstinadamente y con persistencia, insistiendo en que no era sexo de verdad, solo masturbación mutua. La enfurecía que él, hipócritamente, asintiera con una expresión impasible diciendo que aquello no era sexo de verdad. Y era verdaderamente cruel que la penetrara y eyaculara durante su orgasmo; ella jamás habría llegado tan lejos si no hubiera estado tan excitada y cachonda en ese momento. Lo hicieron todos los días durante cuatro semanas, y luego ella paró, para siempre. Lin sabía que había ocurrido lo impensable y que tenía que abortar.

Ray se rió; después de unos seis meses, ella había perdido el interés en su masturbación y en masturbarse juntos. Durante un tiempo, la espió porque ella nunca cerraba la puerta del todo, y la observó masturbarse. Ella siempre se acostaba completamente desnuda en la cama matrimonial, con las piernas bien abiertas para que él pudiera verlo todo con claridad. Por lo general, tardaba media hora en llegar al orgasmo, y este siempre duraba varios minutos. Pero espiarla mientras se masturbaba no era tan interesante; no era lo mismo. Ella se masturbaba todas las tardes a la misma hora, excepto los domingos, cuando sus padres tenían relaciones sexuales desde el desayuno hasta el mediodía, y a él no se le permitía molestar ni espiar. Pero él no podía dejar de espiar; después de todo, dejaban la puerta abierta de par en par. Lin se mordió el labio con excitación mientras observaba a sus padres teniendo relaciones sexuales y su padre eyaculó profundamente en su garganta al final. Él nunca eyaculó dentro de ella; se arrodilló frente a su rostro, y ella lo frotó vigorosamente hasta que eyaculó en su boca y garganta. Ella había estado tragando su semen durante décadas. Se masturbó toda la mañana y tuvo tantos orgasmos que al mediodía todavía le temblaban las rodillas. La vida sexual de sus padres sufrió un revés cuando su padre contrajo un caso bastante doloroso de gonorrea. Tuvo que confesar todos y cada uno de sus pecados. Su madre escuchó con rostro impasible mientras él relataba cómo se había acostado con todas sus jóvenes becarias. Tuvo

que jurarle que nunca volvería a acostarse con una menor. Pasaron meses antes de que volviera a acostarse con él. Lin se desconectó de sus recuerdos. Tragó saliva y le acarició con cariño el pelo de la nuca. “¡Eras un niño muy travieso incluso entonces, Ray!” Lin estaba profundamente avergonzada porque lo había observado en secreto, pero había sido increíblemente excitante y excitante.

Ella no debería esconderse más de lo que él lo hacía, le dijo a Lin, ¡tenía tanto que ofrecer! Antes de la videollamada, hablaron sobre hasta dónde querían llegar esta vez. Lin ahora estaba convencido de la soledad de su madre y no se contuvo a la hora de mostrar sus encantos. Los ojos lujuriosos y curiosos de la madre de Ray apartaron su modestia vacilante y despertaron su deseo de dejarse llevar de una manera perversa. Realmente le mostró todo a la cámara; grabó el placentero baile de sus dedos en su clítoris en primer plano, la alta resolución mostrando cada poro de su piel. Tenía una forma muy suave de masturbarse y explotó durante su orgasmo. Ray la abrazó con orgullo y amor cuando jadeó por aire después de su orgasmo y poco a poco se calmó. Aunque al principio era muy tímida, se derritió bajo los hábiles dedos de Ray cuando él la masturbó suavemente. A Lin le encantaba acurrucarse libremente e intensamente con Ray. Estaba un poco insegura la primera vez que masturbó a Ray. Su madre casi estalló de emoción cuando Lin llevó enérgicamente a Ray al clímax, dejándolo eyacular hasta la última gota. Ambos disfrutaban jugando con los genitales del otro y dejándola observar, pero por supuesto, la cosa no terminó ahí. Lin descubrió que era mejor tener sexo con Ray sin inhibiciones; se sentía perfectamente natural. Se masturbó durante el sexo y tuvo múltiples orgasmos. En el clímax, Ray penetró con fuerza y eyaculó profundamente dentro de la vagina de Lin. La cámara filmó todo en primer plano, mostrando el sexo y el movimiento de sus genitales. Se podía ver exactamente cuándo eyaculó durante la penetración y cuándo Lin se frotó el clítoris con fuerza durante su orgasmo. Dejar que su madre los viera hacer el amor y luego tener sexo era bastante perverso, pero claro, ella también era un poco perversa, no solo Ray. Su madre hacía tiempo que había dejado de apartar la mirada avergonzada cuando veía un programa extra explícito y emocionante. Le encantaba verlos a los dos masturbarse, tener orgasmos y eyacular, o verlos tener sexo con amor y naturalidad, sin ningún comportamiento antinatural. Luego, pasaba toda la tarde masturbándose en la cama, disfrutando enormemente al grabarlo y experimentando intensas palpitaciones

mientras se tocaba a sí misma, alcanzando orgasmo tras orgasmo. Ray besó a Lin con gratitud, pues la soledad de su madre siempre lo entristecía mucho. Solo volvía a ser feliz cuando él y Lin la veían masturbarse durante horas.

Ray también vio otras grabaciones. Por ejemplo, la de la prostituta china de clase alta. Cuando se fueron a la cama, Lin teletransportó a la mujer china, Mun Li, a su cama. Ray folló a la prostituta mayor con entusiasmo inquebrantable; cuando él eyaculó, ella se agarró el clítoris y instantáneamente provocó su orgasmo. Eyacular justo en el momento de su orgasmo lo volvió loco. La prostituta de clase alta le puso el pene duro con sus labios y lengua y, sonriendo, le dejó eyacular en su boca. Ella y Ray follaron durante muchas horas. Lin no podía apartar la vista de ellos; la prostituta china de clase alta era realmente deslumbrante, y Lin se excitó tanto que se masturbó más de una docena de veces junto a ellos. Los dos no se durmieron hasta el amanecer, después de que Lin teletransportara a la mujer china de vuelta. Ray estaba completamente exhausto y durmió hasta el mediodía. Después de un buen tentempié, cabeceó en la playa de arena hasta la cena. Lin teletransportó a la francesa Regine a la cama, directamente desde la cama de su prometido, a quien tuvo que poner en un sueño profundo. La francesa era muy apasionada y experimentada; follaba de forma similar a la china y se entregaba por completo. Ray follaba tan a menudo como se le ponía dura y a veces eyaculaba con un rugido en la boca de la dulce francesa cuando ella lo llevaba al orgasmo. Durante sus descansos, Regine, para su sorpresa, se acercó a Lin y rápidamente la llevó al orgasmo con su lengua. Lin le devolvió el favor y lamió a Regine hasta que se retorció de placer.

Antes del desayuno, Anne Kilpatrick lo abrazó; su inexperiencia siempre lo fascinaba. Anne solo había tenido relaciones sexuales una vez, durante la pubertad, y hacía todo lo que Ray quería. Precisamente su forma infantil de aprender sobre sexo era lo que impulsaba a Ray a seguir hasta que su semen se agotara y su pene se ablandara. Lin la hizo olvidar todo y la teletransportó a Washington. Ray estaba sentado en su sillón, bebiendo whisky y fumando. Lin sonrió ante su pregunta y respondió: «No, ninguna mujer había estado con ella antes, ¡y la dulce francesa sabía lo que hacía, maldita sea!». Jack asintió soñadoramente: «Sí, para mí fue exactamente igual».

...

Puede contactar con el autor en JackFaber@gmx.net

Los comienzos de Tom

von Jack Faber © 2022

Thomas creció en un suburbio de Viena; nada indicaba que fuera especial. Le gustaba la escuela y tenía algunos amigos. Estudiaban y jugaban juntos. Todos iban al mismo instituto, y Thomas era un alumno excelente. En definitiva, tuvo una infancia despreocupada y quería mucho a sus padres. Su madre se encargaba de la casa y su padre trabajaba como alto directivo en una gran empresa naviera internacional. A los doce años, recibió su primer teléfono móvil, y todos sus compañeros lo envidiaban, pero al final, todos tenían uno.

Alrededor de los nueve años, comenzó a descubrir gradualmente su don. Al tocar la mano de su madre, podía ver sus pensamientos, sus recuerdos como en una película. Guardó este descubrimiento para sí mismo. Fue una experiencia muy intensa; no lograba comprenderla del todo. Cada vez con más frecuencia, conseguía que realizara pequeños y extraños actos que ella jamás haría por sí sola. Cuando, a los diez años, logró que comprara un paquete de cigarrillos, y ella se mostró desconcertada, ya que nadie en la familia fumaba, pero recordaba vagamente su tarea, el niño se dio cuenta de la necesidad de ordenarle que “olvidara” para poner fin a sus manipulaciones. Los actos sexuales afloraban con frecuencia en sus pensamientos, los cuales él solo pudo categorizar y comprender con el tiempo. Curioso por todo lo relacionado con el sexo, absorbía todo lo que sus recuerdos tocaban el tema. Pronto supo todo sobre el sexo, las felaciones y la teoría de la masturbación femenina a partir de las imágenes, ya que ella se masturbaba casi todas las mañanas frente al espejo del dormitorio. Ella lo recordaba todo, y Tom lo observaba todo con excitación y curiosidad. Tom, el descarado, la observaba indirectamente masturbándose frente al espejo del dormitorio cada mañana, y la hacía hacerlo de pie, sentada o acostada al día siguiente. Le gustaba especialmente ordenarle que se sentara muy cerca del espejo con las piernas bien abiertas, porque quería ver sus genitales y el acto de masturbación de cerca. No se conformaba; los detalles cruciales estaban demasiado lejos. Sin embargo, la observó masturbarse frente al espejo del dormitorio durante semanas hasta que todo cambió. Pronto aprendió a hipnotizarla, a controlarla mentalmente y a conseguir

que revelara todos sus secretos sexuales con detalle y hablara con libertad y franqueza, sin vacilación ni vergüenza. Ella se sentía obligada a recordar todos los detalles sexuales y a dejar que él los viera. Cada vez, él profundizaba más en sus pensamientos, intentando influir en ella aún más mentalmente, para que obedeciera sus órdenes. Se fue volviendo cada vez más hábil en el uso de su nuevo don y comenzó a escuchar a escondidas las conversaciones de sus padres sobre su sexualidad, un tema que preocupaba al niño de 10 años.

El padre era mucho más fácil de manipular que la madre. Escuchaba a escondidas a su viejo. El padre era un sapo feo; se acostaba con todas las jóvenes becarias y araba los surcos de las vírgenes, sembrando semillas sin pensarlo dos veces. A veces la madre escuchaba y se secaba las lágrimas. Sabía desde hacía mucho tiempo que él araba los surcos de las jóvenes, en su mayoría menores de edad o vírgenes, y desperdiciaba imprudentemente su virilidad. En aquel momento se indignó terriblemente e inmediatamente tomó represalias. Tom sonsacó *a la madre cada indiscreción, cada aventura y cada encuentro de una noche;* ella le contaba todo sin dudar ni avergonzarse. La mayoría de sus aventuras terminaban porque ella y su amante eran sorprendidos en el acto. Tom ahora podía entender de repente las miradas de desaprobación que algunas vecinas le dirigían. Un día, en trance, ella le contó sobre su primera aventura.

Llevaba apenas unas semanas casada, había entrado al matrimonio virgen y no sabía nada de sexo. Sí, confirmó, nunca se había tocado indebidamente hasta entonces; no tenía ni idea de para qué servía el clítoris. Fue a un evento con el mago e hipnotizador Magnus. Él quedó instantáneamente cautivado por su belleza; la llamó al escenario para gastarle bromas al público. La hechizó al instante, y ella lo siguió ciegamente hasta su habitación de hotel. El romance duró solo una semana. Cada mañana al amanecer, conducía a casa, se acostaba junto a su marido y le permitía tener relaciones sexuales con ella hasta que él se agotaba. Por las noches, conducía hasta donde estaba su mago y, en trance, le permitía tener relaciones sexuales con ella hasta que él se agotaba. No podía decir si había sido su marido o el astuto mago quien la había embarazado. Desde ese día, Tom estaba convencido de que el mago era su padre; eso explicaba su talento especial. En cualquier caso,

su madre también era una desgraciada que le devolvía a su marido el doble y el triple por arar los surcos recién plantados.

Tom, de doce años, por supuesto, había notado que ella se ponía bastante inquieta y nerviosa mientras contaba su historia, y especialmente cuando él le hacía muchas preguntas inquisitivas. Solo a través de estas preguntas su memoria cobraba vida, permitiéndole ver todo lo que pasaba por su mente. En un profundo trance, ella relataba los detalles sexuales, presionando sus manos contra sus genitales bajo la falda, y él le preguntó por qué. Ella susurró que siempre se excitaba terriblemente mientras contaba sus historias y que lo necesitaba ahora mismo, ¡urgentemente! Antes de la aventura, nunca se había tocado de forma inapropiada; con el mago, era la primera vez. El mago, Magnus, le había enseñado a masturbarse y la hacía hacerlo cada vez después del sexo. Desde entonces, lo necesitaba a diario cada vez que se excitaba. Lo cual ocurría muy a menudo, rió tímidamente. Al principio, su padre la observaba masturbarse porque lo excitaba, y se le permitía tener relaciones sexuales con ella inmediatamente después de su orgasmo. Pero pronto perdió su atractivo. Durante muchos años, su padre se había mostrado indiferente ante el hecho de que ella se masturbara todas las noches antes de dormirse.

Tom sintió mucha curiosidad por la masturbación y le ordenó que lo hiciera de inmediato. Ella se desnudó rápidamente y lo hizo como siempre. Los ojos de Tom se salieron de sus órbitas; nunca la había visto desnuda de cerca, ¡y ahora lo hacía sin ninguna vacilación ni vergüenza justo delante de él! La observó atentamente mientras se daba placer. Se inclinó y contempló su clítoris mientras ella lo estimulaba con mayor destreza, llevándolo al clímax. Abrió la boca en un grito silencioso y presionó sus dedos contra su clítoris palpitante mientras el orgasmo hacía que su cuerpo inferior palpitara violentamente. Se desplomó sobre su pecho y recuperó el aliento lentamente. ¡Era fascinante!

Cuando terminó, también lo desnudó y tomó su pene rígido y erecto. Él solo se había masturbado en secreto antes y nunca había llegado al orgasmo. Ella le había preguntado, y él había dicho que nunca. Pero llevaba varias semanas despertándose todas las noches porque eyaculaba espontáneamente. “¡Oh, qué dulce es!”, exclamó, girándolo de un lado a otro en su mano. “¡Y ya es tan grande! ¡Y lo necesitas tanto, pobrecito!”, susurró, levantándolo a hor-

cajadas sobre sus muslos. “Está duro como una roca, ¡debes venirte muy rápido! ¡Déjame hacerlo!” La hermosa mujer de 32 años colocó las manos de Tom sobre sus pechos, agarró su erección y, con una mano, le hizo un favor, llevándolo al orgasmo. Sonrió con tristeza mientras su semen se esparcía por todas partes durante su erección y se untaba en su vulva. “Oh, mi pobre chico, lo necesitas de nuevo, ¡sigue completamente duro! ¡Seguro que querrás correrte otra vez!” susurró suavemente después de un rato, y Tom asintió con entusiasmo. Sonriendo, lo hizo de nuevo, limpiando el chorro incontrolable de semen sobre su cuerpo. Estaba un poco molesta porque su semen roció en ricos chorros sobre sus pechos, estómago y su coño. Verla masturbarse y eyacular siempre lo excitaba de nuevo, así que lo hizo con él y consigo misma con puro y lujurioso placer. Fue una tarde maravillosa; se turnaron para complacerlo a él y a sí misma hasta que quedaron exhaustos. Entonces él la dejó olvidar todo y la sacó de su trance.

Al día siguiente, la sumió de nuevo en un profundo trance y quiso repetirlo. Pero ella no quería hacerlo de nuevo con la mano y rociar su semen por todas partes, dijo con firmeza. Él tuvo que volver a sentarse a horcajadas sobre sus muslos, y ella introdujo la punta de su pene en su vagina. «Para que no se esparza por todas partes», murmuró, «¡ahí es donde pertenece el semen!». Él tuvo que permanecer completamente quieto, y ella lo meció de un lado a otro sobre sus muslos, solo la punta de su pene entrando y saliendo lentamente. Antes de que él se masturbara, ella susurró que no debía desperdiciarse ni una sola gota y que quería que las gotas desaparecieran dentro de ella. Pero él se retorció inquieto al eyacular y volvió a esparcir su semen indiscriminadamente. Cada vez, ella sacudía la cabeza con desesperación por el desperdicio. Tenía que empujarlo profundamente durante el clímax, dijo, para que nada se perdiera.

A Tom le encantaba agarrar sus hermosos pechos; eran firmes y redondos, y aumentaban su excitación. Y, por supuesto, era celestial dejar que ella lo empujara profundamente dentro de ella hasta que él se corriera. “Es asombroso”, susurró ella, “¡tan increíblemente asombroso!” mientras deslizaba lentamente su glande hacia adentro y hacia afuera mientras se masturbaba. Solo dejaba entrar la cabeza de su pene y dejaba que su tronco rozara su clítoris, lo que la volvía loca. Por lo general, estaba en su punto máximo de excitación cuando él se corría. Lo empujaba lo más profundo posi-

ble para que no se desperdiciara ni una sola gota de su eyaculación. Allí permanecía inmóvil después de su clímax, mientras ella se daba placer de nuevo, impulsada por su propia lujuria. Por lo general, estaba tan excitada que solo le tomaba unos segundos alcanzar el orgasmo. Él apoyó su cabeza en sus pechos y escuchó su respiración y los latidos de su corazón. Cuando escuchó su corazón acelerarse durante su clímax y sintió el temblor en la parte baja de su abdomen, se excitó completamente una vez más. Esperó a que se calmara y luego lo apartó un poco, dejando que rebotara contra sus muslos de nuevo. Al principio, solo dejó que la punta de su pene lo penetrara mientras rebotaba, y solo cuando eyaculó lo empujó completamente, tan profundo como pudo llegar. ¡No se desperdiciaría ni una gota! Continuaron hasta quedar exhaustos. Ni él ni ella eran conscientes de haber hecho nada malo, ya que después de despertar del trance, ella realmente no recordaba nada en absoluto. Y lo siguió haciendo en trance porque a menudo había fantaseado con ser follada por él mientras se masturbaba. No había tenido una aventura en mucho tiempo, y su padre solo araba los surcos de la virginidad. Ella estaba muy triste por esto, también porque las chicas a menudo todavía eran menores de edad y vírgenes. A su padre le encantaba embrujar y desflorar vírgenes. Pero a pesar de sus diferentes sexualidades, ambos padres se amaban con todo su corazón.

Tom a menudo sentía la tentación de follarla como es debido, y ella sin duda lo habría permitido en su trance, pero la mano de un dios benevolente siempre le impedía moverse indebidamente y deshonrarla. Sin embargo, no pudo resistir la tentación una vez que ella dejó de moverse sobre él y comenzó a tener un orgasmo. Se sorprendió mucho la primera vez y comenzó a follarla con fuerza mientras ella temblaba y se estremecía. Ella no se resistió en absoluto y se frotó el clítoris furiosamente con lujuria. Él eyaculó con júbilo mientras el temblor de la parte inferior de su cuerpo se volvía muy intenso y permaneció profundamente dentro de ella hasta que se calmó por completo.

Cuando él la interrogó más tarde en trance, ella lo supo, por supuesto, y se rió, diciendo que era perfectamente normal y que no debía avergonzarse. Ni él ni ella creían estar haciendo nada malo. Así que él se contuvo cada vez menos; a ella le pareció perfectamente bien. En cualquier caso, era mucho más intenso que mecerse, y a ella también le gustaba más. Pero lo que no quería hacer ba-

jo ningún concepto era acostarse. Sentarse, afirmaba, no era tan pecaminoso como acostarse. En realidad, quería que su clítoris fuera estimulado cuando él la penetrara desde arriba. Así que permaneció en la encimera de la cocina, escenario de muchos pecados. Él se sentó sobre sus muslos, le sujetó los hermosos pechos con ambas manos y tuvo que introducir su pene desde arriba; normalmente, ella lo guiaba con la mano. Esto estimulaba su clítoris, y ella se frotaba con fuerza, intentando explotar antes de llegar al orgasmo. Después de eyacular, él permaneció profundamente dentro de ella, completamente rígido, esperando hasta que sus temblores y espasmos cesaran y se calmara. Entonces pudo volver a follarla hasta haber eyaculado suficientes veces. Sin duda, se sintió muy aliviado de que ella no recordara nada después del trance.

En trance, ella accedió a todo. Incluso a su postura preferida. Tenía que sentarse en la encimera de la cocina, subir las piernas en cuclillas y apoyarse sobre las plantas de los pies a los lados, de modo que quedara sentada con las piernas bien abiertas frente a él. Él se arrodilló frente a ella, separó sus labios vaginales con ambas manos para que su clítoris y vulva quedaran claramente visibles. Observó de cerca su dedo, que rápidamente estimuló y frotó su clítoris. Su orgasmo era inminente; su vulva comenzó a palpitar. Entonces él la montó inmediatamente y la penetró tan rápido como pudo. De esta manera, solía eyacular justo en medio de su orgasmo o poco después. Ella dejó escapar un suave gemido, porque eyacular durante su orgasmo también era increíblemente excitante para ella.

Solo recordaba que cada tarde él entraba desnudo a la cocina con una erección, que ella le tomaba el pene y lo sostenía durante una hora, mirándolo fijamente. Nunca recordaba el trance ni lo que sucedió durante él, y cuando recuperó la consciencia, sostenía su pene flácido en la mano. Palpó el pene blando durante un buen rato, le retrajo el prepucio por completo y estaba segura de que había eyaculado. Sospechaba en secreto que le había hecho una paja, ya que su pene ahora parecía completamente flácido y desinflado, pero no recordaba haberlo hecho.

Lo necesitaba ahora, inmediatamente. Una repentina oleada de lujuria la invadió, aferrándose a ella con fuerza. Se dejó caer sobre la encimera de la cocina, su falda y sus bragas cayeron al suelo, y lo atrajo hacia ella por su pene. No podía masturbarse delante de él;

su vergüenza se lo dictaba, solo podía tocarse a sí misma. Suave pero firmemente, se tocó, cerrando los ojos. Su pene estaba frente a su rostro, rozando sus labios. A menudo había tenido el pene de su marido en la boca, pero esta era la primera vez que era el del mago, cuyo pene tenía que tomar cuando él la obligaba a masturbarse. Curiosamente, Tom le recordaba cada vez más al mago; él también tenía un pene grande como el de Tom, uno que no se encogía instantáneamente después de la eyaculación como el pequeño de su padre. Fantaseando, se acarició, abrió los labios y dejó que el pene del mago se deslizara en su boca. Su orgasmo llegó más rápido de lo habitual; lamió y succionó su placer. El mago. Había regresado. Ella chupó y lamió el pene del mago hasta que salió de su fantasía. De nuevo, notó que el rostro y la complexión de Tom se parecían más al mago que a su padre. Tom sonrió extasiado mientras ella le frotaba el pene con firmeza y él se estremeció. Ya no podía eyacular; solo unas pocas gotas cayeron en su boca, sobre su lengua, y ella chupó y lamió cada gota con deleite. Se detuvo de repente y sacó su pene de su boca con asco. Vergüenza. Fantasía prohibida. Lamido indecente. Más tarde, no tuvo muchos reparos en tomar su pene en su boca y dejar que eyaculara dentro, y a Tom le encantaba este tipo de masturbación con eyaculación en su boca.

Cuando él volvió a entrar en la cocina, desnudo y con el pene erecto, ella le preguntó antes de que pudiera siquiera hipnotizarla. Atónito, él tartamudeó y confirmó su sospecha. Sí, masturbación manual. ¿Acaso no recordaba que él había eyaculado en su boca? Antes de que él pudiera hipnotizarla, ella, completamente consciente, le hizo una masturbación manual tras otra y lo dejó eyacular en su boca hasta que su pene se ablandó. Él se fue a su habitación sin decir palabra, ella cerró la puerta y se subió a la encimera de la cocina. Como de costumbre, se agachó, metió la mano debajo de su falda y bragas, y se masturbó salvajemente, fantaseando con el pene eyaculando de Tom en su boca. Solía masturbarse por la mañana frente al espejo del dormitorio y luego de nuevo por la tarde en la encimera de la cocina, una vez que las tareas estaban hechas y la lujuria se colaba bajo sus bragas.

Ella le hacía una paja cada vez, a menos que él la hipnotizara primero y le permitiera eyacular en su boca al final. Entonces se quitaba las bragas, ponía una pierna sobre la encimera de la cocina y se subía un poco la falda, por encima de las caderas. Apartaba el

vello púbico y separaba brevemente los labios vaginales para que Tom pudiera ver bien su clítoris y su vulva. Le susurraba que solo mirara, que no pasaba nada, que a todos los hombres les gustaba eso. A menudo se tocaba a sí misma sin pudor alguno mientras le hacía pajas, pero no se masturbaba. Como solía tocarse durante demasiado tiempo, tenía que dejar que su orgasmo llegara en secreto y ocultárselo. Él fingía no darse cuenta. A ella le parecía bien, pero nunca se desnudaba del todo delante de él ni le dejaba verla masturbarse, ¡ni hablar! Su vergüenza simplemente no se lo permitía, porque no estaba hipnotizada. Se inclinaba hacia adelante y le tomaba el pene con la boca, como solía hacer cuando no estaba hipnotizada. Superó su conciencia culpable; ¡después de todo, le había permitido eyacular en su boca tantas veces! Cuando él se fue, ella se subió a la encimera de la cocina y se puso en cuclillas.

Al final del curso escolar, sus padres fueron a Copenhague para una conferencia. A él aún le quedaba una semana de clases y estaba feliz de pasar las dos semanas con su abuela. Su madre, de 33 años, le había susurrado que esperaba volver a tener relaciones sexuales con su padre, y él asintió. «Eso sería estupendo», susurró el chico de 13 años. Su abuela era en realidad su bisabuela; su abuela había fallecido después del nacimiento de su madre. Para simplificar, la llamaban Abuela, Abuela o Lena. Tenía poco más de setenta años, era una acumuladora compulsiva y recibía la comida y la cena a domicilio de un hotel. Había sobrevivido a la guerra gracias a su belleza y después se había ganado la vida como prostituta. Nunca quiso verse a sí misma como tal; vivía únicamente de sus admiradores y nunca trabajó en la calle. Había ahorrado una considerable fortuna y ahora vivía de ella, ya que no recibía pensión.

Por mucho que lo hubiera intentado antes, Lena no podía ser hipnotizada, resistiéndose a cada intento de control mental. La primera noche, se acostaron desnudos. Ella agitó la mano con vehemencia; ¡no necesitaba pijama, uno siempre dormía desnudo, punto! Punto era una de sus palabras favoritas. Nunca antes había dormido junto a un hombre vestido, ¡y punto! Solo había una cama pequeña y un juego de sábanas para los dos. Él estudió atentamente su cuerpo esbelto y envejecido mientras yacía desnudo sobre la colcha y la observaba desvestirse. Ella se quedó desnuda frente a él por unos instantes, colocando un pie en la cama de manera que su zona púbica apuntara descaradamente hacia él, y murmuró con una sonrisa que podía mirarla, a la anciana, ¡con placer!

Todo en ella estaba arrugado; era muy esbelta y bien formada, solo sus pequeños, arrugados y redondeados senos con sus pezones extrañamente grandes ya estaban caídos. Casi no le quedaba vello púbico, y él pudo ver la hendidura y la abertura con bastante claridad. Su clítoris le pareció muy grande; prácticamente sobresalía de sus labios. Ella se acarició la vulva varias veces con la mano, separando sus labios hasta que su clítoris quedó claramente visible. Tiró con fuerza de él varias veces, haciéndolo aún más grande. «Al menos sigue siendo bastante grande», murmuró con un guiño, y tiró de él hasta que se puso completamente erecto. Lo dejó mirarlo durante un buen rato y sonrió con picardía al verlo excitarse mientras ella lo contemplaba. Se acostó a su lado, los cubrió a ambos con la manta y apagó la luz.

Era inusual que Tom estuviera acostado en la cama con alguien abrazado. Estaban acurrucados uno al lado del otro sobre la misma almohada, bajo el mismo edredón. Ella tenía un brazo bajo su cuello y la otra mano sobre su muslo, justo al lado de su pene. Se apretó contra su cuerpo; la cama era realmente muy pequeña. Tom esperó a que ella se durmiera y se masturbó. Le excitaba ver cómo su mano se deslizaba gradualmente hacia su escroto y su pene; lo enloquecía de deseo. Su mano descansaba sobre su pene mientras él se masturbaba lenta y deliberadamente para no despertarla. Después de eyacular, ella lo abrazó con cariño, lo besó en la frente y murmuró: “¡Eso está bien, eso es perfecto!”, y lo sostuvo en un abrazo cercano y afectuoso. Tocó su pene húmedo y acarició su erección de una manera excitante, como si se estuviera masturbando. Sintió su amorosa calidez en su corazón y se alegró de que ella aceptara su masturbación con tanta naturalidad y espontaneidad. Lo necesitaba de nuevo inmediatamente y se masturbó una vez más, porque siempre tenía que eyacular varias veces seguidas. Ella se apretó contra él, frotando su clítoris rígido firmemente contra su muslo. Lo abrazó con ternura y sostuvo su pene en su mano. No pareció molestarle que él eyaculara sobre su cuerpo. Acarició su erección empapada de semen como si quisiera masturbarlo, hasta que él se masturbó de nuevo. Frotó el semen en su estómago y se acurrucó muy cerca de él. Acarició su erección con tanta excitación que después de unos minutos él se masturbó de nuevo. Solo después de la cuarta eyaculación su pene se ablandó; ella continuó frotando su clítoris contra su muslo durante un buen rato mientras él se dormía. Ella tembló en silencio, su clítoris se ablandó por completo y ella también se durmió.

Se despertó por la mañana porque Lena estaba jugando con su erección. "¿Debería?", preguntó ella, y él asintió con un nudo en la garganta. Ella dejó que la manta se deslizara al suelo, se sentó con las piernas cruzadas frente a él para que tuviera que mirar su hendidura abierta, y le hizo una gran paja. Él no la miró a los ojos mientras tomaba su café matutino. Solo había café y cigarrillos, pero él no fumaba a menudo por aquel entonces y era bastante torpe en esa etapa. ¿Cuántos años tenía? ¿14? ¿15? ¿O ya 16? Asintió y permaneció en silencio; solo tenía 13 años y medio.

Después de la escuela, comieron la comida que les había traído el hotel. Ella encendió un cigarrillo después de la comida y miró fijamente su bragueta, que estaba enormemente abultada. Sonrió con picardía y asintió animándolo: "¡Quítate la ropa!", le ordenó con una amplia sonrisa, "¡Vamos!". Él se quitó la ropa y Lena le hizo una paja de pie. Él tuvo que eyacular en la palma de su mano. Era increíblemente buena en eso; tenía mucha más experiencia que su madre. Le hizo cientos de pajas hasta el fin de semana, de pie en la cocina a la hora del almuerzo o acostada en la cama por la tarde, a veces hasta altas horas de la noche. Obviamente disfrutaba presionándose contra él, frotando su pene y dejando que él rociara su semen por todo su cuerpo desnudo.

El viernes, a última hora de la tarde de su último día de clases, mientras yacían desnudos en la cama como todos los días, ya que usaban la tarde y la noche para jugar con su pene, ella le preguntó si quería mirar. Acarició su erección y dijo que la gente mayor no es tan cachonda como la joven, pero que ella estaba muy cachonda en ese momento. Tom la miró con curiosidad; ¿a dónde iba todo esto? Dijo que antes lo necesitaba al menos una vez al día, pero con la edad, solo una vez a la semana. ¡Y lo necesitaba ahora mismo! "Estoy increíblemente cachonda", susurró suavemente, apretando su pene con más fuerza, "¡Tengo que satisfacerme ahora mismo antes de ocuparnos de tu pequeño!"

Tragó saliva y asintió, con un nudo en la garganta. Conocía muy bien la excitación femenina y la intensidad con la que una mujer sentía el impulso de darse placer. Volvió a asentir, sabiendo lo que venía. Ella tiró la manta al suelo y separó las piernas. "¡Ahora, acuéstate ahí!", le ordenó, y él se colocó entre sus piernas, con la cara frente a su hendidura. La observó atentamente mientras ella se tocaba lentamente. Tenía labios menores pequeños y una aber-

tura diminuta, pero un clítoris bastante grande. ¿O solo le parecía así? Se masturbaba igual que su madre, acariciándose, jugueteando y frotándose el clítoris deliberadamente. Gimió suavemente y jadeó con delicadeza mientras se frotaba cada vez más rápido, experimentando un orgasmo suave y discreto. Susurró que lo necesitaba de nuevo y continuó masturbándose sin parar. Con una mano presionó la piel alrededor de su clítoris, con la otra trabajó con destreza el clítoris protuberante. Le llevó un poco más de tiempo que antes, y el segundo orgasmo hizo que sus muslos temblaran con firmeza. Ella exhaló y extendió las manos hacia él.

—¡Ven! —susurró ella, sonriendo—. ¡Ven! Él se incorporó y se acostó a su lado. Ella lo besó en la frente y lo abrazó. —¡Eso fue encantador, realmente encantador! —susurró—. ¿Y te gustó? ¿No fue emocionante? ¿O... lo habías visto antes? Él no respondió y acarició sus pequeños y suaves pechos. —Solo lo hago una vez por semana —dijo ella—, pero dos o tres orgasmos seguidos. No paro hasta que el clímax es realmente bueno. Él le preguntó si siempre lo hacía sola, y ella respondió: —Sí, siempre sola. Si alguien mira, eso es solo un extra. Y no —rió—, no uso un vibrador ni nada por el estilo; ¡mi dedo funciona mejor! Luego continuó hablando libre y descaradamente sobre su antigua vida de libertinaje, como lo hacía todos los días. A veces él tenía que reírse cuando ella entraba en gran detalle y se volvía francamente obscena. Estaba asombrado por todo lo que había experimentado y los extraños tipos de hombres con los que se había acostado. Resultaba curioso que solo empezara a permitir que los hombres la vieran masturbarse ya de adulta. Si bien de joven había dejado con gusto que artistas y estudiantes de arte la dibujaran o pintaran desnuda para ganar algo de dinero, nunca se había dejado fotografiar ni filmar desnuda.

Ella le mostró su portafolio, donde guardaba algunos dibujos y fotografías. Él silbó entre dientes. “¡Eras una chica muy guapa entonces!”, exclamó con admiración, con los ojos brillantes por la humedad. Tras dudar un momento, ella le mostró el segundo portafolio, el doble de grueso que el primero. Estos contenían dibujos explícitos y pornográficos de ella teniendo sexo o sexo oral, pero muchos la representaban masturbándose o teniendo orgasmos. Muchos dibujos se centraban en el gran clítoris de Lena y en cómo se frotaba; al parecer, a los artistas les resultaba increíblemente excitante. Muchos artistas habían dibujado su rostro durante los orgasmos, muchísimos. Y estas imágenes rebosaban de sexuali-

dad. Tom solo había visto fotos pornográficas borrosas y obscenas antes, pero estas lo enloquecieron de deseo.

Señaló unas imágenes: “Cuando dos chicas se aprietan el clítoris y tienen sexo, ambas tienen orgasmos maravillosos, ¡pero eso es difícil de dibujar!”. Sacó una de las imágenes. “Mira, alguien dibujó esto; ¡solo se ven las dos hendiduras y los dos clítoris que nos estamos apretando!”. Señaló un clítoris: “Ese eres tú sin duda; ¡es mucho más grande que el otro!”. Ella asintió. “Me acosté con esta chica toda la noche en el estudio delante de una docena de artistas. Nos llevamos muy bien y tuvimos muchos orgasmos. Cuando una de nosotras tenía un orgasmo, la otra la sostenía y la acariciaba hasta que el orgasmo disminuía. Luego volvíamos a empezar, turnándonos para llevarnos al orgasmo. Puedes hacerlo con un poco de práctica”. Se rió entre dientes. “Un artista tras otro desaparecía en el baño para aliviarse, y cada vez sonreíamos ampliamente y seguíamos. ¡Al final, todos los tíos se habían masturbado en el baño!”. Se rió a carcajadas al recordar. “Después hubo una orgía increíble, ¡todos los artistas nos follaron a las dos hasta altas horas de la noche!”.

Habló con franqueza sobre cómo habían surgido las fotos, a menudo relacionadas con grandes borracheras y orgías sexuales. Tom escuchaba, con una mezcla de lujuria y asombro, pues nunca había oído hablar de tales cosas. Ella le contó que sus experiencias más maravillosas habían sido con mujeres que sabían mejor lo que les gustaba a las mujeres. Las chicas follaban y lamían con mucha más intensidad que los hombres. Describió el lamido con gran detalle, porque él había visto a chicas follando con otras chicas. Mientras hablaba, jugaba con su pene, sintiendo exactamente cuándo lo necesitaba.

Sorprendentemente, ella preguntó: “¿Quieres follar?”. Señaló su pene, que estaba duro como una roca y había goteado un poco mientras él miraba el porno. Cerró las carpetas y las puso en el suelo. Se agarró los labios vaginales con ambas manos y los separó varias veces, luego introdujo su dedo índice profundamente en su abertura un par de veces. Esperó su respuesta y continuó separando sus labios vaginales. “¿Alguna vez has follado antes?”. Él no respondió. Estaba un poco inestable, pero asintió con un nudo en la garganta. Asintió porque quería follar con ella, pero ella entendió que él ya había follado antes, lo cual también era cierto. Ella lo

atrajo hacia ella y abrió las piernas. Lo ayudó a entrar con su mano porque su abertura era diminuta y muy, muy estrecha. “Estoy terriblemente estrecha, ¿sabes?, ¡se ha vuelto más estrecha cada año!”. “¡Y no he tenido sexo en meses!”, dijo, jadeando mientras él la penetraba con fuerza. Ella no dijo nada más, ni siquiera qué tenía que ver eso con su vagina estrecha. Empezó a follarla con delicadeza y se corrió demasiado rápido. Se quedaron en la cama toda la semana, ya que habían terminado las clases, y follaron día tras día. Las masturbaciones manuales eran cosa del pasado. Ella le enseñó a contener la eyaculación y a llevar a las mujeres al orgasmo durante el sexo. Siempre le daba descansos, durante los cuales se masturbaba libremente y con pasión o le hablaba de su repertorio. Él la escuchaba con mucha atención, porque esa mujer sabía de lo que hablaba, y su respeto por ella creció.

Aprendió a lamer, aunque tuvo que superar su vacilación inicial. Pero ella le enseñó con esmero, porque un hombre de verdad tenía que saberlo, ¡punto! Le hacía practicar en cada descanso. Presionaba la piel alrededor de su clítoris con ambas manos para que sobresaliera. Esto le permitía acariciarlo, excitarlo y estimularlo maravillosamente con sus labios y lengua. “¡Eso es!”, gritó, “¡Eso es!” cuando, después de algunos intentos, alcanzó el orgasmo mientras la lamían. Él siempre tenía una erección tremenda mientras la lamían y se le permitía follarla inmediatamente. Ella siempre se masturbaba mientras la follaban y solía alcanzar el orgasmo antes de que él eyaculara. Pero ella continuó; para ella, la masturbación era simplemente parte del sexo. Siempre lo había hecho así desde su juventud, dijo, masturbándose vigorosamente durante el sexo hasta alcanzar el orgasmo, solo que nunca dejaba que los hombres la vieran. Solo había empezado a dejar que la vieran en los últimos años. Era algo muy íntimo abrir bien las piernas y masturbarse delante de un espectador. Al principio, le resultaba difícil y tenía que parar demasiado pronto, sin llegar al orgasmo. Solo después de un tiempo aprendió a relajarse y a masturbarse hasta el orgasmo mientras alguien la observaba.

Al final de la semana, sus padres regresaron. “No he tenido tantos orgasmos en meses”, dijo la abuela Lena, radiante, mientras él se despedía y le daba un beso en la frente. Durante el año escolar, Tom la visitaba cada dos semanas, se acostaba con ella y lo pasaban de maravilla. Así fue como conoció a Ayla, la mejor amiga de Lena. Tom quiso irse de inmediato cuando Lena abrió la puerta

desnuda y encontró a una mujer desnuda en su cama, pero Lena hizo un gesto con la mano enérgicamente, diciéndole que se quedara y se acostara con ellas, ¡maldita sea, eso es! Ayla era una lesbiana convencida, dijo Lena, afirmando que nunca se había acostado con un hombre. Era una musulmana devota y estaba casada con un magnate petrolero saudí fabulosamente rico como su tercera esposa. La mujer, de poco menos de 40 años, era delgada y un poco rellenita, con un rostro muy bonito y pechos grandes, redondos y firmes como los de su madre. La presentación fue breve e incómoda, pues él permanecía inmóvil vestido frente a la cama mientras las dos mujeres estaban completamente desnudas. Tom se alegró de que ella no tuviera un trasero enorme y gordo como el de las mujeres africanas de las que había oído rumores. Su zona púbica estaba completamente depilada, y él la miró con curiosidad. Ella sonrió y se acarició el clítoris con una sonrisa al notar su mirada. ¡Él dio un respingo cuando Lena lo empujó para que finalmente se desnudara! Los tres estaban acurrucados en un espacio muy pequeño; realmente era una cama pequeña. Lena rió a carcajadas cuando él se desnudó y escondió su pene erecto detrás de ella. Él tembló cuando sus cuerpos desnudos y los de Ayla se tocaron. Ella olía de maravilla, notó; su piel era suave como el terciopelo, y sus hermosos ojos almendrados lo cautivaron. Lena atrajo la cabeza de Ayla entre sus piernas y presionó sus labios contra sus labios vaginales. ¡Lena quería que la lamieran de nuevo, ahora mismo, inmediatamente! Observó con curiosidad cómo ella lamía a Lena, ya que aparentemente la había interrumpido antes en medio de ello. Tom estaba prácticamente estallando de excitación, la lamida era tan excitante. Lena acarició su cabello despeinado y agarró su pene. “¡En un minuto, en un minuto puedes follarme!” susurró, aún anticipando ansiosamente su orgasmo. Lena preguntó abruptamente si podía follarla de inmediato, y Ayla susurró: “¡Sí, por supuesto, está bien!” Incluso antes del intenso orgasmo de Lena, se le permitió follarla inmediatamente. Se arrodilló vacilante entre las piernas de Lena y miró con una mirada herida a los hermosos ojos almendrados de Ayla. Ella sonrió dulcemente y sin vergüenza agarró su pene para guiarlo hacia adentro. “No entra”, susurró desesperadamente, “¡es demasiado grueso!” Lena le gruñó que simplemente lo empujara hacia adentro, ¡eso es! Con su otra mano, Ayla ensanchó la abertura, empujando y apretando la cabeza de su pene en el estrecho agujero. Decidida, agarró el resto de su polla y jadeó porque era realmente difícil de insertar. Él sonrió orgulloso, su mirada parecía un gesto de aprecio hacia su polla.

Empezó a follar lentamente, y el dedo de Ayla se deslizó hacia el clítoris de Lena. Ella masturbó a Lena con su dedo mientras él la follaba hasta que Lena se corrió con un fuerte "¡Eso es!". Ayla se tumbó junto a ellos en la pequeña cama, acurrucando su cuerpo contra el de Lena mientras él follaba y follaba y follaba. Al final, las sostuvo a ambas suavemente en un abrazo, una rodilla entre los muslos de Ayla, su rodilla empujando contra la entrepierna de Ayla al ritmo de cada embestida. Para él, parecía como si las estuviera follando a las dos.

Ayla había colocado un brazo bajo el cuello de Lena y la otra mano sobre sus genitales. La idea del sexo la excitaba y a la vez le repelía, pero tras una larga y tímida mirada a Tom, se masturbó. Él permaneció dentro de Lena después de eyacular y observó junto a ella cómo la hermosa mujer árabe se acercaba gradualmente al orgasmo, culminando en un clímax poderoso y estremecedor. Era solo la tercera mujer a la que Tom había permitido ver masturbarse, pero todas se masturbaban prácticamente de la misma manera.

La abuela la llamaba a menudo cuando esperaba a Tom, porque le gustaban los tríos. Insistió en que Ayla le mostrara exactamente cómo lamía. Ayla le mostró que el gran clítoris de Lena solo era parcialmente visible. Se extendía invisiblemente profundo bajo su hendidura, hasta sus genitales. Ayla tomó su dedo y dejó que sintiera toda la longitud del clítoris de Lena en lo profundo de su hendidura. Luego demostró que comenzaba con su lengua en la parte inferior y lamía toda la longitud del clítoris desde la base hasta el glande. No lamía lentamente, sino con firmeza, y solo hacia el final la punta de su lengua vibraba sobre el glande, hasta que Lena se retorcía de placer y su cuerpo inferior se convulsionaba violentamente en el orgasmo. Durante el orgasmo, rodeaba el clítoris con sus labios y lo acariciaba con la punta de su lengua. Él había presionado su rostro contra la mejilla de Ayla y observaba la lamida de cerca. Su erección descansaba sobre las nalgas de Ayla; verla lo excitaba, y eyaculó dentro de ella. Ayla se giró y sonrió, susurrando que no le importaba. Al principio le bastó, pero luego ya no.

La siguiente vez que Ayla comenzó a lamer a Lena, él se agachó detrás del trasero de Ayla y empujó su pene con fuerza bajo sus nalgas hasta que estuvo entre sus labios y dentro de su vagina, tan profundo como pudo llegar. Ella protestó la primera vez e inmediatamente lo empujó hacia afuera. Le hizo jurar que no la follaría.

Aún no estaba segura y miró a Lena. “Un juramento es un juramento”, dijo Lena, “¡no te follará, lo juró!”. Ayla lo pensó por un largo rato. Luego lo dejó, creyendo que realmente no la follaría. Le ofreció su trasero de nuevo y separó sus labios. Él penetró lentamente su vagina, permaneciendo dentro como prometió, y se acostó boca arriba, mejilla con mejilla. Su vagina no era tan estrecha como la de Lena; estaba húmeda y era muy excitante. Él eyaculó casi al instante y se detuvo como prometió, luego eyaculó de nuevo mientras ella lamía a Lena. La segunda vez, bajó la mano, separó sus labios vaginales y lo guió hacia adentro con la mano, confiando en que él no tendría relaciones sexuales con ella como le había prometido. Se abrió y se relajó para que él pudiera penetrar profundamente. Él eyaculó inmediatamente después de la penetración, apoyó su rostro contra su mejilla y observó atentamente cómo ella lamía a Lena, aprendiendo el nuevo arte de lamer. Cada vez que eyaculaba durante minutos sin coito mientras ella lamía a Lena hasta el orgasmo, eyaculaba dentro de la vagina de Ayla sin empujar. Sin empujar, eyaculaba chorro tras chorro; ella sonreía orgullosa, y parecía estar bien con ella. Le encantaba eyacular inmediatamente después de la penetración y luego observar inmóvil cómo Ayla lamía el clítoris de Lena, y luego, con la segunda eyaculación, eyacular durante un largo rato, chorro tras chorro, en ráfagas cortas. Solo en raras ocasiones tenía que frotar su pene breve y firmemente para eyacular. Esto no le molestaba en absoluto. Ella siempre, con paciencia y mansedumbre, le permitía eyacular dentro de su vagina y terminar.

Cuando Tom follaba con Lena, sus dedos jugaban dentro de los genitales de Ayla. Tenía la piel morena clara, solo sus pezones y la piel de su vulva eran casi negros. Siempre se depilaba por completo, y Tom a menudo examinaba sus genitales de cerca; a ella no le importaba. Tenía labios mayores gruesos, un clítoris mucho más pequeño que el de Lena y, por supuesto, no tenía himen. Lo había perdido en la infancia; no dijo nada más. Cuando él le abría la vulva, podía ver en lo profundo. Ella sonreía con lujuria cuando él exploraba sus genitales con el tacto o le frotaba brevemente el clítoris; eso le gustaba mucho.

Una vez, mientras los tres se acurrucaban juntos, recuperándose de sus orgasmos, Ayla jugaba con sus labios vaginales y susurró que ese era el único método sexual que le permitía a su marido, ya que era lesbiana, nunca había sido penetrada y nunca se había

permitido ser penetrada. Su marido aún era muy joven y quería tener relaciones sexuales al menos una vez al día. Le encantaba que todas sus esposas estuvieran presentes durante el acto. Las otras dos eran más jóvenes que él, de buenas familias saudíes como la suya, muy hermosas y se habían casado vírgenes. Naturalmente, ambas tenían mucha experiencia en la masturbación, como muchas otras vírgenes en Arabia. Cuando él penetraba a una de sus esposas más jóvenes, era tarea de Ayla acostarse entre las piernas de la pareja y llevar a la mujer al orgasmo con su dedo tan a menudo como fuera posible durante el acto; así era como él siempre lo quería. Cuando las esposas menstruaban, y por lo tanto eran consideradas impuras en su cultura, Ayla tenía que hacerse cargo, ya que era infértil y no menstruaba. Se acostaba boca abajo y ofrecía voluntariamente sus nalgas a su marido. Una o ambas de sus otras esposas yacían boca arriba justo delante de ella, obligadas a masturbarse. Ella nunca lo miraba por encima del hombro, sino que se concentraba en las esposas que se masturbaban, quienes, justo delante de su cara, se masturbaban con gran devoción y lujuria hasta alcanzar el orgasmo. Ella sentía cómo él introducía su pene entre sus nalgas y se masturbaba rápidamente con la mano. A menudo se excitaba demasiado y eyaculaba en su hendidura. Otras veces, se detenía justo antes de eyacular y penetraba su vagina. Se le permitía penetrarla completamente por detrás y no se le permitía moverse, no tener relaciones sexuales. No pocas veces, eyaculaba dentro de su vagina unos instantes después de la penetración, pero como máximo cuando una o ambas esposas alcanzaban el orgasmo. Si no podía eyacular dentro de Ayla, tenía relaciones sexuales con una de las otras dos, aunque por lo general ya se habían masturbado hasta el orgasmo y les quedaba poca pasión para el coito. Ella lo había visto mil veces de cerca: su pene penetrando su vagina y follándola. Le fascinaba cómo su vagina se ensanchaba al penetrarla y se contraía al retirarla. Al eyacular, sus testículos se movían en su escroto, lo que le resultaba muy extraño. También le parecía extraño el pulso de su gruesa uretra al introducir su semen en su vagina. La vagina de la esposa se contraía cuando él eyaculaba con impaciencia y dominación. Las esposas actuaban muy excitadas y lo engañaban, fingiendo tener un orgasmo al eyacular. Solo en raras ocasiones se masturbaba a escondidas, cuando tenía que verlo follar y se excitaba. La mayoría de las veces, extendía las manos y acariciaba la parte interna de los muslos de la mujer que estaba siendo penetrada, hasta sus labios vaginales, lo que la excitaba enormemente. Cuando el amo estaba a punto de llegar al clímax,

sus dedos encontraban su clítoris y lo frotaban rápidamente hasta el orgasmo; era muy buena en eso. Las esposas lo disfrutaban mucho, ya que estos orgasmos eran muy fuertes e intensos. Respondió a la pregunta de Lena diciendo que lo hacía a diario con las otras dos esposas, ya fuera a solas o las tres juntas. Aunque no eran lesbianas, disfrutaban mucho haciendo el amor con ella. Claro que, a espaldas de sus maridos. En definitiva, las tres mujeres amaban a su amo, y él también las amaba. Hasta el momento, nunca había habido infidelidad.

Tom notó que Ayla le estaba dejando disfrutar del final. Ella guardó silencio y se cubrió los pechos con ambas manos para excitarse, ya que Lena se había quedado dormida. Él le agarró el clítoris, que se había puesto duro como una piedra, y la llevó suavemente al orgasmo. Ayla exhaló y suspiró mientras él seguía frotándole el clítoris con la suavidad de una pluma. ¡Sí, lo necesitaba de nuevo! Suspiró feliz y comenzó a frotarse los pezones con ternura otra vez. Tom le preguntó cómo iban las cosas con su marido. Ayla suspiró profundamente una vez más y continuó su historia.

Tariq tenía solo 22 años y se había casado con ella porque, en primer lugar, había estudiado economía en Inglaterra, lo cual era beneficioso para su negocio. Había venido a Cambridge a estudiar y supo de inmediato que tenía que tener a esa profesora asistente. Y en segundo lugar, porque se parecía muchísimo a su madre, Numa. Su madre fue su primera y, durante muchos años, única pareja sexual hasta que se casó. Ella le había enseñado a hacer el amor cuando cumplió 12 años y fue considerado un hombre. Antes de eso, ella o un esclavo le hacían una felación cada vez que tenía una erección. Y muy a menudo tenía una erección cuando el esclavo lamía a su madre. Durante ocho años, ella le enseñó todo sobre sexo y ella misma experimentó una gran lujuria y placer durante el sexo con su único hijo, nacido tardíamente. Su padre había muerto en un accidente de helicóptero cuando él era todavía un niño pequeño, y ella dirigió el negocio con gran habilidad. Numa fue extremadamente activa sexualmente durante toda su vida, pero era muy cuidadosa al elegir a sus parejas sexuales; nunca se acostó con nadie que no viviera en su palacio. Algunos sirvientes, o mejor dicho, esclavos, eran excelentes en la cama, y sus jóvenes esclavas debían ser buenas practicando sexo oral; estos eran requisitos esenciales. Numa había aprendido a masturbarse de las esclavas desde muy pequeña; a los seis años ya era una masturbadora compulsiva, de-

dicando muchas horas a la masturbación durante su infancia, masturbándose más de una docena de veces al día. Se sentía muy ofendida porque nunca se le permitía tener relaciones sexuales con los apuestos esclavos. Cuando tenía nueve años, atrajo a un hermoso muchacho a su habitación. Se tumbaron desnudos en su cama y exploraron sus genitales. El esclavo tuvo que masturbarse, y luego ella también. En algún momento, él se tumbó entre sus muslos, pero solo se atrevió a penetrar sus labios vaginales. Ella sonrió orgullosa cuando él eyaculó dentro de ella. Solo después de mucho tiempo fueron descubiertos, y el esclavo recibió una buena paliza. También le enseñaron la importancia de la virginidad para el matrimonio. El hecho de que la esclava fuera ejecutada si su himen resultaba dañado la aterrorizaba. Sin embargo, suspiró aliviada, porque su madre ahora la examinaba mensualmente para comprobar si su himen estaba intacto. Por supuesto, seguía seduciendo a chicos a quienes se les permitía follar entre sus labios y eyacular dentro, pero nunca más la atraparon. La abertura de su himen pronto creció tanto como la puerta de un granero y permitía que penes pequeños pasaran fácilmente. Encontraba el sexo placentero y dejaba que un hombre con un pene pequeño la follara todos los días. Su madre sospechaba un poco, ya que la abertura del himen de Numa seguía creciendo. A las esclavas negras se les permitía lamerla hasta el orgasmo todas las noches; su madre, profundamente religiosa, la animaba a hacerlo, lo cual era aceptable, ya que todos lo hacían. A los 17 años, se casó con Farid, y todos la elogiaron por entrar al matrimonio siendo virgen. Farid confirmó que había sangrado, aunque ella le había dicho la verdad, sonrojándose. Que ya había tenido sexo extensamente sin romperse el himen. Ella le contó a Farid que se masturbaba extensamente desde la infancia y que, por instrucción de su madre, se hacía lamer hasta el orgasmo todas las noches antes de dormirse. Farid escuchó su relato detallado y honesto de todo y sonrió en los momentos oportunos. Ella le contó absolutamente todo, y él le relató sus experiencias, usando un lenguaje obsceno. Sus ojos se abrieron de par en par y jugueteó con sus dedos bajo su falda. Él le levantó la falda por primera vez, y ella lo dejó mirar. Él le sonrió dulcemente después de que ella terminó de masturbarse: “¡Eres exactamente la chica que necesito desesperadamente!”. Ese día decidieron casarse de inmediato. Él, al igual que ella, era un príncipe rico del extenso clan saudí y le permitió la libertad de que un esclavo la lamiera hasta el orgasmo después de sus relaciones conyugales diarias antes de dormirse. Ese fue su acuerdo. Durante las primeras sema-

nas, Farid permaneció como un mero espectador, pero pronto se recostó en la cama y manoseó a la chica que lo estaba lamiendo. Él le dio a cada chica más orgasmos cada noche que los que ella le dio a Numa mientras la lamía. Sintió que su lujuria aumentaba cuando la chica terminó de lamerlo y quedó exhausta por sus propios orgasmos. Montó a cada una por detrás y la folló sin piedad hasta que perdió la erección. Numa los observaba con indolencia mientras follaban y se sentía muy orgullosa de su potente marido, que follaba a las chicas sin piedad, a menudo hasta que perdían el conocimiento.

Ayla se llevó las manos a los pechos y los excitó mientras Tom la hacía llegar al orgasmo y seguía acariciando el clítoris de Ayla hasta que ella volvió a tocarlo con el dedo y tomó el control. ¡Lo necesitaba otra vez, maldita sea! Lena despertó durante su orgasmo, tocó los pechos de Ayla, quien suspiró de nuevo y continuó su relato.

Farid, al igual que Numa, fue criado por una madre estricta y profundamente religiosa. Su padre vivía en Londres la mayor parte del año, y cuando volvía a casa por unos días, mantenía relaciones sexuales con su madre durante la siesta y también por la noche. Ambas madres pertenecían al extenso clan saudí, pero la madre de Farid era muy simple. Su considerable riqueza fue la razón de su matrimonio. Nunca engañó a su marido, ni siquiera con los viriles esclavos negros, aunque esto no se consideraba infidelidad. A la madre de Farid nunca se le ocurrió tener relaciones sexuales con su hijo. Hasta que cumplió diez años, ella y Farid dormían desnudos uno al lado del otro; era la costumbre, y antes de que él pudiera eyacular, el niño jugaba con su pene mientras ella se masturbaba. Al llegar al orgasmo, ella liberaba su clítoris e introducía dos dedos en su vagina. Se penetraba con fuerza durante medio minuto y luego volvía a masturbarse.

La ingenua madre se masturbaba varias veces cada noche y creyó durante mucho tiempo que podría ocultárselo. El chico se presionó contra ella con su pene erecto, lo frotó y eyaculó rápidamente sobre sus nalgas. Ella levantó las caderas y separó las nalgas con ambas manos, ofreciéndole voluntariamente su ano. El chico contempló su gran agujero, debajo del cual se encontraban sus enormes nalgas y en el centro su pequeño ano. Ella señaló su ano con un dedo. Podía eyacular allí si quería, murmuró, si se frotaba el

pene con saliva. Ella lo ayudó a penetrarla. Estaba bastante contenta con el sexo anal, porque no le molestaba mientras se masturbaba, y él se encargaba de su propia eyaculación.

Durante días se sintió insegura porque ya no podía ocultar su masturbación. Pero eso solo estaba en su cabeza, porque el chico ya se había dado cuenta. La penetró con fuerza por debajo de la vulva después de haberle permitido penetrar su enorme trasero, eyaculando una y otra vez. A ella no le importaba si él se corría una o varias veces, porque tenía que seguir masturbándose mucho después de que él hubiera terminado. El chico se recostó sobre sus gruesos muslos y eyaculó en su ano una y otra vez hasta que, después de un año, eso ya no le bastó. Mientras eyaculaba, presionaba su pene contra sus labios vaginales, y ella, con placer, frotaba su semen sobre su clítoris.

Se volvió más atrevido y la penetró desde abajo. El simplón gruñó la primera vez porque estaba cometiendo un pecado, pero ella no conocía ningún pasaje del Corán que lo prohibiera explícitamente. Lo dejó follarla y eyacular durante un rato hasta que terminó. Hubiera preferido el sexo anal, porque eso no era pecado, susurró, pero le prohibió vehementemente que la follara vaginalmente. Él obedeció arrepentido durante muchos días y solo la folló por el ano. También la folló por el ano al mediodía durante la siesta, lo que al principio no le gustó mucho, porque solía dormir durante la siesta. Colocó las nalgas de la mujer dormida sobre su espalda y la penetró por el ano. Al principio, ella gruñó enfadada, pero aun así lo dejó eyacular dentro de ella tantas veces como quisiera. Después estaba tan excitada que siempre se masturbaba hasta el final de la siesta. Después de su último orgasmo, abrió completamente el ano y se metió los dedos durante un rato. Ella lo alabó, levantó las piernas en alto y separó las nalgas con las manos para que él pudiera penetrarla fácilmente por el ano. Él quedó muy satisfecho, ya que podía eyacular en su ano tantas veces como quisiera cada tarde y noche. Y disfrutaba del acto perverso de sentarse entre sus muslos después de eyacular, levantar sus grandes nalgas con las manos, separarlas y observar cómo su semen salía a chorros de su ano durante sus orgasmos.

Durante mucho tiempo, le encantó el sexo anal, que ella le concedía de buena gana. Cuando el chico quería estar presente en el encuentro secreto de los esclavos y esclavas, tenía que jurar que no

se lo contaría a su ama, su madre. Tenían estrictamente prohibido tener relaciones sexuales entre ellos, pero él estaba creciendo y sentía curiosidad por todo lo relacionado con el sexo. Así que a veces lo toleraban y le dejaban mirar. Pero no se le permitía tener sexo con ninguno de ellos, ya que la ama lo había prohibido estrictamente y no querían ser azotados, pues la ama no era indulgente con ese castigo. Pero las sirvientas se rieron de él a carcajadas, diciendo que el sexo anal era solo una solución provisional y no tan real como el sexo vaginal. Eso fue muy molesto y vergonzoso; fue el fin del sexo anal. Esperó hasta la noche, cuando ella separó sus nalgas y le ofreció su ano. Miró con avidez la abertura vaginal y el pequeño orificio mientras se frotaba el pene con saliva. Penetró la vagina de la mujer gorda para follarla, obstinadamente y con obstinación, ignorando sus gemidos. Ella suspiró y refunfuñó ingenuamente, pues hacía mucho que no tenía relaciones sexuales, y el pene dentro de su vagina intensificó las sensaciones de la masturbación. Lo aceptó y fingió que no estaba sucediendo.

Ella solo dejó de masturbarse cuando él eyaculó dentro de ella por segunda o tercera vez. Ella lo agarró y le sacó el pene. Como siempre, tenía una erección húmeda y firme. Llamó a un esclavo para que le hiciera unas cuantas masturbaciones para que llegara al orgasmo. Podría haberlo hecho ella misma, ya que era algo común y aceptado en su cultura, pero nunca hacía masturbaciones. Durante años, en su juventud, se vio obligada a masturbar a su anciano abuelo todos los días, y a menudo tardaba más de una hora en llevarlo al orgasmo. Tenía que sentarse desnuda sobre él, abrir las piernas y masturbarse durante un buen rato; de lo contrario, él no podía tener una erección. Solo entonces podía masturbarlo. Aunque su abuelo deseaba desesperadamente tener relaciones sexuales con ella, ella se negaba para poder casarse virgen. Por supuesto, a su abuelo se le permitía tener relaciones sexuales con ella y eyacular dentro de su vagina infantil entre sus labios —ella lo disfrutaba mucho—, pero la mayoría de las veces, tenía que masturbarlo. Tras su muerte, juró no volver a hacerlo jamás.

Encendió la luz para la masturbación para poder controlar lo que la niña le hacía a su hijo; era el deber de una madre. La esclava conocía el procedimiento y se quitó el camisón al entrar. La madre se sentó desnuda con las piernas cruzadas al otro extremo de la cama y observó con ojos brillantes cómo la niña presionaba y frotaba al niño contra sus pechos. El niño tocó los genitales de la niña son-

riente fuera de la vista de su madre. Los dedos de la madre jugaron con sus propios pezones, lo que la excitó de nuevo. Se colocó una tela sobre los muslos para cubrir castamente sus genitales. Se sentó ingenuamente con las piernas cruzadas mientras el pequeño Farid, que había estado sentado sobre los muslos de la niña y dejando que ella lo masturbara, se hundió en la cama, puso la cabeza entre sus muslos bajo la tela y miró fijamente su vagina y su clítoris erecto. ¡Qué caliente era eso! Todavía estaba muy excitada por la masturbación e inmediatamente comenzó a jugar con su clítoris mientras la esclava se masturbaba lentamente. La esclava, por supuesto, también podía verla masturbándose.

La madre gruñó bruscamente cuando la esclava le preguntó en voz baja si debía hacerlo más tarde. No pudo contener su orgasmo y estaba completamente segura de que su hijo no se daría cuenta. Pronto reanudó la masturbación después de su orgasmo, y esto continuó durante un buen rato hasta que el niño dejó de tener una erección. Entonces la esclava se acercó, la recostó boca arriba y retiró su dedo de su clítoris. La sirvienta le dio golpecitos en la parte interna de los muslos para que abriera bien las piernas y luego la complació, dejándola llegar al orgasmo con benevolencia hasta que quedó completamente exhausta. Finalmente, la penetró con los dedos con tanta fuerza que la cansada ama se retorció en el aire con sus piernas regordetas, pataleando y gorgoteando mientras llegaba al orgasmo. La madre siempre se avergonzaba profundamente de haber permitido que la esclava la masturbara de nuevo, igual que ayer, anteayer y todas las noches. La esclava se levantó, se cubrió la cabeza con las manos y la besó respetuosamente en la coronilla, como era costumbre. El niño entonces se giró para que su madre sintiera que no había visto nada. A Farid le resultaba increíblemente excitante verla masturbarse y, sobre todo, ser masturbado. Al día siguiente, siempre le daba una moneda a la esclava para que se quitara la tela y acostara a su madre boca arriba con las piernas abiertas, para que él pudiera penetrarla con firmeza con dos dedos. El pequeño estratega había ideado este excitante extra cuando solo tenía siete u ocho años, y las chicas sonreían y le seguían el juego; la ama no era particularmente lista y nunca se enteró. Su madre le daba la moneda todos los días para que pudiera agradecerle a la chica por las masturbaciones; ¡eso era lo correcto!

A los 10 años, como se recomendaba, le dieron su propia habitación, donde una o dos esclavas dormían a su lado. Todas dormían desnudas, como era costumbre entre los patricios. Su madre les había prohibido, bajo pena de severo castigo, que tuvieran relaciones sexuales antes de cumplir los 12 años. "¡Masturbación manual, si es necesario, nada más!", era la orden clara. Las esclavas temían a su madre y le practicaban sexo oral al niño cada vez que tenía una erección durante el día. Su madre, por supuesto, las vigilaba sigilosamente durante el día para comprobar que realmente solo le practicaban sexo oral. Todos los días al mediodía, durante la siesta, se escabullía a la habitación de su madre, la desvestía y persuadía a la ingenua mujer para que se masturbara, para luego poder follarla placenteramente mientras ella se masturbaba durante horas. Ella engordaba cada vez más, pero a él le resultaba excitante desvestir a la reacia mujer y follarla mientras se masturbaba. Su cuerpo gordo se tambaleaba y se sacudía mientras se masturbaba, lo que lo excitaba intensamente. A ella le encantaba masturbarse y lo hacía hasta el final de su siesta. Él follaba y eyaculaba dentro de la vagina de la chica gorda con placer, tan a menudo como quería, durante las dos horas hasta el final de la siesta. Por las noches, Farid se aferraba a las hermosas chicas desnudas y frotaba con placer y excitación su erección en la hendidura de la chica a la que sostenía por detrás. La otra chica se acurrucaba junto al chico por detrás y sostenía su pene firmemente para que pudiera eyacular dentro de ella, aunque su madre observaba, frunciendo el ceño. Durante semanas frotó su pene en sus hendiduras y eyaculó tan a menudo que ya no salió nada más.

Sus compañeras de cama, sonriendo, por supuesto, le mostraron sus genitales, explicándole todo con detalle, especialmente el clítoris. Naturalmente, él quiso verlo de inmediato, así que le mostraron cómo se frotaban mutuamente hasta el orgasmo. Le excitó este tipo de masturbación y tuvo una erección poderosa con solo mirar. Una chica se masturbó de nuevo, otra le hizo una paja y le dejó eyacular dentro de ella. Y así continuó una y otra vez; el joven, a pesar de la prohibición, se acostó con varias chicas negras. Se acostó con sus dos o tres compañeras de cama negras durante los siguientes 11 años, hasta que a los 21 se casó con Numa y, con su fortuna conjunta, se hizo cargo del lucrativo negocio petrolero.

Ayla alcanzó el orgasmo más rápidamente ahora, mientras Lena le estimulaba los pechos y los pezones. Tom la provocó suavemen-

te y continuó frotándola con delicadeza hasta que Ayla suspiró y siguió hablando.

Durante años, hasta que Tariq finalmente cumplió 12, Numa le hacía masturbaciones tan a menudo como él lo necesitaba. Desde la muerte de su esposo, ambos dormían desnudos en su cama. Él observaba a la esclava lamiéndolo con gran curiosidad y tenía erecciones increíblemente fuertes. Una segunda esclava tenía que encargarse de sus masturbaciones y dejar que eyaculara dentro de la chica que lo lamía por detrás. Él eyaculaba dentro de la chica tan a menudo como podía. Cuando las chicas se iban, se le permitía acostarse encima de Numa, y ella le explicaba muy pronto, con gran detalle, cómo hombres y mujeres tenían sexo. Se le permitía introducir su pene, pero no tener sexo con ella. Ella reía y arrullaba mientras el chico exploraba y eyaculaba dentro, pero no se le permitía tener sexo con ella propiamente dicho hasta que cumpliera 12 años. Pronto rechazó las masturbaciones y echó a la esclava. Introdujo su erección en la vagina de la chica que lo estaba lamiendo, debajo de su trasero. Se acostó con la chica como Numa le había explicado el día anterior, eyaculando dentro de ella a su antojo. Numa estaba demasiado absorta en sus propios orgasmos como para detenerlo de inmediato. Pero después, mientras yacía sobre su cuerpo inerte, retorciéndose y eyaculando dentro de ella, ella le advirtió que no debía acostarse con la chica; su semen inmaduro corrompería a la joven. Él solo lo entendió parcialmente, pero ya no se acostó con la indefensa chica. Por supuesto, seguía introduciendo su pene en ella, pero permanecía pasivo. Guardaba su semen para Numa, excepto en las pocas ocasiones en que la chica movía el trasero de forma tan seductora mientras lo lamía que él eyaculaba dentro de ella de todos modos. Numa elogiaba su obediencia a sus instrucciones y le permitía bailar, retorcerse y masturbarse sobre su cuerpo exhausto cada noche después de que ella lo hubiera lamido. Al pobre muchacho se le permitía eyacular dentro de ella tan a menudo como quisiera. Ella sonrió amablemente y le acarició la cabeza después de que él eyaculara. No le permitió follarla, en parte porque ya estaba demasiado cansada, pero le permitió eyacular dentro de ella tantas veces como quisiera. Finalmente, tuvo que parar; ella apagó la luz y él se durmió en su suave y amoroso abrazo. Numa pasó esos años en un frenesí sexual. Continuó hábilmente dirigiendo el negocio y se dejó follar hasta la locura por sus musculosos esclavos africanos en cada oportunidad. Era común que la follaran media docena de veces al día. Solo a ve-

ces tenía un orgasmo mientras la follaban, pero siempre cuando la lamían. Su conservador marido nunca había comprendido muy bien sus orgías sexuales, y después de su muerte, ella recuperó el tiempo perdido. Era lo suficientemente joven como para follarla media docena de veces al día y para lamerla hasta uno o dos orgasmos cada noche. Cuando envejeció y enfermó, su hijo tuvo que practicar con todas sus jóvenes esclavas mientras ella los observaba y una de ellas la lamía. Ayla sabía bastante de psicología e intentó parecerse lo más posible a su difunta suegra, por él. Lo llamaba hijo, no esposo ni amo, como era costumbre.

Ayla dejó escapar un leve gemido, pues Lena le había provocado un orgasmo tan intenso que su abdomen inferior, y todo su cuerpo, se estremecieron con violentos calambres. Sujetó los dedos de Lena con las manos y se agachó. El orgasmo había sido abrumador e increíblemente poderoso; necesitaba un respiro.

Una vez, Lena y Ayla estaban bastante borrachas, celebrando un aniversario y emborrachándose cada vez más; él solo bebía limonada, por supuesto. Ayla estaba tumbada boca arriba sobre el estómago de Lena, con las piernas abiertas y relajadas, masturbándose y jugando con su clítoris. De alguna manera, debió de ocurrir que él estaba arrodillado entre los muslos abiertos de Ayla justo cuando ella estaba a punto de tener un orgasmo. Rápidamente penetró a la hermosa mujer árabe y comenzó a follarla con fuerza. Lena se inclinó hacia adelante y la masturbó vigorosamente. Ayla reía a carcajadas durante sus orgasmos, riendo y riendo. Reía hasta llorar, mientras él la follaba. Pero cuando, después de un buen rato, él comenzó a embestir con mucha fuerza y a eyacular, ella se sobresaltó y, llorando, le sacó el pene con la mano. Lo sostuvo con inestabilidad y dejó que los gruesos chorros se rociaran sobre su cuerpo. Aturdida, apretó la cabeza y el tronco, exprimiendo las últimas gotas. Disgustada, lo soltó y sollozó lastimosamente. La embriaguez desapareció al instante. Lena y él consolaron a Ayla, quien pronto dejó de llorar.

Lena se esforzó por salvar la situación; las mujeres continuaron riendo y bebiendo. Él se sorprendió de la habilidad con la que Lena manipuló a su amiga, logrando finalmente que admitiera que en realidad había disfrutado mucho de ser follada. Lena hizo que Ayla bebiera apresuradamente hasta que estuvo completamente borracha y jugando frenéticamente con su clítoris. Durante este

tiempo, Lena consiguió que la mujer borracha se acostara encima de ella de espaldas a Tom y dejara que la follara. Lena masturbó a Ayla mientras él la follaba, y Tom penetró cuidadosamente la vagina de la mujer completamente borracha. Ayla abrió los ojos y la boca de par en par mientras él la follaba, y realmente la folló durante mucho tiempo. Lena la masturbó hasta que jadeó y gorgoteó mientras tenía un orgasmo mucho antes que él. Se relajó después de su orgasmo, sonrió borracha y acarició sus nalgas mientras era follada. Lena continuó masturbándola vigorosamente, y Ayla se retorció en su segundo orgasmo. Él continuó follando apasionadamente hasta que, después de interminables minutos, eyaculó. Lena continuó sin inmutarse, porque Ayla ya estaba teniendo un orgasmo y su semen salía a chorros de su vagina.

Las dos mujeres bebieron y susurraron excitadas durante un buen rato en su estado de embriaguez, preguntándose cómo había sido el sexo. ¡¿Eh?! ¡¿Tres orgasmos gloriosos?! Y así fue como le permitieron tener sexo con Ayla una y otra vez. Cuando Lena ya estaba demasiado enferma para tener sexo, él solo lo tuvo con Ayla, y se turnaban para lamer a la enferma, porque lamerla aliviaba su dolor.

Más tarde, tras el funeral de Lena, el albacea de su testamento le entregó una caja sellada con las dos carpetas, su apartamento y una gran suma de dinero. Ella legó su ropa y sus joyas caras a Ayla. Él lloró amargamente mientras el digno notario leía en voz alta la renuncia de Lena a él en su testamento. Si hubiera sabido cuánto lo amaba, la habría visitado mucho más a menudo. Su padre lo ayudó y vendió el apartamento con gran habilidad. Visitó a Ayla docenas de veces más, acostándose con ella y sus esposas, hasta que ella se mudó con su familia.

Tom no le contó a nadie que había tenido relaciones sexuales con la abuela Lena y la bella Ayla.

La madre susurró con aire de complicidad que su padre la había llevado consigo todos los días de las vacaciones, a veces incluso varias veces al día. Probablemente se había masturbado hasta el orgasmo cientos de veces porque su padre insistía en vigilarla. Una vez, incluso fueron a un club de intercambio de parejas y tuvieron sexo con algunas personas, observaron a otras y se dejaron observar. Se sonrojó intensamente, porque no solía revelarle tantos se-

cretos sexuales a Tom. Le acarició la cabeza. «¡Pero esto queda entre nosotros!», dijo enfáticamente.

Su comportamiento cambió radicalmente después de las vacaciones. Aunque no estaba en trance, se tocaba cada vez más abiertamente frente a él. Comparado con la masturbación, donde se frotaba rápida y firmemente, la estimulación con los dedos era una caricia suave y lenta de su clítoris y el área circundante. Si bien el orgasmo llegaba igual de rápido, era muy breve y poco espectacular. Se notaba principalmente en su mirada. Lo miraba con una expresión tímida, vulnerable y triste cuando tenía un orgasmo. Hasta entonces, solo le había permitido eyacular sobre su clítoris o cerca de su vulva; ahora comenzó a presionar su glande contra la abertura vaginal antes de que eyaculara, para que su semen saliera disparado hacia adentro, pero aún no le permitía penetrar completamente. Durante la segunda y tercera masturbación manual, dejó su glande dentro de su vagina porque el movimiento del glande la excitaba muy placenteramente cuando frotaba su pene firmemente. Ella a menudo le hacía una paja, le chupaba y le lamía el pene, y al final él podía eyacular en su boca o en lo profundo de su garganta. Él alternaba días de trance y sexo con días sin trance, con pajas y eyaculación oral, según le apetecía.

En trance, le contó todo sobre las vacaciones en Copenhague, desde su recién descubierta vida sexual conyugal hasta el club de swingers. Que después de ser follada, se masturbó frente a su padre, y que él la montó mientras ella aún estaba en el clímax y eyaculó mientras la follaba. ¡Dios mío, qué caliente fue eso! Que había sido follada por más de cinco hombres en el club, y que su padre también había follado a dos mujeres diferentes, ¡todo en público, delante de todos! Se había masturbado después de cada encuentro, y era increíblemente excitante hacerlo en el anonimato del club, a la vista de todos. Retorciéndose en un taburete acolchado en el club, con las piernas bien abiertas, frotándose el clítoris frente a una audiencia. ¡Oh, Dios mío, esos fueron orgasmos intensos! Había visto a algunas mujeres siendo folladas por el culo, pero no le gustó nada. ¡Había dejado que una chica la lamiera hasta el orgasmo, la primera vez en su vida! El orgasmo fue increíblemente intenso y excitante, pero no se atrevió a lamer a la chica. El padre había estado observando y de inmediato se lanzó a la vagina de una mujer, a pesar de que ya había eyaculado abundantemente dentro de una joven y, de hecho, estaba bastante satisfecho. Tom

le preguntó si podía lamerla, pero ella no quiso. Y él no quiso obligarla.

Esto continuó, con y sin trance, hasta que cumplió 14 años y se enamoró de Ilse.

...

Puede contactar con el autor en JackFaber@gmx.net

Ray, el joven hipnotizador

von Jack Faber © 2022

Ray sabía, por supuesto, que su madre lo espiaba y los observaba a escondidas mientras hacían el amor. Desde la segunda habitación, vacía, de los niños, se podía oír y ver todo lo que sucedía en su cuarto. Le dijo que no le importaba que los espiara. Al fin y al cabo, ella le había confesado una vez que había tenido una juventud completamente asexuada. Unos meses después, ella sacó a relucir sus actividades, y él respondió a todas sus preguntas con franqueza y sinceridad. Ella no comprendía realmente que él manipulaba mentalmente a las chicas, y no le importaba. No tenía ni idea de qué era la hipnosis ni de que su hijo se había convertido en un poderoso hipnotizador. Resultó que lo que las mujeres inexpertas le hacían era completamente nuevo para ella. En sus cincuenta años, nunca había oído hablar de ello, y mucho menos lo había visto o practicado, afirmó. Se sintió terriblemente avergonzada al admitir que no podía apartar la mirada cuando una virgen lo tocaba. Él sonrió de oreja a oreja y dijo que había tenido que enseñar a la mayoría de las vírgenes cómo hacerlo con su mano. Su madre estaba muy agradecida de que él pudiera hablar con ella con tanta franqueza.

Volvieron al tema del espionaje, y Ray le preguntó si no le gustaría presenciarlo. Su madre se removió incómoda, sorprendida por la pregunta. Él tuvo que describirle con detalle cómo se podía hacer, y entonces ella dijo que le gustaría intentarlo.

Fue una buena conversación.

La siguiente chica subió las escaleras después de que él la llamara. Ya la tenía bajo su control mental y le había ordenado que ignorara a la mujer. Hizo que la madre se sentara en una silla y se giró hacia la chica. Mientras la penetraba, notó lo excitada que se ponía su madre al verlo, tocándose constantemente los genitales bajo la falda y las bragas. Después de eyacular, dejó que la chica se masturbara, y la madre observaba con los ojos muy abiertos, tocándose el clítoris torpemente. Volvió a penetrar a la chica y miró a los ojos de su madre mientras eyaculaba. Le hizo un gesto a la madre, indicándole que tenía que irse.

Las siguientes chicas eran vírgenes cuando la madre se sentó junto a él en su cama. Él le había dicho que podría ver todo mejor y de cerca si se sentaba en la cama con él, lo cual hizo después de una breve vacilación. Confiaba en que él era invisible para las chicas. Miró y miró y se inclinó hacia adelante para ver todo con mucha claridad y tocó tentativamente los genitales de la chica. Había deslizado una mano bajo su falda y estaba masajeando sus genitales bajo sus bragas. La chica frotó su pene y eyaculó. La madre se estremeció cuando su semen salpicó sus muslos. Estaba muy excitada cuando la chica se masturbó y, poniéndose muy excitada, continuó tirando de sus genitales bajo sus bragas. Al día siguiente, no llevaba bragas, se subió la falda y tocó con excitación su vulva mientras la chica lo masturbaba. La chica eyaculó —como se le había indicado— sobre la vulva y los muslos de la madre. Ella se estremeció violentamente cuando su semen salió disparado directamente sobre su vagina.

Después de que la chica se fue, su madre le preguntó si le daba vergüenza ver su vulva desnuda. Claro que no, respondió él. ¿Podría intentarlo ella misma la próxima vez, hacerlo como la chica?, preguntó, ya que nunca lo había intentado antes. Él asintió, diciendo que tenía que hacerlo sí o sí, que sin duda sería genial.

Al día siguiente, cuando la chica lo masturbó, vio la vagina desnuda y húmeda de su madre con total claridad. La encontró de alguna manera hermosa, a pesar de que era vieja, muy velluda y bastante arrugada. Su clítoris era bastante normal; algunas chicas los tenían mucho más grandes. Pero ella se frotó el clítoris vigorosamente y tuvo un orgasmo sorprendentemente rápido. Abrió mucho los ojos y suspiró alarmada. Él le dijo que eso era masturbación y orgasmo. La tranquilizó diciéndole que era exactamente como debía ser y que lo había hecho a la perfección. Cuando la chica lo masturbó de nuevo, la madre se masturbó una vez más. Él la observó masturbándose muy de cerca y eyaculó. La chica guió obedientemente su pene, y su semen salpicó directamente la vagina de la madre. Ella se estremeció instintivamente y pareció notarlo solo de forma incidental porque estaba muy excitada mientras se masturbaba. Su semen fluyó gradualmente hacia su vagina mientras ella alcanzaba el orgasmo. Él sonrió ampliamente mientras ella continuaba masturbándose hasta que, después de su propio placer, la chica lo masturbó de nuevo. Se inclinó mucho hacia adelante al eyacular, y la chica eyaculó a corta distancia sobre la vagina

de la madre que se masturbaba. Ella se estremeció de sorpresa y miró con asco su glande, que palpitaba y eyaculaba.

Ray habló con su madre después de que la chica se fue. No, la eyaculación en sí no le molestaba; solo se había estremecido un poco porque detestaba que la eyacularan encima. Su padre siempre había eyaculado dentro de su vagina y nunca sobre su cuerpo. Si Ray quería eyacular dentro de su vagina, no le importaría en absoluto; lo había sabido toda su vida, era normal. Pero que la eyacularan encima, eso sí que lo detestaba; era perverso, no lo quería para nada. Era totalmente repugnante y le recordaba algo desagradablemente. Él asintió; le parecía bien, no lo volvería a hacer. ¿De verdad preferiría que la penetrara con su pene y eyaculara dentro? Sí, eso es exactamente lo que acababa de decir, dijo algo irritada, ¡no quería que la eyacularan encima nunca más, punto! Prefería que eyaculara directamente dentro de su vagina en lugar de que la eyacularan encima. "Pero solo eyacular dentro", dijo con firmeza, "¡pero absolutamente nada de follar!" ¡Definitivamente no quería eso! "Eyacular dentro está perfectamente bien, ¡creo que es genial! Así lo dispuso la naturaleza, puedes hacerlo. Pero no tienes permitido follarme, ¡te lo prohíbo!" Él asintió con un nudo en la garganta. Ella sonrió y dijo que estaba muy feliz de haber aprendido a masturbarse. Dijo que aún no se atrevía a masturbarse por las noches porque su padre se daría cuenta. Quería hacerlo tarde por la noche, cuando su padre estuviera profundamente dormido. A veces le contaba a Ray en confianza que se había masturbado durante la noche. Se masturbaba felizmente durante horas hasta que se quedaba dormida de agotamiento.

A menudo se sentaban en la cocina a hablar de sexo. Ella era muy curiosa e inquisitiva, tenía mil preguntas, y él ya sabía más de sexualidad que ella. Respondía a sus preguntas lo mejor que podía, y se reían de algunas de las cosas más atrevidas que decía. Ella decía que nunca había visto nada de eso; ni siquiera sabía que las chicas podían masturbarse. Solo conocía el sexo con su padre; él la había desflorado con mucha delicadeza en su noche de bodas, y durante los primeros años tenían relaciones sexuales varias veces al día. Luego se hizo menos frecuente, y ahora solo era una o dos veces al mes. "A tu padre le encantaba follar y correrse más que nada, ¡y siempre fue un hombre muy cariñoso! En los primeros años, teníamos sexo varias veces al día, y él se corría dentro de ti tan a menudo como podía. Aun así, tardaste casi 10 años en co-

rrerte. Tuvimos sexo durante otros 10 años tan a menudo como él podía eyacular porque queríamos tener más hijos. Por desgracia, no volví a quedarme embarazada, y tuvimos sexo cada vez menos a medida que tu padre envejecía y se calmaba." Ray se quedó sin palabras; estaba hablando de su intimidad por primera vez y tratándolo como a un adulto. Nunca había estado con otro hombre; nunca había sido una opción para ella, afirmó. Nunca pudo entender por qué algunas de sus amigas se acostaban con cualquiera. Ignoraba los coqueteos de los hombres y nunca respondía.

Ella extendió la mano con entusiasmo. "Solo pasó una vez". Permaneció en silencio, mirando fijamente la mesa. Ray esperó un momento, reflexionando sobre el hecho de que su madre había engañado a su padre. En realidad no le importaba; de alguna manera la hacía más viva, más humana. Consciente de su propia depravación, la observó con curiosidad y ternura. Le preguntó con cautela si quería contárselo. Le tomó la mano, intentando leer sus pensamientos; era muy buena en eso. Le dio un leve empujón mental, animándola a abrirse por completo y contárselo todo. La ayudó a superar sus inhibiciones, pues le resultaba difícil confesar su transgresión a su hijo. Era su secreto mejor guardado. Ray siempre se sentía avergonzado cuando influía mentalmente en su madre, pero si eso la ayudaba a superar sus inhibiciones, podía jugar con sus pechos; eso lo haría más fácil.

Suspiró profundamente y comenzó a contar su historia. «Fue mucho antes de que nacieras, apenas llevábamos unos años casados, cuando el hermano de tu padre vino a quedarse con nosotros. Tenía previsto emigrar a Australia en unos meses y necesitaba un lugar donde vivir temporalmente. Se quedó con nosotros unos cuatro meses antes de que tu padre lo echara». Hizo una pausa, pensando en cómo contar la historia. Su mano bajó automáticamente hacia su escote y, distraídamente, acarició un pecho mientras describía la indiscreción sexual.

"Yo era muy joven, apenas tenía veintitantos años, y era una chica guapa e inexperta. En aquella época, no se usaba ropa interior en verano, y cuando sentí la mano de Jim en mi trasero desnudo, un escalofrío me recorrió la espalda. Que me mirara debajo de la falda en cada oportunidad no era raro; ¡los tiempos eran diferentes, Ray!". Echó la cabeza hacia atrás y se arregló los rizos. "Era muy excitante cuando me miraba con deseo el coño. 'No importa',

dijo tu padre, 'isolo es un hombre!'". Incluso en la cena, tu padre no podía quitarme las manos de encima, exponiendo mi coño, y Jim salió sonriendo porque tu padre empezó a follarme en la cocina justo después de cenar, y luego continuamos follando en el dormitorio. Jim espiaba a través de la puerta abierta porque siempre dejábamos la puerta abierta y la luz encendida cuando follábamos. No recuerdo por qué provoqué a Jim así, pero cuando terminé las tareas de la casa a la hora del almuerzo, me senté con las piernas bien abiertas en el banco de la cocina y dejé que mirara mi coño mientras leía una revista. Me deleitaba con su excitación porque cuando me acariciaba el coño, se quedaba mirando como una oveja y se iba a su habitación, inmediatamente se tumbaba desnudo en la cama. También espiaba cuando se tumbaba desnudo en su cama, mirando las fotos en las revistas porno y deslizando su prepucio hacia adelante y hacia atrás. Encontré "Incluso entonces era repugnante cuando eyaculaba". Ray le cogió la mano, cerró los ojos e imaginó vívidamente las escenas.

"Cuando se lo mencioné a tu padre, simplemente se encogió de hombros con indiferencia. 'Jim siempre ha tenido problemas con las mujeres, y si le dejas ver tu hermoso coño, ¡entonces me parece perfecto!' No veía nada malo en que su hermano mirara mi coño y eyaculara. Todos los hombres lo hacían, era perfectamente normal. Tu padre siempre fue generoso, indulgente y amable con su hermano. Y dado lo que siguió, fue justicia poética que continuara provocando a Jim día tras día durante los siguientes cuatro meses. Todos los días, después de hacer las tareas de la casa, me sentaba con las piernas bien abiertas en la encimera de la cocina y dejaba que mi coño se asomara bajo mi vestido. Jim no había ido a su habitación en siglos; acercó su silla todo lo que pudo y se masturbó, con los ojos fijos en mi coño. Normalmente subía las piernas y ponía los pies en la encimera. En esta posición de cuclillas con las piernas abiertas, mi coño era más visible. Abría mi vulva con ambas manos y la acariciaba suavemente; ya sabía cómo masturbarme entonces." Todavía no. Siempre se masturbaba durante mucho tiempo, y el semen simplemente goteaba al suelo; no podía eyacular tan bien por la tarde como por la mañana. Lo dejaba masturbarse y lo observaba hasta que se agotaba. Tenía que limpiar el suelo él solo. —¡Esos sí que eran otros tiempos, Ray! —Él sonrió ante su descripción y se echó a reír a carcajadas al ver sus recuerdos con tanta claridad—. ¡Ya eras una niña traviesa entonces! —dijo con admiración, mirándola con una sonrisa radiante. Ella bajó

la mano hasta el escote, se bajó el sujetador del todo y dejó al descubierto un pecho. Se acarició el pecho distraídamente mientras seguía hablando.

Durante los cuatro meses, le conté a tu padre todo con todo lujo de detalles cada vez que hacíamos una pausa en el sexo. Él escuchaba con los ojos cerrados, casi siempre dormido, pero a veces hacía preguntas y quería saber hasta el último detalle. No le oculté nada porque nos amábamos con mucha pasión. Cuantos más detalles compartía y más obscenas mis descripciones, más rápido se le ponía dura la polla. Le encantaba oír hablar de mis juegos con la lujuria de Jim. Más tarde, cuando le enseñé las fotos que Jim me había sacado repetidamente, fue una forma maravillosa de excitar a tu padre. «Tienes un clítoris precioso, mi ángel», repetía, «¡y un agujero precioso!». Siempre quería volver a ver las fotos.

Lo único que le molestaba eran las fotos donde el semen de Jim salía de mi vagina y caía al suelo en gotas abundantes. "¿Ustedes dos no están teniendo sexo, verdad?", preguntó bruscamente, pero en aquel entonces no lo hacíamos. Le costaba aceptar que yo no quería que eyacularan sobre mí, y por eso Jim presionaba su glande contra mi vagina al correrse, y por eso el semen se escapaba. "¡No tengas sexo con nadie más, nos lo prometimos!", me advirtió, "¡Jamás te lo perdonaría!". Lo tranquilicé y empecé a tener mucho más cuidado con lo que le contaba a tu padre y lo que no. Pero seguí siendo terca y no dejé que me lo prohibiera.

También se había descubierto el otro pecho y se acariciaba suavemente. Era maravillosamente excitante acariciarse mientras contaba su historia. Ray la observó jugar con sus pechos con creciente fascinación, cerró los ojos y vio sus vívidos recuerdos. "Claro, después dejé que Jim me penetrara cuando vino, si él quería. ¡No quería que me eyacularan encima otra vez! Con el tiempo, a tu padre le pareció muy excitante cómo goteaba el semen de mi vagina y no hizo más preguntas. Jim, por supuesto, también filmó su polla dentro de mí, pero de vez en cuando borraba estas y las fotos más antiguas del teléfono de Jim; no iba a dejar que nadie me lo prohibiera." Perdida en sus pensamientos, se estimuló los pezones, y su voz se volvió muy ronca y tembló de lujuria.

"Durante las últimas semanas, Jim dejaba de masturbarse a mitad de camino y me follaba mientras yo estaba en cuclillas. Filma-

ba el semen corriendo y goteando de mi vagina. Por supuesto, le mostré los videos a tu padre, ¡lo que lo volvió loco! Me ponía en cuclillas con las piernas bien abiertas en la encimera de la cocina, golpeando y frotando mi clítoris hasta que explotaba, y el jugo corría obscenamente de mi vagina. Afortunadamente, nunca notó que mi vagina seguía abierta de par en par por el coito, un agujero grande y redondo en lugar de la pequeña abertura habitual. Estaba temblando por dentro porque todo podía salir en cualquier momento. Pero tu padre se ponía muy duro viendo los videos y me follaba mientras los reproducía de nuevo y el jugo goteaba de mi vagina." Ray preguntó si todavía tenía las grabaciones. Buscó a tientas su teléfono inteligente y se puso roja como un tomate de vergüenza. Avergonzada, le mostró unas 50 fotos íntimas y varios videos. Ray estaba tan excitado como ella; Su yo más misterioso era verdaderamente hermoso en aquel entonces, el semen goteando no era particularmente excitante. Ella seguía susurrando que estaba tan avergonzada de haberse dejado fotografiar y filmar tan voluntariamente. Por supuesto, él notó de inmediato la diferencia entre un agujero follado y uno no follado. Presionó una mano sobre sus pantalones para ocultar su erección. Ella acarició sus pechos con excitación mientras miraban las fotos juntos, le besó el cabello y susurró lo avergonzada que estaba. Ray dejó el teléfono inteligente a un lado después de copiarlo todo en secreto.

Le pidió que continuara la historia, cerró los ojos y vio las escenas a través de los de ella. Mientras seguía hablando, ella se acariciaba los pechos. "Todo empezó así: el tío Jim, James, entraba desnudo al baño todas las mañanas después de que mi padre se fuera a trabajar para orinar. Pronto descubrió cuándo iba yo por la mañana, me esperaba y se restregaba desnudo contra mí. Lo regañé, por supuesto, pero él solo se reía y amenazaba con decirle a mi marido que yo era una puta. Yo era muy joven, tenía poco más de 20 años, y dejé que me intimidara. Todas las mañanas se restregaba contra mí y fingía tener sexo conmigo. Yo llevaba ropa interior, por supuesto, y él me follaba la ropa interior de pie y se corría sobre ella. Asqueroso. Después de eso, dejé de usar ropa interior y me quedé completamente desnuda como él. Durante unos días, le bastaba con follarme y eyacular entre mis labios vaginales apretados. Pero después, me tiró a la cama y se tumbó encima de mí. No dejé que me follara enseguida, por supuesto, y junté las piernas. Se tumbó encima de mí, su pene penetrando en mi..." vello púbico y entre mis labios vaginales. ¡Pero no dejé que me penetrara! Me fo-

lló sin piedad, su glande empujando entre mis labios hasta que eyaculó. Casi siempre eyaculaba entre mis labios, pero a veces se ponía de pie, retraía rápidamente su prepucio varias veces con la mano hasta que su grueso glande se ponía rojo y obsceno, y eyaculaba sobre mi vulva y mis labios. No sabía entonces que era masturbación. Pensaba en ello cuando tus chicas te lo hacían y te hacían eyacular. Jim también lo había hecho así, pero no lo sabía entonces. Lo hacía dos veces cada mañana durante semanas, y me daba mucho asco cuando se tumbaba encima de mí, imitaba el coito y luego terminaba eyaculando entre mis labios o sobre mi vulva." Suspiró y le apretó la mano. Continuó acariciándose el pecho sensualmente, pellizcándose el pezón con excitación, y siguió hablando.

"Finalmente fue más allá, me separó las piernas a la fuerza y me metió la polla dentro. Me quedé paralizada de miedo y no me moví. Empezó a follarme muy bien, ¡mucho mejor que tu padre! Al principio, lo seguí con entusiasmo, tal como me enseñó tu padre. ¡Fue muy, muy agradable! Pero antes de que se corriera, pensé que no podía engañar a mi padre y lo empujé con todas mis fuerzas. Se quedó desconcertado y me penetró de nuevo. Pero en cuanto empezó a follarme otra vez, lo aparté. No sé cuántas veces pasó esto hasta que arqueó la espalda, se masturbó y se echó el prepucio hacia atrás del todo, de modo que su glande rojo salió completamente y eyaculó sobre mi coño. ¡Eso fue realmente asqueroso!" Apretó la mano de Ray con fuerza; él claramente sintió su asco y vio a Jim eyacular. Las lágrimas brillaron en sus ojos, y por un momento dejó de acariciarse el pecho y de pellizcarse el pezón.

"Siempre lo hacía así: dejaba que lo empujara hacia atrás, luego lo forzaba a entrar de nuevo, solo para ser empujado de nuevo después de unas cuantas embestidas. Después de una docena de veces, cuando lo había empujado hacia atrás, o eyaculaba entre mis labios o se masturbaba muy rápido y eyaculaba sobre mi vulva. Le decía que prefería que eyaculara entre mis labios. Pero a veces quería masturbarse y eyacular sobre mí. Se veía asqueroso; exponía su glande por completo y eyaculaba por delante. ¡Me parecía muy repugnante!" Suspiró, perdida en sus pensamientos. Apartó la mano de su pecho y se palpó bajo la falda en la mesa de la cocina. Distraídamente, jugó con su clítoris bajo la mesa. Su mirada se volvió soñadora, y dejó que sus pensamientos, como sus dedos, vagaran. Ray no la molestaba. Este Jim nunca había sido menciona-

do, pero no le sorprendía; tenía los mismos genes y era un verdadero bastardo.

"Una mañana, mi padre regresó, no recuerdo por qué. Nos encontró en la cama, mi coño acababa de explotar violentamente, y Jim me estaba follando con fuerza y estaba a punto de correrse. ¡Mi padre gritó! Apartó a su hermano de mí de un tirón y le dio un terrible gancho. ¡Jim estaba tirado en el suelo, y su polla estaba eyaculando sola! Yo me reía histéricamente porque parecía tan irreal, y también me abofetearon. Mi padre casi lo había matado a golpes, ¡y Jim no tenía nada mejor que hacer que eyacular en la alfombra! Mi padre, furioso, le dio un puñetazo en la cara, siguió golpeándolo y le gritó a Jim que tenía que salir de la casa inmediatamente y lo echó él mismo. Jim recogió sus cosas y se fue en un minuto. Mi padre volvió conmigo, se sentó en el borde de la cama y enterró su rostro ceniciento entre las manos. Lloró por primera vez desde que lo conocía. Le rogué que me dejara llevarme todo para poder contárselo, porque no era como él lo había hecho. Supuse. Le dije lo mismo que te estoy diciendo ahora, dejó de llorar y me abrazó comprensivamente. Pero aún así tuve que contarle la última parte, aunque fue muy desagradable.

"Le aseguré a tu padre varias veces que a Jim nunca se le permitió eyacular dentro de mí, ¡jamás! Lo juré tantas veces que se creyó mi mentira. Pero tuve que admitir que dejaba que Jim me follara durante más tiempo cada vez antes de expulsarlo, porque entonces se corría mucho más rápido con el asqueroso roce y la eyaculación. Quería terminar cuanto antes y siempre dejaba que Jim me follara durante mucho tiempo. Tu padre estaba convencido de que le había sido infiel, aunque Jim nunca había eyaculado dentro de mí." Su madre había empezado a llorar en voz baja, y Ray le acarició la mano para consolarla. Le preguntó en voz baja cómo se sentía después de ver su experiencia. Ella se acarició el clítoris de nuevo y le contó más detalles; al final, follar con Jim le había resultado muy placentero. "Tenía una polla grande, gruesa y muy firme", dijo soñadoramente, frotándose el clítoris con vigor, "y follaba muy bien. ¡Su polla era mucho más grande que la de tu padre, y follaba mucho, mucho mejor!" Llevaba varias semanas luchando contra la intensa tentación de follar con él de verdad. Solo la idea de quedar embarazada de él la detenía. Ray le acarició las mejillas. «No le fuiste infiel», dijo con firmeza. «¡No, no le fuiste infiel!», repitió,

observando la escena. Ella no dijo nada, escuchando a su propio cuerpo mientras se frotaba discretamente el clítoris.

Ray esperó un momento y le preguntó si Jim realmente nunca había eyaculado dentro de ella. Ella lo miró con expresión dolida y suspiró profundamente. “No, solo al final. Nunca le conté a tu padre que durante las últimas semanas dejé que Jim me follara durante mucho tiempo porque me provocaba sensaciones maravillosas y excitantes, y hacía que mi coño explotara antes de que él se corriera. ¡Tenía que follar y correrse dos veces cada mañana, todos los días! Siempre lo apartaba después, solo después de que mi coño hubiera explotado y tuviera la sensación de que estaba a punto de correrse. Si ya estaba eyaculando con fuerza cuando lo apartaba, nunca estaba segura de si no se había corrido ya dentro de mí. Siempre me levantaba frenéticamente y corría a la ducha para lavarme el coño. Pero la mayoría de las veces tenía que masturbarse durante mucho tiempo para correrse. Siempre intentaba correrse dentro de mi coño abierto, pero yo apretaba la vulva para que no pudiera hacerlo. Eso le molestaba mucho, pero me mantuve firme. Pero me dolía mucho; ¡era muy humillante, degradante cada vez! Me daba asco cuando sonreía y eyaculaba todo su semen sobre mi coño.” “Él eyaculó. ¡Siempre seguía frotándose el pene hasta que dejaba de eyacular!” Se quedó en silencio y pensó durante un largo rato, sus dedos danzando sobre su clítoris. “Ahora, mirando hacia atrás, creo que Jim eyaculaba dentro de mí a menudo incluso entonces. Cada vez que lo apartaba demasiado tarde, inconscientemente sabía que había eyaculado dentro porque solo eyaculaba unas gotas sobre mi vulva abierta. ¡Estaba tan avergonzada! Pero en aquel entonces, simplemente corría a la ducha presa del pánico y no pensaba en ello. ¡Era un cerdo, Ray, un cerdo asqueroso! ¡Nunca lo hice voluntariamente; tuvo que obligarme con violencia y chantaje!” Lloró suavemente y le apretó la mano. Ray lo había visto todo a través de sus ojos, ¡y ella era una rana mentirosa que había mentido descaradamente a la cara de su padre, bajo juramento! Su padre era igual de repugnante; cada verano se acostaba con su ingenua becaria menor de edad todos los días. Ray lo había visto él mismo varias veces en sus recuerdos. Le acarició las mejillas porque sentía mucha pena por ella. Permanecieron sentados en silencio a la mesa de la cocina durante un buen rato, y ella dejó de llorar. Sus dedos volvieron a moverse, frotándose vigorosamente el clítoris.

Faltaban cuatro semanas para el final. Me di cuenta de que Jim sí se había corrido dentro de mí esta vez. De repente, ya no me importaba. Sonreía triunfante y me follaba dos veces cada mañana, me hacía explotar dos veces y luego se corría sobre mí. Lo follaba apasionadamente porque era increíblemente bueno en la cama. Realmente me había convertido en una puta, tal como dijo tu padre. Por las noches, tu padre me follaba y se corría tan a menudo como podía. Por las mañanas, Jim me follaba dos veces, me hacía explotar dos veces y sonreía satisfecho mientras se corría dentro de mí. Los ojos de Ray se abrieron de par en par cuando ella explotó frente a sus ojos y Jim, sonriendo maliciosamente, se corrió dentro de ella.

"La única diferencia era que yo amaba a tu padre con todo mi corazón, mientras que follar con Jim no significaba nada. Era un sexo hermoso y apasionado que me daba sensaciones desconocidas y maravillosas, y explosiones reales que nunca tuve con tu padre. Pero yo despreciaba a Jim; era un cerdo. ¡El amor de tu padre era mucho más importante para mí que el increíble sexo con Jim! Y yo, yo realmente me había convertido en una puta." Ray le acarició las mejillas con ternura, mientras sus dedos recorrían frenéticamente su clítoris. Él había podido verla follar con Jim y casi había sentido físicamente sus explosiones y su penetración. ¡Era increíblemente excitante!

Ray le preguntó si aún pensaba en ello, y ella asintió. "Sí, cuando me masturbo, ¡a menudo pienso en el sexo caliente con Jim!" Ray le preguntó si eso la excitaba ahora, y ella volvió a asentir. Él dejó caer sus pantalones. Solo le había ordenado mentalmente que jugara con sus pechos; su excitación venía completamente de dentro. "No he visto esas películas en meses, ¡me han vuelto loca!" dijo, recostándose en la encimera de la cocina. "¡Me puse increíblemente cachonda viendo esas películas de Jim teniendo sexo!" dijo, mirando con anhelo su pene. Ray casi podía sentir su lujuria salvaje. Había perdido todo contacto con la realidad; ¡lo necesitaba ahora mismo! De repente se subió la falda hasta los pechos y empujó su vulva desnuda con avidez hacia su pene. Continuó masturbándose durante unos segundos con los ojos cerrados, gimiendo suavemente. "Creo que estoy a punto de tener un orgasmo", gimió, con la voz tensa. Abrió las piernas de par en par y tiró de su pene con una mano. Él se lanzó hacia adelante, y ella lo atrajo más hasta que su glande estuvo dentro de su vagina. Los dedos de su otra

mano rozaron su clítoris. Ray ya tenía una erección e inmediatamente la penetró. Ella sonrió con intensa excitación y susurró repetidamente: "¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!". Él esperó pacientemente dentro de ella hasta que comenzó el orgasmo y luego inmediatamente comenzó a follarla. Después de que ella se calmó tras su largo orgasmo, ella, con buen humor, lo dejó continuar y le acarició la cabeza. Le susurró suavemente que tenía que correrse ahora mismo y que no debía seguir follándola. Pero ella sintió que él no podía parar; tenía que seguir follándola hasta correrse. Se abrazaron fuertemente en un abrazo íntimo hasta que, después de mucho follar, finalmente se corrió. Dejó su pene dentro de ella un rato hasta que se ablandó por completo. Ella le acarició el pelo y susurró: "¡Ambos necesitábamos eso!". Se abrazaron durante un largo rato. Él quiso tener sexo de nuevo cuando su pene se puso rígido una vez más, pero ella negó con la cabeza enérgicamente; su lujuria se había desvanecido. Ella lo apartó suavemente y le sacó la erección con la mano; no quería que la penetraran de nuevo. Lo observó masturbarse y le permitió penetrarla antes de eyacular. Sonrió con indulgencia mientras él la penetraba un poco más hasta que finalmente pudo correrse. Le revolvió el pelo y se apartó de él.

Él volvería a mirar sus fotos pornográficas una y otra vez. Ray siempre se masturbaba al verlas. Cuando su rostro era visible, era o increíblemente hermosa o perversamente lujuriosa. Estudiaba su joven rostro, sus pechos llenos y su cuerpo esbelto con su vagina fascinantemente sexy. En muchas fotos, se podía ver el interior de su vagina, lo que lo hacía estremecerse; ¡la vagina de esta hermosa joven lo había dado a luz años después! Una buena docena de videos mostraban su pene penetrando con fuerza en su vagina, haciéndola explotar, luego él terminaba y eyaculaba dentro de ella. Jim había colocado su teléfono inteligente entre sus piernas mientras ella se estimulaba vigorosamente el clítoris. Su pene penetraba con fuerza en su vagina, y ella solo dejaba de estimularse cuando su orgasmo estallaba. Su vagina y labios se contraían rítmicamente alrededor de su pene, sujetándolo firmemente. Ella se estimulaba el clítoris de nuevo hasta que su orgasmo terminaba. Él continuó penetrando y de repente se detuvo, su pene se contrajo varias veces. Era claramente visible en su uretra que el fluido estaba siendo rociado repetida y rítmicamente en su vagina.

Su clítoris estaba visiblemente excitado y duro como una roca en cada foto y video. En algunas fotos, se había retraído el capu-

chón del clítoris con tanta fuerza que su clítoris rígido era claramente visible. En los videos, era obvio que seguía retrayendo el prepucio porque estaba increíblemente cachonda. Golpeaba la punta de su clítoris rápida y firmemente. Temblaba y gemía de lujuria, pero no lograba encontrar la manera correcta de masturbarse. Golpeaba y frotaba su clítoris hasta que se estremeció y se agachó. Sus nalgas rebotaban arriba y abajo, y presionaba sus dedos firmemente contra su clítoris, con el rostro contraído por el placer. Él vio todos los videos con atención y al instante estuvo seguro de que la habían filmado durante un orgasmo.

Él la interrogó y le mostró la grabación más concluyente. Solo tuvo que darle un pequeño empujón mental, y ella se sinceró fácilmente. Le contó todo lo que recordaba. Desde el principio, cuando su padre empezó a tener relaciones sexuales con ella, se excitaba muchísimo después de varios encuentros, con el clítoris completamente erecto. Su padre estaba tan desconcertado como ella, pero descubrió los golpecitos y las caricias. Después de unos minutos, la hacía estremecerse, retorcerse y explotar; la tensión insoportable había desaparecido. A partir de entonces, la hacía explotar cada vez después del sexo; inmediatamente volvía a tener una erección y podía tener sexo de nuevo. Después de unos meses, ella misma lo hacía después del sexo. Su padre tenía erecciones muy duras cuando la veía golpearse y acariciarse hasta que explotaba. Lo hacía después de cada encuentro o siempre que se excitaba por sí sola. Todas las tardes, una vez terminadas las tareas de la casa, se sentaba en la encimera de la cocina con las piernas abiertas, leyendo y jugando soñadoramente con su clítoris debajo del vestido. Las fantasías que imaginaba mientras jugaba con su clítoris la volvían loca de deseo, y lo estimulaba hasta que explotaba y la excitación disminuía. Era realmente maravilloso, y su marido se convertía en una bestia furiosa cuando ella se lo contaba por las noches. Era una buena solución para ella y su padre. Ray dijo que las explosiones eran orgasmos, y ella se sonrojó de pies a cabeza. ¡No lo sabía en ese momento! Ray casi se desmaya al escuchar su historia porque podía imaginarse vívidamente sus recuerdos de tener sexo con su padre y de sus juegos con el clítoris.

Durante los siguientes años, ella lo visitaba a diario, lo observaba tener relaciones sexuales y masturbarse, y se masturbaba ella misma tan a menudo como podía. Sonreía dulcemente cuando, antes de eyacular, él se inclinaba hacia adelante y penetraba su vagi-

na con su pene erecto. Para él era algo muy especial penetrarla directamente y eyacular dentro de ella. Ella sonreía con orgullo y luego continuaba masturbándose. Le decía que le encantaba masturbarse.

Si no estaba seguro de poder eyacular dentro de una chica experimentada, simplemente le pedía que le hiciera una masturbación manual. Hacia el final de la masturbación, las chicas experimentadas le tomaban el pene con la boca y le permitían eyacular dentro. Muy pocas tragaban su semen; la mayoría lo escupía. Estas felaciones excitaban enormemente a su madre. Ella se detenía, cautivada, y observaba con una sonrisa cómo él eyaculaba en la boca de la chica. Si la chica tragaba el semen, se tapaba la boca horrorizada; ¡era increíblemente perverso!

Las vírgenes obedientemente le hicieron una paja; él se inclinó tanto que la cabeza de su pene penetró su vagina incluso mientras la frotaba. Durante varios meses, fue bien que penetrara su vagina completamente para eyacular dentro. Ella sonrió muy tímidamente cuando él insertó su pene por completo y sonrió de buen humor y contenta cuando eyaculó inmediatamente. Durante varios meses, disfrutó penetrando su vagina justo antes de eyacular y eyaculando dentro de ella inmediatamente. Ella sonrió amablemente, de buen humor y alentadoramente cuando él eyaculó dentro de ella dos o tres veces cada tarde. Ella acarició su cabeza cuando no se estaba masturbando y sonrió feliz cuando él eyaculó dentro de ella durante su orgasmo.

Se volvió más atrevido y realizó movimientos bruscos mientras eyaculaba dentro de ella. Su madre lo regañó y reprendió después, diciéndole que no tenía permitido tener relaciones sexuales. Él se arrepintió y prometió que lo haría.

No duró ni dos días. Intentó esperar a eyacular hasta que ella estuviera muy excitada y masturbándose. Entonces ella no pareció darse cuenta de que él la estaba follando durante unos segundos mientras eyaculaba dentro de ella. Un par de veces, sin embargo, ella lo apartó, y después de que la chica se fue, lo regañó furiosamente y le habló largo y tendido sobre lo que podía y no podía hacer. Pero él no se atuvo a lo permitido; la penetró antes de eyacular y la folló sin cesar. Era lo suficientemente hábil como para hacerlo durante su clímax, así que ella no protestó. Durante un año, su en-

gaño funcionó. Todos los días traía a una virgen de 13, 14 o 15 años, la hacía masturbarlo y eyaculaba apresuradamente dentro de su vieja y arrugada vagina. La última vez, la folló durante varios largos minutos antes de eyacular. Fue muy satisfactorio. Cuando la miró a los ojos mientras ella se levantaba y bajaba las escaleras, supo que esta vez había ido demasiado lejos.

Desde ese momento, aparentemente ya no lo deseaba y dejó de acercarse a él. Discutieron sobre ello, y ella temía que la cosa fuera a más, a tener relaciones sexuales, algo que no quería. Una madre no tenía permitido tener sexo con su propio hijo, así de simple. Por supuesto, ella sabía perfectamente que él tenía sexo con ella cada vez que la penetraba para eyacular. Se sentía atormentada internamente cada vez porque no lo detenía de inmediato. Permaneció en silencio durante un largo rato y dijo en voz baja que se había sentido muy bien la última vez. ¡Lo deseaba tanto, pero simplemente no podía ser! Él bajó la cabeza con culpabilidad y asintió; no podía, simplemente no debía continuar. Todo estaba bien entre ellos, dijo ella, y él asintió. ¡Solo lo quería una vez más, ahora mismo, una última vez, solo una última vez!, suplicó. Ella permaneció en silencio durante cinco minutos. Él leía sus pensamientos y la manipulaba.

Ella suspiró profundamente y dijo: "¡Está bien!". Ray casi gritó, estaba tan abrumado. Subieron a su habitación. Él se desnudó en un instante; ella dudó un momento, pero se desnudó por completo antes de acostarse a su lado. La vio completamente desnuda por primera vez. Sus pechos eran pequeños y planos, sus pezones de color marrón oscuro y muy puntiagudos. Ella frotó su pene con la mano por primera vez, de forma algo torpe, pero él se puso erecto casi al instante. Observó sus genitales, que había visto tantas veces antes. Apartó su espeso vello púbico. La piel de sus genitales estaba arrugada, de color marrón oscuro y húmeda. Sus labios vaginales parecían muy viejos y también estaban bastante arrugados. Su clítoris también era oscuro y claramente visible; parecía estar ya bastante erecto. Su vagina tenía una abertura grande y oscura de la que fluía un fino hilo de líquido blanco. Sin embargo, sabía que su vagina podía llegar a ser casi tan estrecha por dentro como la de las chicas jóvenes. Se cubrió los ojos con el antebrazo y susurró que nunca había querido que él la follara, que nunca había engañado a su padre. Él le acarició suavemente el clítoris, prestando atención a sus reacciones. Había masturbado a muchas chicas an-

tes y rápidamente la llevó a un estado de intensa excitación. Solo se detuvo cuando ella estaba a punto de llegar al orgasmo. Se arrodilló entre sus piernas abiertas. Su vulva peluda, envejecida y muy arrugada brillaba húmeda. La abrazó con ternura y la penetró con mucha facilidad, sin necesidad de usar la mano, y la folló muy rápido.

Tuvo un orgasmo fuerte e intenso, su vagina se contrajo alrededor de su pene y se aferró a él mientras las convulsiones se agitaban en su bajo vientre. Cuando se calmó un poco, susurró que era su primer orgasmo durante el sexo en muchos años. Él volvió a empezar y continuó penetrándola, ella casi se corrió de nuevo cuando él eyaculó. Él siguió y le susurró que se masturbara mientras él lo hacía. Ella obedeció al instante y tuvo un orgasmo poderoso en segundos. Él siguió penetrándola hasta que su pene se ablandó por completo. Se desplomó sobre ella y se abrazaron fuertemente. Ella le acarició suavemente el cabello y susurró lo maravilloso que había sido. Después de un rato, se apartó con cuidado y dijo que nunca debían volver a hacerlo, ¡nunca más! Él no dijo nada y guardó sus pensamientos para sí mismo. Cuando se vistieron y bajaron las escaleras uno tras otro, él dijo: “¡Gracias, mamá!”.

Este capítulo había terminado.

Su madre recibía cada vez más visitas masculinas durante el día. Ray la espiaba y la observaba mientras tenía relaciones sexuales. Ella obedecía su orden mental de dejar la puerta abierta mientras lo hacían; eso no era nada nuevo para ella. Él la estaba viendo tener sexo con otro hombre por primera vez, y era muy excitante. Los penes, a menudo jóvenes, trabajaban y penetraban en su viejo agujero peludo y arrugado. A todos se les permitía eyacular dentro; se oía un chapoteo y un sonido de chapoteo mientras penetraban hasta que el pene volvía a estar completamente flácido. Los diversos fluidos corrían obscenamente de su pequeño agujero, salpicando y goteando sobre la sábana. Ella se masturbaba felizmente durante el período de recuperación y a veces les permitía tener sexo con ella una segunda vez.

Se quedó completamente desconcertada cuando él sacó el tema. Pero no le dio mayor importancia; simplemente necesitaba sexo, y su padre a menudo no podía más. Ray sabía que su padre se agotaba por completo con su becaria por las mañanas. Ray siguió es-

piándola tan a menudo como pudo. Con frecuencia se acostaba con buenos hombres y a veces tenía un orgasmo mientras la penetraban, pero siempre se masturbaba sin pudor durante los descansos. Estaba floreciendo; todo el sexo y los orgasmos le sentaban de maravilla. Ray se alegraba por ella.

Ray maduró rápidamente. En los últimos cuatro años, había seducido a todas las chicas de su escuela, ya fuera masturbándose o teniendo relaciones sexuales con ellas, y también se había acostado diligentemente con todas las jóvenes del vecindario que lo deseaban. Sin embargo, a menudo no encontraba a nadie, así que hacía que su madre subiera. Ella siempre obedecía sus órdenes cuando no tenía amante y él se lo exigía insistentemente. No estaba bien, pero lo hacían de todos modos. Cuando su amante se acababa de ir, él tenía relaciones sexuales con su vagina empapada de semen. Pero cada vez con más frecuencia, le ordenaba que le hiciera una felación y se tragara su semen. Ella no lo hacía con nadie más, pero obedecía. Tomaba su pene en la boca, lo frotaba y dejaba que eyaculara en su garganta. Se tragaba su semen y lamía la punta y el tronco hasta dejarlos limpios. Pronto tuvo mucha práctica y continuó haciéndolo para él tan a menudo como él se lo pedía hasta que terminó sus estudios.

Ray había experimentado repetidamente con la hipnosis colectiva y se había vuelto bastante hábil en ella. Quería presentar su obra maestra en la obra de teatro escolar después de graduarse. Sueño de una noche de verano de Shakespeare; la ingenua profesora de literatura hacía lo que podía. Ray orquestó en secreto la escena final. Los jóvenes actores salieron al escenario desnudos, y la profesora de literatura deseó poder desaparecer bajo tierra. El desnudo Oberón se quedó con una erección frente a la desnuda Titania, al igual que sus dos ministros frente a sus parejas. Los numerosos muchachos con penes erectos y sus parejas representaban el bosque y los arbustos.

Oberón agarró la cintura de Titania y gritó la última frase: «¡Que la vida brote por doquier!». Los espectadores reunidos contuvieron la respiración. El pene de Oberón se contrajo y eyaculó mientras penetraba en el orificio dispuesto de Titania. La folló de pie, al igual que los dos ministros. Las chicas que representaban los arbustos agarraron los penes erectos de los árboles y los llevaron a la eyaculación instantánea. Finalmente, alguien encontró la

cuerda adecuada y bajó el telón. Los espectadores y los padres gritaron caóticamente, el profesor de literatura huyó y se escondió de la multitud enfurecida. Ray subió al escenario, observó con lujuria lo que sucedía tras el telón y filmó cada vez que una pareja llegaba al final.

Oberón, los ministros, los árboles y los arbustos siguieron follando en el escenario durante un buen rato sin parar, follando una y otra vez hasta que se agotaron. Los artistas despertaron de su trance cuando terminaron de follar detrás del telón. Estaban todos muy confundidos y corrieron a los camerinos uno tras otro. Las fotos en los medios, Facebook, Instagram y otros sitios, se borraron bastante rápido, pero se reenviaron cientos de miles de veces; se desató el infierno. Ray fue uno de los últimos en abandonar el escenario, sonriendo de oreja a oreja. Sabía que Oberón y Titania no se llevaban nada bien, pero ahora habían follado en público durante horas, y los vídeos acabaron en internet. Ray se rió todo el camino a casa y le enseñó las grabaciones a su madre. Se rieron todo el tiempo, y ella se puso increíblemente cachonda; no pudo evitarlo y se frotó el clítoris mientras veían el vídeo. Acabaron en su cama, todavía riendo.

El viaje de graduación fue maravilloso; la playa en la costa griega, el agua y el hotel fueron absolutamente fantásticos. Cada noche, cuando comenzaba la gran sesión de copas, Ray hacía que una pareja tuviera sexo desnudo frente a todos, sin importar si se gustaban o no. Los hacía tener sexo una y otra vez durante horas hasta que estaban completamente exhaustos. La chica se masturbaba mientras tenía sexo si no tenía un orgasmo; Ray lo había ordenado así. Le asombraba la cantidad de chicas que tenían orgasmos durante el sexo; tal vez estaba relacionado con el estado hipnótico. Los chicos y las chicas vitoreaban salvajemente, manoseaban descaradamente los genitales de los que tenían sexo y aplaudían con entusiasmo cuando él eyaculaba o cuando ella se convulsionaba en un orgasmo.

Las participantes se preguntaron después por qué se habían acostado con esa pareja en particular. Se preguntaban qué las había excitado tanto como para tener sexo, prácticamente en público, delante de todos sus compañeros, con alguien a quien ni siquiera amaban. La mayoría de las chicas se sintieron terriblemente avergonzadas al principio porque solo se habían masturbado en secre-

to. Pero durante esta sesión de sexo público, se masturbaron muchas veces seguidas, acariciándose el clítoris y la vagina, mirando con la boca abierta cuando llegaban al clímax y frotándose vigorosamente hasta el orgasmo mientras eran penetradas.

Y no podían parar cuando su amante no lograba una erección. Las chicas podían masturbarse hasta el orgasmo con mucha más frecuencia que los chicos, quienes a menudo no podían eyacular más de cuatro o cinco veces. Las chicas tenían que seguir masturbándose hasta el agotamiento; esa era la orden. La mayoría continuaba tras una breve pausa, bebiendo rápidamente una copa de vino y volviendo a masturbarse. Su lujuria insaciable las impulsaba sin cesar; alcanzaban el orgasmo en pocos minutos y gritaban de placer, sin ninguna inhibición.

Los borrachos manosearon a la chica mientras ella se masturbaba rápida y eficazmente. Pero sus manoseos fueron de poca utilidad. Siempre eran otras chicas, más experimentadas, las que rápidamente encontraban su punto G con sus dedos. Ahora la chica que se masturbaba tenía orgasmos a intervalos mucho más cortos; estos poderosos orgasmos finalmente la agotaron. Se desplomó junto a su exhausto amante, y el grupo de borrachos la manoseó con lujuria. Casi siempre, la indefensa y exhausta chica era violada por varios borrachos, para la ruidosa diversión del grupo. Ray bebió poco y observó todo con lujuria y atención. Solo había hipnotizado al chico y a la chica; lo que los demás hicieron, lo hicieron por su cuenta en su estado de embriaguez. Sintió lástima por algunas de las chicas que, a pesar de su agotamiento, habían sido violadas con demasiada brusquedad; las consoló con palabras suaves e hipnosis.

Pero tras la hipnosis, solo les quedaron recuerdos agradables y se sentían orgullosos porque todos los admiraban. Durante la siesta, Ray atraía a las chicas a los aposentos de los chicos, los hipnotizaba tanto a ellos como a las chicas y les permitía tener relaciones sexuales con ellas. Las observaba con lujuria y dejaba que una chica le practicara sexo oral o se acostara con él, según sus preferencias. Solo tenía que darles un pequeño empujón; todos se excitaban.

Ray se acostó con muchas chicas esta semana, sobre todo de otras clases. Era un chico guapo y musculoso, uno de los mejores

alumnos de su último año; sorprendentemente, eso lo hacía deseable. Nunca podía quedarse mucho tiempo tumbado en la playa; las chicas le acariciaban el pecho y los músculos y le susurraban: "¿Te gusta?". Volvían a sus habitaciones, abrazadas y besándose. Para él, no había chicas feas. En cuanto se quitaban el bikini, todas eran guapas, deseables y cachondas. Solía ser un polvo rápido y apresurado. No se molestaba en usar anticonceptivos, aunque los preservativos eran de uso común. Eyaculaba dentro de las chicas y luego volvían a la playa. No necesitaba hipnosis; las chicas eran mucho mejores en la cama cuando ellas mismas lo deseaban. Muy pocas tenían orgasmos durante el sexo. Algunas se masturbaban y le dejaban mirar, pero la mayoría simplemente volvía a la playa después. Las conocía a todas porque lo habían visitado en casa a lo largo de los años. Muchas chicas sabían inconscientemente que se habían acostado con él antes, pero ninguna lo mencionó.

¡Esta semana, la clase tuvo más sexo que nunca!

Durante sus estudios, su capacidad para leer la mente de otras personas creció rápidamente. Lo notó cuando una mujer mayor se sentó a su lado en el tranvía. De repente, estaba dentro de su cabeza y quería saber sus pensamientos sobre el sexo. Se sentaron uno al lado del otro en silencio. Ella suspiró para sus adentros; no había tenido sexo en 30 años. La vio siguiendo a dos hombres jóvenes en el bosque cerca del Prater. Estaba increíblemente cachonda y se tumbó en el suelo del bosque. El suelo se clavaba incómodamente en la espalda de Ray, pero ella abrió las piernas y uno de ellos la penetró. Ray la sintió temblar mientras la follaba demasiado rápido. Inmediatamente después de eyacular, el rostro del segundo hombre apareció ante Ray. Miró a través de sus ojos su polla gruesa y pesada. La embistió, jadeando. Follaba mucho mejor que su amigo. Ray sintió su dedo encontrar su clítoris y, con habilidad practicada, la llevó al orgasmo. Su orgasmo duró mucho tiempo, hasta que el tipo eyaculó dentro de ella. Ray miró su cuerpo; Era muy joven y se limpió la vulva con un pañuelo de papel.

Ray miró disimuladamente a la mujer sentada a su lado. Estaba sudando, con el corazón latiéndole con fuerza, y miraba fijamente al suelo. Ray volvió a sumergirse en sus pensamientos y le preguntó sobre la masturbación. Se masturbaba rara vez, cada pocas semanas, y solo cuando sentía excitación. Hacía unos días, después de pasar horas observando la actividad en la calle, muy por debajo

de su ventana, la excitación había ido creciendo lentamente en su interior; Ray podía sentirla. Se tocó un rato bajo la bata, luego se desabrochó los tres botones con decisión, quedando desnuda por delante. La anciana vecina de la casa de enfrente la miró, pero a ella no le importó. Se masturbó muy rápido de pie y se agachó en el suelo durante el orgasmo. Ray dejó a la mujer con sus pensamientos y salió del coche.

Días después, una mujer embarazada de nueve meses se sentó a su lado, prácticamente absorbiéndolo en sus pensamientos. Era una auténtica esoterista y acababa de venir de su comadrona, igualmente esotérica. Yacía desnuda en la camilla de exploración, masturbándose, algo que tenía que hacer en cada visita. Ya había tenido un orgasmo y, tras un breve descanso, estaba lista para una segunda ronda. Se detuvo un instante cuando entró la comadrona. Pero esta le hizo un gesto enérgico: «¡Continúa!». «Necesito que estés completamente relajado para la exploración», dijo, sentándose en el taburete entre sus piernas. Así que continuó, y la comadrona lesbiana la observaba desde una distancia de cinco centímetros, con los ojos brillando con fervor. Ray estaba tan excitado como ella cuando tenía un orgasmo, pero ya había visto suficiente y se marchó. Por supuesto, había notado su mirada lasciva, pero acababa de tener sexo y no estaba de humor para otra aventura.

Buscaba la compañía de chicas jóvenes, en su mayoría menores de edad; eran las más dispuestas a dejarlo entrar en su mundo de pensamientos. Con las pocas que ya habían tenido relaciones sexuales, las guiaba hacia su primera vez o hacia el acto sexual en sí, reviviendo con ellas los momentos más excitantes. Sin embargo, la mayoría de las chicas jóvenes nunca habían tenido relaciones sexuales y le permitían entrar en el mundo de su masturbación infantil. Las observaba masturbarse apasionadamente; presenciarlo era muy excitante, y todas lo disfrutaban enormemente. Desde el principio, le fascinaba la excitación que aumentaba lentamente y el orgasmo; lo sentía físicamente. Con frecuencia se pasaba de parada e incluso hacía que la chica permaneciera sentada hasta el final de su orgasmo. Siempre sonreía amablemente al bajar del autobús.

...

Puede contactar con el autor en JackFaber@gmx.net

El Velo de Afrodita

von Jack Faber © 2022

Ray había estado clasificando cartas todo el día. Podía leer fácilmente la mayoría de las direcciones, pero algunas eran difíciles de descifrar. Las apartó y se las daría a la jefa de correos más tarde. Solo había dos direcciones que no había podido descifrar ese día. Ray miró a la jefa de correos, una mujer mayor, bastante poco atractiva, que ahora levantó su voluminoso trasero del sillón y se acercó. Tomó las dos cartas y las colocó en los compartimentos correspondientes. Eran casi las cinco; la oficina de correos cerraría en unos minutos. Miró a Ruth. Llevaba varios meses enamorado de ella, una joven guapa de unos treinta y tantos años con pechos grandes y una figura curvilínea. A diferencia de la jefa de correos, tenía un rostro amable y bonito, y un peinado corto y pulcro. Su trasero probablemente era igual de grande que el de la jefa de correos, pero aun así le gustaba mucho. Desde que había empezado a sentarse en el escritorio frente a él, había vuelto a usar blusas transparentes y faldas cortas. Se colocó de tal manera que su mirada inevitablemente se deslizara por sus muslos hasta sus bragas. Sonreía con orgullo cada vez que lo notaba, porque quería seducir al chico. Desesperadamente.

A Ray le pareció perfectamente natural mirar los muslos de Ruth y sus bragas. Sabía, por supuesto, que uno tenía que ocultar su sexualidad, que no se podía hablar de sexo con nadie a menos que se le preguntara, pero nadie le prohibía mirar. Su madre, en realidad solo una pariente lejana, con quien se había criado, había muerto hacía cuatro semanas. La había visitado en el hospital todas las noches y se sentía impotente al presenciar su deterioro diario. Janet había sido como la madre más cariñosa para él, y Ray había llorado amargamente cuando, la última noche, el médico le puso una mano en el hombro y le susurró que ahora estaba muerta. Había levantado la vista del periódico que estaba leyendo en voz alta. Acarició las mejillas frías de Janet, pero ella no despertó. El médico repitió que estaba muerta y lo dejó llorar. Solo había llorado una vez antes, cuando tenía 11 años, cuando su padre emigró a España con su nueva esposa y su hermana, dejándolo solo con Janet. Ray quería hacerlo él mismo; Prefería quedarse con Janet que con la nueva mujer, que era muy antipática y, de todos modos,

no lo habría querido, siendo él el hijo discapacitado mental de su marido. Su hermana, que era cuatro años mayor, se llevaba bien con la nueva madre. Solían bañarse juntos, y Ray permanecía en silencio junto a la bañera, observándolos desnudos. Era muy excitante ver sus cuerpos desnudos mientras chapoteaban y se acariciaban. Siempre se le ponía una erección enorme y se tocaba el pene torpemente. La primera vez, cuando era mucho más joven, su hermana lo llamó y le agarró el pene erecto. "Así", dijo la chica de 15 años, demostrándole. A partir de entonces, se quedaba junto a la bañera y se frotaba el pene como ella le había enseñado. La estúpida madrastra le dijo con condescendencia a su hermana que aún era demasiado joven y que no podía eyacular todavía. Juliet lo sabía mejor, pero se quedó callada. Los dos rieron sin motivo aparente, pero a él le permitieron quedarse y observar mientras se lavaban mutuamente sus hendiduras. Su hermana le había enseñado la suya varias veces, pero él nunca recordaba cómo era.

Ray tenía 27 años, era delgado y musculoso. Con casi dos metros de altura, era un gigante para la mayoría, aunque su mente no correspondía a su edad. Era miércoles, y Ruth, como de costumbre cuando su marido estaba de guardia nocturna, estaba holgazaneando. El miércoles era su noche libre. Ray tomó la iniciativa. Dos semanas después del funeral de Janet, aún no había resuelto su problema sexual, parado frente al lavabo cada mañana y frotándose hasta eyacular. Pero eso no era un sustituto del sexo con Janet. Tomó la iniciativa. Tenía que hablar con Ruth, aunque no tenía ni idea de cómo. Se acercó mucho a Ruth, le puso una mano en el brazo y le preguntó si quería ir con él. Ir con él, a su casa, porque la tía Janet se había ido; estaba en el cementerio. Le rogó que fuera. Ruth lo miró fijamente a los ojos y sonrió, diciendo que iría, ¡que le encantaría!

La babosa

La madre de Ray murió pocos días después de su nacimiento. Su padre se alegró de que Janet estuviera allí para cuidar de los dos niños. Era prima lejana de su esposa y la había seguido desde Inglaterra hasta Viena. Su padre nunca supo si amaba más a su esposa o a él. Se quedó con ellos como ama de llaves y niñera, y estaba muy contenta de vivir allí. La madre de Ray amaba a su marido tanto como a la niñera y no lo ocultaba. Por alguna razón inexplicable, él se negaba a presenciar sus relaciones sexuales lésbicas, marcando un límite claro. Solo cuando su madre quedó embarazada insistió en que él se acostara con Janet en lugar de con ella. Al principio, él se mostró resentido y no quería saber nada del asunto, pero un día desfloró a la anciana y, a partir de entonces, tuvo relaciones sexuales con ella dos veces cada noche. Aunque Janet era casi diez años mayor que su madre, nunca había menstruado y, presumiblemente, no podía tener hijos. Le encantaba que él la penetrara y había sido increíblemente activa sexualmente desde su juventud. Se masturbaba a diario, todas las tardes y todas las noches, desde su infancia. Jugaba a juegos sexuales lésbicos con innumerables compañeras de juegos, compañeras de clase y cualquier chica o mujer que quisiera unirse. Durante las vacaciones escolares, aprendió a masturbar a chicos y a llevarlos al orgasmo con un placer lujurioso. Más tarde, por supuesto, complacía con su mano a hombres jóvenes y mayores en cualquier momento. Desde muy joven tuvo claro que era lesbiana emocionalmente, pero esto no le impidió complacer a chicos u hombres con su mano. Nunca había tenido relaciones sexuales y seguía siendo virgen cuando se enamoró de la madre de Ray y la siguió a Viena. Era completamente depravada sexualmente, y esta depravación no hizo más que aumentar, volviéndose cada vez más pronunciada. La madre embarazada de Ray disfrutaba viéndolos participar en su depravado sexo y eyaculación, porque el padre tenía un pene grande y tenía relaciones sexuales hasta que Janet alcanzaba el orgasmo. Era Janet quien seguía ideando posiciones cada vez más atrevidas, consiguiendo que la penetrara por el ano y por la boca. Después, la madre dejaba que Janet la lamiera hasta el orgasmo, y eso excitaba tanto al padre que siempre la penetraba una segunda vez. Desde el principio, adquirió la costumbre de eyacular en la boca de Janet con su erección matutina antes de que comenzara el día; a la ma-

dre no le gustaba y rara vez lo hacía. Prefería masturbarse mientras observaba somnolienta a Janet masturbándolo en la boca, succionándolo y lamiéndolo con sonidos de chasquido, y dejando que eyaculara profundamente en su garganta.

El nacimiento de Ray no fue fácil; tal vez recibió poco oxígeno, lo que se consideró la razón por la que Ray parecía tener cierto retraso en el desarrollo. Para evitar que el niño llorara o los molestara durante el acto sexual, Janet lo sostenía contra su pecho mientras su padre tenía relaciones sexuales con ella. El bebé lactante contribuyó enormemente a la capacidad de Janet para experimentar orgasmos maravillosos durante el coito. Ella acarició su pene desde el primer día, lo que el niño adoraba y disfrutaba enormemente. Sin embargo, con los años, el padre se cansó de la niñera anciana; ver al niño creciendo felizmente mamando de los pezones de Janet y observándola tener relaciones sexuales gradualmente arruinó su placer. No podía soportar ver al niño de ocho años acostado sobre Janet, mamando de uno u otro pecho, mientras ella acariciaba intensamente la erección del niño; en su excitación previa al orgasmo, prácticamente lo estaba masturbando hasta que su pene goteaba y luego eyaculaba un poco. Sin embargo, le fascinaba cuando Janet, en su excitación, masturbaba al chico, lo llevaba a eyacular y se frotaba el semen en los pechos. Pero ya no soportaba ver al chico levantar la cabeza cuando el orgasmo de Janet disminuía y ella le acariciaba el pene erecto con suavidad, ahora un poco más delicadamente. Ya no soportaba ver al chico inclinarse con curiosidad y mirar fijamente su pene mientras se introducía y eyaculaba dentro. Como el chico estaba creciendo, ya no eyaculaba en la boca de Janet, porque le daba vergüenza. Se ausentaba durante noches enteras y buscaba mujeres más jóvenes. Encontró a su segunda esposa, una española de 19 años que —sin que él lo supiera al principio—, al igual que su primera esposa, se sentía atraída por ambos sexos. Ella no quería a su hijo con discapacidad intelectual, pero dejaba que Ray la viera bañarse y hacer el amor con su hermana. El estúpido chico se quedaba de pie junto a la bañera y se masturbaba hasta que ambas chicas terminaban. Nunca eyaculaba mientras miraba. En cualquier caso, era de fiar y no le contó nada al padre. María también amaba a su *toro,* su hombre corpulento, que la llevaba al orgasmo a la perfección y luego siempre eyaculaba en su boca.

Ray siempre había dormido desnudo en la cama de Janet, pero no tenía permitido verla desnuda. Su hermana sí; tenía pocas inhibiciones y no le importaba masturbarse. Él la veía, pero no la entendía y obedecía sus instrucciones cuando ella le decía que se frotara. Tenía que arrodillarse entre sus muslos y presionar la punta de su pene contra la abertura vaginal mientras se frotaba hasta que ella se agotaba y terminaba. Cinco minutos después, lo había olvidado por completo; una niebla nublaba sus recuerdos. Así que dormía en la cama de Janet, tenía permitido tocar su cuerpo desnudo en la oscuridad y acurrucarse junto a ella cuando se masturbaba en las sombras. Y por supuesto, quería quedarse con Janet cuando la familia se mudara a España. Ahora no era su hermana quien lo bañaba dos veces por semana. Janet tampoco se desvestía cuando lo bañaba; no tenía permitido verla completamente desnuda durante mucho tiempo. Pero Janet lo lavó con ternura y cariño, le dijo que se pusiera en cuclillas en el agua de la bañera y le frotó un poco el pene antes de secarlo.

Eyaculó por primera vez con Janet unos días después de que la familia se marchara, mientras se bañaba, cuando Janet lo masturbó el tiempo suficiente. Hasta entonces, solo se le había permitido bañarse con su hermana, quien lo había masturbado en secreto bajo el agua hasta que eyaculó. Janet se asombró, porque él solo tenía 11 años. Pero ya era tan alto como ella, y su pene estaba creciendo gradualmente hasta alcanzar el tamaño de un hombre. Su pene permaneció erecto después de la primera eyaculación; ella lo miró con curiosidad y suspiró con resignación, luego lo masturbó por segunda vez. Era muy hábil en esto. Ahora eyaculaba en ricos y espesos chorros, y ella arrulló con satisfacción. “¡Bien, bien, muy bien! ¡Ahora eres un hombre de verdad, que puede eyacular de verdad!”, dijo con orgullo y lo abrazó con cariño. A él le gustaban sus abrazos porque podía apoyar la cara en sus suaves y grandes pechos y mirar sus pezones. No era raro que su bata se abriera, dejando al descubierto su vientre y su vello púbico rizado. Nada es más excitante que vislumbrar el cuerpo de una mujer cuando normalmente nunca se muestra desnuda.

Se desarrolló un ritual que permaneció inalterado hasta su muerte. Todas las mañanas se levantaban a la misma hora y iban al baño. Ella iba delante completamente desnuda, se sentaba en el inodoro y orinaba. Él tenía que estar de pie en el lavabo y orinar. No podía mirarla orinar; tenía que estar de espaldas a ella. Ella se

deslizaba en su bata de baño desgastada y delgada y se colocaba a su lado o detrás de él. Suavemente, agarraba su pene y lo masturbaba. Uno de sus dedos se deslizaba en su ano, y esperaba para tocarlo hasta que él estuviera listo. Cuando entonces lo tocaba, él eyaculaba inmediatamente. Por lo general, su pene permanecía erecto después de la eyaculación, así que ella lo masturbaba una segunda vez con un suspiro teatral y provocaba la eyaculación tocándolo en su ano. "¡Bien, bien, bien!" Ella lo dejaba eyacular en el lavabo y lavaba el semen. Mientras se bañaba, ella se sentaba en un taburete mientras lo masturbaba. Él tenía que ponerse en cuclillas en el agua de la bañera y separar las piernas; Ella le agarró el pene y lo masturbó, primero despacio y con deliberación, luego cada vez más rápido; su escroto golpeaba rítmicamente contra el agua de la bañera. En esa posición de cuclillas, él podía ver directamente debajo de su bata. Pero si intentaba mirar demasiado descaradamente debajo, ella la ajustaba con fuerza. Podía ver sus pechos y pezones porque todo temblaba cuando ella lo masturbaba intensamente. Por lo general, la bata se movía para que él pudiera ver su vello púbico y su hendidura. Aprendió muy rápido a no mirar fijamente cuando ella se esforzaba y su hendidura era visible. Brillaba húmeda y lo volvía loco. Su pene permaneció erecto, ella suspiró profundamente, resignada a su destino, y lo masturbó por segunda vez. Cuando se inclinó hacia adelante para el clímax, su bata se abrió y él vio su gran y oscura abertura. Se inclinó hacia adelante y miró por debajo del brazo su abertura, que se movía ligeramente con sus esfuerzos. Estaba fascinado por su abertura. Eso, y los dedos, lo llevaron al orgasmo de inmediato. Para el final, se inclinó aún más, abrió un poco su bata y sonrió mientras dejaba que él le rociara los pechos, el estómago o la hendidura. Él hizo todo lo posible por rociar sobre su pequeño orificio, dentro de su hendidura, y ella sonrió porque él solía tener éxito. Su semen salpicó en chorros espesos y abundantes dentro de su hendidura; ella lo frotó vigorosamente y sonrió con malicia: "¡Bien, bien!" o "¡Eso es!" y, con una sonrisa lasciva, se frotó el semen en los pechos y la parte baja del abdomen antes de limpiarlo con una toalla.

Por la noche, cuando la tocaba en la oscuridad, él tenía una erección y ella suspiraba profundamente antes de masturbarlo. Durante la masturbación, él sentía sus genitales e intentaba imaginar cómo eran realmente, porque estaba completamente oscuro en el dormitorio. Se sentía como una babosa, resbaladiza y cálida, y se contraía ligeramente al acariciarla. Ella siempre lo llevaba al or-

gasmo con destreza y rapidez, sus dedos agarrando la vulva húmeda con lujuria mientras él se corría. Él acariciaba la vulva durante un buen rato hasta que Janet suspiraba y quería masturbarse. Ella siempre apartaba su mano de su vulva cuando comenzaba a masturbarse. Ray acariciaba sus grandes pechos e intentaba recordar cómo se habían masturbado la Hermana Juliet y la Madrastra Maria, pero apenas podía recordarlo. Cuando Janet ya respiraba con dificultad y su corazón latía con fuerza, sus dedos se deslizaron con curiosidad sobre su vulva, que ella acariciaba rápida e implacablemente, mucho más fuerte que su hermana. Finalmente, ella suspiró profundamente, y él pudo frotar y acariciar un poco más a la babosa. Janet lo abrazó con ternura y le dio un beso: ¡buenas noches!

Empezó a hacer cada vez más preguntas sobre sexo. Ella le mostró en el portátil algunas imágenes de cómo eran los genitales y cómo tener sexo. Y cómo masturbarse. Estaba muy excitado y quería ver más vídeos de mujeres masturbándose. Le preguntó si ella también lo hacía, y ella respondió que sí, todas las noches antes de dormirse. “Ajá, el frotamiento”, observó, y ella asintió, “¡Sí, el frotamiento, eso tiene que pasar todas las noches!”. Se rió, diciendo que se frotaba de forma un poco diferente a las mujeres de los vídeos, pero que no quería enseñárselo enseguida, quizás más tarde. Por supuesto, nunca lo hizo. Él tuvo una erección dura, y ella le bajó los pantalones. Le hizo una paja mientras él veía el vídeo de la pareja copulando en la pantalla. Eso fue lo que le impulsó a querer aprender a leer, escribir y teclear en el portátil. Janet le enseñó lo básico de todo esto y estaba contenta de que estuviera aprendiendo con más entusiasmo que nunca en educación especial. Aprendió porque le fascinaban las imágenes y los vídeos de internet.

Pero esa noche, mientras yacían en la cama a oscuras, él estaba decidido a tener sexo y se acostó encima de ella. Su erección rozaba su hendidura, su pene empujando insistentemente contra ella. Ella lo apartó y trató de masturbarlo. Pero él lo deseaba desesperadamente. “Eres demasiado joven”, le reprendió débilmente, pero él no cedió. La penetró con más y más insistencia, la cabeza de su pene empujando su abertura vaginal, aunque ella seguía apartándolo. Finalmente, se cansó de la lucha. Con un suspiro, se rindió y sumisamente separó las piernas. Él tanteó un rato, pero ella no lo ayudó. ¡Que encuentre él mismo la abertura vaginal! Finalmente, finalmente, la encontró de nuevo, y ella se regocijó interiormente:

su pene se parecía al de su padre. La penetró muy rápido y se corrió mucho antes de que ella se excitara. Mientras yacían en silencio uno al lado del otro, ella le explicó que tenía que retrasar la eyaculación hasta que ella hubiera alcanzado el orgasmo. Se lo explicó con gran detalle. Con María era completamente diferente; con ella, tenía que embestir muy rápido y eyacular dentro de ella rápidamente. Tenía que poner la oreja en el pecho de Janet y escuchar con mucha atención mientras ella embestía rápidamente, escuchando cómo aumentaba su excitación y cómo alcanzaba el orgasmo. Tenía que prestar atención a eso si quería hacerlo bien, jadeó ella al final. Él susurró que había estado prestando mucha atención y que quería intentarlo de inmediato. Volvieron a follar, y después ella dijo que había sido mucho mejor, pero que aún tenía que follar durante mucho más tiempo; tenía que aprender eso. La mujer tenía que alcanzar el orgasmo primero, solo entonces se le permitía eyacular dentro de ella. Así era; la mujer tenía que alcanzar el orgasmo primero, ¡era una ley! Ray estaba muerto de cansancio y susurró que no podía continuar. Ella le dijo que simplemente se durmiera y continuó embistiendo durante un buen rato.

Tenían relaciones sexuales todas las noches, y él pronto aprendió a contenerse hasta que Janet llegara al orgasmo. Solo entonces eyaculaba a chorros en su vagina. Ahora tenía mucho sexo: se masturbaba dos veces por la mañana y eyaculaba en el lavabo, se masturbaba una o dos veces mientras se bañaba, y tenían relaciones sexuales varias veces durante la noche. Le encantaba todo, y su pene crecía y crecía mes tras mes. Los días de baño, eyaculaba varias veces sin llegar a cansarse del todo.

A los 16 años, terminó su educación especial y Janet le consiguió un trabajo en la oficina de correos. Al principio, trabajó en el departamento de paquetería, luego repartió cartas y, finalmente, hizo trabajo de oficina porque era muy bueno con las computadoras. Mantenía todas las computadoras funcionando y seguía clasificando cartas porque Ruth trabajaba allí. Durante un año, le miró por debajo de la falda y se emocionaba cuando ella no llevaba bragas en los días cálidos. Entonces Janet enfermó gravemente y estuvo hospitalizada durante semanas. La jefa de correos le permitió ir a ver a Janet al hospital tan temprano como a las 3 de la tarde. Ruth también sabía por qué desaparecía tan temprano y una vez dijo que le deseaba a su tía una pronta recuperación.

Ruth a cuatro patas

La primera vez que Ruth fue con él, no estaba muy seguro de cómo empezar. Ella se sentó frente a él, y estuvieron en silencio durante un largo rato. Él la miró, fascinado, los muslos. Ella le preguntó cómo se las arreglaba sin la tía Janet. Él rompió el silencio y explicó que no tenía problemas. Había aprendido a cocinar con Janet, limpiaba el apartamento a diario y aspiraba una vez por semana. Tenía que pagar el alquiler una vez al mes, lo cual no era un problema. Había aprendido todo lo que necesitaba de Janet. Hubo un largo silencio; él miró entre sus piernas. Ruth le preguntó por qué estaba allí, qué quería de ella. Él tartamudeó y no pudo pronunciar una palabra coherente. Ella abrió las piernas aún más y le preguntó si quería acostarse con ella. Él negó con la cabeza. No, no acostarse, sino... follar. Sí, eso era lo que quería. Follar. Le ardían las orejas.

Ruth rió, su voz resonando de risa. Hoy en día, la gente dice "dormir juntos", "follar" es una palabra bastante vulgar, uno no dice eso. "Pero está bien", dijo, "¡He deseado esto por mucho tiempo!" Se puso de pie sonriendo y se desnudó provocativamente despacio. Él la miró, boquiabierto, y balbuceó que era la primera persona que veía desnuda. Se corrigió, no, su hermana y su malvada madrastra... Ella lo interrumpió: "¡Cuéntame después de follar!" y se fue a la cama. Ray la siguió y se desnudó en un instante. Se quedaron uno frente al otro, ella se apretó contra su cuerpo desnudo. Sus labios tocaron los de él, y él no supo cómo reaccionar. Ella sonrió. "¡Primero, aprenderemos a besar!" dijo con firmeza. Él debía hacer lo mismo que ella, entonces ella presionó sus labios contra los de él, su lengua rozando la suya. Él hizo lo mismo que ella, y pronto había aprendido a besar. Ella lo atrajo a la cama.

Él contempló su cuerpo con anticipación y placer. Sus grandes pechos eran como frutas regordetas y maduras, y no era evidente de inmediato que fueran de silicona. Se había afeitado la zona púbica con suavidad, y ahora su hendidura se abría al separar las piernas. La abertura era claramente visible, al igual que su pequeño clítoris. Era rellenita pero no gorda, e incluso su enorme trasero le parecía excitante. Ella lo abrazó con una amplia sonrisa y le dejó encontrar su abertura vaginal por sí mismo. Él entró suavemente y la besó en la boca antes de comenzar a embestir. Se contu-

vo y observó su respiración, tal como había aprendido a hacer con Janet. Ella se excitó cada vez más y llegó al orgasmo muy rápidamente. Se aferró a él con fuerza, su cuerpo convulsionando durante varios segundos, su rostro contraído por el esfuerzo. Lo miró con ojos que brillaban de felicidad. "¡Espera!", dijo, sacando su pene y dándose la vuelta, poniéndose a cuatro patas. Le ofreció su trasero. "¿Tengo que follarte por el culo?" preguntó él, desconcertado, y ella rió. "¡Como quieras!" respondió ella, "¡Claro que no, mi niña tonta!" Susurró que él debía penetrarla; le encantaba esa posición. Él encontró su abertura con la mano y entró rápidamente. Continuó follándola como antes, mientras ella abría su ano y se masturbaba el clítoris. Ella gemía y gritaba de placer, experimentando un orgasmo tras otro, y simplemente continuó masturbándose. Él arqueó la espalda y eyaculó en chorros espesos dentro de su vagina. Hizo una pausa y esperó hasta que ella terminó de masturbarse. Solo cuando su orgasmo disminuyó retiró su pene semierecto.

Se tumbaron en silencio uno al lado del otro. Su mano se deslizó sobre su vulva y finalmente preguntó. Ella dijo que se depilaba todos los miércoles antes de salir a tener sexo esa noche porque su marido no estaba en casa los miércoles. Sí, todos los miércoles iba a los bares buscando a alguien con quien tener sexo, pero se lo ocultaba a su marido. Tenía un DIU para evitar el embarazo. Ray le pidió que le explicara el DIU en detalle y murmuró satisfecho: "¡Entonces puedo eyacular sin remordimientos!". Ella asintió, sí, ¡por supuesto! Él le preguntó si se sentía culpable por su marido, pero ella se rió entre dientes, diciendo que la follaba seis veces por semana con su pene corto y eyaculaba demasiado rápido. Era un buen marido, pero malo en la cama, como la mayoría de los hombres. Acarició su pene semierecto y susurró que no había tenido sexo tan bueno desde la escuela. Se quedó en silencio y no dio más detalles.

—¿Cómo lo hace? —preguntó él, y ella le dijo que se masturbaba todas las noches antes de tener relaciones sexuales y otra vez antes de dormirse. ¿Se lo enseñaría? —Por supuesto —rió ella, y comenzó de inmediato. Él se sentó entre sus piernas y la observó atentamente. De repente recordó a su hermana masturbándose muchos años atrás; recordaba cada detalle. Su hermana Juliet tenía un clítoris más grande que Ruth y se masturbaba mucho más despacio. El orgasmo también era diferente. Juliet apenas se había movido,

pero los ojos de Ruth se abrieron de par en par, y ella juntó las piernas, presionando sus dedos contra su clítoris y balanceando sus caderas hacia adelante y hacia atrás. Él tuvo una erección e inmediatamente penetró la vagina de Ruth. Su orgasmo llegó sorprendentemente rápido, y él pudo eyacular al instante, incluso mientras su cuerpo convulsionaba. Exhausto, se desplomó sobre ella.

Se tumbaron uno al lado del otro durante mucho tiempo, y ella le hizo preguntas. Ahora quería saberlo todo sobre su hermana y su madrastra. Él le contó todo, con el mayor detalle posible, y también le habló de su relación con Janet. Dijo que cuando eyaculaba en el lavabo por la mañana, no era tan bueno como el sexo; lo echaba mucho de menos. Ella no se rió de él, sino que escuchó atentamente. Podía tener sexo con ella todos los miércoles si quería. A ella no le importaría, porque era muy bueno en ello, dijo, y lo besó en la boca. Le preguntó qué hacía en su tiempo libre; no vio ni un solo libro por ninguna parte. Él dijo que a menudo veía la televisión o vídeos pornográficos en internet, lo cual a veces era muy excitante. Ella dijo que ya no veía esas cosas en internet; no la excitaban y, de hecho, tenían el efecto contrario. Miró su reloj y dijo que tenía que irse para llegar a casa a tiempo. Su marido siempre quería que se masturbara antes del sexo, y eso lo excitaba; Por lo general, él la montaba antes de que ella llegara al orgasmo y eyaculaba en medio del mismo, porque a ella le gustaba mucho y lo quería así.

Antes de irse, se abrazaron y, tras un largo y apasionado beso, ella sonrió. «¡Nos vemos mañana y el próximo miércoles! Voy a correr a casa, masturbarme y dejar que me folle una última vez esta noche en cuanto llegue mi marido. Luego, cuando esté dormido, me masturbaré otra vez antes de dormirme. ¡Probablemente estaré completamente agotada mañana por la mañana!». Ella rió dulcemente y se apartó de él. Él le pidió que se quitara las bragas cuando empezara a trabajar al día siguiente para poder mirar a escondidas su hendidura durante el día. Ella le guiñó un ojo con picardía y se fue. Demasiado tarde, se dio cuenta de que debería haberla acompañado a casa. Pero para entonces, ella ya se había ido.

Se acostó en la cama y pensó en su hermana durante un buen rato. En cómo ella le había ordenado que presionara su pene contra la abertura vaginal de ella mientras él se masturbaba y ella lo

hacía. Nunca se le permitió penetrarla, ya que ella aún era virgen. En cómo ella intercambió lugares con su madrastra, y él tuvo que presionar su pene en la abertura vaginal de la falsa serpiente. Tenía miedo de forzar su pene en su agujero, pero María insistió, y Julieta lo empujó hasta la mitad. Se masturbó con miedo dentro del agujero de María porque le tenía un poco de miedo a esa mujer. Antes de que ella terminara de masturbarse, su hermana lo empujaría profundamente dentro, en ese terrible agujero orgásmico. Las dos chicas rieron y sonrieron, y la hermana lo empujó de nuevo. La hermana estaba follando indirectamente a la madrastra que se masturbaba lentamente, su boca se torció en una sonrisa maliciosa cuando lo había empujado dentro y fuera el tiempo suficiente y él eyaculó dentro de ella. Ella fue la única que notó que él eyaculó dentro de ella y le guiñó un ojo amistosamente. La madrastra estaba absolutamente convencida de que era demasiado joven para eyacular correctamente y que solo liberaba unas pocas gotas inofensivas. Las embestidas y la eyaculación le resultaron muy placenteras, aunque temía que su madrastra lo regañara al llegar al orgasmo. Su hermana solo dejó de embestir cuando él terminó. Finalmente, la madrastra lamió el semen y el flujo vaginal de su pene; en su opinión, ¡eso era imprescindible! Mantuvo su pene en la boca y le acarició el glande con la lengua hasta que se ablandó. Las dos chicas rieron con placer, y él no tenía ganas de reírse en absoluto. El lamido del pene lo había excitado de nuevo, pero María ya había terminado de frotarlo, y él nunca se atrevió a pedir más.

Cuando se bañaban juntos en ese momento, y su hermana lo masturbaba bajo el agua, él tuvo que eyacular en su abertura vaginal. Mientras susurraban sobre la eyaculación, ella susurró: “¡Dale un hijo, dale un hijo!” y siseó furiosa: “¡Mejor un hijo tuyo que de ese estúpido padre!”. Estaba enojada porque el padre no hizo ningún intento por desflorarla, a pesar de que ella posaba desnuda frente a él tan a menudo como podía o se masturbaba con una sonrisa. Ray continuó masturbándose y recordó lo bien que se había sentido dentro de su madrastra, a pesar de todo, y lo excitante que había sido eyacular dentro de ella. Ray se masturbó salvajemente, fantaseando que estaba profundamente dentro de su hermana y eyaculando dentro de ella durante minutos y minutos. Eyaculó y se durmió al instante.

Lo pasamos genial.

Su relación con Ruth duró casi dos años. Cada semana ella le traía dos o tres libros; él necesitaba leer mucho y cultivarse. Devoraba los libros que ella le traía y se volvía más inteligente cada día. Recordaba muchísimo, ya que su mente se había despejado. Ella le enseñó a conversar sobre temas de actualidad durante los descansos. Estaba muy interesada en que se volviera más inteligente y perspicaz, para que pudiera comunicarse con los demás y dejara de ser un mero espectador. Le preguntaba qué le interesaba, y él lo sabía enseguida. Continuó su educación en línea y aprendió todo sobre informática.

El sexo de los miércoles era maravilloso. Aprendió que a ella le gustaba cuando le abría las nalgas lo más posible durante el acto. Más tarde, se dio cuenta de que sus orgasmos eran mucho más intensos cuando le acariciaba el ano con los dedos; una vez ella se lo había pedido. Disfrutaba de sus orgasmos con fuertes gritos de placer, ya que no tenían vecinos cerca. Había leído en alguna parte que los pequeños regalos fortalecían el amor. Cada pocas semanas, sorprendía a Ruth con algo pequeño: una pulsera, un collar o una bufanda de seda. No escatimaba y valoraba la buena calidad. Ruth siempre estaba encantada, y eso realmente fortalecía su vínculo. Sabía cuánto le gustaba verlo masturbarse, y a menudo se masturbaba ella misma, dejándole observar de cerca. Él podía devolverle el favor penetrándola por detrás, abriéndole las nalgas y acariciándole el ano con los dedos.

Dos acontecimientos pusieron fin a su relación. Ella tuvo una discusión con la jefa de correos y renunció furiosa. Unas semanas después, consiguió un trabajo fuera de la ciudad y solo se veían de vez en cuando hasta que ella terminó la relación definitivamente. Él quedó desconsolado; Ruth había sido una gran amiga. Un colega de la sede central, el jefe de informática, lo invitó a almorzar y le hizo una entrevista exhaustiva. Finalmente, el colega lo invitó a trabajar en el departamento de informática de la sede central. Aceptó el traslado de inmediato porque no quería quedarse en el departamento sin Ruth. El trayecto a la sede central era corto, de solo 10 minutos en metro, lo cual no suponía ningún problema. Sus nuevos compañeros ya lo conocían de varias llamadas telefónicas, y se rieron mucho cuando uno de ellos comentó que era una

pena que no tuvieran un equipo de baloncesto y solo un club de bolos. Ray se rió y dijo que era igual de malo jugando a los bolos que al baloncesto, pero que era excelente cambiando bombillas sin escalera.

No había ni una sola mujer en el departamento. Eso era un verdadero problema. Ruth le había contado a menudo cómo funcionaba encontrar pareja en los bares, así que tenía bastante conocimiento teórico. Le costó mucho valor entrar en un bar. La primera vez, solo consiguió un subidón tremendo, pero después, todo fue mejor. Salía todas las noches y encontraba al menos una mujer a la semana que quería acostarse con él. Le sacaba el máximo partido, aunque muchas mujeres eran bastante aburridas en la cama. Solo a unas pocas las llevó a casa más de una vez. Le sorprendía lo pocas interesadas que estaban en el juego. La mayoría terminaban con una sola embestida y se iban. La liberación después de la eyaculación estaba bien, por supuesto, pero faltaba algo esencial. Ruth, Janet, su hermana e incluso su malvada madrastra estaban cachondas, querían algo más que penetración. Todas eran diferentes, pero esa lujuria sucia acechaba astutamente en sus culos, esperando ser liberada.

La historia de Elli

Entabló conversación con una residente del edificio. Tras un breve intercambio de palabras en el pasillo, la invitó a su apartamento y tomaron un café. Elli era divorciada, sin hijos, rondaba los 40 años y siempre vestía con gran elegancia y un maquillaje sutil. Su figura esbelta era magnífica, aunque sus pechos eran bastante pequeños, y su rostro a veces reflejaba tensión e insatisfacción. Pero estas eran características superficiales; ella podía contarle una vida fascinante con sus altibajos. Él se sentía muy a gusto durante estas conversaciones; por fin, alguien que no lo veía como un niño con discapacidad intelectual, sino como un joven interesante con una profesión apasionante. Quedaron en verse de nuevo la semana siguiente, y después en varias ocasiones. En su segundo encuentro, ya hablaban de sexualidad; él quería saberlo todo al respecto. Elli reía con una risa clara y resonante y le contaba todo con una franqueza que desarmaba.

Aprendió a masturbarse con sus compañeras de juego alrededor de los siete años y se ha masturbado diariamente desde entonces. A los once, fue brutalmente violada por un vecino y pasó tres semanas en el hospital. Su padre montó en cólera y mató a golpes al desgraciado. Recibió cuatro años de cárcel, pero volvió a casa después de dos. Ella lo quería mucho. Dejó la escuela a los quince, empezó un aprendizaje en un supermercado y tuvo su primer novio formal. Tenían relaciones sexuales en cada hora del almuerzo, pero él solo quería sexo rápido y eyacular rápido. Ella tomaba la píldora y tenía que ocultarle su masturbación. Él provenía de una familia musulmana tradicional, ¡y a las chicas no se les permitía masturbarse, punto! Lo dejó después de seis meses y, posteriormente, él la acosó entre sus amigas. Dejó a sus amigas y empezó de nuevo. Por sugerencia de su terapeuta, tuvo algunas relaciones lésbicas, pero siempre fueron efímeras. Había aprendido a practicar sexo oral y cómo era la sexualidad de otras mujeres y chicas, cómo lidiaban con su sexualidad. Aunque disfrutaba mucho de las relaciones sexuales entre mujeres, definitivamente no era lesbiana. Terminó su aprendizaje a los 18 años y siguió trabajando en el supermercado. Era solo un trabajo, y eso le bastaba.

Durante los siguientes tres años, tuvo muchos conocidos varones e innumerables encuentros de una noche. Hubo al menos 100,

tal vez más, y siempre se trataba solo de sexo. Nunca tuvo un orgasmo durante el sexo y no le importaba si a los hombres les gustaba o no que se masturbara después. ¡Era su sexualidad, era su deseo, era su orgasmo, punto! Se acostó con algunos de ellos una docena de veces porque salió bien o porque simplemente le gustaba el tipo. La relación más larga duró poco menos de dos semanas y terminó porque el tipo listo estaba viendo a otras mujeres, algo que ella no podía aceptar en ese entonces. Le hacía sexo oral a cualquiera que lo quisiera, así que a todos después del sexo. Después de todo, era solo una masturbación con su pene en la boca. Lo que más le gustaba era cuando, al final, abría la boca de par en par y dejaba que él eyaculara profundamente en su garganta. Había superado su asco y se tragaba el semen sin ningún problema. Nunca lo encontró excitante. A los 21 años, conoció a su futuro esposo en una boda. Se enamoraron al instante.

Era profesor adjunto en la universidad, experto en ingeniería aeroespacial y muy rico. Aunque Rainer solo tenía 29 años, ya había registrado una docena de patentes y ganaba una fortuna. Ella lo encontraba guapo, educado y romántico. Se casaron a los cuatro meses y su luna de miel en Venecia fue un sueño. Se complementaban bien en la cama; él era muy bueno y disfrutaba viéndola masturbarse. Para él era perfectamente natural que ella necesitara su orgasmo tanto como él necesitaba eyacular. Tenían relaciones sexuales dos veces al día en Venecia, y ella se masturbaba hasta el amanecer mientras Rainer dormía profundamente. Visitaron los lugares turísticos y Elli se sentía como una princesa, un gran salto desde sus humildes orígenes. Al igual que ella, él deseaba una familia numerosa con al menos tres hijos, y trabajaron día y noche para tener el primero. Dejó de tomar la píldora, el exceso de peso desapareció y recuperó su figura enseguida. Era feliz, renunció a su trabajo en el supermercado y continuó sus estudios. Se formó como vendedora especializada en relojes y consiguió un trabajo en la mejor joyería de la ciudad. Cuidó su figura, acudió a un asesor de etiqueta y pronto se convirtió en la deslumbrante estrella de la joyería. Aunque mantenían relaciones sexuales con la mayor frecuencia posible, esperaron casi diez años antes de que ella finalmente quedara embarazada.

Ambos estaban eufóricos e hicieron todos los preparativos. Ella dejó su trabajo en la joyería para estar con el bebé. Tenía un deseo sexual enorme durante el embarazo, y su esposo se entregaba por

completo. Había días en que tenía 15 o más orgasmos durante el día y lo esperaba impacientemente por la noche, para luego seguir masturbándose después del sexo hasta quedarse dormida completamente agotada. Elli rió tímidamente al contarle a Ray que hubo muchos días en que se pasaba todo el día masturbándose en la cama, levantándose solo por la noche para preparar la comida y luego continuando masturbándose después del sexo hasta el amanecer. Tenía que aliviar su clítoris irritado con una pomada. "En ese momento era realmente adicta al sexo", dijo Elli, riéndose.

Entonces, en su quinto mes, la tragedia la golpeó. Sufrió un aborto espontáneo y estuvo hospitalizada dos semanas después de un legrado. Se le cortó la menstruación y fue de ginecólogo en ginecólogo. Pero nunca tendría hijos. Su esposo estaba completamente destrozado y durmió en su oficina durante tres noches. Mucho después se enteró de que le habían extirpado los ovarios con fines de investigación farmacéutica, cuando estalló el famoso escándalo de la cirugía de ovario. Algo se había roto entre ella y Rainer; él tenía cada vez menos deseo sexual y tenían relaciones sexuales como máximo una vez al mes. Luego, incluso con menos frecuencia. Elli dijo que esos fueron los peores años. Su madre había muerto y, después de su funeral, su padre enfermó de cáncer. Los médicos le dieron un año de vida. Ella lo visitaba a diario y se encargaba de la casa. Hablaban mucho; el cáncer no le causaba ningún dolor y se sentía sano. Había recuperado un enorme deseo sexual y la masturbación no le proporcionaba ningún placer real. Era cierto que lo que más sufría era la falta de sexo. Sus orejas se pusieron rojas cuando ella le hizo una paja varias veces al día durante un tiempo porque vio su erección, y cada vez le dejaba eyacular en su garganta. "¡Tonterías!", lo desestimó ella, diciendo que no era sexo en absoluto, solo una suave relajación, y continuó obstinadamente durante varios días a pesar de sus débiles protestas la primera vez. Ella había espiado a sus padres teniendo sexo con bastante frecuencia en el pasado y sabía cuánto le gustaba a él eyacular en su boca. Ella se masturbaba después cada vez, y su padre no se atrevía a mirar.

—No sé cómo lo ves —le dijo Elli a Ray—, pero yo sentía lástima por él. Había pasado dos años en prisión por mi culpa, y yo misma sufría privación sexual. Hizo una larga pausa. Le había mentido a su marido sobre la enfermedad de su padre; quería cuidarlo a tiempo completo durante sus últimos meses y vivir en su casa. Rai-

ner aceptó de inmediato. Le depositaba una gran suma de dinero en su cuenta cada mes para que tuviera todo lo necesario mientras cuidaba de su padre. Era un hombre verdaderamente generoso y siempre le daba mucho dinero.

Elli le dijo a su padre que viviría con él. Él estuvo de acuerdo y se alegró de que las cosas hubieran cambiado. Pero cuando ella dijo que dormiría en su cama matrimonial, él se avergonzó. No estaba bien, dijo, no debería hacer eso. Ella se mantuvo terca y dijo que él había desperdiciado dos años de su juventud con ella, y que le importaba un bledo lo que la gente pensara o si el incesto era pecado. "¿Si el cura se acuesta con sus monaguillos, le importa un bledo, ¿no?", discutieron amargamente durante media hora. "¡Tonterías!", espetó ella furiosa, golpeando deliberadamente su enorme erección en sus calzoncillos y arrastrándolo al dormitorio. "Fue uno de mis momentos más hermosos", dijo Elli soñadoramente, "¡tenía una polla grande y buena y follaba mucho mejor que la mayoría!". Ella siempre tenía que seducirlo al principio, porque él luchaba contra grandes inhibiciones. Él la miraba con curiosidad mientras estaba desnuda, y eso funcionaba de maravilla. "Tu cuerpo me recuerda mucho al de tu madre; ¡ella también tenía un clítoris enorme!" Después de un día, le resultó fácil aceptarla como compañera de cama y de juegos. No se sentía nada mal y podía volver a satisfacer sus deseos sexuales. Se acercaba a los 50, pero su apetito sexual estaba despertando visiblemente y rejuveneciendo su virilidad. Pasaban muchas horas al día en la cama. Ella le permitía follarla y eyacular dentro de ella tan a menudo como quisiera, y él la observaba con curiosidad y lujuria mientras ella se masturbaba durante horas. "Eso lo heredaste de tu madre", repetía. "Le encantaba masturbarse, a menudo varias veces al día cuando encontraba un minuto libre". Él le había permitido hacerlo a su madre porque era una buena mujer, y "disfrutaba de que la follaran cuando quería; ¡a ella también le encantaba!" Había dormido con bastantes hombres durante su matrimonio, dijo con una sonrisa, pero no se lo tomaban a pecho y se complacían mutuamente. "Fueron cientos", dijo riendo, "¡y ella estaba realmente excitada!" Al contrario, le daba un toque picante a su vida amorosa cuando contaban sus aventuras con todo lujo de detalles y se entregaban a una juerga desenfrenada juntos. El padre se rió y se dio una palmada en los muslos. «¡Incluso antes de la boda, me dijo que era una auténtica fiera y que no estaba dispuesta a acostarse con un solo hombre de ahora en adelante! Por supuesto, yo sabía

desde el principio que se acostaba con todo el mundo, con cualquier ser vivo, y que también disfrutaba del sexo lésbico. Siempre aparecía con una mujer nueva, y cuando me acostaba con las dos, estaba completamente agotado y solo podía observar sus lujuriosas andanzas», dijo, riendo. Él no había sido tan infiel como ella; ¡solo había tenido dos apasionadas aventuras con chicas jóvenes en esos 30 años, sin contar los muchos tríos!

Elli tomó la mano de Ray y le preguntó con tristeza si la juzgaba por haberse acostado con su padre. No, respondió él sin dudarlo, no creía que estuviera mal en absoluto, y en esa situación no le habría importado el incesto, ¡lo siento! Elli terminó su historia. Su padre vivió casi tres años más, y tuvieron relaciones sexuales hasta la última semana. Ella siempre lo hacía sentir como un hombre de verdad, un hombre potente. Dejarlo eyacular en su garganta con su erección matutina le producía un placer particular, porque su esposa a veces también se lo hacía por las mañanas. Elli, por supuesto, también satisfacía sus necesidades y podía masturbarse tan a menudo y durante el tiempo que quisiera. Él solía sostenerla en sus brazos mientras lo hacía y nunca se cansaba de mirarla. Después de cada orgasmo, le besaba los ojos. Le gustaba hablar de la vida sexual de su madre, y Elli a menudo se sorprendía porque conocía a muchos de los hombres y chicos. Su madre disfrutaba especialmente seduciendo a chicos jóvenes y enseñándoles a tener sexo. Elli solía pasar horas recostada en los brazos de su padre, escuchando sus historias y riendo cuando él la penetraba y eyaculaba de una manera particularmente obscena. Se masturbaba en silencio cuando le apetecía. Los años que pasaron en la cama de su padre forjaron un vínculo fuerte y especial entre ellos. Él simplemente se dormía sin dolor y nunca más despertaba.

Después del funeral, le contó todo a su marido con total sinceridad, a grandes rasgos, porque no se atrevía a decírselo por teléfono. Rainer la escuchó atentamente y le tomó las manos. Había hecho lo correcto, dijo; ninguna persona razonable la juzgaría. Se tomó su tiempo antes de admitir que quería el divorcio, ¡pero eso no tenía absolutamente nada que ver con su padre ni con sus experiencias sexuales! Había comenzado una aventura con una estudiante y quería casarse con ella. Tenían mucho en común profesionalmente, ella, al igual que él, no era particularmente activa sexualmente, y era lo suficientemente joven como para tener hijos, algo que ambos deseaban desesperadamente. La chica tenía 26

años y no era tan guapa como él, afirmó, pero ella no se creyó lo último. Le pagaría 50.000 al año de por vida después del divorcio para que no tuviera que trabajar. Soltó su vieja y dulce risa cuando ella se negó inicialmente. —Tengo dinero de sobra y quiero asegurarme de que estés bien atendido. Nos queríamos muchísimo entonces, ¡y no quiero olvidarlo! —Sí, así es él, mi Rainer —dijo Elli.

—Eso es todo, en resumen —dijo Elli—. Divorciada a los 37, viviendo sola durante cuatro años sin una sola aventura. Simplemente no pude hacerlo, me siento inútil. Bajó la cabeza. —He vuelto a caer en la adicción, no hay un solo día sin masturbarme, y los fines de semana me quedo en la cama hasta el mediodía, masturbándome una y otra vez. ¡He perdido la cuenta de los orgasmos que tengo los fines de semana! A menudo pienso en las historias picantes que solía contar mi padre. Le encantaba hablar de su vida sexual y aún más de la colorida vida amorosa de mi madre; le daba placer. Se quedó en silencio, y de repente las lágrimas corrieron por sus mejillas. Ray la rodeó con el brazo para tranquilizarla y le besó la mejilla. —Por favor, no llores, ¡el sexo es algo hermoso! Y yo siento lo mismo ahora mismo.

La historia de Ray

Para distraerla, Ray pasó la siguiente hora relatando sus experiencias sexuales. Uno de sus primeros recuerdos era estar acostado encima de Janet, chupándole los pezones, cuando su padre la follaba todas las noches, cuando él tenía unos seis años. Janet le frotaba el pene hasta que se ponía rígido, y luego duro mientras se acercaba gradualmente al orgasmo. Él se acostaba encima de Janet todas las noches mientras la follaban, hasta que tuvo más de diez años, chupándole diligentemente los pezones. Siempre le chupaba los pezones salvajemente y con excitación cuando ella le frotaba el pene a su padre en la boca y le dejaba eyacular dentro. Janet lo masturbaba hasta el orgasmo sin darse cuenta conscientemente, y sin pensarlo se frotaba el semen en sus grandes pechos. Siempre habían dormido desnudos uno al lado del otro, y él le tocaba los genitales todas las noches cuando ella se excitaba. Su pequeña babosa. Tres veces por semana se bañaba con su hermana Juliet. Ella lo masturbaba en secreto bajo el agua, llevándolo al orgasmo. Le encantaba especialmente dejar que su glande asomara por encima del agua y que el chorro de agua describiera un arco sobre sus pechos incipientes. Era muy divertido, y reían, chapoteaban y a veces gritaban de placer. Era tan hábil que Janet nunca la descubrió. También le mostraba su vulva y siempre le dejaba verla masturbarse. Más tarde, quería que él eyaculara en su abertura vaginal.

Elli había escuchado con interés y preguntó cuándo había podido eyacular. Debió haber sido antes de su noveno cumpleaños, porque hubo una fuerte discusión entre su padre y Janet. Ella se negaba rotundamente a creerlo y no lo admitía. Su padre la regañó terriblemente y le espetó que no era ni ciego ni estúpido. Ray no tenía explicación de por qué ella no lo aceptaba durante dos años. Ray continuó, explicando que su hermana era responsable de él por las tardes cuando Janet y su padre trabajaban: él en su oficina de la bolsa y ella como ayudante en una carnicería. El carnicero a menudo la follaba por las tardes, levantándole la falda y penetrándola. “¡Solo tienes que ofrecer tu coño, yo me encargo del resto!”, fue su comentario cuando ella protestó diciendo que en realidad era lesbiana. A él no le importó en absoluto. La otra joven ayudante, a quien ya había embarazado, se agarró el vientre redondo protectoramente con ambas manos y se acurrucó en un rincón. Mira-

ba con temor la escena salvaje que se desarrollaba. El carnicero hizo que Janet se inclinara boca abajo sobre el mostrador, le subió la falda y le separó el trasero con ambas manos. Le sonrió a la joven y la exploró con los dedos. Los ojos de la chica se abrieron de terror cuando él se bajó los pantalones y la penetró. Janet no emitió ningún sonido y pacientemente lo dejó follarla. Gruñó al penetrarla y eyaculó poco después. Sacó el pene y se masturbó, rociando largos hilos de semen sobre el trasero de Janet. La joven, a quien había desflorado y embarazado, no podía apartar la mirada a pesar del horror.

Juliet y Ray siempre se desvestían; era su momento íntimo. Juliet era increíblemente activa sexualmente y le permitía verla masturbarse. Le enseñó todo, incluso cómo hacerlo. A medida que crecía, le permitía presionar su pene contra la abertura vaginal de ella y eyacular allí mientras se masturbaba. Nunca le permitía penetrarla, porque aún era virgen. Ella tuvo que explicárselo muy claramente.

Entonces el padre trajo a María, de 19 años, su segunda esposa. Ella era bastante antipática con Ray y, en general, una verdadera ninfómana. Por las tardes, hacía el amor con su hermana, y por las noches, tenía relaciones sexuales con el padre, que era 25 años mayor. Janet se sintió ofendida y se masturbó durante más tiempo y con mayor intensidad, ya que el ruidoso sexo y los jadeos y gemidos de María, o sus fingidos gritos de placer, se oían claramente a través de la pared. La hermana insistió en que Ray se quedara con las chicas, ya que ella era responsable de él por las tardes. Él las observaba a las dos haciendo el amor, masturbándose o bañándose, y la hermana lo incluía. A María le encantaba especialmente lamer a Juliet, y él la observaba con curiosidad, con los ojos muy abiertos, con la lengua tensa entre los labios. Juliet lo empujaba dentro y fuera de la vagina de María, porque a María le encantaba. María sonreía con lujuriosa anticipación e incluso lo ayudaba a introducir su pene en su vagina con la mano. Juliet lo sujetó fuerte cuando empezó a eyacular, lo empujó profundamente y, con una mirada triunfante, lo dejó eyacular todo dentro. Todo. Siempre temía que María se enterara, pero ella nunca se dio cuenta, o no le importó. María discutió con Juliet diciéndole que el chico ni siquiera podía eyacular correctamente todavía, y que incluso si pudiera, difícilmente podría quedar embarazada con la escasa cantidad de semen del imbécil, ¿verdad? Juliet asintió con la cabeza y

dejó que el idiota ganara. Una vez, cuando estaban solos, su hermana dijo que tenía que darle un hijo a María con su eyaculación. Estaba enojada con su padre porque no la dejaba seducirlo, ¡ni siquiera cuando se masturbaba provocativamente delante de él! Juliet ya no lo empujaba; él había aprendido a empujar inmediatamente. Su padre no debería tener al niño, y ella le aseguró a Ray que todo lo que tenía que hacer era eyacular correctamente, fuerte y profundamente dentro. Disfrutaba haciéndolo; Por lo general, eyaculaba dentro de ella dos o tres veces hasta que María se masturbaba lo suficiente y llegaba al orgasmo con un gemido lastimero. Después, Julieta siempre lo abrazaba con cariño y lo besaba en la frente o en la boca. «¡Vamos a darle un bebé a María!», le susurraba al oído. María nunca lo besaba, ni siquiera en la mejilla. Solo le dedicaba gestos amistosos y alentadores mientras se masturbaba lentamente y él se movía salvajemente y eyaculaba; eso le parecía perfecto.

Ray guardó silencio unos instantes, y Elli preparó café recién hecho. Continuó. Su padre, María, y su hermana se mudaban a España, pero él quería quedarse con Janet. Claro que estaba triste, pero tenía que seguir yendo a la escuela de necesidades especiales, y Janet ahora estaba en casa todo el día porque su padre ganaba mucho dinero en España y podía enviarle lo suficiente. Siete meses después, María dio a luz a una niña. Al principio, llamaban a Janet cada pocos meses, y su hermana susurraba emocionada que era su hija, ¡su viva imagen, absolutamente! Elli sirvió café y preguntó si era cierto. No lo sabía; el bebé de la foto bien podría haber sido de Heinrich Heine, del repartidor o incluso de Zeus. «Ambos eyacularon dentro, el padre y tú», dijo Elli, y pensó un momento. «No es tan sencillo. Yo eyaculaba dentro de mí dos o tres veces al día, mientras que mi padre solo eyaculaba una o dos veces por semana. María le aseguró a Julieta, y juró solemnemente, que mi padre nunca había eyaculado dentro de mí, solo en su boca. Siempre usaba el *método de la retirada*. Después del sexo, ella tenía que masturbarlo con la boca, dejar que eyaculara dentro de ella y tragarse el semen. Pero nunca lo creí; ¿acaso un hombre no sabe si la ha embarazado?». Elli negó con la cabeza; ¡ningún hombre lo sabe, ni ninguna mujer!

Ray se levantó y trajo la foto enmarcada del bebé. Elli la miró fijamente durante un buen rato. «Realmente no se puede saber», decidió. Con expresión impasible, dijo: «¡Definitivamente es del

alcalde gordo!», y ambos estallaron en carcajadas. Pero según su relato, él era el único que había eyaculado dentro de María, así que tal vez su hermana tenía razón. Dos o tres veces al día, el semen permanece dentro durante varias horas, ¿y el padre solo eyaculó en la boca de María? «Entonces llegaría a la misma conclusión que tu hermana». Ella lo miró con amabilidad y expectación, y él continuó.

¡Él puede inyectar!

Ahora teníamos el apartamento para nosotros solos. Dos veces por semana era día de baño, y después de unos días, Janet descubrió que el chico podía eyacular “de repente”. Ya era un hombre, dijo Janet con orgullo. A partir de entonces, las cosas cambiaron. Por las mañanas, ella le hacía una paja en el lavabo y lo dejaba eyacular en la palangana. El día del baño, había una paja en la bañera. Tenía que ponerse en cuclillas frente a Janet con las rodillas separadas. Janet se inclinaba mucho hacia adelante, de modo que su bata se abría, le agarraba el pene y le hacía una paja, una o dos veces. Sus testículos golpeaban alegremente contra la superficie del agua. Ray describió con gran detalle cómo miraba a escondidas debajo de la bata de Janet y se excitaba al ver su vulva. A veces podía ver directamente dentro.

Cuando ella se bañaba, él podía quedarse en el baño y sentarse en el taburete. Ella se desvestía dándole la espalda y entraba rápidamente al agua. Solo su torso sobresalía del mar de espuma; aparte de sus pechos y pezones, él no podía ver nada más. Ella nunca ocultó que se masturbaba en el agua y se tomaba su tiempo para hacerlo. Sus pechos se movían, y sus pezones se endurecían y bailaban juguetonamente sobre la espuma, pero eso era aburrido; no había nada que ver. Después de irse a la cama, él se acurrucaba junto al cuerpo desnudo de Janet hasta que su pene estaba completamente erecto. Ella suspiraba con resignación y le hacía una paja, luego, con toda naturalidad, se masturbaba ella misma. Ella nunca ocultó eso.

Inicialmente, desde su infancia hasta los once años, ella lo abrazaba, lo apretaba firmemente contra sus pechos y le permitía succionar y lamer sus pezones mientras se masturbaba. Le encantaba que él le succionara y lamiera los pezones mientras se masturbaba; le resultaba maravilloso, según contó Janet en una ocasión. Cada vez le molestaba menos que sus dedos exploraran su vulva mientras se masturbaba. Pero cuando “descubrió” que él ya podía eyacular a los once años, lo cambió todo.

El interrogatorio

Después de cenar ese día, se acercó en el banco de la esquina y puso su mano sobre sus pantalones cortos. “Así que, ya estás creciendo, casi 12, ¡y ya puedes eyacular como un hombre!”, observó, sacando su pene erecto con evidente placer. Janet había estado jugando con su prepucio durante mucho tiempo; claramente disfrutaba jugando con su pene erecto sin hacerlo eyacular. “Entonces seguramente te gustaría eyacular dentro de mí cuando me masturbe?”, dijo con astucia, mirándolo con ojos ardientes de lujuriosa anticipación. Él conocía esa mirada que ella siempre tenía antes de que fueran a masturbarse. Pero esta vez también había algo felino, calculador y astuto en su mirada lujuriosa. Él no emitió ningún sonido, solo asintió con entusiasmo. “Seguro que te gustaría meter tu cosa dentro de mí y eyacular cuando me masturbe, ¿verdad?”, preguntó de nuevo con insinuación, y Ray le dijo a Ellie que Janet solía decir exactamente eso. El chico asintió con entusiasmo, con los pensamientos acelerados. “¿Quieres meter tu cosa dura en mi agujero y correrte? Sí que quieres, ¿verdad? ¡Métela y correte, ¿no?!” La miró a los ojos felinos y asintió con entusiasmo; sí, sí, ¡siempre había querido eso! “Vale, puedes meterla en mi agujero y correrte si quieres”, continuó Janet con condescendencia, con los ojos ardiendo de deseo, “pero solo métela, frótala y correte. ¡Nada de embestidas como las que hacía papá, ¿recuerdas? A papá se le permitía embestir, embestir fuerte y correrse, ¡pero tú eres demasiado joven para eso! No quiero eso; es demasiado pronto, ¡así que nada de embestidas!” Janet lo miró de reojo y le acarició el pene. Él asintió en silencio, aunque no recordaba exactamente cómo lo había hecho papá. Solo tenía una imagen en mente: la boca abierta de Janet, el pene de papá frente a ella, que ella frotaba rápidamente, y los espesos chorros de semen que él eyaculaba en su boca antes de introducirlo en su garganta. La voz de Janet lo sacó de su ensimismamiento. «Entonces, nada de embestidas, solo introducirlo y frotarlo un poco, ¿lo prometes? ¡Tú también puedes correrte, si quieres!». Janet esperó con una mirada astuta hasta que él asintió nerviosamente.

¿No te emociona que te permitan meter tu cosa y correrte? De repente tuvo la sensación de que ella estaba a punto de interrogarlo, como solía hacer. La perspectiva de meterla y correrse lo llenó de euforia. ¿Tenía permitido decirle algo? Janet seguía amasando

su pene, tirando juguetonamente del prepucio hacia adelante y hacia atrás sobre el glande; siempre había hecho este juego con el prepucio puramente para su propio placer. “¿Alguna vez la has metido y corrido?” preguntó Janet casualmente, mirándolo con curiosidad, deteniendo su juego con el prepucio. Él bajó la cabeza y ella continuó jugando con su prepucio. “¿Con quién?” preguntó con una mirada astuta, “¿Julieta?” Negó con la cabeza con un suspiro de alivio; ¡Janet estaba tan equivocada! ¿Acaso no sabía que Julieta todavía era virgen? “La... eh, ¿María?” insistió Janet. Él la miró con temor a sus brillantes ojos de gato y finalmente tuvo que asentir. “Entonces, dímelo, ¡porque no me creo ni una palabra de lo que dices!”

Pero recuperó la voz e insistió en que era verdad. Ella jugaba con su prepucio, dejando que el glande saliera una y otra vez; esto obviamente excitaba al chico. Ella negó con la cabeza con incredulidad: “¿Y cómo pudo haber pasado eso?”. Él tenía que convencerla e intentó recordarlo todo. Todo le salió a borbotones: cómo Juliet tuvo la idea mientras se lo hacía en la bañera y lo hizo eyacular. Y... —ella lo interrumpió—: ¿Te hizo eyacular mientras te bañabas? Él se estremeció ante su tono cortante. Sí, Juliet siempre se lo había hecho cuando se bañaban, admitió tímidamente. Janet frunció el ceño y preguntó qué idea tenía Juliet. Quería dejar embarazada a María, y él solo tenía que eyacular dentro de ella. “Sencillamente”, murmuró, “porque papá no quería eyacular correctamente dentro de María, y a ella solo se le permitía hacerlo con la mano, y tenía que hacerlo de manera que él eyaculara en su boca”. Murmuró enfadado porque Janet fingía ser tan ignorante. “He oído hablar de ello, pero pensé que solo eran chismes”, dijo Janet pensativa. “¿Cómo se las arregló para eyacular dentro?”, quiso saber, y ahora él habló con fluidez. Que María siempre frotaba durante mucho tiempo y muy despacio, que Juliet metía su pene en el agujero de María y empujaba por detrás hasta que eyaculaba. María solo sonreía con picardía, pero nunca se oponía, y Juliet ya no tenía que empujarlo; él seguía empujando una y otra vez por sí solo hasta que eyaculaba una segunda vez, y normalmente una tercera también. María sonreía con lujuria y esperaba a que terminara, y luego gemía fuerte y se quejaba con voz de perra y dejaba de frotar. “¡Qué idiota folla!” María a veces se reía y le revolvía el pelo.

Janet soltó una carcajada, olvidándose del juego del prepucio. Él estaba irritado y la miró fijamente a los ojos. ¿Había dicho algo malo? Janet se echó a reír a carcajadas, claramente complacida de que la pequeña, sucia y falsa serpiente se estuviera riendo a gusto, y siguió riendo un rato. «Así que tú y Julieta le dieron a María el trato de bastarda», gritó, riendo, «tú y Julieta... el trato de bastarda... ¡Me estoy volviendo loca!», y rió hasta que le saltaron las lágrimas. —¿Cuántas veces lo había hecho?, quiso saber, y él la miró asombrado: «¡Pues siempre por la tarde en la habitación de los niños!». «¿Todos los días, y esperas que me lo crea?», preguntó con incredulidad, y él dijo desafiante que podía mostrarle exactamente cómo se hacía con María. Janet pensó un momento, luego soltó su erección y dijo: «¡Vale! ¡Enséñame cómo lo hiciste con la estúpida María, pero bien!».

Ella subió los pies al banco de la cocina, se puso en cuclillas con las piernas bien separadas y las abrió. Empujó sus bragas hacia un lado, hacia su entrepierna, porque, como siempre, solo llevaba bragas. “¡Vale, entonces enséñame! ¡Cómo se lo hiciste a María!”, repitió resueltamente, separando sus labios con los dedos. Él la miró, fascinado, y se inclinó hasta que su pene se puso erecto. Agarró sus gruesas nalgas por debajo de las bragas y las sujetó con fuerza, con la cara pegada a sus pechos caídos. Sus labios se aferraron a un pezón. Le abrió las nalgas de par en par, dejando al descubierto su abertura vaginal; eso lo había aprendido de María. La penetró con feroz determinación; le recordaba a la vagina de María, solo que la de Janet era mucho, mucho más estrecha. Empujó y empujó salvajemente, sus labios tirando rítmicamente de su pezón. Ella sonrió con incredulidad, sus ojos ardían con una intensidad felina. Hacía mucho tiempo que no tenía sexo, y el chico lo estaba haciendo bastante bien. Sus ojos se desorbitaron, una lujuria desenfrenada le subía rápidamente desde la vagina y le oprimía la garganta. El chico embestía y embestía sin cesar, y ella pensaba que iba demasiado rápido. La excitación que tanto había echado de menos se le atascó en la garganta, y por un momento pensó que su orgasmo estaba a punto de llegar, a solo un parpadeo de distancia... Él embestía y embestía, y ella abrió los ojos de par en par cuando, después de unos momentos, él eyaculó. Le agarró las nalgas y continuó embistiendo y eyaculando durante un rato, luego se quedó dentro de ella. Jadeó, su cuerpo se tensaba; estaba tan excitada que el orgasmo habría llegado en unos momentos si él hubiera continuado un poco más. Pero él no se permitió un largo des-

canso y embistió furiosamente, teniendo que morderle ligeramente el pezón para evitar que se le saliera. Embistió y embistió, una y otra vez, durante un largo rato, sus dientes desgarrando salvajemente su pezón. La tomó completamente por sorpresa su orgasmo y jadeó en busca de aire. Sus espasmos se perdieron en las embestidas furiosas de su chico; él ni siquiera se daría cuenta. Respiraba con dificultad cuando él arqueó la espalda repentinamente. Hundió sus dedos en sus nalgas regordetas y eyaculó dentro de ella en chorros espesos y abundantes, embistiendo con fuerza cada vez para eyacular una y otra vez. Sin aliento, hizo una pausa y soltó su pezón y sus nalgas. Su ritmo cardíaco y su respiración volvieron rápidamente a la normalidad. Ella rió con malicia y, sonriendo lascivamente, sacó su pene erecto con las yemas de los dedos, su semen goteando de su tronco y corriendo espeso de su vagina. Ella rió con malicia y le sonrió con lujuria. “¡Eso fue genial, realmente genial, taaaan genial!”, repitió como si viniera de lejos.

—No lo habría creído —dijo ella, todavía sonriendo con malicia, mientras se ajustaba la ropa interior. Decepcionado, él insistió en que aún podía eyacular dentro de ella al menos tres veces, igual que con María, su pene seguía perfectamente rígido, pero ella negó con la cabeza: —¡Ya basta! Casi sucumbió a la tentación de seguir follándolo con su pene rígido. —¡Y todavía eres demasiado joven para empujar! —lo reprendió—. ¡Eso es lo que acordamos! Se aclaró la garganta; estaba bien, ahora le creía que se había follado a la estúpida chica, pero debía contar toda la historia otra vez. Extendió la mano hacia su erección empapada de semen y reanudó el juego con su prepucio. Él suspiró aliviado cuando ella dejó que la cabeza saliera y dijo que había oído a María decirle a Julieta, jurando «por Jesús», que su padre nunca había eyaculado dentro de ella, sino que ella tenía que frotarlo con la mano y él siempre eyaculaba en su boca. Sí, se le había olvidado mencionar que cada vez que María terminaba, le lamía el pene y lo chupaba dulcemente con la lengua hasta que se ablandaba. “Qué asco”, Janet hizo una mueca, “Papá siempre eyaculaba en mi boca después del sexo cuando eras solo un bebé, ¡eso era realmente asqueroso!” Janet se estremeció teatralmente con fingido asco. — Las chicas solían bañarse juntas y lavarse “allí abajo”. Pero sobre todo se frotaban. “¿Juliet también?” preguntó Janet, y él asintió, pero ella se frotaba mucho más rápido que María y no gemía tan malhumorada cuando terminaba. Janet volvió a jugar con su prepucio, dejando que su

glande saliera una y otra vez, y le preguntó cien cosas más, y él se lo confesó todo. Ya no había nada que ocultar.

Juliet quería que le dieran un hijo a María porque estaba enfadada con su padre. Antes de casarse en secreto con María, solía ir a la habitación de la niña todas las noches para darle un beso de buenas noches. Siguiendo las instrucciones de Juliet, Ray tuvo que fingir que dormía, pero claro, miraba a escondidas. Su padre estaba sentado al pie de la cama de Juliet en calzoncillos. Ella se desnudó y le rogó que la dejara embarazada. "¿Dejar embarazada?", preguntó Janet, y él asintió. Sí, dejar embarazada, pero su padre negó con la cabeza irritado y murmuró: "¿Estás loca? ¿En qué estás pensando?". Permaneció sentado, y Juliet se masturbó seductoramente, de modo que su padre se removió inquieto y excitado. Los ojos de Janet se entrecerraron, y profundas arrugas de ira se formaron alrededor de su boca apretada. A Juliet se le permitió sacar su pene y frotarlo hasta que él gruñó y eyaculó sobre sus muslos. "¡Cerdo!", exclamó Janet enfadada. Pero papá nunca quiso tener sexo con Julieta, y ella estaba muy enojada con él por eso, ¡así que nunca lo dejaba eyacular en su boca! Por eso dejaron embarazada a María, generalmente dos o tres veces por la tarde, y a María le gustaba mucho cuando él metía y sacaba su pene con fuerza mientras ella se masturbaba. ¡Así era!

Janet permaneció en silencio un rato, queriendo saber exactamente cómo Juliet había frotado a su padre. Sentada con las piernas cruzadas y muy dura, se colocó muy cerca de él y separó las piernas. Frotó su glande de arriba abajo en su hendidura durante un buen rato hasta que él refunfuñó. Una y otra vez, lo hizo durante tanto tiempo que él eyaculó, y ella lo dejó eyacular dentro de ella, sonriendo con lujuria. Normalmente, sin embargo, él refunfuñaba y ella tenía que parar. Entonces frotaba su pene muy cerca de su hendidura y golpeaba la punta contra su vulva, pero él siempre se apartaba. Frotaba su pene, que apuntaba hacia arriba, vigorosa y firmemente, luego lo empujaba hacia abajo, y él tenía que eyacular dentro de ella y el resto sobre sus muslos internos; eso era lo que ella quería. "¡Cerdo!", repitió Janet enfadada. Podía entender a Juliet perfectamente y no estaba enfadada con ella. Pero papá, ese cabrón, se fue por el camino fácil y dejó que la niña le hiciera una paja, ¡qué asco! —dijo Janet enfadada—. ¡Y después vino a nuestra habitación a follar y correrse en mi boca! —añadió con un tono malicioso. Al cabo de un rato, interrumpió bruscamente el

juego con el prepucio. Miró su erección con satisfacción, asintió y dijo: —Bueno, pues, ¡vamos a masturbarnos y correrno!

Entró rápidamente en su habitación, se desnudó apresuradamente y se tumbó en la cama. Su corazón latía con fuerza por la excitación. Janet se desnudó hasta quedarse en bragas y se quedó allí de pie, insegura. Lo miró, comprobando si su pene estaba bien erecto. Él solo había visto a la mujer de 57 años, algo rellenita, con pechos grandes y caídos, en bragas, pero nunca completamente desnuda. Después de eyacular por la mañana, se quitó la bata desgastada, manchada con los restos de su eyaculación, y desde entonces, solo llevaba bragas cuando andaba por el apartamento. Se aseguraba de llevar unas bragas bonitas y ligeramente transparentes que dejaban ver sus labios vaginales y su hendidura. Estas bragas de encaje, carísimas, eran el único lujo que se permitía. ¡Al fin y al cabo, era una mujer respetable que nunca andaba desnuda! Distraídamente y mecánicamente, se bajó un poco las bragas, casi hasta las rodillas, y él abrió los ojos de par en par. Esperó con impaciencia, preguntándose si esta vez se desnudaría del todo. Pero ella recordó rápidamente y apagó la luz de inmediato. A partir de entonces, Janet solo apagaría la luz después de quitarse rápidamente las bragas; a él le resultaba muy excitante. Se quedó mirando su zona púbica con poco vello y la hendidura hinchada, que brilló húmeda por una fracción de segundo.

Se acostó a su lado, separó las piernas y lo atrajo hacia ella. Con una mano, guió su pene hacia su vagina, y un escalofrío placentero recorrió su columna. Inmediatamente, le agarró las nalgas cuando él, instintivamente, comenzó a empujar como antes. “¡No empujes, maldita sea, lo habíamos acordado, está prohibido!”, siseó ella con rabia, moviendo lentamente sus nalgas de un lado a otro con las manos. “Sí, ya ves, así es como te frotas las nalgas”, dijo cuando él obedeció y siguió sus manos. Janet guió sus nalgas de izquierda a derecha, y con firmeza en círculo todo el tiempo. Gruñó de satisfacción cuando él comenzó a eyacular al poco tiempo. “¡Pero tengo que empujar hacia adentro para eyacular, si no, no funcionará!”, jadeó desesperado. “¡Bien, bien, bien!” Sintió que ella asentía. Empujó y eyaculó, empujó y eyaculó. Ella lo presionó profundamente contra sus nalgas hasta que terminó de eyacular. —¡Eso está bien! —lo elogió ella. Su pene permaneció erecto después de la primera eyaculación; podía quedarse dentro y seguir empujando, hacia adelante y hacia atrás, y en todas direcciones.

Ella lo dejó hacerlo por unos momentos, luego suspiró profundamente y comenzó a frotar lentamente. Él se retorció de placer durante un buen rato, porque ella no iba a dejarlo tener sexo como es debido en ese entonces. Él siguió tocando y empujando y siempre lograba eyacular una segunda vez. Ella hizo una pausa y gruñó con aprobación: "¡Bien, bien, mi pequeño!". Presionó sus manos firmemente contra sus nalgas hasta que él empujó y terminó. "¡Bien, bien, tan bien!" y después de unos momentos, continuó frotando. Él generalmente podía eyacular una tercera vez, lo cual era bastante agotador para él. Entonces ella solo jadeaba: "¡Bien, bien, taaaan bien!" porque ya estaba frotando a un ritmo frenético. Lo recordó; ella siempre había gemido ese "¡Bien, bien, fiiiiy!" cuando papá eyaculaba dentro de él. Ray a veces sospechaba que ella retrasaba su eyaculación hasta que él hubiera terminado. Él lamía, acariciaba y succionaba sus pezones con evidente placer, manteniendo su pene flácido dentro de ella hasta que el orgasmo la sacudía violentamente. Después, siempre había un largo y cariñoso abrazo; ella presionaba su pene flácido contra su vulva con sus nalgas hasta que su ritmo cardíaco volvía a la normalidad. Luego, un beso de buenas noches en la boca, y se dormían. Este arreglo duró varias semanas, y ambos lo disfrutaron, concluyó.

Elli interrumpió con una sonrisa, "¡Oh là là!" y dijo que ya sabía sobre la masturbación, ¡por su hermana Juliet y por María! Se rascó la cabeza avergonzado. "En aquel entonces, me consideraban discapacitado mental y no podía recordar estas cosas por más de cinco minutos, además de que todo sucedió en la habitación a oscuras de Janet", balbuceó. Elli asintió con comprensión, "¡Ajá!" y miró fijamente su taza de café. "Limpiarse en completa oscuridad no era comparable a masturbarse en una habitación infantil o un baño bien iluminados en aquel entonces", dijo Ray, dando a entender que Elli debía estar viéndolo a través de los ojos de un niño de 11 años con discapacidad mental. Elli asintió con acuerdo demasiado rápido, refunfuñó Ray. «Yo mismo ya no creo haber sido nunca retrasado mental ni débil. Fui un niño completamente abandonado, culpado tácitamente de la muerte de mi madre. Janet me amaba con todo su corazón y me abrumaba con su sensualidad, pero simplemente era demasiado mayor, demasiado inculta y demasiado depravada sexualmente para criar a un niño pequeño como es debido». Ray encendió un cigarrillo y fumó en un silencio furioso. Elli fue lo suficientemente perspicaz como para permanecer callado hasta que él apagó el cigarrillo con rabia.

—Poco después de tener sexo en la encimera de la cocina, Janet me iluminó, me mostró fotos y vídeos en internet —continuó Ray —. Claro que yo sabía cómo funcionaba. Vimos varios vídeos de sexo y chicas masturbándose, y Janet se puso increíblemente cachonda. Ahora él deseaba desesperadamente tener sexo como es debido y forcejeó con Janet hasta que ella cedió a regañadientes. Todavía estaba muy cachonda por haber visto porno y estaba encantada de que la follaran. —No me gusta nada la palabra «sexo» —murmuró Elli—. «¡"Follar" o "coger" no suena tan sucio!». Ray asintió. Así que, a partir de entonces, teníamos sexo todas las noches, tan a menudo como yo podía eyacular, y después ella se masturbaba antes de dormirse mientras yo le chupaba los pezones y la excitaba. Se masturbaba sin cesar todas las noches antes de acostarse, sin importar cuántos orgasmos hubiera tenido durante el día. — Empecé a aprender a leer, escribir y teclear con todas mis fuerzas, algo que no había disfrutado en la escuela de necesidades especiales, pero quería ver fotos y vídeos en internet, y después leía durante horas sobre todo tipo de cosas que se pueden encontrar allí y me volví más inteligente.

Estudio y pornografía

"Al principio, Janet se rió de mí cuando pasé semanas estudiando un libro de texto de geografía de secundaria en línea. De repente, podía aprender y recordar todo; ¡la niebla mental se había disipado! Luego estudié historia de secundaria, que me fascinó durante meses. Después aprendí gramática alemana y redacción de ensayos, ¡fue exasperante! Pero practiqué y practiqué obstinadamente y finalmente escribí un ensayo de 12 páginas sobre una estudiante con discapacidad intelectual que sufría abusos en casa, enviada en tren a Italia a vivir con su tío, quien terminó abusando también de ella. Utilicé algunas cosas que me contaron mis compañeros. Le entregué este ensayo al profesor tutor, quien me llamó a la sala de profesores al día siguiente. Dijo que era un ensayo muy bueno, con muy pocos errores ortográficos y detalles geográficos precisos del viaje en tren. Se sorprendió al saber que lo había escrito todo yo sola, sin ayuda, que había aprendido geografía, historia y alemán en línea por mi cuenta. Mi madre habría sido una simple..." Una trabajadora que no había ido a la escuela y no podía ayudar Yo. Lo único que no le gustó fue el abuso; no se debía escribir sobre eso tan explícitamente, era pornográfico y estaba estrictamente prohibido. No lo entendí de inmediato, pero me elogió y me preguntó si no me gustaría ir a otra escuela. Pero me negué; solo conocía esta escuela y me gustaba mucho. Luego me hizo escribir un ensayo cada semana y lo corrigió. Solo después me di cuenta de que habría aprendido mucho más en una escuela convencional.

Janet a veces se sentaba con él, una o dos veces al mes, y veían porno juntos. Para entonces, él sabía mejor que ella cómo excitarla. Ella se quitaba las bragas, se sentaba completamente desnuda con las piernas bien abiertas y siempre empezaba jugando con su prepucio mientras veían porno. Esto siempre le daba placer, pero nunca lo hacía eyacular. Cuando las cosas se ponían interesantes, ella se acariciaba y frotaba su pequeño clítoris, escondido bajo sus labios hinchados. Ella tenía un orgasmo cada vez que veía porno en cuanto se excitaba, y él la observaba porque para entonces a ella no le importaba en absoluto que la estuviera mirando. Sus pechos seguían siendo grandes y llenos, pero pronto empezaron a caerse cada vez más. Sin embargo, a veces él se inclinaba y le chupaba los pezones con evidente placer, porque eso intensificaba su

orgasmo. Cuando ella llegaba al orgasmo, él se arrodillaba frente a ella y le abría las rodillas todo lo que podía. La volvía loca cuando él la observaba de cerca, y ella se frotaba a toda velocidad hasta llegar al orgasmo. Cuando se excitaba viendo porno, se bajaba los pantalones. Ella dejaba de frotarse al ver su erección. "¡Vamos, muchacho, ven!", decía, atrayéndolo hacia ella. No se trataba de una follada intensa donde se suponía que ella debía llegar al orgasmo primero; se trataba de una eyaculación rápida, de su liberación sexual; ambos lo sabían. La follaba rápidamente en la silla y se corría muy rápido, luego ella seguía frotándose el clítoris y continuaban viendo porno. Esas noches, él estaba bastante agotado de tanto follar.

Ray dio una calada distraída a su cigarrillo. Se convirtió en un estudiante muy aplicado y, con el tiempo, descubrió que algunos de sus compañeros mantenían relaciones sexuales dentro de sus familias, y casi todas las chicas también. Muchas chicas habían sido esterilizadas, y todas eran utilizadas sexualmente por sus padres, hermanos y tíos. Las interrogó a todas porque tenía mucha curiosidad. La mayoría hablaba con franqueza y se reía nerviosamente al revelar algo obsceno; casi ninguna se enfurruñaba ni guardaba silencio. Más tarde, Ray se preguntó por qué nunca sintió el impulso de acostarse con ninguna de sus compañeras. La escuela y el hogar eran, al parecer, dos entidades separadas; el sexo era desenfrenado en casa, no formaba parte de la escuela. A veces le contaba a Janet sobre sus entrevistas, a quien le interesaban principalmente los detalles explícitos, pero no podía emitir ningún juicio moral. En su opinión, todo el mundo tenía sexo como si no hubiera un mañana; la juventud, la edad o el estado mental, en su opinión, no influían en absoluto. «¡Míranos a los dos! ¡Yo me acuesto con una chica de 15 años y tú con una abuela de 65! ¿Qué te parece?», zanjó la conversación; no quedaba nada más que debatir. Cada uno tenía que averiguar cómo acostarse con alguien o tener un orgasmo por su cuenta; esa era la única regla. En su opinión, todo lo demás era irrelevante, ¡punto!

Ray le preguntó a Elli qué pensaba al respecto. Ella respondió rápidamente. Si las chicas estaban contentas de hacerlo, entonces estaba bien. Pero sospechaba que la mayoría no lo hacían voluntariamente, y eso era una vergüenza. Tenía sentimientos encontrados sobre la esterilización. Toda niña, toda mujer tenía derecho a tener hijos, dijo Elli, con los ojos brillantes por las lágrimas. Pero

al mismo tiempo, entendía que las autoridades debían frenar la propagación de las enfermedades mentales. Ray asintió; esa era más o menos su opinión también. Le preguntó cómo había sido durante su época escolar.

Pensó un momento; en su escuela, como mucho un puñado de sus compañeras tenían relaciones sexuales, la mayoría les hacían felaciones o masturbaciones a los chicos. Ella misma solo había hecho felaciones; no era nada especial. Empezó a tener relaciones sexuales durante su aprendizaje, alrededor de los 15 años. Dijo que tuvo una terapeuta muy buena que la ayudó a recuperar una sexualidad normal y a superar por completo el trauma de la violación. Solo después de dos años de terapia, a los 13, se atrevió a hacerle una felación a un chico amable y considerado; al principio le resultó muy difícil. Había intentado una felación una vez; escupió el semen con asco, no le gustó nada. Pero deseaba desesperadamente ser como las chicas normales y no ser víctima bajo ningún concepto.

Comida, “antes”

Se estaba haciendo muy tarde, y él sugirió que comieran algo. Ella lo miró con una sonrisa y murmuró: “Entonces comeremos antes”. La mente de Ray se aceleró; ¿qué quería decir con “antes”? Juntos prepararon una cena fría, ya que él había llenado generosamente el refrigerador antes. Le preguntó si prefería una cerveza o una cerveza; no tenía vino. “La próxima vez traeré el vino; tengo vinos muy buenos”, dijo Elli, y aceptó con gusto la cerveza. Durante la comida, hablaron sobre su trabajo. Él le contó sobre el sistema informático y las muchas computadoras pequeñas que mantenía. Ella trabajaba a tiempo parcial en una joyería relativamente desconocida, vendiendo joyas, bisutería y relojes; esa era su especialidad. No ganaba mucho allí, pero Rainer le pagaba 4000 al mes, así que no dependía de su trabajo. Recogieron la mesa juntos y de repente se encontraron de pie muy cerca el uno del otro junto a la cocina. Ella parecía estar esperando algo. Él puso sus manos en sus caderas, se inclinó y la besó en la boca. Elli le devolvió el beso; prácticamente se devoraban. Tuvieron que recuperar el aliento. Él apoyó su cabeza en su ancho pecho y le acarició el cabello. “¿Te gusta?”, preguntó lentamente, “¿te gusta follar o tener sexo?” Ella permaneció en silencio por unos instantes, luego asintió. “¡Sí, ambas!”, susurró, riendo. Ella lo miró. “Ha pasado mucho tiempo, cuatro años o más”, susurró con incertidumbre y desesperación, “además, soy doce años mayor, ¡una anciana!”, concluyó con pesar. “Janet era cincuenta años mayor, más de setenta al final”, replicó Ray con dureza, “pero tuvo sexo y se masturbó felizmente con su chico hasta el final, ¡sin que la diferencia de edad le molestara jamás!” Negó con la cabeza, ligeramente molesto, y se dirigió al dormitorio.

Un buen comienzo

Se desnudó con la rapidez del rayo y se acostó en la gran cama doble de su padre. Observó a Elli, quien también se desnudó rápidamente y se acostó a su lado. Tenía una figura bonita y esbelta, y pechos muy pequeños con pezones puntiagudos. Un pequeño vello rubio claro adornaba su zona púbica. Su rostro resplandecía y ahora era mucho más bonito. Su corte de pelo rubio a lo paje tenía mechones blancos y gruesos. Había colocado una mano con sus dedos largos y delicados sobre sus pechos, la otra sobre su zona púbica. Miró su gran pene, que apuntaba audaz y descaradamente hacia el techo. Retiró la mano de su zona púbica y rodeó su pene con los dedos.

—¿Debería estar feliz o asustada? —preguntó ella, medio en broma—. Solo tengo una vagina muy pequeña —dijo en voz baja—, ¡muy pequeña y muy, muy estrecha! Y la tuya es demasiado grande y gruesa. Siempre he tenido vaginas pequeñas o medianas, ¡pero nunca una tan grande! Él la besó en la mejilla. —Hasta ahora ha entrado por todas partes —dijo con una sonrisa pícara—, ¡puedo ser muy cuidadoso y considerado, de verdad! Se besaron con un beso largo y apasionado, y él le preguntó qué quería primero, ¿masturbación o sexo? Ella acarició su pecho velludo: —¡Una a la vez! Después de unos instantes, susurró: —¡Primero sexo!

Se arrodilló entre sus piernas y ella las separó. Acarició sus muslos internos y sus labios externos. “Tienes una grande”, sonrió, al ver cómo su clítoris se endurecía gradualmente hasta alcanzar unos dos o tres centímetros. La tocó suavemente mientras ella susurraba: “¡Lo sé!”. Acarició sus muslos internos, sus labios y su clítoris un rato más, y luego la miró a los ojos. Ella asintió levemente y cerró los ojos. Se inclinó hacia adelante, humedeció su pene con saliva y penetró con mucho cuidado la pequeña abertura. Estaba realmente muy, muy apretada, pero su vagina se abrió voluntariamente cuando él entró hasta la mitad. No pudo ir más profundo; llegó al final. La abrazó, aunque su rostro apenas alcanzaba sus pezones, y comenzó a embestir lentamente. Escuchó su respiración y pronto se dio cuenta de que se estaba excitando cada vez más. Embistió una y otra vez, y ella jadeaba de intensa excitación. Por mucho que ajustara su ritmo con delicadeza, ella no podía alcanzar el orgasmo. Después de lo que pareció una eternidad de intensa exci-

tación, ella le agarró las nalgas con ambas manos y lo obligó a penetrarla profundamente, hasta el fondo. “¡Vamos, vamos, correte, Ray!”, jadeó contra su pecho. “¡Vamos, correte!”, susurró con énfasis. Él aumentó el ritmo de inmediato, y ella lo empujó más adentro, jadeando. Sus uñas se clavaron en sus nalgas, y con rápidas embestidas, él eyaculó en chorros espesos y abundantes dentro de su vagina. Hizo una pausa y esperó hasta que ambos se calmaron un poco. Retiró su pene y se acostó a su lado.

—Nunca tengo un orgasmo durante el sexo —dijo ella en voz baja, con la voz temblorosa de excitación—. ¡Siempre tengo que masturbarme justo después! —De acuerdo —dijo Ray rápidamente—, ¡vamos! La tomó en sus brazos de modo que ella quedó acostada boca arriba contra él, la abrazó con ternura y guió su mano hacia su vulva. —¿Quieres mirar? —preguntó ella en voz baja, y él graznó con voz ronca—. ¡La próxima vez! Ella asintió casi imperceptiblemente, y él cerró los ojos. Sintió cómo ella aumentaba lentamente la intensidad, sintió su cuerpo contra el suyo, y apenas un minuto después, ella se estremeció. Exhaló ruidosamente y se calmó rápidamente. Se dio la vuelta y se acostó encima de él. Lo besó suavemente en los labios y le dijo lo maravilloso que había sido, con qué delicadeza y consideración la había penetrado, y que su corazón había dado un vuelco de placer cuando sintió su potente chorro de semen dentro de ella. —¿Y el orgasmo? Él preguntó y ella dijo: “Justo después del sexo sigo muy excitada, ¡no necesito ni un minuto!”

Lo pensó. ¿No debería masturbarse durante el sexo? No había funcionado, lo había intentado incontables veces, incluso en la postura del perrito, aunque así se puede estimular el clítoris. «Mira», dijo, «he conseguido que muchas mujeres lleguen al orgasmo, incluso algunas que nunca lo habían tenido antes... ejem, durante el sexo. Cuando no funcionaba, y eso ocurría con bastante frecuencia, siempre sentía que lo había estropeado». Tras una larga pausa, ella dijo: «Conozco muy bien mi cuerpo, y solo yo puedo llegar al orgasmo masturbándome, ¡así que no te preocupes!». Él asintió; lo intentaría.

Ella lo besó en los labios y movió las caderas. “¿Cómo estás, mi héroe? ¿Podemos?” Por supuesto, podía sentir su erección. “¿Montar?” preguntó, y él se encogió de hombros, porque solo a veces funcionaba. Ella agarró su pene y lo guió rápidamente hacia

adentro, empujándolo con tanta habilidad y energía que, sorprendentemente, logró introducirlo por completo en esa posición. Comenzó a cabalgarlo, y después de unos minutos, gemía y jadeaba de lujuria. Él agarró su clítoris duro como una roca con un dedo y lo frotó vigorosamente. Ella echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar pequeños gemidos. ¡Guau, esta chica estaba buenísima! pensó Ray, y la empujó desde abajo al ritmo de ella. Ella se inclinó hacia adelante, puso los brazos sobre su pecho y lo miró a los ojos con deseo salvaje. "¡Vamos, correte, correte!" Jadeó, instándola a cabalgar más rápido, y mientras ella aumentaba el ritmo y él la empujaba con fuerza, sintió que se elevaba. "¡Está chorreando!" Él lloró suavemente, y ella se clavó con fuerza sobre su pene. Él eyaculó, menos que antes, por supuesto, y ella disminuyó la velocidad de sus embestidas, ordeñándolo con penetraciones profundas y largas. Permaneció sentada sobre su pene e inmediatamente comenzó a masturbarse. Ray la observó con curiosidad, sus dedos trabajando su clítoris rojo e hinchado con energía a un ritmo frenético. Apenas medio minuto después, su cuerpo inferior se movía hacia adelante y hacia atrás varias veces, cabalgando sobre su pene semierecto. Ella exhaló ruidosamente y se tumbó exhausta sobre su pecho. "¿Estuvo bien?", preguntó él, y ella asintió, permaneciendo en silencio durante un largo rato.

Ella se acostó a su lado y se susurraron lo maravilloso y satisfactorio que era. "Todavía estoy completamente agotada", murmuró, "montar es tan intenso que necesito un descanso después". Elli necesitaba ir al baño, y él se adelantó. Mientras ella se sentaba en el inodoro, él se arrodilló frente a ella, entre sus piernas. Agarró sus labios con ambos y los separó. Ella no podía ir de inmediato; su mirada la inhibía. Ella lo miró con una mirada velada, sus pezones erectos temblando, ya fuera por excitación o por deseo, él no lo sabía. Bajó la mano y estiró repetidamente su clítoris flácido con los dedos. Gradualmente, el clítoris se puso rojo y rápidamente se puso erecto. Después de un rato, comenzó a orinar, y él observó atentamente cómo el chorro salía de la pequeña abertura. Nunca antes había visto a una mujer orinar, y contempló el clítoris y el chorro, que gradualmente disminuyó. Ella tiró y apretó su clítoris y cerró los ojos; ¡Se sentía tan bien! La dejó jugar con él unos minutos, pero también necesitaba orinar. Cuando soltó sus labios y se puso de pie, ella abrió los ojos. Inmediatamente notó que él quería orinar y comenzó a levantarse, pero él negó con la cabeza sonriendo. Apuntó con precisión al espacio entre sus labios y orinó justo ahí. Ella

sonrió y se deslizó hacia adelante, atrapando el chorro con sus labios y colocando su clítoris rojo e hinchado justo en el medio. Sonrió y emitió un sonido de satisfacción; el chorro firme pareció estimular su clítoris. Cuando él terminó, ella agarró su pene y comenzó a masturbarlo. Obviamente era increíblemente hábil y logró que su pene semierecto se pusiera completamente erecto en solo unos momentos. Sin embargo, él no quería eyacular todavía y se apartó después de un rato. "¡Somos unos cerdos!", dijo con una insinuación juguetona y exagerada y se limpió con papel, luego volvió a la cama.

Sacó una cerveza fría del refrigerador y llevó los vasos llenos a la cama. Elli tenía los ojos cerrados y se masturbaba, lenta y deliberadamente. Él se sentó a sus pies y la observó. A veces abría los ojos y sonreía, una sonrisa hermosa y orgullosa. Cerró los ojos y aumentó gradualmente la velocidad. Él pudo ver que se excitaba cada vez más y se frotaba muy rápido. Finalmente, formó una especie de túnel con el pulgar, el índice y el dedo medio, que colocó sobre su clítoris. Movió el túnel furiosamente rápido sobre su clítoris y abrió la boca como si fuera a gritar. Presionó el túnel firmemente contra su clítoris, disminuyendo la velocidad. Asintió con la cabeza varias veces y soltó el clítoris. El clítoris asintió una y otra vez. Respiró hondo y luego lo miró, radiante de felicidad. Pequeñas chispas brillaron en sus ojos. "Esa es una de mis formas habituales de masturbarme", murmuró suavemente. Él se acostó a su lado, la abrazó con ternura y le besó la coronilla. —Sin duda te has ganado esa cerveza —bromeó, entregándole el vaso. Acarició suavemente su cuerpo, sus pechos con los pezones erectos, su vientre y su vulva.

Fumaron un cigarrillo y quedaron. Sí, ella quería quedarse a dormir en su casa; después de todo, mañana era sábado. Al final, se quedó todo el fin de semana. Estuvieron en la cama todo el tiempo, y él se alegró de que Elli durmiera en silencio y no roncara como Janet. Tuvieron sexo tan a menudo como él pudo, y ella se masturbó repetidamente durante todo el día. Vaciaron su refrigerador y se bebieron toda la cerveza que tenía para la semana; él tenía café de sobra. Ella no subió a su apartamento hasta el amanecer del lunes, naturalmente después de su placentero sexo matutino y su rápida sesión de masturbación.

Julieta informa

La hermana de Ray lo llamó inesperadamente después de varios años. Juliet preguntó por Janet, y él le dijo que había fallecido hacía casi tres años. Le habló de su trabajo, y ella se alegró mucho de que ahora llevara una vida completamente normal. Le contó sobre su familia y sus tres hijos; su padre había hecho una fortuna en la bolsa y ahora estaba jubilado. Su hija/hermana Carmen ya tenía 17 años y se graduaría de la preparatoria el año siguiente. Charlaron un buen rato, y luego ella le pidió su correo electrónico; quería enviarle fotos de todos. Después de la llamada, él se quedó sentado un buen rato. Su hermana seguía creyendo que el niño era suyo. Algún día le preguntaría a Juliet si de verdad lo creía, porque desde su conversación con Elli, había estado inseguro.

Recibió un correo electrónico de Juliet con dos docenas de archivos adjuntos. Había fotos de ella, sus hijos y su esposo, su padre y Carmen. Había un retrato profesional de un chico guapo de 17 años con abundante cabello rubio, expresivos ojos azul claro y un rostro atractivo. Él también era rubio, con ojos azul claro. Un escalofrío le recorrió la espalda. Luego miró las siguientes fotos; eran fotos de Juliet, María y Carmen desnudas. Le ardían las orejas. ¡Las fotos restantes mostraban a las tres masturbándose! Algunas mostraban primeros planos de la vulva de Carmen; podía ver claramente el dedo manchado en su clítoris y su himen. La última foto mostraba a Juliet y Carmen masturbándose juntas. Todas las fotos fueron tomadas a plena luz del sol y eran nítidas. Ray se secó el sudor de la frente.

Luego aparecieron una docena más de vídeos. Juliet masturbándose, María masturbándose. Al verlos, todo volvió a su mente de inmediato; de repente vio el pasado, como si se hubiera levantado un velo de sus recuerdos fotográficos. Luego Carmen, masturbándose a los 5, 8, 10 años, y así sucesivamente. El último vídeo era el más largo; Carmen, de 16 o 17 años, se masturbó tres veces seguidas hasta el orgasmo y luego se rió directamente a la cámara. Lo vio tres veces y sudó de deseo. En los primeros planos, su clítoris e himen eran claramente visibles; Carmen era obviamente virgen. Leyó el correo electrónico con atención, pero no había nada nuevo. Guardó los datos en una carpeta protegida.

Vídeos de Elli

Pasaba todos los fines de semana con Elli en su apartamento; ella rara vez llamaba entre semana, pero él siempre estaba dispuesto. La sexualidad de esta mujer le venía de maravilla; a ella le encantaba tener sexo con él y se masturbaba con placer silencioso durante todo el fin de semana. Él le mostró las fotos y los vídeos que Juliet le había enviado. Ella se excitó mucho y dijo que eran realmente excitantes, ¡que le gustaban mucho! No solía mirar ese tipo de cosas en internet, pero estas imágenes eran tan estimulantes que inmediatamente arrastró a Ray a la cama. También tenía algunas que Rainer le había tomado hacía muchos años, dijo después. Inmediatamente sacó su portátil cuando Ray mostró interés y le pidió que copiara las 150 fotos y vídeos. Los vieron juntos en la pantalla grande, y las imágenes eran realmente impresionantes. "Elli tenía veintitantos años cuando se tomaron estas fotos, ¡y era una chica muy guapa!", dijo Ray en voz alta, y Elli se sonrojó. Rainer estaba fascinado por su gran clítoris y lo había capturado en muchos primeros planos, así como sus orgasmos. Las películas la mostraban masturbándose con todo detalle, aunque la mayoría solo mostraba su vulva. Los videos mostraban a Elli dejándose llevar por la excitación sexual y experimentando orgasmos muy intensos. Mientras veían las grabaciones, Elli se apoyaba en su hombro y se masturbaba en silencio. A veces, cuando estaba excitada, le mordía suavemente el hombro.

Elli recordó lo que él le había contado sobre los dedos de Janet, fue subiendo lentamente y ahora provocó su eyaculación introduciendo un dedo en su ano. Lo disfrutaba porque ahora podía hacer que eyaculara en el momento justo. A él también le gustaba, porque solo ella podía sentir cuándo estaba más excitada y cuándo era el momento adecuado para ella. Él eyaculó al instante cuando ella introdujo su dedo en su ano. Ella jadeó y gimió de excitación hasta que él terminó e inmediatamente comenzó a masturbarse. A menudo solo necesitaba unos instantes antes de que el orgasmo la abrumara.

Una pieza poderosa

Él le había preguntado si alguna vez había intentado *asfixiarse* . Ella dijo que no, que no sabía lo que era. Durante el coito, la mujer es asfixiada suavemente antes del orgasmo; cortarle el suministro de aire desencadena el orgasmo. La idea la horrorizó, pero un día lo intentaron. Acordaron una señal con la mano para cuando ella quisiera parar. Entonces lo intentaron. Al principio, se acostumbró a que sus dedos rodearan su garganta. Luego vino el ensayo general durante el coito. Estaba muy nerviosa y se detuvo varias veces. Él sonrió y la tranquilizó diciéndole que estaba perfectamente bien. Pero luego se relajó, tuvieron relaciones sexuales y él esperó hasta que ella estuvo muy cerca del clímax. Él la agarró por la garganta y ella cerró los ojos.

No presionó muy fuerte, su rostro se puso rojo brillante. Se retorció brevemente con las manos y los pies, y sus ojos se pusieron en blanco hasta que solo se vieron las escleróticas. Abrió la boca y jadeó en busca de aire. Su cuerpo se tensó, comenzó a temblar, y él casi se detuvo. Ella tembló y se estremeció, sus ojos permanecieron en blanco; él solo vio las escleróticas. Duró dos minutos, violentas convulsiones sacudieron su bajo vientre, luego su orgasmo estalló. Inmediatamente soltó su cuello y embistió y embistió, eyaculando profundamente dentro de su cuerpo salvajemente convulsionado. Se abrazaron, las lágrimas corrían por las mejillas de Elli. Ella balbuceó que había sido su primer orgasmo, y que había sido absolutamente asombroso. ¡Increíblemente intenso! Lo repitieron tantas veces como Elli quiso. Sabían que tenían que tener mucho cuidado, y más de una vez él se detuvo. Pero ella lo quería, lo quería desesperadamente, porque estos eran los orgasmos más poderosos e intensos, los que no podía lograr ni siquiera con la estimulación clitoriana más vigorosa. Experimentó sus orgasmos más intensos mientras *la estrangulaban* en la posición del perrito; ¡gritó con todas sus fuerzas!

Correspondencia por correo electrónico

Solo meses después le escribió un correo electrónico a Juliet, detallando cómo Janet había muerto en paz. Solo había estado en el hospital durante 23 días, y él la había visitado todos los días. Los médicos no pudieron encontrar la causa de su enfermedad; simplemente perdió las ganas de vivir y falleció en paz. Le contó que hasta el día de su ingreso, había arado su campo diligentemente, dos o tres veces al día, y que ella acariciaba al gatito a diario. Juliet entendería el significado, dijo. (Señaló explícitamente que no se deben escribir esas cosas en un correo electrónico). Describió su trabajo en detalle, sin mencionar a Elli. Adjuntó una foto de la tumba de Janet y varias selfies. Finalmente, incluyó varias fotos suyas desnudo. Había retocado su pene con Photoshop para que pareciera un poco más largo y se rió para sus adentros, preguntándose cómo reaccionarían Juliet, María y Carmen. Le agradeció las fotos y los videos que le había enviado, diciendo que los había disfrutado mucho. Tres meses después, Juliet respondió.

Era muy aplicado en el trabajo y sus compañeros lo apreciaban y elogiaban mucho. Junto con dos colegas, había desarrollado un concepto de seguridad mejorado, lo había probado exhaustivamente y luego lo había implementado. El sistema central de correos se había convertido en una fortaleza prácticamente inexpugnable. Su jefe invitó a un especialista del Chaos Computer Club, quien lo confirmó. Él y sus dos colegas recibieron una bonificación equivalente a seis meses de sueldo, algo de lo que estaba muy orgulloso. Un domingo, invitó a Elli al mejor restaurante de la ciudad, y ella le dio instrucciones de antemano sobre cómo comportarse y qué debía tener en cuenta. Él nunca había ido a un restaurante. Ella lo acompañó y le dio consejos cuando compró un traje y una corbata. ¡La cena festiva fue todo un éxito! (Y también lo fue la noche siguiente...).

Meses después, Juliet envió un correo electrónico con unos 40 vídeos de María, Carmen y él masturbándose. Eran grabaciones excelentes, tomadas bajo un sol radiante; él las vio varias veces y, por supuesto, se las enseñó a Elli, que estaba encantada. Juliet, la tonta, ignoró su consejo y lo escribió todo explícitamente en el correo. Le agradeció las fotos, que la habían excitado mucho, ya que los hombres españoles tenían el pene bastante pequeño. Ella podía

juzgar, afirmó, puesto que había estado con unos cuantos antes de casarse (¡o en otros sitios, jeje!)... Cuando María estaba muy embarazada, dormía en la cama de su padre con María, y él observaba a las chicas masturbarse o lamerse entre sí con suma atención. Finalmente, a los 15 años, ella lo convenció para que la desvirgara y se la follara. Él era uno de los pocos que podía hacerla llegar al orgasmo; ni siquiera su querido marido lo había conseguido. Durante los siguientes cuatro años, durmió con ellos, y su padre se la follaba al menos día por medio, porque ella insistía a pesar de su reticencia. Por supuesto, él tenía que eyacular dentro de ella primero; ella insistía obstinadamente, ya que tomaba la píldora. Le facilitaba el sexo que María se masturbara a su lado, sentada con las piernas cruzadas. Pero lo que más le gustaba era poder turnarse para eyacular en la boca de una mujer después del sexo, mientras observaba a la otra masturbarse. Era un buen arreglo para los tres. María nunca tuvo otro hijo, a pesar de que seguía teniendo aventuras sin usar anticonceptivos. Julieta no sabía si su padre lo sabía o si le daba igual. A María no le importaba en absoluto que su padre siguiera llamando a Julieta en secreto dos o tres veces al mes para eyacular en su boca. Julieta escribió que él lo deseaba absolutamente y que a ella no le importaba. Por supuesto, ella insistía firmemente en que él la llevara al orgasmo primero y eyaculara dentro de ella, aunque en realidad no lo disfrutara. Julieta estaba convencida de que era bueno para su matrimonio si ella tenía sexo en secreto tres o cuatro veces al mes. Su marido, por desgracia, no era tan bueno en la cama como su padre; su pene era de tamaño mediano y no duraba lo suficiente. Por supuesto, se masturbaba todas las noches, pero los orgasmos al ser follada eran mucho más intensos. Aparte de eso, era completamente fiel a su marido y solo dejaba que su admirador la follara cuando él viajaba. ¡Su admirador solo tenía 20 años y podía follar de maravilla! Aunque también era pequeño... y nunca la había hecho llegar al orgasmo. Sus tres hijos eran todos niños modelo y aún no habían llegado a la pubertad. Carmen solo tenía sexo inocente de niña con ella cada pocos meses, pero nunca con María; las dos no compartían nada sexualmente. Carmen pronto se graduaría de la escuela secundaria, y su padre ya le había comprado un apartamento de una habitación en la ciudad; quería estudiar medicina. Pronto cumpliría 18 años y legalmente podría tener novio. Había hablado con Carmen al respecto y planeaba perder la virginidad justo después de su cumpleaños, ya que era la última virgen de su clase. Elli negó con la ca-

beza con incredulidad mientras leía el correo electrónico en voz alta; Ella no podía entender a esas mujeres.

Carmen

Un viernes al mediodía, Ray iba de camino a hacer sus compras del fin de semana cuando sonó su celular. Era un número desconocido. Era Carmen; estaba en el tren y lo visitaría. Había cumplido 18 años la semana anterior, el domingo, y ya era mayor de edad. Él la felicitó y le preguntó cuándo llegaría. Ella rió y respondió: “A las 5:30 de esta tarde. Me voy a casa el martes”. “No, gracias, no hace falta que vengas a recogerme. Tomaré un taxi”. Él se quedó completamente desconcertado y tartamudeó: “¿Te gusta el bistec?”. Carmen no dudó ni un instante de que era bienvenida. Ni siquiera le preguntó si era un buen momento para él. Él estaba muy sorprendido; él mismo no habría sido capaz de una visita tan sorpresiva. Pero entonces no pudo evitar reírse. Todo aquello tenía el sello de Julieta. ¡La buena de Julieta! Se rió a carcajadas, y los transeúntes se giraron para mirarlo. Entró al supermercado, todavía riendo.

Llamó inmediatamente a Elli y canceló sus planes para el fin de semana por Carmen, algo que ella comprendió enseguida. Llamó a su jefe para avisarle que se tomaría el lunes y el martes libres, lo cual no supuso ningún problema. Compró los mejores regalos, incluyendo un delicioso pastel y un ramo de flores. Limpió el apartamento a la perfección, preparó la comida con antelación y puso la mesa con mucho gusto. ¡Era el cumpleaños de Carmen! Habló con Elli por teléfono durante un buen rato y esperó pacientemente, pendiente del reloj de pared.

A las seis en punto, llegó Carmen. Era delgada y guapa, con su larga melena rubia recogida en una coleta. Charlaron de esto y aquello mientras él freía los filetes, mientras comían y mientras comían el pastel después. Él le preguntó si a Juliet se le había ocurrido la idea del viaje, pero Carmen negó con la cabeza enérgicamente. Fue idea suya, y solo se lo había contado a papá, a nadie más, ni siquiera a Juliet. Él asintió, sintiendo un gran alivio. Así que no era Juliet quien intentaba emparejar a Carmen con él; ¡no le habría extrañado! Hablaron, conversaron, fumaron y bebieron cerveza y cola hasta que anocheció y Carmen bostezó discretamente. “Bueno, vamos a dormir”, dijo Ray, y la acompañó a la habitación de Janet. Ella se había desvestido al salir y quería ducharse. Él contempló la desnudez de la hermosa chica y sintió un nudo en

la garganta. ¡Era realmente deslumbrante! Se acostó, apagó la luz y la oyó ducharse durante un buen rato. Hubo silencio un rato, luego se abrió la puerta y entró Carmen. Completamente desnuda y con un agradable aroma a perfume.

Se quedó paralizado cuando ella se acostó a su lado, encendió la lámpara de la mesilla y dejó caer las sábanas al suelo. Despertó de su trance cuando ella se acurrucó contra él seductoramente y le dio largos y apasionados besos. Ardía de deseo mientras se acariciaban y exploraban sus cuerpos. Ella se tumbó encima de él, sobre su erección, y le tomó el rostro entre las manos. Primero lo besó en los labios y luego dijo: «María dice que eres mi hermano. Julieta dice que eres mi padre. ¡Te vi a ti y a tu magnífico y gran *pene* en los cuadros y supe de inmediato que serías mi primer marido!». Lo miró seriamente. «¿Serás mi primer marido? ¡Todavía soy virgen, nunca he estado con un hombre! ¡Lo deseo desesperadamente! ¡Quiero darte mi primera vez! — ¡Desvela el velo de Afrodita, ábrelo, rasgúdalo y hazme mujer! — ¿Lo harás?». Ella le preguntó con sinceridad, y él no supo qué decir. Era abierta y honesta, había dicho lo que pensaba con inocencia infantil. No había nada engañoso ni hipócrita en esa dulce niña. Le dio un apasionado beso francés y la abrazó con fuerza, presionando su erección contra su bajo vientre. Asintió y susurró: «De acuerdo, pero vamos despacio, sin prisas, ¿vale?».

Se incorporó a medias y exploró su cuerpo con la mirada y las manos. Era increíblemente delgada y alta, su espeso cabello rubio enmarcaba su bonito rostro y su mirada abierta. Su piel era impecable, sus pequeños senos redondos y firmes. Se había afeitado el vello púbico con la misma suavidad que Juliet y Maria. Le separó las piernas y acarició suavemente la parte interna de sus muslos. Sintió sus labios vaginales, la abertura vaginal sellada, y su clítoris. El clítoris era más pequeño que el de Elli, pero mucho más grande que el de Janet. Lo frotó con mucha delicadeza y sintió cómo se endurecía. Continuó frotándolo durante minutos hasta que estuvo completamente erecto. Ella suspiró con anhelo y susurró: “¡Lo quiero, por favor, ven! ¡Estoy lista!”.

Humedeció su glande y su pene con abundante saliva. Se puso en posición, separó sus piernas y le dio otro beso francés. Su glande se hundió en la abertura vaginal. Agarró sus nalgas con ambas manos y la silenció con un beso francés. Levantó sus nalgas para

que su vagina se abriera como una concha, embistió rápidamente y penetró más profundamente en su estrecha vagina, muy profundamente, más profundamente de lo que jamás había podido penetrar la vagina de Ellis. Ella se estremeció ligeramente cuando su himen se desgarró, y su beso le impidió gritar. La miró a la cara; ella mantuvo los ojos cerrados y sonrió después de la breve embestida. Al principio embistió lenta e intensamente, y Carmen respondió instintivamente. Sintió su excitación, presionando impacientemente. Ella llegó al orgasmo en muy poco tiempo, le sonrió radiante y dejó que su cuerpo se balanceara. Continuó embistiendo, y ella susurró que solo había sangrado hacía una semana y que no tenía miedo de quedar embarazada. La folló y la folló y la folló, y ella se arqueó salvajemente en el orgasmo. La penetró una y otra vez, eyaculando en sus convulsiones con espesos chorros dentro de su vagina. Se detuvo cuando ella se tocó el clítoris, dejó su pene dentro y esperó hasta que terminó de masturbarse después de unos minutos. Su tercer orgasmo fue abrumador y poderoso. Luego se dejó caer a su lado, exhausto. Se abrazaron con fuerza durante un largo rato, besándose una y otra vez.

—¡Fue maravilloso, increíblemente maravilloso! —murmuró—. Mucho más maravilloso de lo que esperaba. ¡Y tuve tres orgasmos! Y solo me dolió un instante; ¡me habían contado historias de terror sobre lo doloroso que sería! Hablaron durante un buen rato más, tuvieron sexo una y otra vez, y Carmen se masturbaba durante los largos descansos. Se masturbaba con gran placer, pero no de forma tan obsesiva como Elli, solo cuando le apetecía. Bebían y fumaban en la cama, y ella le contaba sus secretos sin reservas.

Ella le contó que llevaba mucho tiempo haciéndoles pajas a los chicos, frotándolos hasta que estaban a punto de eyacular y luego metiéndoles el *pene* en la boca. Seguía frotándolos hasta que se corrían y chupaba y lamía el semen con mucha fuerza. Era muy excitante y un poco excitante, la eyaculación y la succión. Por supuesto, se tragaba el semen; todas las chicas lo hacían. Tenía sexo con Juliet cada pocos meses, pero nunca con María ni con ninguna otra chica. Él le preguntó por qué solo llamaba a María por su nombre de pila. “No tenemos muy buena conexión”, respondió pensativa. “Siempre he tenido una relación difícil con María. Tengo una relación particularmente buena con Juliet; ¡puedo hablar con ella de cualquier cosa!”. Él lo dejó ahí y no la presionó más. Ella dijo que al principio no había entendido por qué Juliet seguía

dejando que su padre eyaculara en su boca y la follara con fuerza; Juliet se lo había contado ella misma. Ahora que se había puesto pensativa y podía entenderlo un poco mejor, murmuró con un guiño.

Ella era la única en quien Juliet confiaba sus secretos familiares. Su matrimonio se habría desmoronado hace mucho tiempo, decía Juliet, si no hubiera contestado la llamada de su padre una vez por semana y lo hubiera dejado follarla hasta que se corriera dentro de ella. ¡Era increíblemente bueno en la cama! Siempre cumplía bien su cuota, y luego Juliet tomaba su pene en su boca y lo frotaba hábilmente hasta eyacular. Había tenido su follada orgásmica, le decía Juliet a Carmen, y eso era lo único que le importaba. Hacerlo excitarse después, masturbarlo en su boca y tragarse su semen era todo por él; en realidad no le importaba, y a su padre le encantaba más que nada. Después del nacimiento de sus hijos, Juliet estaba atormentada por la culpa: ¿eran de su marido o de su padre? A menudo lloraba por ello cuando se recostaba con la cabeza en el regazo desnudo de Carmen, porque le pesaba mucho. También lloraba con frecuencia porque, después de su tercer parto, sufrió un aborto espontáneo tras otro. —Todos estos eran de papá —sollozó Juliet—, ¡porque ahora él era el único que la follaba y se corría dentro de ella! Carmen no pudo hacer más que abrazar suavemente a su hermana y consolarla lo mejor que pudo. Carmen le dijo a Ray que, en su opinión, los tres hijos de Juliet eran de papá porque él siempre se corría dentro de ella con chorros abundantes y jugosos, y el marido de Juliet tampoco se había corrido dentro de ella muy a menudo, y con frecuencia no lograba eyacular antes de poder hacerlo. Juliet afirmó que su marido no la había follado como es debido en años. Pero lo amaba profundamente y con gusto tomaba su pobre pene en su boca para masturbarlo y dejar que se corriera dentro de ella.

Ray le dijo a Carmen que nunca había eyaculado en la boca de una chica y que tampoco quería hacerlo; prefería mucho más follar. ¿Alguna vez había espiado a sus padres? Carmen se sonrojó y asintió tímidamente. Sí, muy a menudo en el pasado. Durante un tiempo, le había fascinado el hecho de que María masturbara a su padre en su boca y le dejara eyacular dentro. Eso la había inspirado a tomar su pene en su boca durante las masturbaciones y succionar el semen con firmeza, igual que María. Carmen bajó la mirada, sonrojada, y le confesó a Ray que había espiado a su padre y

a Julieta tan a menudo como podía. Le fascinaba cómo Julieta obligaba a su padre a ponerse entre sus muslos y luego le dejaba follarla hasta que se volvía loca, porque él era muy bueno en eso. Su orgasmo era repentino y poderoso; se aferraba a él en convulsiones, y él embestía como un loco, eyaculando profundamente dentro de su cuerpo violentamente convulsionado. Ella le acarició el pene y le dio unos minutos, luego le hizo una paja en la boca, succionando su semen con energía y tragándoselo. ¡Papá siempre estaba tan increíblemente feliz por eso! Cuando Carmen vio a Juliet tener un orgasmo, deseó poder experimentarlo con tanta intensidad cuando la follaran después. —No —respondió Carmen—, siempre se había mostrado desnuda a papá con total naturalidad y nunca le había dado importancia; al contrario, se sentía un poco orgullosa cuando él la miraba con lujuria. Y precisamente porque a María le molestaba esto, ella se pavoneaba completamente desnuda delante de papá siempre que podía, o se sentaba frente a él con las piernas bien abiertas, porque su hendidura abierta lo volvía loco. ¡Y por supuesto, nunca hubo nada sexual entre ella y papá! Había mantenido cuidadosamente en secreto tanto su masturbación como los juegos sexuales con Juliet, tanto para papá como para María. —¿Cómo era su vida amorosa entonces? —preguntó. Realmente quería saber todos los detalles, enfatizó.

Le contó todo con todo lujo de detalles, porque ella debía saber sobre su paso a la adultez, todas las cosas, experiencias y mujeres que lo habían convertido en quien era. No se guardó nada, no endulzó nada, aunque le resultaba mucho más vergonzoso contarle a Carmen sobre el sexo obsceno con Janet con tanto detalle que a Elli. Carmen escuchaba con mucha atención y reía dulcemente cuando él decía algo subido de tono. Quería saber exactamente cuán obscena era realmente la vieja Janet. Él le respondió abierta y honestamente, describiendo el sexo obsceno de Janet con mucho más detalle del que les había contado a Ruth y Elli. Ella escuchaba con mucha atención, porque le resultaba muy interesante. Hizo muchas preguntas para imaginar mejor cómo había sido el sexo con la anciana. “Claro que era vieja y arrugada”, respondió Ray con cierto mal humor, “y sus pechos ya no estaban llenos, sino caídos, arrugados y tristes”. Con los años, su vagina se fue estrechando cada vez más, y jadeaba de dolor al introducir su polla en su pequeño agujero, ¡pero incluso en su vejez, deseaba desesperadamente ser follada como es debido! Sí, follaba y se masturbaba con bastante diligencia, incluso a los 76 años, antes de morir, respon-

dió Ray. Una mañana ya no pudo levantarse; se sentía enferma y miserable y susurró: “¡Me estoy muriendo, Ray, me estoy muriendo!”. Le contó a Carmen todo lo que Janet le había contado a lo largo del tiempo sobre su relación lésbica con su madre y su vida sexual con su padre. Sí, él fue su primer y único hombre, y no la había desflorado hasta que ella tuvo 48 años. Carmen se quedó boquiabierta de asombro. Y quería saber exactamente cómo él y Juliet habían dejado embarazada a María en esas pocas semanas. Todo. Honestamente. Nada que ocultar.

Carmen se rió hasta llorar mientras él describía cómo Juliet le agarró el culo la primera vez y lo metió y sacó del gran y suave agujero de María; eso no fue necesario después. Era su “primera vez”. — Al principio le aterrorizaba eyacular dentro, pero María siempre sonreía dulcemente mientras la follaban rápido, y entonces ya no tenía miedo. Sobre todo porque Juliet siempre le decía que se corriera fuerte y profundo. Carmen se golpeó los muslos riendo mientras María guiaba su polla dentro de sí misma con la mano y luego se masturbaba muy lentamente mientras él embestía fuerte y eyaculaba hasta tres veces. María estaba absolutamente convencida de que no podía quedar embarazada “de la semilla infantil del imbécil” — ¡palabras textuales! — dijo Ray. Informó que María solo se masturbaba más rápido cuando él ya había tenido suficiente de eyacular y su polla se estaba encogiendo lentamente dentro de su gran y flácida gruta. Ella se corrió con un gemido de perra y un suspiro fingido, jugueteando con la parte inferior de su cuerpo. Luego le lamió el pene y dejó que su lengua bailara sobre su glande. El juego con la lengua, a veces prolongado, en su boca le resultaba muy placentero, porque a ella obviamente también le resultaba excitante.

Y concluyó con una mirada cabizbaja, diciendo que no sabía con certeza si era su padre.

Pensó durante un buen rato y dijo que Julieta había hecho un comentario imprudente, lo que la alarmó y la llevó a interrogar a María. María, inicialmente, se mantuvo terca y rígida: “¡Así es como se hacen los bebés, niña estúpida!”. Pero como Carmen había visto claramente al espiar que papá solo eyaculaba en la boca de María y nunca tenía relaciones sexuales con ella, insistió. María se retorció, pero finalmente admitió que papá sí había tenido relaciones sexuales con ella hasta que ella llegaba al orgasmo desde el

principio de su matrimonio, pero que luego siempre retiraba su *pene* y la hacía frotarlo en su boca hasta que eyaculaba dentro. María espetó furiosa que Carmen "fue concebida durante el sexo antes de que él eyaculara en mi boca. ¡Todo el mundo sabe que una mujer puede quedar embarazada incluso si el hombre *se retira* antes de eyacular! Todo el mundo sabe que la retirada no es un método anticonceptivo fiable; muchas mujeres quedan embarazadas sin querer de esa manera. Así es exactamente como quedó embarazada, durante *el sexo sin protección*. ¡ Tu padre no puede hacerlo de otra manera! ¡Y punto!". Carmen no dijo nada en respuesta, porque sabía —aparentemente mejor que María— que papá tenía relaciones sexuales con Julieta varias veces al mes y que definitivamente eyaculaba dentro de ella, porque Julieta insistía en ello. La propia Julieta se lo había dicho, y ella misma lo había visto muchas veces.

Carmen afirmó estar convencida de ser hija de Ray, aunque la teoría de María sobre *el coito interrumpido* no era del todo absurda. Sin embargo, no lo creía. Carmen lo abrazó con cariño y le susurró que se alegraba de que fuera su padre y no un simple ligue. En un momento dado, mencionó que algún día escribiría la historia de su vida. Él rió con dureza, diciendo que a nadie le interesaría, pero ella insistió, quizás por el bien de sus hijos.

¿Podría contarle un secreto? Ray rió entre dientes; no era de los que anotaban todo eso. Carmen sonrió y volvió a ponerse seria. "A veces ayudo a Juliet a bañar a sus hijos". Lo miró de reojo. Lavaron a los niños y los dejaron chapotear. Juliet cuidaba del pene de su hijo de 12 años y siempre había jugado al juego del prepucio con el pequeño. Las dos niñas a veces se reían, pero ya no les interesaba. Pablo, aunque acostumbrado a la desnudez de las niñas, de su madre y de su joven tía desde la infancia, se encontraba mirando cada vez con más frecuencia los pechos y las hendiduras depiladas de las niñas mayores. Juliet no le impidió tocar su hendidura; él se arrodilló en el agua, la palpó con excitación y tiró frenéticamente de su erección. Juliet se compadeció del pequeño, jugó al juego del prepucio con él y pacientemente le permitió acariciarla con los dedos. Y así sucedió: el pequeño Pablo se puso rígido y eyaculó de forma entrecortada y tartamudeante durante el juego con el prepucio; Julieta dijo: "¡Ajá!". Desde entonces, ella lo masturba cada vez que se baña, generalmente dos o tres veces seguidas, hasta que su pene se ablanda. Las dos niñas chapoteaban y no presta-

ban atención. No, dijo Carmen, ella no lo hace; se sienta en el taburete frente a Julieta, al lado de Pablo, y simplemente observa atentamente desde cerca. A Pablo le gustaba mucho que lo frotaran y eyaculara. Solo Micaela, de nueve años, siempre miraba con curiosidad cuando Julieta se quitaba el guante de baño enjabonado con el que había estado frotando el pene de Pablo hasta que estaba espumoso y rígido. Él levantó el trasero y estiró su pene exigentemente fuera del agua. Julieta tiró del prepucio hacia atrás con fuerza sobre el glande rojo e hinchado, y el primer chorro espeso salió disparado hacia arriba y salpicó el agua. Julieta tiró de su prepucio con fuerza cada vez que eyaculaba. Su pene era perfectamente recto y tenía un glande de hermosa forma, dijo Carmen. Eyaculaba en chorros fuertes y espesos, y Juliet le retraía el prepucio repetidamente para liberar el siguiente chorro. A veces, el primer chorro de semen salpicaba a Juliet o a ella, lo que a Pablo le parecía muy gracioso, al igual que cuando el semen le salpicaba la cara porque Carmen se había acercado demasiado a su pene. Juliet se reía a carcajadas y se limpiaba con el guante de baño. Pablo seguía queriendo eyacular en su cara, así que ella tenía que seguirle el juego. Carmen se encogió de hombros, porque ya había dejado que muchos chicos eyacularan en su boca. Sonriendo, de vez en cuando ofrecía su cara con la boca ligeramente abierta, y el pequeño podía eyacular sobre ella. Cuando el semen caía en su boca o en sus labios, ella lo lamía riendo. Pero no le tomaba el pene en la boca cuando Juliet se lo pedía. Pablo susurró: “¡Otra vez, otra vez!” Cuando terminó de eyacular, Juliet le frotó las últimas gotas y luego lo masturbó de nuevo. Juliet le había dicho que era perfectamente normal, que los chicos de esa edad necesitaban eyacular y que pronto tendría que hacerlo con él todos los días. —¿Qué pensaba él de eso?

Ray se rascó la cabeza. Él mismo lo había experimentado; su hermana y Janet eran verdaderamente depravadas sexualmente y tal vez también lo habían depravado a él, no lo sabía. Carmen protestó: ¡Él no era depravado en absoluto! Nunca había hablado de sexo con chicos de familias normales y no sabía si realmente era normal. Pero pensó que no le haría daño a Pablo llegar al orgasmo. No le parecía bien que Pablo eyaculara en su cara o boca, para nada. ¿Qué cosas malas estaba aprendiendo Pablo de eso? ¿Se suponía que se convertiría en un rociador bucal como su padre? Más importante aún, ¿qué pasaría después? ¿Se convertiría Juliet en la Janet de Pablo? ¿Era normal el incesto con la propia madre, o lo

depravaría sexualmente, lo corrompería emocionalmente? Ella lo masturbaba, bueno, está bien. Pronto le permitiría eyacular en su boca, solo hasta cierto punto está bien. Un día le enseñaría a follar, inevitablemente, ese era un paso lógico. ¿Pero estaba bien eso? Lo pensó y se rascó la cabeza; sinceramente, no le parecía bien. Había leído bastante sobre el incesto, sobre sus implicaciones psicológicas. Que Pablo tuviera sus propias experiencias con sus iguales; era lo natural, coincidían todos los científicos. Los chicos de su edad aprendían a masturbarse; era apropiado para su edad, sano y completamente normal, escribían la mayoría de los psicólogos. Él mismo no había tenido compañeros y, por lo tanto, era un caso especial. No, no creía que el incesto fuera bueno para el chico en absoluto. Probablemente tampoco sería bueno para el desarrollo sexual de Micaela o Pippa, pero eso era solo una suposición. Debería hablar con Juliet porque el incesto no sería bueno para el desarrollo de Pablo, incluso si ella misma se aferraba a él. «¡Era una depravada sexual, su hermana!», refunfuñó Ray con rabia. Carmen pensó durante un buen rato y se mordió el labio inferior con timidez. Ella lo miró fijamente a los ojos: «Sí, gracias Ray, ¡eso me ayuda! Creo que me detendré de inmediato y hablaré también con Juliet al respecto; tal vez pueda convencerla de que no vaya más allá, al menos no hasta el extremo. Necesita pensar en el desarrollo de Pablo y no en su pequeño placer egoísta. Necesita sopesar qué es más importante para ella».

Después de un rato, Carmen dijo que pensar en la eyaculación de Pablo la excitaba. La lujuria la abrumaba cada vez que miraba, sin aliento, el glande rojo de Pablo, viendo a Juliet retraer su prepucio cada vez más rápido. El prepucio parpadeaba incansablemente sobre el glande, tiñéndolo gradualmente de un rojo oscuro. Sonrojada, Carmen acarició su clítoris y susurró que cada vez que el semen de Pablo salía a chorros en un chorro espeso y viscoso sobre su cara, en su boca o en el aire, se sentía como un rayo atravesándola. Cómo se movía en el taburete porque los chorros de semen atravesaban su clítoris como un rayo. ¡Con qué frecuencia fantaseaba con la eyaculación de Pablo por la noche mientras se masturbaba! Suspiró, estremeciéndose, diciendo que se sentía un poco avergonzada por todo eso, y acercó a Ray. Como siempre, él estaba asombrado de cuán directa e inflexiblemente exigente podía estallar la lujuria femenina. La sostuvo en sus brazos; Después del sexo, se masturbó en silencio y sonrió satisfecha y extasiada tras el orgasmo. «El incesto está profundamente arraigado en

nuestra familia, en nuestros genes», dijo Ray. «Julieta y papá, María y yo, tú y Julieta, Pablo y Julieta, tú y Pablo, tú y yo. ¡Sí, tú y yo! Sería maravilloso que tú y Julieta pudieran romper este círculo vicioso». Carmen asintió levemente; se tomaba su opinión muy en serio y sin duda la consideraría cuando tuviera hijos. Pero no creía que Julieta pudiera liberarse de papá.

Carmen quería que la filmara, tanto durante el sexo como durante la masturbación. Admitió que ser filmada mientras se masturbaba siempre la había excitado mucho. Él no lo entendía; sentía algo diferente. La obedeció y tomó tantos primeros planos de ella masturbándose como ella quiso. Después vieron los videos y los copiaron a su computadora portátil, borrando los que no funcionaron. Él pensó que las escenas de sexo estaban demasiado temblorosas, pero ella quería conservarlas. Él manejó la cámara durante el sexo, grabando inicialmente la penetración de su pene en su vagina con imágenes temblorosas, pero luego capturó su sonrisa, su rostro contorsionado por el deseo y la sonrisa relajada después de su orgasmo en primer plano. Ella cerró los ojos, sonriendo, cuando él comenzó a eyacular repentinamente. Era fácil ver cuándo él penetraba y cuándo ella abría ligeramente la boca y sonreía satisfecha al sentir los potentes chorros de semen dentro de ella. Le gustaron mucho las grabaciones de su expresión facial orgásmica y su sutil sonrisa mientras era rociada; definitivamente se las mostraría a Elli.

Se quedaron en la cama durante tres días, desayunaron desnudos y, cuando tenían hambre, comían filetes; él tenía de sobra. Puso sus discos de jazz favoritos, porque a ella también le gustaba ese tipo de música. Ella le habló de sus próximos estudios de medicina y de cómo quería amueblar su pequeño apartamento. Le tomó un montón de fotos de retrato; quería ampliar la mejor y colgarla en la pared de su nuevo hogar. «Y si alguna vez quiero olvidarte, simplemente la quitaré», susurró suavemente, y fue un momento conmovedor e íntimo. Él se apoyó en su mejilla después de besarla. Se suponía que ella no debía ver sus lágrimas.

Las horas transcurrían implacablemente, y Ray a menudo deseaba tener más tiempo. Pero llegó el martes por la mañana y Carmen tomó un taxi. Antes de subir, le dio un beso largo y apasionado y, entre risas, dijo que probablemente buscaría información sobre los lugares de interés de la ciudad en internet. Le guiñó un ojo

con dulzura. «¡Hay cosas más importantes aquí que las atracciones turísticas!». Le lanzó un beso con una sonrisa y se marchó a toda velocidad.

Fue a su apartamento y llamó a Elli para preguntarle si quería ir esa noche. Tenía unos buenos filetes, un gran trozo del pastel de cumpleaños de Carmen y mucho de qué hablar.

...

Puede contactar con el autor en JackFaber@gmx.net